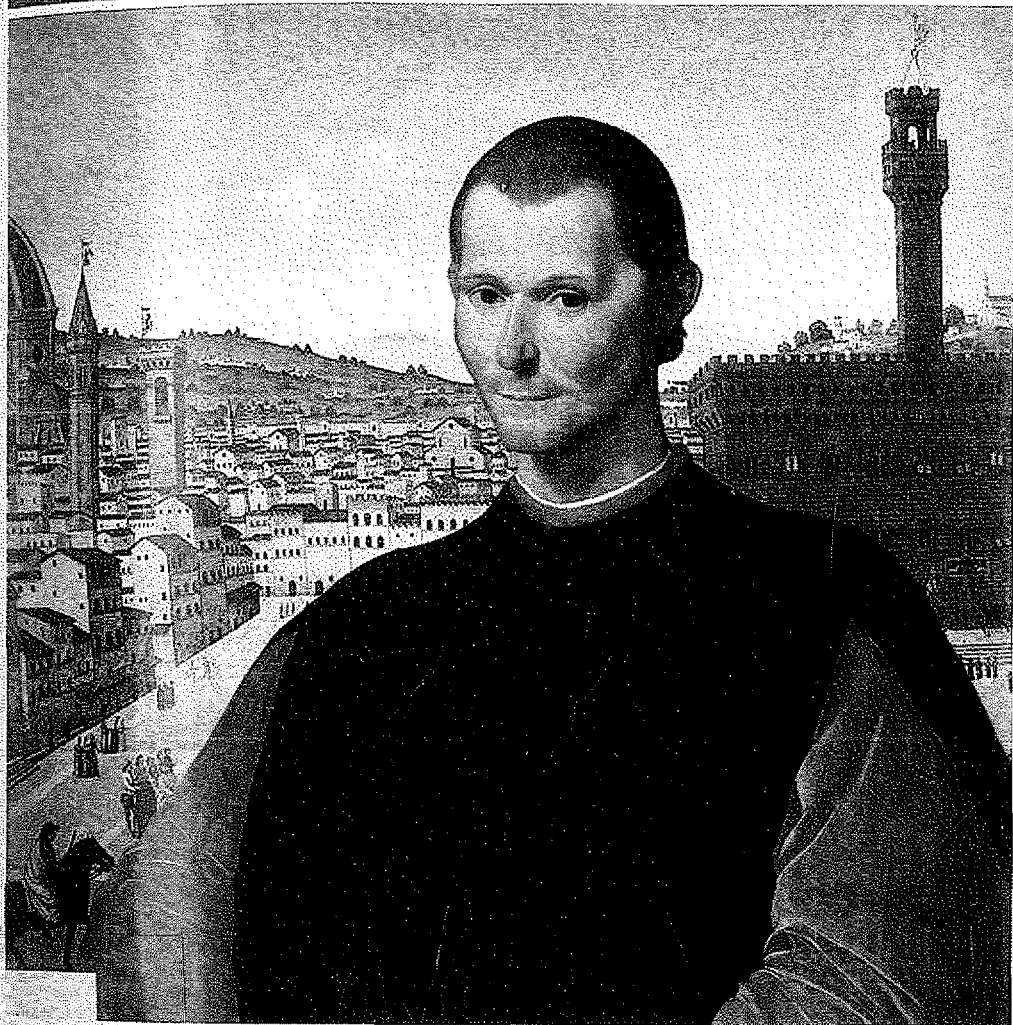


ganz1912

MAQUIAVELO

LOS TIEMPOS DE LA POLÍTICA



ociedad

avelo

PALE

UNIVERSITAT DE LLEIDA
Biblioteca



1600384696

CORRENTI

INTRODUCCION Y TRADUCCION
DE MARÍA TERESA NAVARRO SALAZAR

MAQUIAVELO

Los años en los que vivió Maquiavelo (1469-1527), comprenden una época de profundas transformaciones que invirtieron la visión del mundo hasta entonces dominante. Las grandes navegaciones y el descubrimiento de nuevos mundos abrieron horizontes desconocidos. Al propio tiempo, Italia y Europa atravesaban momentos cruciales: Francia, superado su conflicto secular con los ingleses, restableció su potencia; los reinos de España se unieron bajo una sola corona que deseaba imponer su hegemonía en Europa; los estados italianos estaban enfrascados en guerras que ponían en peligro su autonomía. En 1517, además, se produce en Alemania la revolución religiosa protestante, que sacó a la luz los cambios en las creencias religiosas y en los sentimientos del pueblo, y proyectó sobre el futuro de Europa sus consecuencias más dramáticas: las guerras de religión y la ofensiva de la Contrarreforma católica.

Maquiavelo era consciente de las transformaciones que estaban alterando la escena del mundo, y advirtió la necesidad de adecuar las instituciones y las reglas de la vida política a ese nuevo escenario. Además, las funciones que ejerció en la República florentina afinaron su reflexión.

Corrado Vivanti, uno de los máximos estudiosos de Maquiavelo, concilia en esta obra la actividad política y las obras más famosas del secretario florentino, desde *El príncipe* hasta *La Mandrágora*; desde los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* hasta *El arte de la guerra* y las *Historias florentinas*. Fundada en las lecciones de la Antigüedad y en la experiencia de las cosas modernas, la obra de Maquiavelo se muestra, una vez más, como un elemento indispensable para tener una idea más clara de los tiempos y del mundo.

Paidós Estado y Sociedad

www.paidos.com

www.espacioculturalyacademico.com

PVP 19,90 € 10011261



9 788449 328145

PAIDÓS ESTADO Y SOCIEDAD

Colección dirigida por Carme Castells

Últimos títulos publicados:

- M. Yunus, *Un mundo sin pobreza*
L. Napoleoni, *Economía canalla*
J. Gray, *Misa negra*
Z. Brezinski, *Tres presidentes*
A. Mattelart, *Un mundo vigilado*
U. Beck, *El dios personal. La individualización de la religión y el «espíritu» del cosmopolitismo*
M. C. Nussbaum, *India. Democracia y violencia religiosa*
D. Innerarity, *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*
P. Singer y J. Mason, *Somos lo que comemos. La importancia de los alimentos que decidimos consumir*
G. Vattimo, *Ecce comu. Cómo se llega a ser lo que se era*
W. Kymlicka, *Las odiseas multiculturales. Las nuevas políticas internacionales de la diversidad*
A. Touraine, *La mirada social. Un marco de pensamiento distinto para el siglo XXI*
Z. Bauman, *Mundo consumo*
M. Walzer, *Pensar políticamente*
J. Rifkin, *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*
P. Rosanvallon, *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad*
L. Napoleoni, *La mordaza. Las verdaderas razones de la crisis mundial*
A. Margalit, *La sociedad decente*
E. M. Wood, *De ciudadanos a señores feudales*
M. Yunus, *Las empresas sociales*
L. Napoleoni, *Maonomics. La amarga medicina china contra los escándalos de nuestra economía*
J. S. Nye Jr., *Las cualidades del líder*
A. Montebourg, *¡Votad la desglobalización! Los ciudadanos somos más poderosos que la globalización*
D. Innerarity, *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*
J. Rifkin, *La tercera Revolución Industrial. Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*
J. Gray, *Anatomía de Gray. Textos esenciales*
U. Beck, *Crónicas desde el mundo de la política interior global*
C. Casarino y A. Negri, *Elogio de lo común. Conversaciones sobre filosofía y política*
M. C. Nussbaum, *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*
K. R. Popper, *La responsabilidad de vivir. Escritos sobre política, historia y conocimiento*
L. Napoleoni, *10 años que conmovieron al mundo. 2001-2011*
S. Champeau y D. Innerarity (comps.), *Internet y el futuro de la democracia*
M. C. Nussbaum, *Las fronteras de la justicia*
F. Hollande y E. Morin, *Diálogos sobre la política, la izquierda y la crisis*
U. Beck, *Una Europa alemana*
Z. Bauman, *Sobre la educación en un mundo líquido*
C. Vivanti, *Maquiavelo. Los tiempos de la política*
M. C. Nussbaum, *La nueva intolerancia religiosa. Cómo superar la política del miedo en una época de inseguridad*

ganz1912

Corrado Vivanti

Maquiavelo

Los tiempos de la política

Introducción y traducción
de María Teresa Navarro Salazar



 **PAIDÓS**
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *Niccolò Machiavelli*, de Corrado Vivanti
Publicado originalmente en italiano por Donzelli Editore

Traducción e introducción de María Teresa Navarro Salazar

Cubierta de Judit G. Barcina

ganz1912

1ª edición, febrero 2013

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2008 Donzelli Editore

© 2013 de la traducción y de la introducción, María Teresa Navarro Salazar

© 2013 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.espacioculturalyacademico.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-2814-5

Depósito legal: B-29893-2012

Impreso en Reinbook Imprès
08750 Molins de Rei

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

<https://tinyurl.com/y794dggv>

<https://tinyurl.com/y9malmmu>

SUMARIO

Introducción de María Teresa Navarro Salazar	9
Prólogo	27
 I. EL SECRETARIO FLORENTINO	39
1. Un período oscuro: la primera mitad de su vida . . .	39
2. La relación con Savonarola	42
3. La actividad en la Cancillería	44
4. La correspondencia con los funcionarios del dominio	51
5. La actividad diplomática	55
6. La experiencia de las primeras legaciones	58
7. Las variaciones de la fortuna y las <i>Fantasías</i> <i>a Soderino</i>	65
8. La Ordenanza florentina	68
9. La derrota de Venecia y la conquista de Pisa	77
10. El final de la República y el regreso de los Medici. . .	82
 II. EXILIADO EN SU PATRIA	91
1. El confinamiento en Sant'Andrea	91
2. «He compuesto un opúsculo <i>De Principatibus...</i> » . .	94
3. El «mito» de <i>El príncipe</i>	101
4. La convivencia en los Orti Oricellari	117
5. Un comentario original de Tito Livio	121
6. <i>El arte de la guerra</i>	132

III. «NICOLÁS MAQUIAVELO, HISTORIADOR, CÓMICO Y TRÁGICO»	137
1. Una nueva época en la vida de Maquiavelo	137
2. La vuelta a la actividad	142
3. Los anales o la <i>Historia de Florencia</i>	148
4. «Las cosas realizadas dentro y fuera por el pueblo florentino»	153
5. La amistad con Guicciardini	169
6. La <i>Clizia</i> y los madrigales con música	176
7. Último acto	179
Apéndice. Notas en torno al término <i>estado</i> en Maquiavelo ..	191
Notas	217
Índice de nombres	247

Introducción

EL MAQUIAVELO DE CORRADO VIVANTI

El amplio estudio de Corrado Vivanti,¹ *Nicolás Maquiavelo. Los tiempos de la política*, vasta y rigurosamente documentado, propone un detallado y preciso recorrido a través de la vida, la obra y el entorno del secretario florentino. Ilustra en el prólogo cómo con los grandes viajes y el descubrimiento de América «nuevas tierras y nuevas poblaciones se incorporan al conocimiento común»; son novedades que, unidas a los avances científicos, fomentan un cambio de mentalidad y abren las puertas a la Edad Moderna, y Maquiavelo, en conjunción con el momento en el que vive, «destruyendo esquemas anticuados, elabora una reflexión política innovadora».² Vivanti expone aspectos de la vida del autor (1469-1527) engarzándolos en los acontecimientos que rigen la política florentina y la de otros Estados de Italia, y haciendo también referencia a la situación europea, justo cuando se cumple el paso del siglo xv al xvi y durante el primer tercio del siglo. Inicia la narración de los hechos en el momento en que Nicolás es contratado como secretario de la Segunda Cancillería de la República florentina en 1498, y plantea en paralelo su trayectoria de hombre público y de escritor, para terminar en la fatídica fecha de 1527 cuando, un mes antes de su muerte, Maquiavelo tuvo noticia del terrible saqueo de Roma por parte de las tropas de Carlos V.

El título lleva aparejado, además, un subtítulo fuertemente connotado, *Los tiempos de la política*, que invoca uno de los fundamentos políticos básicos para Maquiavelo, ya enunciado en las *Fantasías a Soderini*, como nos recuerda el mismo Vivanti, y es que los tiempos cambian y los hombres, si desean tener éxito en las empresas que emprenden, «deben saber actuar, conjuntando su manera de actuar con la época».³

En el capítulo «El secretario florentino» trata con profundidad distintos temas en los que Nicolás Maquiavelo figura como primer actor: desde el trabajo en la Cancillería donde crea un inmejorable ambiente y «transforma a sus subordinados en amigos»,⁴ a las relaciones con Savonarola, cuyos escritos —afirma— «mostraron la doctrina, la prudencia y la virtud de su ánimo»,⁵ sin olvidar la diplomacia, la guerra de Pisa y la creación de la milicia florentina, la caída de la República, y el regreso de los Medici al poder. En resumen, el ingente trabajo que el secretario desarrolló al servicio de su patria a la que «ama más que a su propia alma»,⁶ como él mismo declara.

«Exiliado en su patria», es el espacio en el que Vivanti retrata a un Maquiavelo desilusionado, triste y abatido, confinado en una pequeña aldea, alejado de todo contacto con los círculos intelectuales y políticos de Florencia, y en contacto también con los clientes de la taberna, con lo que «me encanallo» y «envuelto en esos piojos desmenmohezco mi cerebro y desfogo la maldad de mi suerte». ⁷ Narra cómo la correspondencia con Francisco Vettori «vino a sacarlo con sus cartas [...] de la soledad y tristeza de aquellos días»⁸ y cómo la falta de actividad se traduce también en un periodo de reflexión y lecturas. Al caer la noche nuestro secretario se viste dignamente y en compañía de sus libros entra en el círculo de los grandes escritores de la Antigüedad, con los que razona y discute. Son las lecturas que, en el retiro del Albergaccio, sumadas a su experiencia, propiciarán la creación de sus principales obras.

Bajo el título «Nicolás Maquiavelo, historiador, cómico y trágico»⁹ se desarrolla el capítulo en el que el autor repasa el quehacer teatral de Maquiavelo: las comedias *Andria*, *Las máscaras*, *La mandrágora* y *Clizia*, que incorpora la novedad de los madrigales con música. Recuerda que nada de lo intentado hasta entonces por Maquiavelo le había sido útil para restablecer sus relaciones con los Medici; sin embargo, el estreno de *La mandrágora*, sin quererlo, no sólo le valió los elogios del papa León X,¹⁰ sino que marcó el final de su ostracismo. «La vuelta a la actividad» política y literaria se produce de la mano del cardenal Julio de Medici que, después de la muerte de Lorenzo de Medici, el Joven, formula una consulta sobre

la reforma del estatuto de Florencia. Maquiavelo redactó entonces (1520-1521) el *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medices*¹¹ donde «no titubea para expresar desde un principio un juicio poco halagador sobre el “sistema” de los Medici»,¹² que convierten en papel mojado «los artificios de la ingeniería constitucional propuestos por Maquiavelo para dar vida a una república». ¹³ Además, el Estudio florentino, controlado por el cardenal, le encarga la redacción de la *Historia de Florencia* que Maquiavelo le presentará en 1525, cuando éste ya se ha convertido en el papa Clemente VII.

El volumen que Corrado Vivanti dedica a Maquiavelo concluye con un Apéndice en el que se reproduce su ensayo titulado «Notas en torno al término *estado* en Maquiavelo». En él analiza los diferentes significados que Maquiavelo asigna al término *estado*, que difieren de la concepción actual, con acepciones que indican ‘dominio territorial’, ‘connotación institucional’ o también ‘régimen’,¹⁴ significados para los que Vivanti aporta ejemplos, comparándolos con los reflejados en distintos diccionarios y obras de la época. Ilustra además la función —fundamental en el pensamiento de Maquiavelo— que asume la relación entre «justicia y armas» en la creación y estabilidad del Estado, que debe estar apoyado por buenas «leyes y ordenamientos».

NICOLÁS MAQUIAVELO, SECRETARIO DE LA REPÚBLICA DE FLORENCIA

Efectivamente, 1498 fue un año de cambios para la ciudad de Florencia: el fraile Savonarola, después de haber influido notablemente en la vida de la ciudad, era quemado en la hoguera por hereje; caía la República fundada en 1494 y se constituía una nueva república bajo el mando del confaloniero Pedro Soderini. El cambio de Gobierno dio una nueva orientación a la vida de Nicolás Maquiavelo, que en el mes de junio empieza su historia pública como secretario de la Segunda Cancillería de la República, que tenía a su cargo los asuntos internos y de la guerra, y antes de finalizar el año es nom-

brado, también, secretario de los Diez.¹⁵ Durante sus años de servicio activo (1498-1512) —vividos con intensidad—, además de atender los asuntos de Estado, porque «los quince años que me he pasado estudiando el arte del Estado no los he pasado ni durmiendo ni jugando»,¹⁶ Maquiavelo se vio convertido en un hombre de acción, tantas fueron las misiones que tuvo que desempeñar desplazándose por Italia y por toda Europa.

El mayor peligro con el que se enfrentaba Florencia era, entonces, el de la guerra contra Pisa, banco de pruebas para el secretario florentino que, no sólo sigue el desarrollo militar de la contienda, sino que simultáneamente cumple distintas misiones diplomáticas relacionadas con el conflicto. La experiencia acumulada durante este decenio (1499-1509), tanto en el campo de la milicia como en el de las relaciones entre Estados, le será fundamental, más tarde, a la hora de redactar *El príncipe*, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, *El arte de la guerra* o la *Historia de Florencia*.

De hecho, la situación de Florencia distaba mucho de ser fácil. Había pasado ya el momento en el que «pasear con un libro en la mano por las calles de Florencia garantizaba la misma seguridad que en otra ciudad llevar espada»,¹⁷ y su hegemonía dentro de Toscana se veía amenazada. El secretario florentino había advertido a sus compatriotas de la peligrosa situación en la que vivían con estas palabras: «Salid ahora de casa y mirad a vuestro alrededor: os encontraréis rodeados por dos o tres ciudades que desean vuestra muerte más que su propia vida». ¹⁸ A la rebelión de Pisa se unió más tarde la de Pistoia y, a lo largo del año 1501, Maquiavelo dedica parte de su actividad a los asuntos de esa ciudad, en la que partidarios y enemigos de Florencia provocan continuos disturbios. Con posterioridad, en 1502, no sólo se amotinó la ciudad de Arezzo, sino el vecino Valle del río Chiana, con el consiguiente peligro de que los rebeldes pudieran unirse a las tropas de César Borja, el duque Valentino, cercanas a la frontera de Toscana.

Fue precisamente la ambigua actitud del duque Valentino respecto a la República de Florencia lo que hizo reaccionar a los florentinos. Maquiavelo fue el encargado de redactar el escrito *Algu-*

nas palabras que decir acerca de la disposición del dinero, luego de haber hecho un breve proemio y una disculpa (1503), en apoyo de una ley que permitiera la exacción de más tributos, necesarios para efectuar nuevas levás. Se imponía, pues, la contratación de más soldados para que Florencia pudiera defender su supremacía dentro de Toscana y, a la vez, mantener su independencia frente a enemigos de fuera de sus fronteras, como César Borja o la República de Venecia.

Las visitas que Maquiavelo realiza a las zonas de conflicto dan lugar, primero, a una serie de misivas y despachos dirigidos a la Cancillería y a los Diez y, luego, a escritos como *Discurso sobre Pisa* (1499), *De los asuntos de Pistoia*¹⁹ (1502), *De la manera de tratar a los pueblos sublevados del Valle del Chiana* (1503), o *Disposiciones para la reconquista de Pisa* (1509). Este tipo de escritos, junto a los que irá redactando con posterioridad, recogidos después bajo el título genérico de «Escritos políticos»,²⁰ están directamente relacionados con sus actuaciones bien como legado, bien como experto en temas militares y de Estado en diferentes cometidos, siempre al servicio de la República.

LEGACIONES

La guerra de Pisa, además del seguimiento militar de la campaña, obliga al secretario a desarrollar una gran actividad diplomática. En una de sus primeras misiones ante Catalina Sforza, señora de Forlì, demuestra ya su habilidad para retratar fielmente las situaciones por las que atraviesa, visible en los despachos que redacta y envía a los Diez. Maquiavelo, precavido, había advertido también en el escrito *Algunas palabras que decir...* de la penosa situación en la que Italia estaba postrada: «Id más allá, salid de Toscana y considerad Italia en su totalidad: os daréis cuenta de que gira alrededor del rey de Francia, de los venecianos, del duque Valentino y del papa». En años sucesivos cumplirá diferentes legaciones ante el rey de Francia, César Borja, el papa y el emperador,²¹ árbitros del futuro

de Italia, y también ante gobernantes de diferentes Estados de la península.

Las cuatro legaciones que cumple en Francia, (1500, 1504, 1510 y 1511) revisten gran importancia para Florencia, su fiel aliada en Italia. La primera, que duró seis meses, fue, sin duda, fundamental por los contactos que estableció y las novedades que pudo observar. Los numerosos despachos y cartas dirigidos a la Cancillería están colmados de información; encontramos, no obstante, reflexiones más elaboradas acerca de Francia, la organización del Estado y la administración en los escritos *Discurso sobre la paz entre el emperador y el rey* (1501), *Del carácter de los franceses* (1500-1503), y *Retrato de los asuntos de Francia* (1510-1512). Maquiavelo, perenne defensor de las alianzas con Francia, analiza la potencia de ese Estado que, entiende, radica principalmente en que la corona «al transmitirse por herencia se ha visto enriquecida con los muchos estados que le han correspondido». Por otra parte, a diferencia de lo que sucedía en el pasado, ahora «todos permanecen unidos», porque «hoy los Señores más ricos y poderosos de Francia son de sangre y ascendencia reales por lo que, si llegara a faltar alguno de los que les preceden, la corona podría recaer en ellos mismos», de manera que ninguno se enfrenta con el rey. Además, al estar vigente el derecho de progenitura, los Estados no se dividen, lo que los hace más fuertes y permite además que «en el presente la caballería francesa sea la mejor que hay, porque todos son nobles e hijos de Señores, con la disposición de llegar a tal categoría»,²² porque los segundones eligen la carrera de las armas. En su primera misión ante el rey de Francia obtiene que éste imponga a César Borja el veto de atacar a los florentinos.

César Borja protegido por su padre, el papa Alejandro VI, había conquistado tierras en el centro de Italia con las que había creado el ducado de Romaña. Su poder entrañaba un peligro para Florencia; de hecho, ya había invadido Toscana con sus tropas en 1501. En junio de 1502, ante un nuevo peligro, el secretario florentino es enviado urgentemente en misión con la orden de *cavalcare prestissimo*. Recibido sin demora por el duque, éste le comunica de forma

abrupta su exigencia de que los Medici vuelvan al poder y de que Florencia cambie de Gobierno. Durante la segunda legación (octubre de 1502-enero de 1503), después de la conspiración urdida contra Borja por sus antiguos aliados, el duque «se encontraba en Imola preso de diferentes temores, ya que [...] sus soldados se enfrentaban a él y se veía desarmado y con una guerra en puertas». Las tropas del duque fueron derrotadas por los Vitelli y los Orsini y entonces éste, «siendo como era maestro de disimulos», negoció un pacto con ellos, pero mientras «no interrumpió sus preparativos» y, para no levantar sospechas, fue «repartiendo a las tropas por diferentes lugares de Romaña».²³ Maquiavelo fue testigo de la venganza del duque que mandó ejecutar fríamente a sus antiguos aliados. Los detalles aparecen en los numerosísimos despachos y misivas, y en la redacción definitiva de *El modo que utilizó el duque Valentino para asesinar a Vitellozzo, Oliverotto de Fermo, el señor Pablo y el duque de Gravina Orsini en Senigaglia* (1503).²⁴ En *El príncipe* es posible captar la fascinación que le causó César Borja. Alaba su capacidad de maniobra e «indicará cómo la rapidez de acción le conduce al éxito, y a la vez, no evitará anotar su buen gobierno por el que había sido apreciado por sus súbditos de Romaña».²⁵

La primera legación ante la corte pontificia de Roma (1503) tenía por objeto informar sobre el cónclave, del que salió elegido Julio II, y sondear las intenciones del papa respecto a la voluntad expansionista de Venecia, que amenazaba directamente a Florencia. En su segunda misión (septiembre de 1506) es enviado «a visitar a su Santidad el papa» a Roma «o al lugar en el que sepas que se encuentra».²⁶ Maquiavelo se desplaza con el séquito del papa, recorre los territorios de Romaña que el pontífice quiere reconquistar para el Estado de la Iglesia y redacta y envía a la Cancillería un notable número de documentos generados durante la misión.

En 1507 corrió el rumor de que Maximiliano de Habsburgo iba a entrar en Italia con su ejército, con la doble intención de echar de allí a los franceses y ser coronado emperador del Sacro Romano Imperio, en Roma. Florencia mandó a la Dieta de Constanza a un embajador, Francisco Vettori, para que informara si la expedición del

emperador era factible y si Florencia tendría que pagar lo que éste exigía para gastos de campaña. Como refuerzo, la República envió a Maquiavelo con instrucciones concretas, y en enero de 1508 llegó a Bolzano; luego fue a Trento y a Innsbruck.

La novedad que incorpora Maquiavelo en sus despachos es que, respecto a las misivas enviadas por otros legados, las suyas, aportan informaciones claras y precisas:

[...] habiendo oído razonar tantas veces a muchos [...] describiré todas las cosas de las que he ido haciendo acopio para que, aunque no claramente separadas, sino mezcladas en un conjunto, respondan a las preguntas formuladas.²⁷

Con ello proporciona, pues, directrices fiables sobre cómo proceder e «implícitamente dirige la política florentina, no limitándose al papel de informador, sino asumiendo el de activo colaborador político»²⁸ de la República. En 1509, Maquiavelo se desplazó a Mantua y a Verona para pagar al emperador el tributo solicitado de diez mil florines de oro. Las observaciones sobre aspectos y dificultades del Estado y la corte de Maximiliano y sobre el emperador están recogidas en los siguientes escritos: *Informe sobre los asuntos de Alemania* (1508), *Discurso sobre los asuntos de Alemania y sobre el emperador* (1509), y *Retrato de los asuntos de Alemania* (1512), que es, en realidad, una reelaboración del *Informe*.

MAQUIAVELO Y LA MILICIA

Durante la campaña de Pisa, Maquiavelo conoció, por experiencia, el mal funcionamiento de las tropas mercenarias que, si «gozan de gran reputación, manifiestan un comportamiento intolerable o sospechoso y, si tienen escasa fama, no son de ninguna utilidad»,²⁹ lo que influyó decisivamente en su propuesta de crear una milicia propia y estable para Florencia. Pero para crear la milicia hacían falta recursos. En el discurso, ya citado, que se le encarga para convencer

a la Señoría de que promulgue la ley de provisión de fondos, advierte de los peligros de un Estado débil:

Y el remedio estriba en disponer de suficientes efectivos [...] como para no dar ocasión, al encontraros desarmados, a que un poderoso solicite al rey que os entregue como presa, y como para no dar tampoco ocasión al rey a que tenga que abandonaros entre los perdidos, sino que debéis actuar de forma que deba estimaros y que no tenga la intención de haceros caer bajo el yugo de otros.³⁰

En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*,³¹ observa lo siguiente:

Creo que las alianzas hechas a la fuerza no serán respetadas ni por una república ni por un príncipe; creo que cuando aparezca el miedo a perder el Estado, con tal de no perderlo, tanto el uno como el otro romperán su palabra y se mostrarán desagradecidos.

El secretario considera que la inestabilidad de los pactos debe servir de enseñanza y así lo expone, advirtiendo que «no se puede poner en todo momento la mano sobre la espada ajena»,³² para que los florentinos vean la necesidad de contar con recursos para crear una milicia propia.

A pesar de la reticencia de los optimates, la clase dirigente, que temían que una milicia propia pudiera ayudar al confaloniero a hacerse con el poder, Maquiavelo consigue su objetivo y en diciembre de 1506 se crea en Florencia la nueva magistratura de *Los nueve oficiales de las Ordenanzas y de la milicia florentina*, de la que fue el primer secretario. «Al explicar *Cuál es el motivo de las Ordenanzas* Maquiavelo había evocado los dos elementos esenciales de la soberanía que, siguiendo la Constitución de Justiniano *Imperatoriam maiestatem* tenían que ser *armis decorata* y *legibus armata*, dotada de armas y armada de leyes.»³³

Redacta entonces dos escritos sobre la milicia: *Cuál es el motivo de las ordenanzas, dónde se encuentra y qué es lo que se debe hacer* (1506), y *Ordenanzas de la milicia florentina* (1506), y durante ese año

Por lo que respecta a las sectas, que pueden dañar o favorecer el gobierno de una república, Vivanti cita la *Historia de Florencia*: «La dañan las que van acompañadas por sectas y partidarios, la favorecen las que sin sectas ni partidarios se mantienen».⁴⁴ A su regreso al poder en 1512, los Medici imponen un Gobierno de bailía, es decir, con plenos poderes para reformar las instituciones del Estado, bajo sus directrices.

Con Lorenzo de Medici, el Joven, nieto de Lorenzo, el Magnífico y último heredero de los Medici (muerto en 1519), se extingue la línea directa de sucesión, ya que los cardenales Juan de Medici (León X) y Julio de Medici (futuro Clemente VII) son hombres dedicados a la Iglesia. Julio de Medici, que gobierna la ciudad, se dirige a Maquiavelo y le solicita que redacte un proyecto de reforma para Florencia. Nicolás escribe el *Discurso sobre los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Medici, el Joven* (1520) donde, partiendo de la situación creada, expone primero ciertas consideraciones, para formular luego una serie de propuestas: la nueva constitución no podría fundarse en un principado porque «querer establecer un principado para Florencia, donde la igualdad es muy grande, implicaría establecer primero la desigualdad [...]», y advierte al destinatario del *Discurso*, el papa León X:

En consecuencia, si Vuestra Santidad desea instituir en Florencia un gobierno estable para gloria vuestra y salvación de vuestros amigos, no puede más que organizar o un verdadero principado o una república que esté constituida por todas sus instituciones. El resto de las cosas son en vano y de muy corta vida.

Dos años más tarde, en diciembre de 1521, muere León X y se vuelve a plantear el problema acerca del régimen político que asumirá Florencia debido a la desaparición de los herederos directos de la dinastía Medici, de la que sólo quedaban Hipólito y Alejandro, ambos hijos bastardos. Maquiavelo redacta un breve texto, *Recuerdo al cardenal Julio sobre la reforma del Estado de Florencia* (1521-1522), en el que defiende dos instituciones propias de la República

de Florencia: el Gran Consejo⁴⁵ y el nombramiento de un confaloniero⁴⁶ a largo plazo, y aconseja al cardenal que las mantenga.

El cardenal, después de sondear las intenciones de los florentinos para ver cómo sería acogida la reforma del Estado de Florencia, vuelve a pedir el dictamen de Maquiavelo. Éste redacta la *Minuta de disposiciones para la reforma del Estado de Florencia. Año de 1522*, que es un retoque del proyecto precedente y empieza con estas palabras:

Nuestras magníficas y excelsas Señorías, considerando cómo no hay ni ley ni ordenamiento más digno de alabanza entre los hombres, ni más aceptado por Dios que aquél mediante el cual se instituye una verdadera, unificada y santa república en la que se aconseje con libertad, se delibere con prudencia y se ejecute con fidelidad [...].

La *Minuta* tiene forma de decreto y expone cómo modificar las instituciones para «encontrar el modo de que la República de Florencia se administre y gobierne para satisfacción del pueblo y seguridad de todo honrado y buen ciudadano». ⁴⁷ Enumera las instituciones que deben ser abolidas y las que tienen que ser rescatadas para garantizar la gobernabilidad de la República y añade una serie de consejos para lograrlo.

La perdurabilidad de un Estado descansa para Maquiavelo en un buen ordenamiento, así que cuando se produjo la quiebra del luqués Miguel Guinigi, en la que estaban involucradas familias de la nobleza florentina, y Maquiavelo fue enviado para gestionar el crédito impagado, dedicó el tiempo libre a observar el funcionamiento de las instituciones del Estado de Luca y a analizar lo que estaba bien legislado y lo que debía corregirse. En el *Sumario de los asuntos de la ciudad de Luca* (1520) afirma que para que las repúblicas y los principados se mantengan, además de la justicia y las armas, es necesaria la vigilancia del estado para conservar el equilibrio entre todos los estamentos ciudadanos. Critica su ordenamiento, porque «el que la Señoría no tenga autoridad sobre los ciudadanos está muy bien legislado», pero está mal que «la cabeza de la Repú-

blica se vea privada de majestad, ya que a la fuerza están ocupando el poder hombres sin reputación». Por otra parte, para que se pueda «juzgar cuál de los tres métodos, el Luqués, el vuestro o el de los Venecianos es el mejor»,⁴⁸ expone cómo se realizan allí la elección de los cargos, su duración, el tipo, las votaciones e ilustra carencias como la falta de una magistratura con autoridad para castigar a los díscolos.

LAS GRANDES OBRAS

Después de la caída de la República de Florencia y la vuelta de los Medici, el 7 de noviembre de 1512 Maquiavelo es cesado de todas sus actividades y condenado a un año de confinamiento; se le impone una fianza de mil florines de oro⁴⁹ y se le prohíbe cruzar el umbral de palacio, su lugar de trabajo durante casi quince años. Al título del escrito *Cuál es el motivo de las ordenanzas*, dónde se encuentra y qué es lo que se debe hacer⁵⁰ se ha añadido una frase en latín: *Post res perditas* [Después de la pérdida de todo]. Tres palabras que definen escuetamente la caída en desgracia del secretario. Además, acusado de conjurar contra los Medici, es encarcelado y torturado. Liberado al ser elegido papa León X, después de la dura experiencia de la prisión, sufre el confinamiento en Sant'Andrea en Percussina. En la quietud del campo inicia los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*⁵¹ que abandonará para redactar *El príncipe* (1513). Son obras elaboradas sobre situaciones y experiencias adquiridas en sus viajes, observaciones y coloquios que ha presenciado durante sus numerosas misiones y legaciones. Así, se lo escribe a Vettori:

Y, puesto que Dante dice que no existe ciencia si no se retiene lo que se ha oído, yo he tomado nota del capital que he acumulado a través de las conversaciones con ellos y he compuesto un opúsculo *De Principatibus*.⁵²

Si hablamos de un Maquiavelo escritor, junto a la redacción de escritos sobre la milicia o el Estado o la producción de sus grandes obras, no se puede olvidar su faceta de hombre de teatro. En el panorama teatral italiano *La mandrágora*⁵³ (1518), representada ese mismo año durante el carnaval, adquiere con gran rapidez el rango de obra maestra del teatro renacentista italiano. La comedia consta de prólogo y cinco actos y el título hace referencia a una planta de poderes afrodisíacos que, sin embargo, puede también provocar la muerte. Por ella desfilan personajes confiados, engañados por otros corruptos y sin escrúpulos, sobre los que el autor realiza una cruel y feroz crítica contra la credulidad y la corrupción de la sociedad.

La *Historia de Florencia* (1525) no es la primera de las obras históricas de Maquiavelo; para su redacción prosigue el discurso histórico ya iniciado con el *Decenal primero* (1504) y el *Decenal segundo* (1509) y, en especial, con otra obra más reciente, la *Vida de Castruccio Castracani de Luca* (1520), que sus amigos de los Orti Oricellari⁵⁴ habían juzgado tan buen modelo de narración histórica como para animarle a emprender la monumental tarea de la nueva composición. En realidad, la retribución por su contrato con el Estudio de Florencia por la redacción de *Los anales o las historias de las cosas realizadas por el Estado y la ciudad de Florencia* no era ciertamente espléndida, pero en compensación elevaba a Maquiavelo al rango de historiógrafo de la República, como habían sido sus predecesores en la Cancillería, Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini. No obstante, la historia escrita por el secretario se distancia de la de los dos anteriores, por ejemplo, en el tratamiento otorgado al discurso de un *ciompo*, un humilde cardador del gremio de la lana, introducido no como habían hecho sus predecesores, sino con ánimo de «denunciar la ficción que se esconde bajo el recurso a la utilidad colectiva».⁵⁵ Maquiavelo escogió redactar esta obra en italiano y no en latín, acogién dose a la posibilidad que le daba el contrato de redactarla «en lengua latina o toscana como le parezca», y es cierto, como afirma Vivanti, que «atribuir la elección del italiano a su escasa familiaridad con el latín, supondría aislar a Maquiavelo del mundo intelectual de su época».⁵⁶

Sus intereses lingüísticos se plasman en otra obra de madurez, considerada atípica respecto al resto de sus escritos, por el tema tratado. Es el *Discurso o Diálogo en torno a nuestra lengua*⁵⁷ (1525) escrita en defensa de la lengua de Florencia, el florentino, al que Maquiavelo atribuye «un valor singular» que «consiste en que ésta es más autosuficiente que cualquier otra»⁵⁸ de las lenguas de Italia. La redacción del *Diálogo* se enmarca dentro de la polémica sobre la *questione della lingua*, densa discusión en torno a las diferentes lenguas de Italia⁵⁹ en la que participaron grandes escritores y teóricos. La crítica ha concedido al secretario el mérito de haber conferido a la lengua una dimensión política⁶⁰ y ha valorado, además, su estilo como único, personal e inimitable. Maquiavelo utiliza un lenguaje conciso y descarnado, a veces, o preciosista y sublime, en ocasiones, con el que consigue el laconismo esquemático de las misivas o despachos oficiales donde trata asuntos de Estado, o el humor y la ironía en la descripción de usos y costumbres de otros países. Una lengua que se torna afable y cariñosa en las cartas familiares, divertida y osada en las comedias disolutas y solemne en la narración de los hechos más sobresalientes de la historia de Florencia. Una forma de expresión que revela al hombre sensible que, a pesar de la guerra, defiende los intereses de quienes resultan más perjudicados por ella. Así, en una carta a Antonio de Ridolfis,⁶¹ comisario de la guerra de Pisa, pide protección para un pobre barquero que se ha quedado sin trabajo porque los soldados le han requisado la barca «la quale mandava innanzi ed indietro caricha di malvagio» [con la que iba y venía cargada de malvasía]. Una lengua que imitarán muchos de sus contemporáneos y que servirá de modelo a escritores posteriores.

A lo largo de los siglos, la figura de Maquiavelo ha sido analizada, ciertamente, con falta de rigor no sólo en la crítica dedicada a sus escritos sino también en su faceta personal, destacando los rasgos más negativos de su carácter. En palabras de Vivanti:

En la historia del pensamiento político no encontramos ningún otro ejemplo de una corriente de ideas definida por la hostilidad hacia un autor, como es, precisamente, el caso del antimaquiavelismo, que durante más de dos siglos tuvo adeptos en toda Europa [...].⁶²

Maquiavelo que, como todo ser humano, convivía con sus propios defectos y cualidades fue, sin duda, «culpable» de haber sabido codificar con mayor rigor que sus contemporáneos una serie de prácticas políticas, ciertamente no ejemplares, pero corrientes en la Europa de la incipiente Edad Moderna. No obstante, el hecho de haber analizado y clasificado dichas prácticas, no significa forzosa-mente que las compartiera.

Rasgo sobresaliente de su carácter fue que, en todo momento, demostró ser un hombre fiel a su patria y durante toda su vida se comportó, de palabra y de obra, como un buen patriota. Ya en *El arte de la guerra* afirma que «el amor a la patria es causado por la naturaleza»;⁶³ y algunos años después inicia de esta manera el *Discurso o Diálogo en torno a nuestra lengua*:

Siempre que he podido honrar a mi patria, incluso bajo mi responsabilidad y riesgo, lo he hecho de buena gana, porque el hombre no contrae en su vida mayor obligación que la que contrae con ella, en primer lugar, porque de ella depende su existencia y, luego, todo lo bueno que nos han concedido Fortuna y Naturaleza; y la obligación es mayor todavía para aquellos a quienes la suerte les ha deparado una patria más noble.⁶⁴

Por otra parte, los servicios que Nicolás Maquiavelo prestó a su patria han dejado constancia inequívoca de su actitud hacia Florencia. Poco tiempo después de haber tomado posesión como secretario de la Segunda Cancillería, la campaña de Pisa le lleva a desarrollar una intensa actividad, militar y diplomática y, todavía un año antes de su muerte, en 1526, lo vemos en el campamento del ejército de la liga de Cognac, preparando el dispositivo militar para el asalto a Cremona. A principios de 1527, aún sigue en la brecha

mientras dispone diligentemente la distribución de las nuevas defensas de San Miniato, en las colinas que rodean Florencia, trabajando incansable para defender a su amada ciudad del ataque de las tropas españolas.

En mayo de ese mismo año, después de la caída de los Medici, vuelve a Florencia con la secreta esperanza de poder volver a recuperar su sitio en la Cancillería, vana ilusión que agrava la enfermedad de estómago que padecía. Muere en Florencia el 21 de junio de 1527, pobre, como siempre había vivido.

MARÍA TERESA NAVARRO SALAZAR

Prólogo*

El arco cronológico que comprende la vida de Maquiavelo, 1469-1527, se presenta como una época de profundas transformaciones que repercuten incluso en la concepción misma del mundo dominante hasta entonces. En aquellos momentos, las largas navegaciones y los viajes de descubrimientos abren de par en par horizontes desconocidos sobre océanos nunca surcados con anterioridad, y nuevas tierras y nuevas poblaciones se incorporan al conocimiento común. Por otra parte, el periodo a caballo entre los siglos xv y xvi contempla como Italia y Europa pasan por acontecimientos que modifican las fronteras de sus estados, alterando el equilibrio internacional. Francia, una vez superado el secular conflicto con los ingleses, restaura su potencia; los reinos españoles se unen bajo una única corona que, gracias a los imperios conquistados del otro lado del Atlántico y a sus tesoros, podrá imponer su hegemonía en Europa; los Estados italianos, desconcertados ante la expedición del rey de Francia, Carlos VIII, se ven envueltos en guerras por las que, casi todos, pierden su autonomía. En 1517 prende en Alemania la revolución religiosa protestante, que se extiende muy pronto por otros países, poniendo de manifiesto los profundos cambios acaecidos en las creencias y los sentimientos populares, pero sus más dramáticas consecuencias —las guerras de religión y la ofensiva de la Contrarreforma católica— sólo se harán realidad en años posteriores a la tercera década del Cinquecento.

* Nota de la traductora. Se han traducido frases en latín y en francés del original, así como versos italianos recogidos en algunas notas. Nuestra traducción se consigna siempre entre corchetes. Las citas en español de la *Divina Comedia* proceden de la edición de Ángel Crespo, Dante Alighieri, *Comedia*, Madrid, Planeta, 1983.

Maquiavelo es consciente de las transformaciones que están alterando el escenario mundial y, en consecuencia, advierte la exigencia de que las instituciones y las reglas de la vida política se adecuen a él. Sus funciones en la Cancillería florentina lo conducen al desarrollo de una actividad que le da a conocer los problemas, los mecanismos de un Estado italiano y, a la vez, lo introduce en las grandes cuestiones de la vida europea. De ese modo, los cometidos que ejerce en política y en la Administración de la República amplían su reflexión, concediéndole concreción y precisión, mientras que la actividad diplomática, desarrollada cerca de las potencias transalpinas, le hace entender la nueva correlación de fuerzas y la necesidad de introducir en la vida italiana principios y leyes acordes con la nueva realidad. Captar el nexo de unión entre su actividad y sus obras, que muy pronto se convierten en fundamentales para entender los hechos de los hombres unidos en sociedades políticas, es el motivo que fundamenta este libro, que pretende examinar las vicisitudes de la biografía de Maquiavelo y ofrecer, a la vez, una relación de sus escritos más famosos, de *El príncipe* a *La mandrágora*, de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* a *El arte de la guerra* o la *Historia de Florencia*. Como él mismo afirma, su obra —basada en la lección de las cosas antiguas y en la experiencia de las cosas modernas— se propone «trabajar [...] los asuntos que yo crea comportan un beneficio común»,¹ es decir, una mejor comprensión de los tiempos y del mundo.

Que Maquiavelo era consciente del riesgo al que se exponía con sus escritos, nos lo dice él mismo con una comparación en consonancia con la época, tan rica en historias de navegación y viajes de descubrimientos. «La naturaleza envidiosa de los hombres —escribe al principio de los *Discursos*— [convierte el hecho de] encontrar nuevos modos y ordenamientos en algo no tan diferentemente peligroso [como ir en busca de] mares y tierras desconocidas.» Las aventuras del espíritu, sin embargo, lo atraían con fuerza y sentía que el hecho de afrontar los problemas de la vida política que planteaban los acontecimientos y los cambios del momento respondía a una exigencia moral de la crisis italiana, que él vivió con intensa,

dolorosa pasión. Así, su búsqueda se inserta también en «el descubrimiento del mundo exterior y del hombre» que, Jacob Burckhardt, al estudiar la civilización del Renacimiento, definiría como característica esencial de la cultura de esa época.² Son años en los que, junto con los modos de vida y la forma de pensar, se modifican las instituciones políticas y religiosas y los hábitos mismos de la existencia cotidiana. La época de los grandes descubrimientos geográficos es también la época de una búsqueda impulsada hacia más dilatados horizontes en todos los campos.

Los obstáculos que se creía que habían sido interpuestos por la naturaleza al saber humano habían desaparecido, y el hombre seguía «virtud y conocimiento», tal como había incitado a actuar el Ulises de Dante, un poeta muy apreciado por Maquiavelo. Caía la barrera de las columnas de Hércules, como había anunciado otro poeta al que también apreciaba, Luigi Pulci, quien había afirmado la existencia de pueblos y ciudades en las antípodas, por lo menos tres lustros antes de que Colón o Vasco de Gama emprendieran sus expediciones transoceánicas.³ Los grandes viajes por mar rompían la visión de una esfera terrestre bloqueada a los viajes y al tráfico por el tórrido calor que habría impedido, no sólo vivir allí, sino incluso cruzar la franja central del globo, como afirmaba una doctrina inveterada,⁴ y Ariosto, amigo de Maquiavelo, cantaría a los «nuevos Argonautas y nuevos Tífi» que abrirían «un camino desconocido hasta el presente».⁵ La apertura de par en par de espacios nuevos y de nuevos cielos, gracias a los recientes conocimientos geográficos, era un fenómeno que iba a trastocar doctrinas enraizadas, mientras que con la presencia de poblaciones en el continente apenas descubierto, más allá del océano, entraba en crisis la fe en la universalidad del mensaje de Cristo y de los apóstoles, que sería difundido en Pentecostés por todas las tierras habitadas, según documentaba la Epístola a los Romanos, 10,18: «In omnem terram exivit sonus eorum» [En toda la tierra emergió su sonido]. Lo recuerda Guicciardini, no sin una sutil ironía, en la *Historia de Italia*.⁶ Si para una nueva concepción del mundo, de la esfera terrestre y del ecúmene, es necesario esperar a la publicación del *De revolutionibus orbium*

cælestium de Copérnico, no podemos, no obstante, sustraernos a la indicación que el mismo autor ofrece en el prólogo de la obra, al revelar que esta idea «llevaba escondida» en su interior «no desde hacía nueve años», sino «desde hacía cuatro veces nueve años».⁷ También se propondría entonces la concepción heliocéntrica del cosmos, destinada a demoler, a pesar de la oposición de las iglesias cristianas, la teoría tolemaica a principios del siglo XVI que, por lo menos metafóricamente, se nos puede aparecer, según los vaticinios del siglo precedente, como la época de las «grandes conjunciones».

De esa manera, en los años en los que una nueva visión del mundo se va perfilando y se va abriendo al conocimiento de los europeos, destruyendo esquemas teóricos anticuados,⁸ Maquiavelo también elabora una reflexión política innovadora. Se ve estimulado a ello tal vez por el hecho de que en la época en la que las grandes monarquías prevalecían por encima de antiguas fragmentaciones territoriales, Italia, entonces quizá la nación más desarrollada de Europa, regida por potentados incapaces de mirar más allá de sus mezquinos intereses, había entrado en crisis. Se parecían —decía el rey Fernando de Nápoles— a «ciertos pequeños pájaros de rapiña que, incitados por la naturaleza, desean con tanta ansia lograr la presa, que no se dan cuenta de que un pájaro más grande vuela por encima de ellos para matarlos».⁹

La obra del secretario florentino encuentra su espacio en el agotamiento de concepciones y preclusiones que hasta entonces habían regulado la vida de la *respublica christiana*, contemplada idealmente como proyección terrenal de la Ciudad celeste, en la que ética religiosa, política y economía se confundían en una única ley dominante. Pero sus escritos se enfrentan, a menudo, con la reflexión humanista cuya referencia obligada, más o menos manida, seguían siendo las doctrinas cristianas y los principios platónicos o aristotélicos. Maquiavelo sólo toma en consideración la realidad y en sus escritos jamás encontramos una evocación a las «autoridades», de manera que, cuando Vettori le cita la *Politica* de Aristóteles para sostener que los suizos, por su Gobierno confederal no pueden convertirse en

una potencia conquistadora, replica irónicamente que no sabe «lo que dice Aristóteles sobre las repúblicas sin raíces» y recuerda, sin embargo, la diferencia entre la realidad del momento presente y la del momento en que escribía el filósofo de la Antigüedad.¹⁰ Los acontecimientos contingentes o, por decirlo con sus palabras «los asuntos humanos» siempre en movimiento, que «al no poder permanecer estables, conviene que asciendan o descendan»,¹¹ se imponen a su atención y lo empujan a examinar los problemas de la política en la evolución de la dura realidad, sin ninguna pantalla doctrinal.¹² El único principio que regula su juicio, relacionando su experiencia de secretario florentino con la reflexión más tardía de *El príncipe* y de los *Discursos*, es la necesidad de adecuarse al momento, según las exigencias y los diferentes comportamientos de la naturaleza humana.

Por tal motivo, los hechos de su existencia se entremezclan continuamente con la formulación de su pensamiento y para entenderlo, es necesario conocer los acontecimientos de su vida. «De la mente de Maquiavelo —ha escrito un gran historiador del siglo XIX, Francisco De Sanctis— sale el mundo moderno del Estado»,¹³ y sus escritos, vistos a la luz de los profundos cambios que intervienen en el saber que caracteriza a su época, se configuran, no sólo como propuestas dictadas por la realidad italiana de entonces, sino en general como una enseñanza abierta hacia el futuro.

Un autor tan controvertido por su crudo realismo estaba naturalmente destinado a enfrentarse con los defensores de las doctrinas que él mismo ponía en tela de juicio. Después del gran periodo de innovaciones y descubrimientos que había abierto perspectivas desconocidas al pensamiento, la reacción religiosa de la Contrarreforma asestaría un duro golpe a las obras que, desde campos diferentes, habían minado los que por entonces estaban considerados como valores irrenunciables de la fe. Tanto las novedades del saber humanista como las afirmaciones de la revolución científica fueron igualmente sacudidas por duras condenas, que no dejaron de desfogarse incluso sobre sus defensores, si todavía seguían vivos. Desde esa perspectiva, el Índice de libros prohibidos se puede leer, desde su

primera edición bajo Pablo IV, como la lista de textos que contribuyeron a la apertura del pensamiento europeo al iniciarse la Edad Moderna.¹⁴ Las primeras escaramuzas llegaron significativamente desde Venecia, por entonces el mayor centro editorial de Italia. Juan Bautista Busini en una carta a Benedicto Varchi en 1549 le informaba: «Aquí se ha prohibido e impedido vender todas las obras de nuestro Maquiavelo y quieren excomulgar a los que las tengan en su casa». Y añadía con previsión: «Que Dios ayude a Boccaccio, Dante, Morgante y Burchiello».¹⁵ Si Lucrecio sufrió el riesgo de correr la misma suerte, Erasmo fue golpeado de inmediato, y en 1557 Ariosto, Boiardo y Folengo se salvaron a duras penas de una condena.

Por lo que respecta a Maquiavelo, hay que decir que en la historia del pensamiento político no encontramos ningún otro ejemplo de una corriente de ideas definida por la hostilidad hacia un autor, como es, precisamente, el caso del antimaquiavelismo, que durante más de dos siglos tuvo adeptos en toda Europa, ni de un autor cuya obra haya sido tratada fraudulentamente hasta el punto de que se haya convertido, en muchos aspectos, en un sistema de principios contradictorios a sus intenciones genuinas.¹⁶ Baste recordar que en la Edad de las Luces, el cansado trabajo exegético llevado a cabo para superar la hostilidad declarada contra él, llevó a inventar una interpretación de *El príncipe* como una «trampa» tendida a los Medici para involucrarlos en una empresa tan ambiciosa que se convirtiera en el anuncio de su caída, o también como una denuncia consciente de los ríos de lágrimas y de sangre que manaban del cetro de los soberanos.¹⁷ Por otra parte, algunas interpretaciones historiográficas recientes que, en cierto modo, terminan por someter los escritos de Maquiavelo a una lectura forzada, pueden ser consideradas como un patrimonio de intenciones destinadas a ennoblecer el pensamiento del secretario florentino. A menudo se ha querido encorsetar su pensamiento en un molde interpretativo particular; en otras palabras, se ha querido encuadrarlo dentro de una ideología. Por recordar sólo una escuela crítica de nuestra época de notable prestigio —representada, por ejemplo, por la obra de Pocock—,¹⁸ el secretario florentino aparece como padre de una corriente de

pensamiento en la que se expresan convicciones y reflexiones inspiradas por un modelo republicano, capaz de imponerse a lo largo de los siglos en las dos orillas del Atlántico.¹⁹

En referencia a tal interpretación, podemos destacar cómo en esta lectura de Maquiavelo ha influido la construcción crítica elaborada a partir de 1928 por Hans Baron,²⁰ que ha definido como «humanismo civil» el movimiento florentino de ideas que se formó al iniciarse el siglo XIV durante la lucha contra Juan Galeazzo Visconti, y que se desarrolló durante el siglo siguiente, precisamente, por la defensa de la *libertas* de las Ciudades-Estado en contra de la tiranía del duque milanés. Dejando de lado el juicio polémico que el autor de la *Historia de Florencia* ha dejado sobre Leonardo Bruni, el político y pensador que Baron juzga como uno de los máximos exponentes de esa tendencia intelectual, y sobre la aversión declarada respecto al régimen oligárquico instaurado entonces en Florencia, dominado por los Albizzi, la idea republicana se ha convertido a menudo en clave de interpretación para la obra de Maquiavelo.

Que los sentimientos republicanos estuvieran bien vivos en él es algo que no admite duda y resulta bastante claro en distintos fragmentos de sus escritos. Baste recordar la afirmación de que «una república tiene una vida más amplia y una buena fortuna más prolongada que un principado, porque puede adaptarse mejor a los diferentes temporales» (*Discursos*, III, 9). Forzando en alguna medida el significado, se puede asociar la palabra *república* con la expresión «vivir libre» y verla exaltada, por lo tanto, con tonos apasionados cuando afirma que «todas las tierras y naciones que viven libres en cualquier parte [...] consiguen grandísimos beneficios» (ibíd., II, 2). A pesar de ello, sus preferencias se expresan en términos empíricos, sin proponer nunca mediante aserciones absolutas que la república sea el Gobierno preferible. Su espíritu realista, su aversión por los modelos abstractos, su sentido de la diferencia —«de cómo se vive a cómo se debería vivir» (*El príncipe*, cap. XV)— le llevan a observar con distancia el mundo en el que actúa y a comprender la variedad de exigencias de los hombres y de las distintas sociedades. Sabe bien que «un pueblo acostumbrado a vivir bajo un

príncipe, si por cualquier incidente se convierte en libre, mantiene la libertad con dificultad», de la misma manera que «un pueblo corrupto, que llega a ser libre puede con enorme dificultad mantenerse libre» (*Discursos*, I, 16 y 17). Por ello, considera que sería equivocado proponer un solo tipo de gobierno para todas las ocasiones; por eso explica que en las naciones donde hay «gentilishombres» que «están al mando de castillos y tienen súbditos que los obedecen» para dar órdenes se necesita «una mano regia» (*ibíd.*, 55).

En resumen, el que afirmaba que en política «conviene más ir detrás de la verdad efectiva del asunto que imaginárselo» y se mofaba de quien había pensado en «repúblicas y principados que nunca se han visto ni conocido que existieran» (*El príncipe*, cap. XV) no tendía ciertamente a establecer de forma abstracta la preferencia de un régimen político respecto a otros. Además, ese Estado «perfecto» estaría naturalmente en contradicción con el cambio continuo de las cosas y con la necesidad política de transformarse y adaptarse al cambio de los tiempos y las circunstancias. Estos principios se ilustran en *El príncipe* y en los *Discursos*, hasta tal punto que se ha querido explicar la composición de *El príncipe* sopesando la convicción de que en una «sociedad corrupta» —como lo era la Italia de su época— era indispensable un poder fuerte para regenerarla. Pero ya desde 1506 en las *Fantasías a Soderino* había observado cómo se veía «con gobiernos distintos conseguir lo mismo y actuando de forma diferente llegar a un mismo fin», para concluir: «Las épocas son distintas y el orden de las cosas es diferente», por ello «a uno se le cumplen *ad votum*, sus deseos y es feliz el que conjunta su modo de proceder con el de su época». Es ésta una idea madre de su reflexión que se repite y se expone en las grandes obras de madurez. Así en *El príncipe* (cap. XXV) leemos que se observan resultados diferentes a partir de una misma acción, «lo que no se origina de otra cosa que no sea de la cualidad de la época que se conjunta, o no, con su forma de proceder»; y en los *Discursos* (III, 8) se advierte que «los hombres en su forma de proceder y mucho más en las grandes acciones tienen que considerar el momento y acomodarse a él».

En el contraste que se puede verificar entre las acciones de los hombres y el cambio de los tiempos, se abre un espacio en el que la fortuna puede actuar con toda su potencia, demoliendo reinos y repúblicas y poniendo todo patas arriba, como «uno de esos ríos impetuosos que, cuando se encolerizan anegan llanuras, derriban árboles y edificios, quitan terreno de un lado y lo añaden en otro; todos huyen ante ellos, todos ceden ante su ímpetu». Pero si los hombres son capaces de prevenir con tiempo «con protecciones y terraplenes», o sea, están dotados de «virtud», su «libre albedrío» puede llegar a prevalecer (*El príncipe*, cap. XXV). Eso era lo que le había faltado a Italia, porque sus príncipes habían creído que podían continuar comportándose como habían hecho en el siglo xv, cuando los Estados de allende los Alpes se veían absorbidos por sus acontecimientos y no intervenían en los asuntos de la península. Esos poderosos no habían entendido la novedad que constituía el avance de Carlos VIII, que había trastocado por completo la situación de la península, precisamente por la falta de adecuación de sus ordenamientos y la incapacidad de sus gobernantes. Pero los «quince años que he estado estudiando el arte del Estado» —escribe a Vettori el 10 de diciembre de 1513— lo habían empujado a meditar sobre la posibilidad de superar aquella crisis. Sin capacidad ya para actuar en la vida política, de la que había sido expulsado, se esforzaba por buscar una salida a través de la reflexión, alimentada por el fruto de su experiencia junto a su conocimiento del pasado.

Maquiavelo no pierde nunca la esperanza de llegar a encontrar un remedio para los males que afligen a Italia: podía ser la llegada de un personaje de excepción, como el soñado en *El príncipe* o también una prolongada obra de educación que, extrayendo enseñanzas del modelo de la Roma de los primeros siglos, estuviera encaminada a construir un pueblo «virtuoso». Ilustrará la idea a sus amigos de los Orti Oricellari y ellos lo espolearán a escribir «todo lo que he aprendido a través de una prolongada práctica y una continua lección de las cosas del mundo». En una y otra obra, los elementos que componen «todos los Estados, todos los dominios» son ponderados atentamente pero, como podemos observar sobre todo en los

Discursos (I, 8), las indicaciones aportadas se imponen precisamente por su relativismo. En la vida política no puede estar vigente una norma absoluta a causa de la modificación continua de las condiciones, que hay que valorar, para establecer un Gobierno capaz de mantener la estabilidad de los ordenamientos del Estado. Fue, precisamente, esa ausencia de referencias a valores superiores e intangibles la que hirió profundamente a los espíritus dogmáticos, prestos a condenar su obra.

Por otra parte, la tenacidad con la que persigue la idea que debe prevalecer por encima de todo, y su disposición a sacrificarlo todo por ella —curar la corrupción italiana con una obra profundamente reformadora, capaz de asegurar el bienestar de la patria—, se nos presenta como el aspecto más dramático de su personalidad. Su inteligencia le hacía comprender cuán desesperado era el objetivo que se proponía; su espíritu irónico lo empujaba a reírse del material del que disponía y, no obstante, el impulso apasionado que le llevaba a implorar a Guicciardini hasta el último momento «*Liberate diuturna cura Italiam*» [Liberad a Italia de la prolongada tribulación] seguía atormentándolo con la esperanza de encontrar una «rendija... para su redención» que asumiera los rasgos de una religión civil.

Deseo dar las gracias a Chantal Desjonquères por haberme propuesto que rehiciera y ampliara para su editorial las introducciones a los volúmenes de las *Obras* de Maquiavelo editadas en Pléiade Einaudi, incitándome de ese modo a componer este volumen, que sale ahora en italiano por iniciativa de un viejo amigo que fue alumno mío en Turín, Carmine Donzelli. A él también mi gratitud.

Turín, julio de 2008

C. V.

MAQUIAVELO

El secretario florentino

1. UN PERIODO OSCURO: LA PRIMERA MITAD DE SU VIDA

Puede parecer curioso que ignoremos casi todo sobre Maquiavelo hasta ese 15 de junio de 1498, en el que, con 29 años se convirtió en secretario de la Cancillería florentina; casi como si su vida hubiera empezado cuando entró al servicio de su ciudad natal. Es verdad que estuvo tan profundamente unido a Florencia como para declarar en una carta de los últimos meses de su vida: «Amo a mi patria más que a mi alma».¹

Las escasas noticias que tenemos de su juventud nos han llegado gracias al *Libro di ricordi* de su padre Bernardo.² Éste era doctor en leyes y pertenecía a una familia que en siglos anteriores había estado incluida entre los «populares de casas notables», llamada a ocupar varias veces magistraturas importantes en la ciudad; sin embargo, luego había decaído, sobre todo con la ascensión de los Medici³ al poder. Por el diario de Bernardo comprendemos que sus condiciones no eran florecientes y que el ambiente en el que creció Maquiavelo fue bastante modesto. Él mismo declaró: «Nací pobre y aprendí a penar antes que a gozar».⁴

A los 7 años empezó a estudiar los primeros rudimentos de latín y a los 12, a componer en esa lengua. Si no recibió una instrucción humanista⁵ refinada, tampoco debemos tomar al pie de la letra las indicaciones del historiador Pablo Giovio, que afirma que Maquiavelo no tenía «ningún conocimiento de letras latinas o que, en cualquier caso, el que tenía era mediocre».⁶ Resulta poco creíble que en la época más gloriosa del humanismo florentino fuera llamado a desempeñar el cargo de secretario de la Segunda Cancillería —que se ocupaba

no sólo de los asuntos internos, sino también de la guerra y, por lo tanto de las relaciones con otros Estados— un joven casi desconocido que ignorara la lengua usada corrientemente en los actos públicos y en las relaciones internacionales.⁷ En realidad, la afirmación de Giovio habrá que interpretarla en el sentido de que estimaba que las nociones de Maquiavelo eran insuficientes para componer obras en esa lengua y habrá que tener presente, también, que su encuentro con Maquiavelo se produjo cuando éste estaba componiendo la *Historia de Florencia*. Su elección de escribirla en italiano, en los años en los que se había iniciado un vivo debate sobre la lengua vulgar, pudo suscitar cierto desdén en Giovio, que se consideraba historiador y que siempre redactó sus obras en latín. En cambio, no parece que Maquiavelo aprendiese griego, si bien en aquel momento Florencia era el máximo centro en Europa de la nueva cultura helenista, donde, por ejemplo, perfeccionó su instrucción el humanista Guillermo Budé, de quien puede decirse que fue el introductor del nuevo saber en Francia. Precisamente sobre el hecho de que Maquiavelo no supiese griego se harán diversas conjeturas durante mucho tiempo, hasta llegar a explicar cómo pudo servirse del sexto libro de Polibio, del que todavía no había una traducción latina impresa, cuando lo utilizó para los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.⁸

Por el *Libro di ricordi* deducimos que Bernardo Maquiavelo era un lector curioso, bien de obras recientes como *Italia illustrata* o las *Decades* de historia de Flavio Biondo, bien de textos antiguos, de Cicerón a Plinio, a Claudio Tolomeo.⁹ Por eso, en fecha 22 de septiembre de 1475 anota que ha pactado con el impresor Niccolò Alamanno la redacción del índice de nombres geográficos contenidos en las *Deche* de Tito Livio, y el 5 de julio de 1476 que ha conservado «como premio a mis fatigas» las páginas impresas de la obra.¹⁰ El joven Maquiavelo, por lo tanto, tuvo la facilidad de leer a Livio bastante pronto; es más, sabemos por su padre que con 17 años él mismo llevó la obra a encuadernar en media piel. No pocas discusiones e hipótesis referentes a los *Discursos* se podrían aclarar si ese volumen hubiera llegado hasta nosotros o conociéramos, por lo menos, qué edición poseía Bernardo.

Del tercer decenio de su existencia, periodo ciertamente decisivo para su formación intelectual, sólo se trasluce alguna débil señal.¹¹ En la Biblioteca Vaticana se ha encontrado un códice, transcrito verosímilmente por Maquiavelo durante ese arco temporal, con el *De rerum natura* de Lucrecio, el poema que había sido descubierto a principios de siglo en un convento de San Galo.¹² Es lícito suponer que un trabajo tan costoso no fuera emprendido sin un interés real por ese texto de altísima poesía, pero esencial a la vez para el conocimiento de una corriente de la filosofía griega con la que sin duda congeniaba, como nos percatamos por los numerosos ecos que de ese pensamiento encontramos en su obra.

De cualquier modo, los estudios de sus años juveniles debieron centrarse principalmente en los historiadores y pensadores políticos de época clásica, recurrentes en sus obras como Tito Livio, Tácito y Salustio, y entre los griegos, Polibio y Jenofonte. Son los autores a los que es lícito suponer que se refería cuando en 1513 escribía la famosa carta a su amigo Francisco Vettori comunicándole que había escrito *El príncipe*:

Al caer la noche, me vuelvo a casa y entro en mi despacho; y en la puerta me despojo de mi vestido cotidiano, lleno de barro y lodo y me pongo vestiduras reales y curiales; y revestido con la debida decencia entro en las cortes antiguas de los antiguos hombres, donde, una vez recibido con amor por ellos, me alimento de ese manjar que es sólo mío, para el que nací; donde no me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles la razón de sus actuaciones; y, por su humanidad, ellos me responden; y durante cuatro horas no siento ningún aburrimiento, olvido toda angustia, no temo a la pobreza, no me desconcierta la muerte, todo mi ser se transfiere en ellos.¹³

Por otra parte, tampoco los libros de derecho que poseía el padre fueron ajenos a sus reflexiones; una atenta lectura de sus escritos revela ecos en algunas de sus páginas.¹⁴ Aunque el nombramiento para la Cancillería florentina ya no requería en su época una formación como notario, la preparación jurídica había formado parte de la instrucción de Maquiavelo.

2. LA RELACIÓN CON SAVONAROLA

Cuando Maquiavelo entró en la Cancillería de la República, la vida política florentina atravesaba un periodo de transición agitada. Sólo habían pasado cuatro años desde que Pedro, el hijo de Lorenzo el Magnífico, después de sesenta años de poder de los Medici, había sido expulsado en 1494 por su comportamiento «tiránico» y por haber entregado al rey de Francia algunas plazas fuertes, de modo que se había restaurado el Gobierno republicano. Mientras tanto, se había impuesto la austera figura del dominico Jerónimo Savonarola, que con su rigorismo religioso y moral parecía encarnar la severidad de la «florentina libertas», restablecida después de años de larvado régimen señorial. Pero los excesos por imponer una dura disciplina en las costumbres y el enfrentamiento con la Roma papal, con la que las finanzas de Florencia estaban ligadas a través de tantos canales, desembocaron en la caída del fraile. Una vez condenado a muerte, el 23 de mayo de 1498, como obsequio a la fulminante excomunión del papa Alejandro VI, fue colgado y quemado en la plaza de la Señoría. Por poco tiempo se tuvo la impresión de que se iba a imponer el partido aristocrático, pero el «Gobierno ampliado» instituido por Savonarola no se modificó y el Consejo mayor, que era su principal órgano, se mantuvo activo.

La entrada de Maquiavelo en la Cancillería pocos días después del suplicio de Savonarola plantea algunos interrogantes. En febrero del mismo año había fracasado en un intento anterior para acceder a ese cargo, pero entonces, aunque ya debilitados, dominaban todavía grupos de poder partidarios de Savonarola. La actitud de Maquiavelo hacia el fraile dominico se ha visto, generalmente, como decididamente hostil, es más, en el siglo XIX los dos personajes fueron confrontados como representantes emblemáticos: uno del perdurar de la Edad Media, otro de la nueva edad del Renacimiento; o como también se dijo, la edad de la fe y de la ciencia. Pero este juicio estaba basado, sobre todo, en la carta que, pocos meses antes de la caída de Savonarola, Maquiavelo escribió a Ricardo Becchi, embajador florentino en Roma, que le había pedido noticias «de las cosas

de aquí relativas al fraile». El cuadro que traza Maquiavelo es resueltamente negativo y, al final después de haber ilustrado los sermones pronunciados en la iglesia de San Marcos, concluye: «De ese modo, según mi parecer, se va acomodando al momento y llevando a la práctica sus mentiras». ¹⁵

No hay duda de que en ese momento, cuando Savonarola todavía conservaba el poder, la opinión de Maquiavelo era contraria a la suya; sería, no obstante, erróneo juzgar esta opinión en términos absolutos. Bien es verdad que el fraile, con una visión alejada y enfrentada a las ideas de Maquiavelo, concebía la sociedad civil e incluso la República al servicio de la religión, pero su apoyo a la creación de un «Gobierno ampliado», es decir abierto a un número bastante elevado de ciudadanos, fue visto favorablemente por Maquiavelo y en los *Discursos* afirma que los escritos de Savonarola «mostraron la doctrina, la prudencia y la virtud de su ánimo». ¹⁶ A pesar de ello, en el verano de 1497, Maquiavelo llegó a alinearse en contra del modo de actuar de Savonarola, puesto que éste había hecho que se violara una ley, que él mismo había apoyado, para impedir que cinco ciudadanos, acusados de conspiración, escaparan de la condena capital. El episodio aparece mencionado en el primer *Decenal* (v. 153), la crónica en verso de los acontecimientos italianos entre 1494 y 1504 y también es recordado en los *Discursos*, precisamente como continuación al fragmento en el que muestra un aprecio general por los escritos del fraile. Evidentemente, después de tantos años, en la memoria de Maquiavelo se conservaba todavía como una grave culpa política de Savonarola. De hecho, escribe que:

[...] entre otras constituciones para dar seguridad a los ciudadanos, [había] mandado promulgar una ley por la que se podría apelar al pueblo en las sentencias en las que, por casos de Estado, de los Ocho y de la Señoría dieran [...]. Ocurrió que, poco después de la confirmación de ésta, la Señoría condenó a muerte, por cuenta del Estado, a cinco ciudadanos y queriendo ellos apelar, no se les dejó y no fue observada la ley. ¹⁷

La transgresión deliberada de una ley, siguiendo intereses partidistas, resultaba repugnante para Maquiavelo, que además no aprobaba el fervor religioso por el que el fraile se sentía inclinado a practicar una política de división entre los ciudadanos. Como explica en la carta a Becchi, Savonarola en su sermón «formó dos bandos, uno que militaba bajo Dios, y ése era el suyo y el de sus partidarios, y el otro bajo el diablo, que era el de los adversarios».¹⁸ No sabemos si Maquiavelo había madurado ya la idea, después desarrollada en los *Discursos*, de que las luchas internas de una ciudad pueden ser ventajosas para la vida política si al final se recomponen, creando nuevos ordenamientos y nuevas leyes. De todos modos, su tendencia a lograr la unión entre los ciudadanos se manifiesta desde los primeros años de su vida política, por ejemplo en el intento, entonces fallido, de acercar a Alamanno Salviati —el mayor exponente del grupo de los optimates— al confaloniero Pedro Soderini. Son razones que explican por qué después del suplicio de Savonarola, los hombres de gobierno florentinos pudieron juzgar que las opiniones de Maquiavelo estaban lejos de las de los *llorones*, los seguidores de Savonarola, y elegirlo, por lo tanto, secretario de la Segunda Cancillería, dándole precedencia sobre otros ciudadanos más connotados políticamente.

3. LA ACTIVIDAD EN LA CANCELLERÍA

El problema acuciante para Florencia en los días en que Maquiavelo entró en la Cancillería, era el de la guerra de Pisa. La antigua república marinera, conquistada por los florentinos en 1406, había reivindicado su libertad cuando Carlos VIII entró en la ciudad en 1494 y el soberano francés se la había concedido.¹⁹ Florencia había tratado inútilmente de que el rey se la devolviera y, posteriormente, había intentado reconquistarla por la fuerza; sin embargo, Pisa había resistido y había encontrado protección en Venecia que, después de haberle enviado una guarnición, había declarado la guerra a Florencia, consiguiendo penetrar en su territorio. La ame-

naza para Florencia era grave, y mucho más todavía porque en el séquito del ejército veneciano se encontraba Pedro de Medici, que podía contar todavía con partidarios en la ciudad de la que había sido señor. Florencia, que para combatir a los pisanos había asoldado a un famoso condotiero, Pablo Vitelli, lo había mandado a enfrentarse con los venecianos y había conseguido detener su marcha. La guerra amenazaba con erosionar a las tropas en campaña y los venecianos que, mientras tanto, se habían aliado con el nuevo rey de Francia, Luis XII, que codiciaba hacerse dueño del ducado de Milán, habían aceptado en 1499 el ofrecimiento del duque de Ferrara, que se había propuesto como mediador en el conflicto entre las dos repúblicas, y habían retirado las tropas. Ahora Florencia podía concentrar sus esfuerzos en Pisa, pero la solución no iba a ser rápida; la guerra iba a durar todavía diez años, contribuyendo notablemente a debilitar a la República, tanto en el plano interior, como en el ámbito internacional. En agosto de 1499, Vitelli lanzó un ataque contra la ciudad rebelde, que fracasó estrepitosamente; cuando ya las milicias florentinas habían abierto una amplia brecha en las murallas de la ciudad, el condotiero no supo o no quiso aprovechar la confusión en la que habían quedado sumidas las defensas enemigas y mandó que sus tropas se retiraran. Los pisanos pudieron entonces organizarse y rechazar a los florentinos que, al sospechar de la traición de Vitelli, lo arrestaron y lo decapitaron. No es, por tanto, casual que el primer escrito político de Maquiavelo trate de Pisa y de la necesidad «de usar la fuerza» para volver a someterla al poder de Florencia; y una de sus primeras cartas es la dura réplica destinada a un canciller luqués que había acusado a los florentinos de haber matado a su condotiero para no pagarle.²⁰

Las funciones de Maquiavelo no estaban bien definidas, o mejor dicho, no estaba bien definida la división del trabajo entre la Primera y la Segunda Cancillería. En líneas generales, se puede decir que mientras la Primera Cancillería se ocupaba de los asuntos exteriores, la Segunda tenía a su cargo principalmente los asuntos internos y la práctica de la guerra.²¹ Sabemos, sin embargo, que Maquiavelo

también desarrolló muy pronto misiones diplomáticas. Ciertamente por encima estaba su superior, el titular de la primera Cancillería, Marcelo Virgilio de Adrián Berti, que gozaba precisamente del título de canciller y que a su oficio unía el de la enseñanza en el Estudio florentino; pero el que luego sería conocido como el «secretario florentino» tuvo amplia libertad de acción precisamente por la falta de determinación de sus funciones y, es más, casi inmediatamente fue nombrado también secretario de la magistratura responsable de los asuntos exteriores, los Diez de Libertad y Paz.

Si bien los cancilleres no eran ya los más prestigiosos literatos y estudiosos que habían pasado por ese oficio, desde Coluccio Salutati a Leonardo Bruni y a Poggio Bracciolini,²² en ese ambiente de trabajo, la tradición humanista seguía estando viva, hasta el punto de que se ha podido afirmar que Maquiavelo pudo sacar de allí sugerencias culturales, comparables a las que recibió más tarde frecuentando a los jóvenes amigos de la casa de los Rucellai.²³ Lo cierto es que la actividad cancillerescas contribuyó a su madurez intelectual en una medida que no resulta fácil de evaluar adecuadamente. De hecho, el secretario florentino tuvo ocasión de expresar, no sólo su ingenio político, sino en general sus dotes y sus gustos literarios. El estudio de autores antiguos no es, evidentemente, una actividad que inicia en la soledad en la que se vio obligado a vivir después de la caída de la República en 1512 como lo atestigua, por ejemplo, una carta del 1 de octubre de 1502, en la que su más íntimo colaborador, Biagio Buonaccorsi, le comunica la dificultad de encontrar en Florencia un ejemplar de las *Vidas* de Plutarco que había pedido y el tono impaciente con el que se expresa hace suponer que no era la primera vez que le habían encargado conseguir libros tan difíciles de encontrar.²⁴ Por otra parte, si la pérdida de la comedia *Las máscaras* compuesta por Maquiavelo durante aquellos años, espoleado, parece ser, por el mismo Marcelo Virgilio, no nos permite valorar la precocidad de su *vis comica*, el asiduo trabajo de su despacho y las distintas misiones que lo llevaron fuera de Florencia, no le impidieron componer el primer *Decenal* y los *Capítulos*, que han sido considerados cercanos a las *Sátiras* de Ariosto como género de poesía de cuño horaciano.

Por otro lado, precisamente el hecho de que el primer trabajo publicado por Maquiavelo fuera el primer *Decenal* y que sus primeras reflexiones de carácter moral y político encontraran expresión en los *Capítulos* induce a pensar que en esos años todavía dudaba si, escribiendo en prosa vulgar, podría afrontar cuestiones como las expuestas en las composiciones en verso. Así, cuando en el soneto escrito en la cárcel *Tengo Julián en la pierna dos grilletes* protesta «¡así tratan a los poetas!», su mayor producción intelectual conocida era precisamente en verso y, sin duda, estaba convencido de que ésa era la forma a la que debía confiar su propia fama; seguía pensándolo todavía en 1517, cuando escribía a Ludovico Alamanni para lamentarse de que Ariosto no lo hubiera incluido en el «santo coro de las Musas» que acoge alegremente al cantor de Orlando al final del poema. Hay que subrayar cómo a la cotidiana actividad en la Cancillería podemos atribuir una función mayéutica respecto al escritor en prosa; de hecho, en el desarrollo de su cometido iba madurando la costumbre de tratar los problemas corrientes de la República florentina a través de cartas de gobierno, correspondencia diplomática y diferentes escritos políticos ocasionales en los que, a menudo, trataba consideraciones de carácter general, formulando expresiones y argumentos que, más tarde, encontraremos en sus grandes obras políticas. Es cierto, sin embargo, que su hábito intelectual sólo juzgaba posible una reflexión profunda, si se exponía a través de un estilo capaz de mantener la comparación con la tradición de los clásicos. «Considerando, por lo tanto, cuánto honor se atribuye a la Antigüedad», como observaría al principio de los *Discursos*, durante los primeros años, no debía parecerle adecuado redactar en vulgar textos capaces de hablar de la realidad presente con la profundidad de argumentación y de perspectiva que se había propuesto. Si hoy estamos en condiciones de señalar la manera en la que algunos juicios políticos afloran en determinadas anotaciones de crónicas y diarios de la época,²⁵ lo cierto es que los modelos propios y verdaderos son escasos. Alberti y Palmieri habían recurrido al diálogo en vulgar para las reflexiones sobre la familia y la vida civil, adoptado luego por Maquiavelo en *El arte de la guerra*, pero «el

razonar sobre las repúblicas» y el «hablar» sobre los principados habían sido patrimonio de la lengua latina todavía con Poggio y Pontano. Más tarde, pondrá en boca de Fabricio Colonna que «nadie sin inventiva fue jamás un gran hombre en su oficio»,²⁶ y Maquiavelo se convirtió también en «gran hombre», inventando sus propios modelos estilísticos sobre el ejemplo de autores del pasado. Pero durante sus primeros años, la ideación conceptual y su traducción al texto en prosa resultaban difíciles de realizar, mientras que la poesía ofrecía una forma expresiva de vasta y decorosa tradición. Si bien es verdad que las comparaciones con los cantares y otras composiciones en rima, tomados como ejemplo para el primer *Decenal*, han sido puestas en tela de juicio, hay que reconocer, sin embargo, —como ha sugerido Ridolfi—,²⁷ que para la narración en verso de «argumento popular» sí existía una lengua, mientras que para el «discurso» político no.

En las cartas privadas que han llegado hasta nosotros sorprende el clima cordial y bromista que vemos prevalecer en la relación con sus ayudantes, Biagio Buonaccorsi, Agustín Vespucci —sobrino del gran navegante— y Andrés de Rómulo. Desde los primeros días en que desarrolla su cometido como secretario, éstos le manifiestan su adhesión, lo que demuestra cómo su organización del trabajo transforma a sus subordinados en amigos; bromea con él con toda libertad y cuando está lejos de Florencia le mandan misivas en las que, junto a noticias y asuntos relativos a la Cancillería, aderezados a menudo con bromas, incluso pesadas, y no raramente procaces, resuena siempre la petición de recibir sus cartas y la exhortación a que vuelva cuanto antes. De esa manera, Biagio Buonaccorsi, el 22 de agosto de 1500 lamentándose por el prolongado silencio de su superior, de viaje por Francia, revela su cariñoso afecto estallando: «Mi Maclavelle, que te caigan encima mil enfermedades, porque hacéis que vivamos con gran ansiedad».²⁸ Y a finales de octubre del mismo año Agustín Vespucci, que firma «tuyo, tuyísimo en la Cancillería»²⁹ le escribe cuán gratas son sus cartas, pero que espera poder volverlo a ver pronto en Florencia, porque parece que así lo ha decidido la Señoría. Todos en la Cancillería, añade, sufren la nostal-

gia del «iucundus [...] sermo tuus urbanus et suavis»³⁰ [tu jocoso [...] lenguaje, urbano y dulce] con el que aligera y alegra su trabajo, y por eso deploran «animus iste tuus equitandi, evagandi ac cursitandi tam avidus» [ese espíritu tuyo tan ávido de cabalgar, vagar y corretear]³¹. Evidentemente, los cometidos que lo llevaban a recorrer los caminos de Italia y de países del otro lado de los Alpes debían de atraer a Maquiavelo, que anhelaba conocer nuevos horizontes, nuevas costumbres y hombres de todo el mundo. En resumen, a partir de esta correspondencia resulta evidente el carácter cordial y abierto de Maquiavelo que, por ejemplo, también conocemos por la famosa carta a Francisco Vettori del 10 de diciembre de 1513, en la que habla de su relación con los leñadores, de sus conversaciones con los que pasan por la hostería para conseguir «noticias de sus países», con la curiosidad por aprender «nuevos gustos y distintas fantasías de los hombres», o también de las tardes en la que «me encanallo durante todo el día jugando a la escoba, al triquitraque» con el tabernero, el carnicero, el molinero y dos tejeros.³²

Las entrañables trivialidades de esta correspondencia revelan un clima de íntima complicidad y de alegría familiar que debía de ser un rasgo de la Secretaría de Maquiavelo, similar al de su diligencia. «Vuestras cartas —escribe el 23 de octubre de 1502 otro de los ayudante de la Secretaría— nos son muy gratas a todos y los dichos y chascarrillos que en ellas usáis nos llevan a cada uno de nosotros a morirnos de risa y nos causan gran placer.»³³ No menos festivos debían de ser los recibimientos de los amigos cuando Maquiavelo volvía de sus misiones diplomáticas. Desde Blois, Roberto Acciaiuoli, que lo ha sustituido como embajador en la corte de Francia, se muestra envidioso por los amigos que lo iban a recibir en Florencia. El 7 de octubre de 1510 escribe:

Me parece estar viendo a Casa [Felipe Casavecchia] y a Francisco [Del Nero] y a Luis [Guicciardini] el ir a vuestro encuentro y apartaros de vuestra casa apenas hayáis llegado, y llevaros a un lugar al aire libre o a Santa María del Fiore, para vaciaros del todo y escuchar los asuntos de por aquí.³⁴

Ciertamente, sería importante comprender mejor qué era lo que unía a este círculo de funcionarios, alrededor del cual se pretendía formar —siguiendo una línea de la que encontramos huellas en la Cancillería florentina del siglo anterior— a un conjunto de personas motivadas para intentar apoyar las nuevas estructuras de la República florentina. Se trataba de ciudadanos que debían de estar unidos por su orientación política, pero también por intereses económicos y culturales, capaces de reemplazar a la vasta clientela creada anteriormente por los Medici.³⁵ No obstante, es lícito observar que Maquiavelo podría haberse visto inducido a comportarse familiarmente con sus colaboradores, no sólo por su carácter, sino precisamente porque, como buen político, sentía la necesidad de crear en palacio un grupo de personas que se pusieran de acuerdo para favorecer el consenso en torno al confaloniero. La solidaridad que sus ayudantes expresan a Maquiavelo, la aprensión y las llamadas de alarma que, de vez en cuando, resuenan en sus misivas a causa de la hostilidad partidista provocada por su actividad y por las funciones que desarrolla como estrecho colaborador de Soderini, deben ser consideradas ciertamente como demostración de amistad, pero también como señal indudable de la cohesión existente entre ese conjunto de funcionarios. Son, por lo tanto, páginas que hay que leer como rastro de la difícil operación política que se estaba fraguando en torno al confaloniero perpetuo. Desgraciadamente, la mayor parte de las cartas privadas escritas por Maquiavelo en esos años se ha perdido, cuando de ellas podríamos, quizá, haber captado cuáles eran realmente sus propósitos.

Por lo que tiene que ver con la naturaleza y, por lo tanto, con el tono de tal correspondencia, es lícito suponer que no difiere mucho de la que mantuvo más tarde con Vettori, al que escribía en enero de 1515:

Quien ojeara nuestras cartas [...] y viera la diversidad entre ellas, se sorprendería bastante, porque ahora les parecería que éramos grandes hombres, serios, dedicados exclusivamente a asuntos importantes [...], pero luego, al pasar la página, les parecería que éramos frívolos, inconstantes y lascivos, dedicados a cosas fútiles.³⁶

Y concluía con un rasgo típico de su pensamiento:

Esta forma de proceder, si a alguien le parece vituperable, a mí me parece loable, porque imitamos a la naturaleza que es variada, y el que la imita no puede ser reprendido.

Son rasgos de Maquiavelo que encontramos de manera constante, a lo largo de toda su correspondencia. Si en una carta a Luis Guicciardini del 8 de diciembre de 1509 la narración de una fea aventura erótica tiene el tono de un relato,³⁷ todavía diez años después, en las cartas cruzadas con su hermano Francisco Guicciardini, junto a graves reflexiones, captamos la vivacidad de escenas que sugieren la comparación con las de su comedia *La mandrágora*. Y algo de ese temperamento permanece, incluso, en la correspondencia oficial.

4. LA CORRESPONDENCIA CON LOS FUNCIONARIOS DEL DOMINIO

Necesariamente las cartas «públicas» mantienen un carácter y un estilo diferentes al de las privadas, pero también en éstas encontramos tonos personales que traslucen cómo muchas comunicaciones oficiales no son meras transmisiones de órdenes y disposiciones de Gobierno. La amplitud de este material —piénsese que sólo de los cuatro primeros años (1498-1501) se han conservado dos mil quinientos documentos autógrafos de Maquiavelo—, ha determinado que, a diferencia de la correspondencia diplomática, las cartas de Gobierno sólo se han ido publicando recientemente y únicamente de forma parcial.³⁸ El interés de estas cartas estriba en que nos permiten seguir su actividad cotidiana en la Cancillería y observar la intensa relación mantenida con el personal local y con funcionarios que ejercen distintas funciones. Además ofrece un conocimiento detallado de las diferentes localidades del dominio florentino y de las necesidades de sus habitantes. Son elementos que nos ayudan a entender cómo Maquiavelo llegó a dominar los problemas de la vida interna de la República; de manera que luego, cuando tenga



que trabajar para poner en pie la Ordenanza, que preveía el enrolamiento de súbditos del dominio, sabrá proceder con competencia y comprensión ante las diferentes situaciones particulares.

Desde las primeras misivas se pone de manifiesto su capacidad para desembrollar los asuntos más disparatados y sorprende la autoridad de su tono. «Tienes que haber recibido la carta que ordena a esos ballesteros que obedezcan —escribe al comisario de Pescia—. [...] Tendrían que haber obedecido; si no lo han hecho, oblígales a hacerlo.»³⁹ Pero se ocupa también de su sustento y dispone que los taberneros del lugar procuren el pan y vino necesarios, garantizándoles el pago. Cuando en una pequeña aldea no lejana de la zona bélica de Pisa, se desatan desórdenes provocados por las tropas allí acantonadas, recomienda que se tomen medidas adecuadas, y recuerda al comisario del lugar «que son soldados y que todos los soldados están más bien inclinados a obrar mal que a realizar buenas obras, por lo que es necesario [...] usar una grandísima prudencia». Si es oportuno, «disimular en tantas cosas» y por otra parte, si es necesario «castigar con mucha acritud», comportándose «según pida el momento, el modo y el lugar»;⁴⁰ y años más tarde escribiría que era necesario «encontrar el modo de proceder de acuerdo con el momento»,⁴¹ un principio —como veremos— que imprime carácter a su obra política. Puede incluso recurrir a fórmulas casi manidas, por ejemplo cuando dirige al *podestà* de Empoli, que por motivos personales ha abandonado su puesto, una áspera «reprimenda» en nombre de «todos los que como buenos ciudadanos anteponen el bien de la patria a su propio bienestar y de aquellos a los que no les importa, con tal de salvar a la República, someterse a cualquier peligro, aunque sea muy grave».⁴² Pero lo imperioso de la orden de que vuelva inmediatamente a su puesto revela el pulso de quien, en las obras mayores indicará repetidamente la exigencia de saber decidir sin tergiversar. Es una actitud que aparece casi teorizada en una carta al vicario de Pescia, que no había tenido la valentía de castigar, sin haber recibido previa autorización, a algunos propietarios de tierras que habían contravenido la prohibición de exportar trigo, corriendo el riesgo de que Pisa fuera aprovisionada en su asedio.

«Hay muchas cosas que convendría más bien atender a su ejecución que ponerlas en conocimiento y pedir consejo», le reprocha. ¿Cómo podía dudar de «que nosotros te lo impidiéramos, habiéndote escrito al respecto varias veces y tan encarecidamente»? Ahora tenía que actuar con prontitud, «sin ningún respeto [...], sin miramientos hacia cualquier tipo de delincuente».⁴³ Pero en otros casos su espíritu burlón se dispara; es el caso de mayo de 1501 cuando Valentino está atravesando el dominio florentino y contesta al vicario de Scarperia, una aldea de los Apeninos, que había «escrito varias cartas plagadas de tantas exclamaciones y de tantos temores que parecían ser excesivos, ya que tenía el campamento a su alrededor y en tierra cien brazas de muralla». Le explica la situación y lo tranquiliza, irónico:

Y quédate tranquilo que no va a venir aquí a un campamento organizado, con artillería y otros instrumentos adecuados para expugnar una tierra como ésta. Y si de todas maneras fueran a venir, la artillería no vuela, tiene que atravesar las montañas y ciertamente tendremos que oírlos y cuando los oigamos nos ocuparemos de vosotros, de manera que no es necesario asustar de ese modo a nuestros súbditos.⁴⁴

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero lo que importa es subrayar cómo, a través de la práctica cotidiana cumplida desde los primeros meses en la Cancillería florentina, Maquiavelo realiza un aprendizaje que le permite comprender los mecanismos de la República. Además él mismo nos lo ha dicho cuando ha hablado de los «quince años que he estado estudiando el arte del Estado».⁴⁵ Es una expresión que nos puede hacer pensar en la utilizada por Burckhardt cuando en *La civiltà del Rinascimento in Italia*, al hablar de los tiranos de aquella época, observa que construyeron su Estado como una obra de arte. En realidad el significado de la frase de Maquiavelo es completamente distinto. En una carta a Vettori del 9 de abril de 1513 escribe:

La Fortuna ha querido que no sabiendo razonar ni del arte de la seda, ni del arte de la lana, ni de ganancias ni de pérdidas, me conviene razonar sobre el Estado y tengo necesidad o de consagrarme al voto de silencio o de razonar acerca de él.⁴⁶

Está claro, por lo tanto, que el término *arte* nada tiene que ver con la creación individual, que de cualquier modo responde a criterios estéticos, como en las páginas de Burckhardt, sino que significa oficio, actividad artesanal, como son precisamente los gremios de la lana y de la seda; es, en resumen, una práctica incesante, realizada día a día, como la que podemos seguir a través de los documentos de la Cancillería. Todo esto nos muestra al hombre de gobierno, que podría pasar inadvertido si centráramos nuestra atención únicamente en el teórico de la política o el enviado ante príncipes y papas. A su experiencia en la Cancillería debe también el realismo práctico que lo empuja a mofarse en el capítulo XV de *El príncipe* de los que «se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni conocido que existieran».⁴⁷

Del estudio de esta correspondencia surge la realidad vital y compleja del territorio florentino y podemos entrever cómo se gobierna un conjunto heterogéneo de ciudades, aldeas y villas, con estatutos a menudo diferentes, sometidas a una gran Ciudad-Estado. Nos damos cuenta, además, de cómo esa administración se va modificando al empezar la Edad Moderna. Al mismo tiempo comprendemos cómo el secretario florentino consigue conocer directamente el temperamento de los habitantes y entender las relaciones que se establecen entre diferentes lugares. De esa experiencia se servirá para establecer la Ordenanza florentina, la organización de las milicias de la República, valorando las diferentes posibilidades para enrolar a sus habitantes, precisamente, porque sus funciones lo habían llevado a visitar e inspeccionar las distintas localidades. Por eso, en el informe redactado para ilustrar «Cuál es el motivo de las Ordenanzas...» explica que ha elegido empezar por los habitantes de la comarca cercana a Florencia y no enrolar a los habitantes del «distrito», es decir del territorio del dominio, valorando como imprudente una decisión semejante, especialmente si se trata de zonas donde hay «grandes nidos», es decir, centros urbanos como Arezzo, Cortona, Volterra, Pistoia, etc.⁴⁸ En los *Discursos* (II, 2) escribirá que «entre todas las duras servidumbres, la que te somete a una república es durísima [...], porque la finalidad de la república

es enervar y debilitar a todos los demás cuerpos, para que el suyo crezca».⁴⁹ En efecto, si en términos generales las comunidades más importantes conservaban el derecho de autoadministración, la que dominaba conseguía controlar la organización fiscal, la regulación alimentaria, la servidumbre del mercado, las disposiciones del comercio y las vías de comunicación, y por encima de todo, la que era la prerrogativa por excelencia de la soberanía: la administración de justicia.⁵⁰ De tal manera que los diferentes «distritos» del dominio a menudo tenían que tascar el freno y, precisamente, al principio de su trabajo en la Secretaría, Maquiavelo había visto rebelarse, después de Pisa, a Pistoia y especialmente a Arezzo y toda la región circundante del Valle del Chiana. No es casual que el escrito de esos años que preanuncia con mayor claridad el modo de razonar del Maquiavelo maduro sea *De la manera de tratar a los pueblos sublevados del Valle del Chiana*, que parece anticipar los *Discursos* —incluso partiendo de una cita de Tito Livio—, para proponer a Florencia, en relación con su dominio, un comportamiento capaz de «imitar a los que fueron amos del mundo».⁵¹

5. LA ACTIVIDAD DIPLOMÁTICA

También las misivas enviadas en el curso de las legaciones muestran, a menudo, tal vigor expresivo como para admitir comparaciones con la correspondencia privada o con las obras posteriores. Esto es válido en general para argumentar sobre las distintas situaciones que ilustra con lucidez y las hipótesis que expone, pero por encima de todo, por la presentación tan vital que hace de los personajes a los que ha conocido.

Valga como ejemplo el retrato de César Borja en la carta del 26 de junio de 1502.⁵² El hijo del papa Alejandro VI se había adueñado entonces de las ciudades de Romaña, ocupándolas en nombre y bajo autoridad de la Iglesia, y el 21 de junio había conquistado incluso el Ducado de Urbino, expulsando a Guidubaldo de Montefeltro. La Señoría florentina, preocupada por la presencia en sus

fronteras de ese ambicioso hombre de poder que, entre sus condottieros tenía a Vitellozzo Vitelli, a quien atribuía la rebelión de Arezzo y del Valle del Chiana, envió como embajador ante él a Francisco Soderini, por entonces obispo de Volterra, acompañado por Maquiavelo. El primer coloquio con César Borja fue bastante tempestuoso, puesto que éste pretendía ni más ni menos que los florentinos cambiaran directamente de Gobierno. Maquiavelo relata el dramático enfrentamiento citando las mismas palabras del duque que «sin grandes circunloquios» declaró: «Este Gobierno [de Florencia] no me gusta y no me puedo fiar de él; tenéis que cambiarlo». Luego, al final de la carta traza un retrato distante del personaje:

Éste es un Señor muy admirable y magnífico y con las armas es tan animoso que no hay cosa por grande que sea que no se le antoje pequeña; y por la gloria y por adquirir estatus, nunca descansa ni reconoce esfuerzo ni peligro. Llega a un lugar antes de que se oiga de dónde ha partido; se hace querer por sus soldados; ha enrolado a los mejores hombres de Italia: cosas que, unidas a una perpetua fortuna, lo convierten en victorioso y formidable.

Una característica que hace particularmente vivaces las cartas enviadas desde las misiones diplomáticas es el uso del estilo directo para reproducir las conversaciones con los personajes más importantes. Ésta es, sin duda, una peculiaridad de su estilo, que revela su agudeza política, capaz de relatar las situaciones con inmediatez. Al mismo tiempo hay que anotar cómo al concluir las misiones, recurre a un instrumento de información que Venecia establecerá como obligatorio para sus embajadores: el informe final en el que, una vez concluido el mandato, el enviado ilustra la situación del país, sus instituciones más importantes, los recursos económicos, etc. Maquiavelo, por su parte, entiende la utilidad de redactar informes de ese tipo sobre los asuntos de Francia y Alemania. Podría resultar interesante leer sus escritos comparándolos con los redactados durante los mismos años por los embajadores venecianos, considerados tesoros inextinguibles para conocer países y situaciones de esa

época, teniendo en cuenta, naturalmente, la diferencia de competencias y posibilidades entre un enviado extraordinario y un representante residente. Conviene recordar que son los años en los que las relaciones diplomáticas entre los Estados de Europa sufren importantes innovaciones. La organización y la concepción misma del Estado se van articulando en formas y modalidades cada vez más complejas,⁵³ y, precisamente por ello, los embajadores tienen que saber penetrar con instrumentos idóneos en la realidad del país al que son enviados. De esa manera, las tradicionales embajadas, encargadas de misiones extraordinarias en momentos particulares y con competencias limitadas, empiezan a ser sustituidas por embajadores estables con poderes mucho más amplios⁵⁴ y prolongados.

Que las primeras señales claras de las nuevas funciones procedan del personal al servicio de grandes centros comerciales como Venecia y Florencia, en una época en que se desarrollan nuevas formas de capitalismo mercantil, nos recuerda que los hombres de negocios siempre han necesitado información sobre las plazas cuya actividad despertaba su interés, las regiones de las que procedían los productos que se intercambiaban, y agentes que protegieran sus intereses en sedes lejanas. Es posible pensar que hay que poner esas antiguas costumbres en relación con las competencias asignadas ahora a los enviados de las potencias políticas, y de alguna manera encontramos la confirmación en el cuadro *Los Embajadores*, conservado en la National Gallery de Londres, que Hans Holbein pinta en 1533. En él aparecen representados, en efecto, algunos objetos capaces de simbolizar la actividad, ahora ya en pleno desarrollo, de los representantes diplomáticos. Éstos revisten una importancia cada vez mayor desde que las relaciones entre Estados y la idea misma de la política han asumido nuevos matices, nuevos contenidos y nuevas dimensiones.⁵⁵ En el cuadro observamos instrumentos que pueden parecer ajenos a las costumbres de los dos personajes representados, un caballero de la orden de San Miguel y otro prelado; divisamos en primer plano un gran globo celeste, una esfera terrestre, un cuadrante solar, un astrolabio, compases, además de un libro de cálculo para mercaderes. Son objetos que indican funciones

esenciales para el que viaja por el mundo y vive en tierras extranjeras y que para desarrollar su trabajo tiene que conocer la naturaleza de los lugares, las cualidades del territorio, sus recursos, la economía del país. Si Maquiavelo advierte en los *Discursos* «que un capitán tiene que conocer los lugares» y pone como ejemplo a Ciro que, según Jenofonte, practicaba la caza precisamente para aprender a conocer a los pueblos,⁵⁶ con mayor razón un embajador, en la época de los grandes viajes y de los descubrimientos geográficos, debe estar capacitado para tener una visión del mundo amplia y puesta al día. En línea con este comportamiento están, sin duda, los consejos que dirige en el *Memorial a Rafael Girolami*,⁵⁷ enviado a España en 1522; sus misivas muestran, además, que las informaciones son siempre precisas y minuciosas, y le pide que no deje transcurrir mucho tiempo, como sugieren los tratados del momento,⁵⁸ para referir a la Señoría verdades, incluso no placenteras, proporcionando un retrato lo más detallado y completo posible con todo lo que haya conseguido averiguar.

6. LA EXPERIENCIA DE LAS PRIMERAS LEGACIONES

El primer cometido diplomático, importante por la posibilidad que ofreció a Maquiavelo de conocer directamente una gran potencia europea, le fue confiado muy pronto. En julio de 1500, junto a Francisco de la Casa, recibió el mandato de desplazarse a la corte de Francia «para convencer a esa Majestad de todos los progresos de la campaña [bajo las murallas de Pisa]». El secretario había desempeñado ya algunas misiones secundarias, ante el señor de Piombino, Jacobo de Appiano y ante Catalina Sforza Riario, señora de Forlì, con objeto de garantizar tropas para Florencia con las que actuar contra la ciudad rebelde. Ahora era enviado ante Luis XII, porque había estado personalmente en el campo de batalla florentino, cuando se llevó a cabo el intento de asaltar Pisa, emprendido aquel año con ayuda de los refuerzos franceses, que había fracasado por el amotinamiento de las tropas, a causa de que el abastecimiento por

parte de Florencia había resultado inadecuado. Por lo tanto, tenía que dar explicaciones de lo sucedido al rey y convencerlo para que continuara ayudándolos, aunque sin pretender el pago inmediato de los gastos ya desembolsados. La misión no resultaba nada fácil. Sin embargo, en las cartas que envía Maquiavelo se percibe su capacidad para la actividad diplomática y también su osadía para mantener a raya al poderoso ministro Georges d'Amboise, arzobispo de Ruán. Recuerda en *El príncipe*:

Al decirme el cardenal de Ruán que los italianos no entendían nada acerca de la guerra, le respondí que los franceses no entendían nada sobre el Estado, porque si hubieran entendido algo, no hubieran permitido que la Iglesia se engrandeciera tanto.⁵⁹

El origen del enfrentamiento era la hazaña de Valentino que, bajo estandarte papal, estaba imponiendo su propio dominio en buena parte de Italia central. Incluso no teniendo en cuenta las desgracias que en 1512 la Iglesia, al mando de Julio II, causaría a Luis XII (y de resultas a Florencia), la punzante respuesta de Maquiavelo era, sin duda, un presagio, porque por aquellos años la Iglesia se estaba haciendo especialmente poderosa en Italia.⁶⁰ En *El príncipe* constataría como errores de Luis XII el haber «rebajado a los poderosos menores» y haber «acrecentado el poder de un poderoso», es decir, del papa.⁶¹

A pesar de ello, el valor de esta misión en la formación de Maquiavelo radica sobre todo en que es el primer contacto que tuvo con Francia y en la idea de fondo que enseguida se formó acerca de su fuerza, debida a la cohesión del Estado y a su organización. Es una idea que permanecerá estable en sus orientaciones políticas, y que lo inducirá a apostar siempre por la alianza francesa, tanto durante los años de la República de Soderini como, en un momento posterior, cuando en 1514, a través de Vettori, el mismísimo papa León X le consulte sobre la posibilidad de que Francia intente una expedición en Italia, como sucederá al año siguiente con Francisco I, o incluso en la última fase de su vida cuando ya sin esperanzas acer-

ca de la libertad de Italia, teme la preponderancia española y trata de alejarla por todos los medios.

Antes todavía de lo que dice en los escritos específicamente dedicados a ese reino, empezando por el *Del carácter de los franceses*, hay ya testimonios de su convicción en el *Discurso sobre la paz entre el emperador y el rey* de 1501,⁶² donde por primera vez interviene en las grandes cuestiones de política internacional. Aunque expresa su admiración por Alemania y las ciudades alemanas, alabando su libertad y su rectitud, el juicio referente a la potencia imperial es negativo ya desde entonces, porque revela la debilidad y la división interna, convertida en crónica, sobre todo a causa de los príncipes. Al contrario «se engañaría muy mucho» el que quisiera aprovecharse de las discordias internas, pensando que «las regiones y los barones de Francia estarían dispuestos a organizar tumultos». Bien al contrario, consideran al rey «insuperable por el ordenamiento de su reino». Posteriormente, después de otras misiones que lo habían llevado a esos países, en el *Retrato de los asuntos de Francia* y en el *Retrato de los asuntos de Alemania*,⁶³ desarrollará esos razonamientos e indicará con mayor precisión las razones que lo inducen a emitir tales juicios. «La corona y los reyes de Francia son hoy más fuertes, ricos y poderosos que nunca», observa con decisión al principio del *Retrato de los asuntos de Francia*, y hace hincapié en la supremacía ya consolidada del soberano sobre los «barones» que ya no son capaces de oponerse, como en otra época, a su política o de firmar pactos con poderosos extranjeros. Además, el ordenamiento del reino, bien por lo que respecta a la fuerza militar, bien a la riqueza del país y a la administración de las finanzas, bien en lo que se refiere en general a las leyes que rigen la monarquía (sobre las que volverá en *El príncipe* y los *Discursos*) le parece tan estable como para poder descuidar la personalidad del soberano, a diferencia de lo que sucede en Alemania. La francesa es, de hecho, una estructura política no sujeta a contingencias variables ni a la cambiante naturaleza de los príncipes reinantes. Al contrario, la debilidad del Imperio, a pesar de la abundancia de «hombres, riquezas y armas», le parece evidente por las divisiones internas, por el egoísmo y la pre-

potencia de los príncipes, por la voluntad de las ciudades de conservar su libertad, por la hostilidad existente entre los príncipes y las ciudades. Y todo se vuelve incluso más crítico debido a la naturaleza de Maximiliano, cuyo carácter vacilante le había revelado un hombre de la corte:

El emperador no pide consejo a nadie, pero se deja aconsejar por todos, quiere hacerlo todo él mismo, pero nada hace a su manera, puesto que, no obstante el hecho de que jamás descubre a nadie sus secretos *sponte*, como por su materia acaban siendo desvelados, se deja persuadir por quienes están a su alrededor y se desdice de lo ordenado precedentemente; estos dos rasgos, la liberalidad y la facilidad, por la que muchos lo alaban, son los que le perjudican.⁶⁴

En resumen, las divisiones internas y, en consecuencia, la debilidad de Alemania son para Maquiavelo un factor primario tan enraizado que incluso después de la elección en 1519 de un soberano como Carlos V, con dominios extendidos por tantas partes del mundo, no parece cambiar de opinión.

Poco tiempo después de la legación en Francia, se le ofrece, como ya se ha comentado, otra ocasión para madurar sus reflexión política en su visita a Valentino, el hijo del papa Alejandro VI. Ya en la primera misión de junio de 1502, a pesar de su brevedad, se había quedado vivamente impresionado por su personalidad y no había escondido su admiración en el retrato que había trazado en una carta a la Señoría.

La segunda vez tiene la posibilidad de conocerlo más a fondo, al permanecer cerca de él desde octubre de 1502 a enero de 1503 y estar presente en las fases más dramáticas del enfrentamiento con sus desleales condotieros. Maquiavelo —que había encontrado la manera de criticar la política dubitativa de Florencia, su continua táctica para ganar tiempo y buscar «camino intermedios»— siente atracción por este personaje resuelto y enérgico. Cuando resume su carrera en *El príncipe* para ofrecer un modelo de «príncipe nuevo», resaltará que la rapidez de acción le conduce al éxito y, a la vez, no

evitará anotar su buen gobierno, por el que había sido apreciado por sus súbditos de Romaña. Por otra parte, la acción contra sus lugartenientes rebeldes había sido decisiva para asegurarle la estabilidad en el poder y sobre tal acontecimiento redacta un informe para la Señoría que, en su dramática sequedad, anticipa el escrito *El modo que utilizó el duque Valentino para asesinar a Vitellozzo, Oliverotto de Fermo, al señor Pablo y al duque de Gravina Orsini en Senigaglia*.⁶⁵

La «virtud», constituida por sus cualidades de energía y sagacidad, le parece la dote principal de este extraordinario personaje, y todavía en 1515 escribirá a Francisco Vettori que, «si fuera un príncipe nuevo, tomaría siempre como ejemplo su modo de actuar». ⁶⁶ La precariedad de los acontecimientos humanos debe empujar al que quiera tener éxito en la vida política a aprovechar la ocasión favorable, pero también, si es necesario, tiene que saber crearla. Y era lo que César Borja había hecho cuando sus condotieros se habían conjurado contra él. Los diferentes pequeños tiranos del centro de Italia a su sueldo —Juan Pablo Baglioni de Perusa, Vitellozzo Vitelli de Città di Castello, Oliverotto de Fermo y los Orsini romanos— al sentirse amenazados personalmente en sus posesiones, y después de que Valentino se hubiera adueñado de Romaña y del Ducado de Urbino, se habían reunido entre finales de septiembre y primeros de octubre de 1502 en el castillo de Magione, cerca de Perusa, con los representantes del sienés Pandolfo Petrucci y del boloñés Juan Bentivoglio, y habían llegado a un acuerdo «para salvarse todos y no ser devorados uno por uno por el dragón». ⁶⁷ Así lo escribe Baglioni con la esperanza de incorporar a su ciudad a la empresa contra Valentino. Florencia, por el contrario, rechaza unirse a los conjurados y envía a Maquiavelo ante Valentino para confirmarle la amistad de la República y para que examine la situación.

En su informe final, Maquiavelo escribirá que había encontrado entonces a César Borja «preso de diferentes temores en Imola», pero que éste «se había reanimado con el ofrecimiento de los florentinos». La verdad es que, por las cartas enviadas después de la primera visita, no se obtiene tal impresión; es verdad, no obs-

tante, que el enviado de Florencia, al contrario de lo que suele ser costumbre, es recibido inmediatamente, nada más llegar, hasta el punto de que se presenta «con atuendo de viaje».⁶⁸ Maquiavelo permaneció durante tres meses en el séquito del duque y, a pesar de los rumores difundidos por los alrededores para tranquilizar a los conjurados, intuye el plan urdido para separarlos y para destruir su conspiración. Y, además, la noche del 26 de diciembre escribe a la Señoría que no está claro lo que César Borja se propone hacer. Cinco días después, en pocas líneas apresuradas comunica a la Señoría:

Esta mañana temprano partió su Excelencia el duque con todo su ejército y vino aquí a Sinigaglia, donde estaban todos los Orsini y Vitellozzo [...]. Salieron a su encuentro y una vez que hubo entrado a su lado en esa tierra, se volvió hacia su guardia y mandó que los hicieran prisioneros y así los ha prendido a todos y la tierra está siendo saqueada.⁶⁹

Al día siguiente informa de que ha sido llamado ya entrada la noche por Valentino, «que con la mejor cara del mundo se congratuló conmigo por este éxito».

En el capítulo VII de *El príncipe* los hechos de Sinigaglia se enmarcan dentro del marco general de la política de César Borja y se habla de ellos en tono distante, pero el informe a la Señoría y *El modo que utilizó...*, redactado posteriormente, iluminan con dramatismo no sólo la «virtud» de Valentino, sino la cortedad de los conjurados. De hecho traza un sórdido cuadro en la carta a la Señoría:

No todos vienen juntos, sino uno detrás de otro, de donde se presume que no iban por común deliberación, sino ad caso, forzados por la necesidad y la vergüenza, o también por la buena fortuna de otros y por su mala fortuna. Llegó Vitellozzo sobre una mula, desarmado, vistiendo una larga camisa estrecha, negra y usada y sobre ella un gabán negro forrado de verde; y quien lo hubiera visto, no habría considerado nunca que era el que por dos veces en ese mismo año

había tratado de echar de Italia al rey de Francia. Su rostro estaba pálido y atónito [...].⁷⁰

También de éstos se podría decir —como de Juan Pablo Baglioni, involucrado en la misma trama, salvado entonces de la matanza, para caer en 1520 bajo la justicia del papa León X— que no supieron ser «honorablemente malvados» (*Discursos*, I, 27).

Por otra parte, Maquiavelo da muestras de admirar en César Borja la capacidad para crear un Estado y escribe en *El príncipe*:

Una vez muertos esos cabecillas y luego de haber sometido a sus amigos, el duque había puesto sólidos cimientos a su potencia, dominando toda Romaña con el Ducado de Urbino; máxime, juzgando que tenía a Romaña de su parte y que se había ganado a esos pueblos, porque habían empezado a gozar de su bienestar.⁷¹

Había sabido transformar «esa región plagada de latrocinios, peleas y de cualquier otra causa de insolencias» en una nación en orden.

Pocos meses después, sin embargo, cuando parecía que Valentino iba a llegar a ser señor de buena parte de Italia, su fortuna se desmorona: el papa, su padre, muere inesperadamente y por las mismas fechas él cae gravemente enfermo y no es capaz de controlar la situación. Ni siquiera le es posible aprovecharse del brevísimo pontificado de Pío III, por lo que, la ascensión de Julio II al solio pontificio, marca su final político: retenido prisionero en el Vaticano, ve cómo son ocupados todos sus dominios. No es éste el único cambio en la situación italiana. Otro revés de la fortuna golpea esta vez a los franceses que, derrotados por los españoles en el Garellano, pierden el reino de Nápoles. La estructura política de la península cambia por completo en pocas semanas. El que se hace fuerte ahora es el nuevo papa, con su modo impetuoso de proceder, que le resulta favorable para reconquistar las tierras que poseía el Estado de la Iglesia.

7. LAS VARIACIONES DE LA FORTUNA Y LAS *FANTASÍAS A SODERINO*

Ante la precipitación de los acontecimientos, la reflexión de Maquiavelo elabora una relación más compleja entre fortuna y virtud. En septiembre de 1506 es enviado por la Señoría «a visitar a su Santidad el papa» a Roma «o al lugar en el que sepas se encuentra».⁷² Julio II, ha emprendido, en efecto, una expedición contra Juan Pablo Baglioni en Perusa que proyecta continuar contra los Bentivoglio de Bolonia, y el secretario se incorpora a su séquito. En aquellos días el papa no viste paramentos pontificales, sino que aparece revestido con la armadura con la que irrumpirá en Mirandola a través de la brecha abierta por un cañón. Erasmo, que en noviembre lo verá caminar solemnemente por Bolonia, deplorará el espectáculo ofrecido por ese Julio II que, en realidad, se presenta como «otro Julio [César]», no como un sacerdote de Cristo, sino como un guerrero. Por su parte, Maquiavelo queda impresionado por tales éxitos, favorecidos por el ímpetu temerario del papa, que le permite conquistar Perusa, casi desarmado. Le repugna, sin embargo, «la cobardía de Juan Pablo» que, ciertamente, no «por bondad o por conciencia que se lo impidiera» —habida cuenta su criminal naturaleza—, «no supo, o mejor dicho, no se atrevió, teniendo una ocasión justa, a llevar a cabo una empresa en la que todos habrían admirado su coraje», a hacer prisionero, como podía haber hecho, a su enemigo.⁷³

Son acontecimientos que a mediados de septiembre de 1506 le sugieren las *Fantasías a Soderino*, una carta de la que sólo se ha conservado la minuta. En 1969 el descubrimiento del documento autógrafo permitió datar este escrito con exactitud, porque ya sea por la lectura equivocada del destinatario o por la madurez de sus conceptos, se creyó que había sido compuesto en época de *El príncipe*, cuando, en realidad, había sido redactado siete años antes, precisamente durante el viaje en el séquito de Julio II.⁷⁴ De todos modos, está clara la consonancia entre este texto, que «delinea la teorización más completa» formulada por Maquiavelo durante su trabajo en la Secretaría⁷⁵ y sus obras políticas mayores. El núcleo de la reflexión está constituido por el contraste entre las acciones de los hombres y

el mudar de los tiempos. La fortuna se eleva dominadora sobre el torbellino de los acontecimientos mundanos, y las modificaciones en los asuntos terrenales no siempre permiten obtener una buena salida para las empresas que se han acometido. Pero quizá la voluntad o, mejor dicho, la sabiduría del hombre es capaz de doblegar no a la fortuna sino al influjo que los astros ejercen sobre el destino; ya Tolomeo había afirmado: «Sapiens dominabitur astris» [el sabio mandará sobre los astros].⁷⁶ Puede maravillarnos esta hipótesis de carácter sobrenatural, análoga, por otra parte, a la que encontramos en los *Discursos*, en los que se supone que «estando el aire, como sostiene algún filósofo, plagado de inteligencias», ellas, «compadeciéndose de los hombres, con objeto de que puedan preparar sus defensas, les advierten a través de signos semejantes».⁷⁷ Como ha observado Lucien Febvre, en la visión de los hombres del siglo xvi la relación entre lo natural y lo sobrenatural es continua y su mundo está poblado por potencias invisibles, por fuerzas e influencias que rodean a los hombres por todas partes y regulan su destino.⁷⁸ Bien es verdad que opiniones de este género aparecen raramente en textos de Maquiavelo quien, sin embargo, en 1504 había escrito al hijo de un notario de la Cancillería florentina, Bartolomé Vespucci, que estaba estudiando astrología en la Universidad de Padua, en la época en la que Nicolás Copernico frecuentaba ese ateneo, para pedirle confirmación de la *sententia* de Tolomeo. Vespucci le había contestado que su opinión era «muy cierta» y que, en efecto, los antiguos sostenían que «el sabio era capaz de modificar el influjo de los astros». Precisa, sin embargo, que no son los astros los que varían su influjo, «puesto que en las cosas eternas no puede acaecer ningún cambio», sino que el sabio, gracias a su doctrina y experiencia, comprende cuándo es necesario modificar su propio comportamiento y sus acciones, siguiendo de ese modo la variación del influjo celeste.⁷⁹

Los acontecimientos que se habían sucedido durante los últimos tiempos demostraban claramente la rápida variación del destino de los hombres, pues el que no había sabido adecuarse había sido arrastrado. En las *Fantasías* Maquiavelo escribe: «Viéndose cómo gobiernos distintos consiguen una misma cosa y actuando

de manera diferente se obtiene el mismo fin» es necesario saber «dónde se origina el que diferentes actuaciones a veces sean igualmente beneficiosas o sean igualmente nocivas». Y explica: «Creo que igual que la naturaleza ha dado a los hombres un rostro diferente, también les ha dado ingenio diferente y diferente fantasía». A pesar de ello, «los tiempos son distintos y el orden de las cosas es diferente», de modo que «a uno se le cumplen *ad votum*, sus deseos y es feliz el que conjunta su modo de proceder con el de su época». En consecuencia, «como los tiempos y las cosas, universal y particularmente, cambian a menudo y los hombres no modifican sus fantasías ni sus modos de proceder, sucede que uno durante una época tiene buena fortuna y durante otra mala». En conclusión, «quien fuera tan sabio como para conocer los tiempos y el orden de las cosas y se adecuara a ellas tendría siempre buena fortuna o evitaría siempre la mala», y sería verdad, entonces que «el sabio mandaba sobre los astros y los hechos». Pero «sabios como éstos no se encuentran»; por lo tanto, «la fortuna varía y manda en los hombres y los tiene bajo su yugo».⁸⁰ Esta observación se repite casi con las mismas palabras en *El príncipe* (cap. XXV): «Creo todavía que es feliz el que conjunta su modo de proceder con la cualidad de la época [...]». Y de nuevo en los *Discursos* (III, 9): «He considerado más de una vez cómo la razón de la mala y la buena fortuna de los hombres es conjuntar su modo de proceder con la época [...]». La capacidad de adecuarse a las variaciones de la fortuna es la dote más preciosa del prudente; tal convicción, formulada entonces por Maquiavelo, permanecerá enraizada en su interior como premisa a toda su reflexión política.

En ese sentido, la fortuna puede estar condicionada por la virtud, y ésta es capaz de actuar según el momento: depende de la naturaleza de los hombres el que sepan adecuarse a las circunstancias. A pesar de ello, la fortuna es la fuerza determinante: «Su potencia natural constriñe a todo hombre», escribe en el capítulo en verso *De la fortuna*, dedicado a Juan Bautista Soderini, que vuelve sobre las consideraciones expresadas en las *Fantasías* para desarrollarlas. Y cuando en *El arte de la guerra* critique a los príncipes italianos, ob-

servará que «por existir poca virtud, la fortuna lo gobierna todo».⁸¹ Pero en una glosa a las *Fantasías* anota: «Tentar a la fortuna que es amiga de los jóvenes». Volverá sobre esta observación más ampliamente en el capítulo XXV de *El príncipe*:

Juzgo bueno esto: que es mejor ser impetuoso que respetuoso, porque la fortuna es mujer y si uno quiere someterla, es necesario golpearla e irritarla. Y se ve que ella se deja dominar más por éstos que por los que proceden fríamente; más siempre, como mujer es amiga de los jóvenes, porque son menos respetuosos, más feroces, y mandan en ella con más audacia.

El príncipe nuevo, por lo tanto, debe comportarse como los jóvenes para tener éxito en su acción liberadora. Esto hace pensar que Maquiavelo expresa tal sugerencia porque también él se ve animado por un espíritu de ese género, que lo sostiene en los momentos más oscuros y lo induce a no resignarse, a no ceder, a luchar contra la fortuna. Su «naturaleza» o, si queremos, el optimismo de su voluntad lo induce a tratar de forzar las cosas para conseguir, de todos modos, efectos positivos. Sobre todo para remediar la debilidad de la República de Florencia, que se manifestaba clamorosamente incapaz para domar la rebelión de Pisa.

8. LA ORDENANZA FLORENTINA

La guerra contra Pisa, de hecho, seguía dilatándose y el cambio de los capitanes a sueldo no había favorecido la solución del conflicto. En 1504, el confaloniero tratará de activar un proyecto titánico en el que quizá colaboró Leonardo, haciendo desviar el curso del Arno para impedir que Pisa fuera aprovisionada desde el mar. La empresa, que se inició y que hizo que se dilapidaran unos siete mil ducados, resultó ser demasiado ardua y tuvo que ser abandonada. Ante ese estado de cosas, Maquiavelo hacía tiempo que estaba meditando sobre la necesidad de volver a introducir una organización mili-

tar, semejante a la que existía en las primeras épocas de la Ciudad-Estado, suprimida posteriormente a consecuencia de distintos acontecimientos. Se trataba de armar a la República con «armas propias», es decir, de organizar milicias enroladas en su dominio. La idea había circulado ya en época de Savonarola y probablemente fue tomada otra vez en consideración por Maquiavelo durante los días de la legación en Roma, a finales de 1503, cuando Florencia, atareada en la guerra de Pisa, se había mostrado incapaz de contrarrestar el avance de Venecia en Romaña, en las tierras ya sometidas a Valentino. Precisamente Valentino había armado a sus súbditos de Romaña, y es probable que el recuerdo de ese experimento le sugiriera después el nombramiento de un tristemente famoso lugarteniente de César Borja, don «Micheletto» Corella, como capitán de la nueva milicia florentina.⁸² En el curso de la misión en Roma, Maquiavelo debió de hablarlo con el hermano del confaloniero, el cardenal Francisco Soderini, del que era compadre, además de tener con él otras relaciones, como lo atestigua la carta del 29 de mayo de 1504, que este prelado le dirige, y en la que lo anima a no cejar en la empresa de la Ordenanza; es decir, para que promoviera las disposiciones que permitieran la creación de la milicia florentina. El proyecto fue obstaculizado inmediatamente por los optimates que temían que las «armas propias» fueran utilizadas por el confaloniero para hacerse con el poder. Maquiavelo debió de temer que Soderini se hubiera «enfriado», a pesar de que el cardenal a finales de octubre seguía animándolo, y le sugería que si su hermano había dado esa impresión, había sido sólo «para no dar pie a los que querían hablar y hacer algo nocivo».⁸³

Maquiavelo se ocupa con pasión de este proyecto. No sólo lo vemos enfrascado en llevarlo a cabo dentro de la actividad de la Cancillería, sino que le dedica también un esfuerzo literario. De este periodo data su primer escrito destinado a la imprenta: el primer *Decenal*, un poema en tercetos que narra los acontecimientos de Italia desde 1494 hasta 1504. El carácter de este escrito es decididamente insólito viniendo de un hombre de gobierno, y un agudo crítico ha apuntado que «si por una absurda hipótesis un secretario

veneciano hubiera divulgado algo parecido, ciertamente no habría tenido ni tiempo, ni manera de dar otras noticias suyas al mundo».⁸⁴ Es de hecho una historia de Italia no sólo ásperamente crítica hacia los incapaces príncipes italianos, sino también hacia Florencia, de la que no silencia debilidades y errores y, asume, por lo tanto, una función política concreta. «Las itálicas tareas / ya ocurridas en los dos pasados lustros» muestran la gravedad de la situación italiana y la necesidad de Florencia de recurrir a un instrumento capaz de sanar la más grave de las «llagas mortales» que la afligen: la guerra contra Pisa. Y ése es el objetivo de la Ordenanza, como se les indica al final a los florentinos: «Sería el camino fácil y corto / si vosotros el templo a Marte abrieráis»; es decir, si decidierais armaros. Al mismo tiempo, la referencia a las «llagas mortales» permite a Maquiavelo la introducción de un caluroso elogio dedicado al jefe de los optimates, Alamanno Salviati, que las había restañado en gran parte. Le reconoce, en efecto, el mérito de haber pacificado Pistoia y de haber domado la rebelión de Arezzo y el Valle del Chiana pero, por encima de todo, el que hubiera puesto los cimientos para la reforma constitucional que había reforzado el Gobierno de la República, colocando a la cabeza a un confaloniero vitalicio, siguiendo el ejemplo del dogo de Venecia. El proyecto de Salviati y de los demás optimates incluía también el propósito de instituir un Senado, formado por aristócratas que, igual que el veneciano, debía tener la función de decidir sobre los asuntos más importantes. Pedro Soderini, una vez elegido confaloniero, se dio cuenta de que semejante organismo le iba a quitar gran parte de su poder y no sólo se guardó muy mucho de llegar a constituirlo, sino que se apoyó sobre todo en asambleas populares, rompiendo con el grupo de los nobles. Maquiavelo hubiera querido dedicar el breve poema precisamente a Alamanno Salviati, con la intención de acercarlo a la política de Soderini, pero el intento fracasó. Salviati rechazó el ofrecimiento y puso obstáculos a la Ordenanza, porque la consideraba una amenaza para la libertad florentina. De ese modo el *Decenal* no se publicó hasta 1506 con una dedicatoria general a los ciudadanos de Florencia.

A pesar de ello, la reforma militar de Maquiavelo llegó a buen puerto. El secretario se dedicó en cuerpo y alma a su puesta en marcha, y Juan Bautista Soderini, que lo conocía bien, en la carta en la que respondía a las *Fantasías*, conjeturaba que cuando volviera de la misión ante Julio II «os convertiremos a la vez en estallido y relámpago», es decir, en trueno y relámpago, hasta tal punto estaba convencido de que su amigo sabría acelerar las decisiones. Como escribe Guicciardini en la *Historia de Florencia*, se empezó por presentar «alguna muestra» de las nuevas milicias, y posteriormente:

[...] se inscribieran tanto en la comarca, como en la Romaña [florentina], en las zonas de Casentino y Mugello y en los lugares más belicosos, los que parecían aptos para tal ejercicio y, poniéndolos al mando de sus jefes, se empezó a ejercitarlos los días de fiesta y a someterlos a la Ordenanza.⁸⁵

El ensayo salió bien y gozó del favor popular. El 15 de febrero de 1506 leemos en el diario de un florentino de la época: «Se organizó la cosa más bonita jamás dispuesta en la ciudad de Florencia»,⁸⁶ la primera revista de la nueva milicia.

El éxito obtenido permitió que se aprobaran las disposiciones para establecer la Ordenanza, tal como el cardenal Soderini escribía a Maquiavelo el 15 de diciembre de 1506:

Nos parece que esta Ordenanza *sit a Deo* porque va creciendo a diario, a pesar de la maldad [...]. No vemos que esta ciudad de un tiempo a esta parte haya realizado algo tan honorable y seguro como esto, si se utiliza bien: en lo que los hombres de bien tienen que empeñar todo su conocimiento y no dejarse arrastrar por los que, con otros propósitos no quieren el bien de esta ciudad, tal y como conviene en esta nueva [etapa de] libertad.

El dardo contra los que no querían el bien de la ciudad iba dirigido hacia los optimates que seguían obstaculizando la nueva insti-

tución, porque la temían, hasta el punto de que Bernardo Rucellai consideró prudente abandonar Florencia junto a sus dos hijos, por temor a que Soderini se convirtiera en príncipe. Sin embargo, Maquiavelo triunfaba y en enero era nombrado canciller de la magistratura que supervisaba los asuntos de la milicia, los Nueve oficiales de la Ordenanza.

Con el nuevo ordenamiento la República se veía ciertamente reforzada, tal como pretendía quien lo había ideado. Al explicar *Cuál es el motivo de las Ordenanzas*,⁸⁷ Maquiavelo había evocado los dos elementos esenciales de la soberanía que, según la Constitución de Justiniano *Imperatoriam maiestatem* tenían que ser «armis decorata» y «legibus armata», dotada de armas y armada de leyes. De hecho, había iniciado su escrito observando lo siguiente:

Todos saben que quien dice imperio, reino, principado, república, quien dice hombres que ordenan, empezando por el de primer grado y descendiendo hasta al patrón de un bergantín, dice justicia y armas.

Prerrogativas estas que tenían tan poca presencia y operatividad en la realidad italiana como para estimularlo a señalar que eran indispensables, bien sea en *El príncipe* (cap. XII), bien en los *Discursos* (III, 31). La admonición que, con sorprendente franqueza, dirigía en *Cuál es el motivo de las Ordenanzas* a los gobernantes de Florencia, «Vosotros no poseéis mucha justicia y carecéis de armas», podía hacerse extensiva a todos los Estados italianos de la época, puesto que precisamente esa debilidad había dado origen —como observaría luego en *El arte de la guerra*— «a los grandes temores, las huidas inmediatas y las pérdidas milagrosas».⁸⁸ Pero la relación entre el ordenamiento de los Estados y su defensa o, como también diría, entre las buenas leyes y las buenas armas, tenía que ser tenida particularmente en cuenta en una república surgida de la Ciudad-Estado, en la que existía una profunda disparidad entre sus habitantes. En un Estado de ese género, el círculo de ciudadanos con plenos derechos y con capacidad para formar parte de la Administración y del Gobierno era bastante restringido; en los años en

los que hubo la institución del Gobierno más «amplio» que jamás tuvo Florencia, no llegaban a cuatro mil. Todos los demás que vivían en la misma ciudad o en la comarca circundante estaban excluidos de la vida política activa. Peor todavía era la condición en la que vivían las ciudades sometidas que, junto a su libertad, habían perdido el derecho a gobernarse: desde la organización fiscal a las leyes alimentarias, desde las normas sobre el comercio y los mercados hasta la administración de justicia, porque la Dominante podía imponerle normas que, a menudo, suponían desventajas.

Considerando precisamente tal estado de cosas, Maquiavelo, como se ha dicho, para el reclutamiento de la milicia distingue en la Ordenanza tres áreas diferenciadas: ciudad, comarca, distrito. De momento la ciudad queda excluida del reclutamiento, porque en un ejército hay «hombres que ordenan y hombres que obedecen», hay «hombres que militan a pie y que militan a caballo». Florencia tenía que conservar su propia supremacía y para «empezar por la parte más fácil» había que enrolar antes que a nadie a quien obedezca y milita a pie; por lo tanto, no a los de la ciudad. Había que excluir igualmente a los habitantes del «distrito», es decir, los de las ciudades sometidas, ya que armarlos hubiera puesto en peligro la seguridad de la República, «porque el temperamento de los toscanos es de tal naturaleza que cuando supieran que podían vivir bajo su propio mando, ya no admitirían ningún amo». Por entonces la elección era razonable, pero si la República hubiera tenido una vida más larga, habría aflorado la contradicción de un ejército formado por súbditos y no por ciudadanos. Con razón Guicciardini observa en la *Historia de Florencia* que hubiera sido necesario «que se concediera algún premio a los inscritos, para que se ejercitaran con más gana y sirvieran con mayor fidelidad».⁸⁹ Por eso, si Maquiavelo había tomado como modelo para esta «milicia propia» al ejército de la antigua Roma, constituido por ciudadanos armados bajo el mando de los supremos magistrados de la República, los cónsules, hay que creer —como dejan suponer algunos indicios— que pensaba «premiarlos», haciendo que a esa milicia se le concediera alguna forma de ciudadanía.

Por las cartas de gobierno de Maquiavelo y por sus misiones en diferentes localidades del dominio, vemos cómo el secretario florentino se dedica intensamente a esa actividad y que los resultados fueron verdaderamente notables, no sólo por el eco favorable que suscitó en la población, sino especialmente por el buen resultado que dieron estos soldados en la última fase de la guerra contra Pisa. Lo atestiguan también las cartas que Maquiavelo dirige a los Diez, como la del 7 de marzo de 1509, en la que habla de la dedicación de los infantes «a esta empresa de Pisa» de la que «esperan algún mérito» y recomienda además que se mantenga enrolado a ese grupo «porque es una bonita y buena compañía».⁹⁰ Si luego, en 1512, el enfrentamiento en Prato y el saqueo de esta ciudad terminaron por empañar la reputación de las milicias, no se puede dejar de tener en cuenta que en esa ocasión, tuvieron que enfrentarse al ejército español que, junto a los suizos, constituía entonces la fuerza militar más aguerrida.

Mientras tanto, el adversario más obstinado que el artífice de la milicia florentina y, naturalmente, Pedro Soderini se encontraron como oponente fue el grupo de los optimates. Éstos, por distintas vías, trataron de provocar una crisis que expulsara al confaloniero del poder, incluso a costa de graves disensiones, y en 1507 creyeron que se les presentaba la ocasión. Llegó entonces la noticia de que Maximiliano I de Habsburgo había decidido entrar en Italia para ser coronado emperador por el papa y para tal fin había obtenido subsidios financieros de la Dieta reunida en Constanza. Después de la derrota del Garellano y de la pérdida del reino de Nápoles, Francia parecía menos poderosa de lo que se hubiera creído, y en Florencia, en los ambientes de oposición a Soderini, se pensó que una alianza entre la ciudad y el Imperio desataría un conflicto entre Florencia y su vieja aliada, debilitando al confaloniero y provocando, quizá, su caída.

Puesto que en el caso de que Maximiliano entrara en Italia Florencia tendría que anticiparle una gravosa contribución, se decidió enviar a un embajador que descifrara exactamente cuáles eran las intenciones y las posibilidades del emperador. El candidato de So-

derini habría sido Maquiavelo, pero los optimates consiguieron que su nombramiento fracasase. El secretario se siente amargado por la humillación sufrida y tenemos testimonios de su resentimiento, bien sea por las cartas de consuelo que le dirigen algunos amigos,⁹¹ bien por los primeros versos del capítulo *De la ingratitud*, donde hace referencia a «ese dolor de los casos adversos / que tras de mi ánimo corre furioso».⁹² No obstante, una legación diplomática compuesta por Alamanno Salviati y Pedro Guicciardini permanece bloqueada a la espera de que se aclare la situación internacional y se vea qué actitud toman Francia y Venecia con respecto a Maximiliano. Se decide que el que vaya sea Francisco Vettori, un noble florentino de 33 años, que tenía que recabar información exacta sobre las pretensiones del emperador acerca de la contribución de Florencia, y tenía que verificar también la consistencia del ejército imperial para comprender cuáles eran las posibilidades reales de su expedición a Italia. Se sabía, en efecto, que la Dieta de Constanza estaba dispuesta a destinar a tal empresa fuerzas militares importantes, pero el emperador —escribe Guicciardini— «que deseaba realizar la empresa él solo, con objeto de que el beneficio fuera suyo, presuponiendo que el papa, los venecianos y los suizos lo seguirían, pareciéndole, sin embargo, que no era muy necesaria la ayuda de la Dieta, se opuso vivamente e impidió la deliberación».⁹³

Vettori envía a Florencia despachos relacionados con los preparativos de Maximiliano que no dejan lugar a dudas. En un primer momento habla de cincuenta mil hombres preparados para bajar a Italia; luego el número se reducirá a treinta mil. De todos modos no pone en duda la expedición y por ello activa las negociaciones para pagar la contribución solicitada. La entidad de la suma que hay que anticipar suscita, sin embargo, fuertes titubeos en los ambientes florentinos, incluso en el filoimperial y se decide enviar a un encargado con directrices concretas para el embajador. De esta misión, que era una mera transmisión de órdenes, se encarga Maquiavelo, y el 21 de diciembre de 1507 se informa a Vettori de que el secretario ha salido «por el camino hacia Ginebra» llevándole nuevas instrucciones. Hubiera cabido esperar una reacción negativa por parte del emba-

jador al darse cuenta de que el nuevo enviado no se limita a darle a conocer las instrucciones de la Señoría sino que se queda con él, casi como para controlarlo. Por el contrario, Vettori acepta de buen grado su colaboración y enseguida la relación se convierte en una amistad que durará toda la vida. Maquiavelo no oculta su opinión sobre el emperador, opuesta diametralmente a la expresada hasta entonces por el embajador. Éste, por su parte, no puede ser acusado de ingenuidad, ya que incluso el embajador veneciano Vicente Quirini había creído en los propósitos de Maximiliano, lo cual contrasta con la sagacidad de Maquiavelo que llega a evaluar los obstáculos que se interponen para una expedición a Italia. Comprende, para empezar, que las fuerzas militares son inconsistentes a causa de lo exíguo de las finanzas imperiales, porque al campamento tanto llegan soldados como se van. La única posibilidad de Maximiliano, advierte no sin sarcasmo, radica en la condición en la que se encuentran los Estados italianos.

Por lo que se puede esperar más de él, es por dos condiciones que existen en Italia que, hasta el momento, siempre han honrado a los que la han asaltado, que son: que está expuesta por completo a rebeliones y cambios y que está pobremente armada; de donde se han originado milagrosas adquisiciones, y milagrosas pérdidas.⁹⁴

En efecto, la expedición imperial naufraga miserablemente. Maquiavelo ha visto las cosas de manera acertada, como las verá cuando en el informe que redacta al final de la misión, describe un Imperio dividido por odios y enfrentamientos que convierten en nula su virtual potencia. Lo redacta a tiempo para poder entregarlo a su vuelta a Florencia el 17 de junio de 1508, procurando así a los optimates florentinos materia para la reflexión.⁹⁵ Éstos difícilmente podrían tener sospechas de que las observaciones de la persona a la que habían puesto tantas trabas no respondieran a la realidad: la dura lección de los acontecimientos lo estaba demostrando. Maximiliano, que se había basado en el apoyo de los venecianos para la expedición, se había encontrado con la negativa a dejarle

franquear su territorio, y cuando había tratado de pasar a la fuerza, había sido rechazado militarmente de un modo humillante. Algunos días antes de la llegada de Maquiavelo a Florencia, se había visto obligado a forzar una tregua con Venecia y con Francia, renunciando, de momento, a cualquier veleidosa empresa sobre Italia.

9. LA DERROTA DE VENECIA Y LA RECONQUISTA DE PISA

La debilidad imperial se revelaría poco después. Al finalizar 1508, se establece la Liga de Cambray. El papa, Luis XII, Maximiliano y el rey Católico se alían en contra de Venecia, el único Estado italiano que se había mostrado capaz de ampliar sus territorios durante aquellos convulsos años. El 14 de mayo de 1509 una desgraciada maniobra de las fuerzas venecianas desemboca en su derrota en Agnadello, no lejos de Cremona,⁹⁶ a manos de un ejército al mando del rey de Francia. La consecuencia inmediata de este hecho fue la pérdida total de los dominios venecianos en tierra firme. No resulta sorprendente que la República de San Marcos fuera dominada por las mayores potencias de Europa; la sorpresa reside en la rápida disgregación del territorio. Maquiavelo meditaría durante mucho tiempo sobre la ineficacia del ordenamiento veneciano, principalmente en lo referente a la organización militar, confiada exclusivamente a tropas mercenarias. Agnadello constituye la demostración de la necesidad de la Ordenanza florentina.

Como confirmación, pocos días después de la derrota veneciana, llega la tan deseada caída de Pisa. En el curso de las operaciones que la preceden vemos a Maquiavelo especialmente activo, actuando en diferentes ocasiones con gran libertad, lo que llega a provocar las quejas del comisario general Nicolás Capponi. Asume incluso la iniciativa de desplazarse a Luca para protestar por la ayuda que esa ciudad está dejando pasar a la ciudad asediada, pero en este caso el Gobierno de Florencia aprueba su iniciativa: «Tu desplazamiento a Luca —le escriben los Diez— nos ha gustado y mucho más los términos que has empleado: creemos que habrán servido para algo».⁹⁷

Cuando más tarde los pisanos intentan pactar, proponiendo como intermediario al señor de Piombino, envían a Maquiavelo que, una vez allí, rechaza cualquier trato. Con su reprimenda intenta dividir a la delegación compuesta por representantes de la ciudad y del campo y, de manera verosímil, logra su intento. Después de haber garantizado la vida y los bienes de los pisanos —porque el Gobierno florentino sólo quiere conservar «Pisa en sus manos, libre con todo su dominio y jurisdicción, como estaba antes de la rebelión»—, se dirige a los representantes de los campesinos y se burla de su «simpleza». Cuando los ciudadanos pisanos obtuvieran lo que querían, les advierte: «No desearían tenerlos como compañeros, sino como siervos, y volverían al arado».⁹⁸

Durante las últimas semanas de asedio pasa revista continuamente a los batallones de Ordenanza, desplazados en tres campamentos diferentes, hasta el punto de que los soldados acaban reconociendo su autoridad por encima de la de los comisarios, lo que provoca la airada reacción de éstos. Es quizá por eso por lo que los Diez invitan a Maquiavelo a que no siga ajetreándose demasiado, recorriendo los distintos campamentos del asedio, y le instan a que se asiente en una localidad, Cascina, no lejos de Pisa. Pero el secretario se niega; sabe que «la estancia sería menos peligrosa y menos cansada, pero si yo no hubiera deseado ni peligro ni cansancio no habría salido de Florencia». Por lo tanto, quiere «seguir estando en medio de esos campamentos y trabajar entre esos comisarios». Si no lo hiciera así, concluye: «Yo no serviría para nada y moriría desesperado».⁹⁹

Por fin el 20 de mayo una delegación pisana solicita tratar la rendición. Las conversaciones en Florencia y en Pisa se desarrollan durante algunos días, siempre en presencia de Maquiavelo. Por eso en el Acta final, la *Submissio Civitatis Pisanum*, firmada el 4 de junio, el nombre de Maquiavelo aparece inmediatamente después que el del canciller florentino Marcelo Virgilio. Después de quince años de guerra, la ciudad rebelde abre sus puertas y las milicias de la Ordenanza entran victoriosas en ella. Agustín Vespucci describe a Maquiavelo el júbilo de los florentinos y parafrasea el conocido verso de Ennio sobre Fabio Máximo el Contemporizador:

Si no temiera que os volvierais demasiado soberbio, me atrevería a decir que vos, con vuestros batallones habéis realizado tan buena obra y no ganando tiempo, sino acelerándolo, habéis restablecido la República florentina.¹⁰⁰

Las prolongadas acciones bélicas han sembrado de desolación los campos de la región pisana que se recuperarán a duras penas. No obstante, Maquiavelo descubrirá que las tierras arrancadas a Venecia por los franceses e imperiales están todavía en condiciones más trágicas. Los vencedores se enfrentan con la hostilidad de la población que, casi por todas partes, se rebela contra los invasores. Maximiliano, después de haber ocupado Padua y Treviso, es expulsado de inmediato por las poblaciones amotinadas que le obligan, incluso, a abandonar el asedio de Padua. Las estrecheces financieras en las que se encuentra atrapado ponen en peligro a su ejército y por eso pide ayuda a Florencia, que no puede negarse a darle la suma de cuarenta mil ducados, pactada dos años antes. Maquiavelo es el encargado de la misión.

En noviembre de 1509 sale hacia Mantua, donde visita a Isabel de Este, regente del marquesado en lugar de su marido Juan Francisco Gonzaga, prisionero de los venecianos. Desde allí se traslada al campamento del emperador en Verona, desde donde envía a la Señoría informaciones dramáticas sobre la destrucción del país, de la que son responsables «estos alemanes [...] y se ven y se oyen cosas miserables de las que no existen ejemplos».¹⁰¹ A causa de ello resulta también bastante crítica la situación del emperador, que se muestra incapaz de vencer la resistencia. A decir verdad, sorprende que, por su aversión hacia Venecia, Maquiavelo no se sienta inducido a reflexionar sobre el significado del vínculo afectivo que las poblaciones mantienen con la República de San Marcos, aunque es él mismo quien nos informa sobre las rebeliones que estallan a su favor en una carta escrita desde Verona el 26 de noviembre de 1509.¹⁰²

En el ánimo de estos campesinos se ha generado un deseo de morir y de vengar que ha hecho que se vuelvan más obstinados y enfurecidos contra los enemigos de los venecianos que los judíos contra los romanos; y sucede todos los días que alguno de ellos, hecho prisionero, se deja matar para no renegar del nombre de veneciano [...], de modo que, considerado todo ello, es imposible que estos reyes [Maximiliano y Luis XII] conserven a los campesinos con vida en esos pueblos.

No se divisa más que desolación por los alrededores, por lo que —escribe en el capítulo *De la ambición* compuesto hacia finales de 1509, mientras cumple una misión ante Maximiliano—¹⁰³ Italia «vive ahora, si es vida vivir llorando» y sólo se divisa a «gente atónita y pérdida» que lloran «sus fortunas laceradas y dispersas». Un elemento nuevo se añade ahora a su reflexión: «la educación». Entendida ésta como la formación civil y guerrera de un pueblo, Maquiavelo constata que «Italia [la] hizo florecer en otro tiempo / y ocupó el mundo por completo», pero «el ocio» la ha llevado a la ruina. La visión de esas tierras, presa de los ejércitos extranjeros, le hace meditar sobre las fuerzas determinantes en la vida política: las variaciones de la fortuna con el cambio de los tiempos pueden provocarse, incluso, por el hecho de que la naturaleza humana, a causa de la ambición, es incapaz de adecuarse a ellos. Y la ambición resulta tanto más peligrosa cuando se manifiesta con mayor fuerza dentro de un Estado, a causa de las miras egoístas de los intereses privados. De este modo, en sus consideraciones acerca de la crisis veneciana, se insinúa la preocupación por la suerte de Florencia, en la que los optimates siguen constituyendo siempre una amenaza para la vida de la República.

Por eso se esfuerza por remendar su relación con el más notable de sus exponentes. Durante los meses finales de la guerra contra Pisa, mientras cumplía misiones en el campamento, había tenido ocasión de acercarse a Alamanno Salviati, uno de los tres comisarios del ejército. Había sabido aprovechar la convivencia que se había creado en esa dramática experiencia para reanudar una relación

cordial y la correspondencia posterior entre ambos demuestra que entre ellos se ha vuelto a crear una perdurable relación de amistad. A finales de septiembre, Maquiavelo escribe una carta al máximo exponente de los optimates informándole sobre el asedio imperial de Padua y se detiene con calma en un original análisis de la situación, afirmando en la conclusión que no hay nada que temer por parte del emperador. El tono respetuoso no oculta la tácita invitación a Salviati para que no se engañe si la victoria de la Liga contra Venecia da lugar a una reafirmación imperial, capaz de modificar la escena internacional. Más bien parece sugerir que, en el caso de una situación cambiante como es la provocada por la crisis en la que se encuentran las relaciones entre los vencedores y Venecia, es el momento de que los optimates colaboren para reforzar la República florentina. En su respuesta del 4 de octubre, Salviati da señales de haber apreciado la carta recibida, que ha enseñado «a estos señores condotieros y cónsules [...] y ha sido bastante elogiada por todos». Afirma que no es capaz de expresar una opinión sobre lo que Maquiavelo le ha escrito, porque está poco informado acerca de los hechos; a pesar de ello, demostrando confianza en las acciones que llevará a cabo el secretario, parece adecuarse a sus consejos. Al final, concluye la carta en un tono bromista: se declara «frailuno», es decir savonaroliano, y por ello piensa «recurrir a Dios» rogando por la suerte de Florencia, pero se burla de Maquiavelo al que imagina no muy satisfecho por su actitud: «No porque crea que te falta la fe, aunque estoy seguro de que tampoco te sobra mucha».¹⁰⁴ Esta broma revela la cordial relación que se había restablecido entre los dos, y la posibilidad para el Gobierno del confaloniero de no tener que seguir enfrentándose con un personaje tan poderoso. Desgraciadamente, la carrera de Salviati se verá truncada por la malaria en marzo de 1510 y morirá en Pisa, ciudad de la que había sido nombrado capitán, sin llegar a los 50 años. Ninguno de los demás optimates posee ni su autoridad ni su inteligencia.

Tienen entonces justificación los versos con los que Maquiavelo —después de haber recordado el desastre de la guerra y de las tierras perdidas por los venecianos— concluye el capítulo *De la ambición*:

Infeliz, que mientras en dolor ajeno
 tengo ora el ingenio envuelto y la palabra
 me oprime aún mayor temor.
 Yo siento la Ambición con la doctrina,
 que al principio del mundo le dio el Cielo
 sobre los montes de Toscana vuela
 y ha prendido ya tamañas chispas
 entre gente de envidia tan preñada
 que quemará sus tierras y sus casas
 si gracia o mayor orden no lo apaga.¹⁰⁵

Este último verso parece obedecer en realidad más a una fórmula de ejecución que a una convicción real. Desde entonces y hasta 1512, las «tamañas chispas» en vez de apagarse fueron atizadas y esparcidas por el rápido deterioro de la situación internacional.

10. EL FINAL DE LA REPÚBLICA Y EL REGRESO DE LOS MEDICI

Maquiavelo se había dado cuenta de que al prolongarse la guerra del Véneto, las relaciones entre el emperador y el rey de Francia se habían ido deteriorando. A pesar del secretismo que rodeaba a la política de Maximiliano, que no dejaba filtrar ninguna información, la inquietud del secretario es visible tanto en las misivas oficiales como en la correspondencia privada. En Verona habían empezado «a hablar bastante mal de los franceses por parte de los imperiales, se decía que el emperador se iba a poner de acuerdo con los venecianos, y los iba a echar de Italia».¹⁰⁶

Si bien por entonces las cosas no llegan a precipitarse hasta tal punto, se produce, no obstante, un cambio radical de posición por parte de Julio II que, una vez dominada Venecia, se vuelve con su habitual ímpetu contra Francia. A pesar de que busca la alianza con el rey de España y con el emperador, lanza su campaña bélica al grito de «¡Fuera los bárbaros!». La potencia francesa se le presenta ahora como el principal obstáculo a cualquier ampliación del Estado de la Iglesia. Con la posesión del Ducado de Milán, el dominio

sobre Génova y la sólida alianza con el ducado de Ferrara y con Florencia, Luis XII no tiene rival en Italia septentrional, puesto que la debilidad de Maximiliano se ha puesto de manifiesto en las dificultades que había encontrado para ocupar las ciudades vénetas de tierra firme. Julio II, «fatal instrumento de las desgracias de Italia» —escribirá Guicciardini—,¹⁰⁷ no duda en firmar la paz con Venecia y, para obtener la ayuda de Fernando de Aragón, le reconoce la conquista del reino de Nápoles, concediéndoselo como feudo. Consigue, además, que los suizos se unan a él en una alianza quinquenal, consiguiendo que le proporcionen un ejército de seis mil hombres y que no concedan a otras potencias el poder enrolar soldados de la confederación. Francia se ve entonces privada de la que, hasta entonces, había sido su mayor tropa de infantería.

Florencia se da cuenta del peligro que la amenaza con la ruptura entre el papa y Francia. Por eso en junio de 1510 Soderini envía a Maquiavelo ante Luis XII para convencerlo de que, para asegurar su situación en Italia, dos condiciones son capitales: «una es mantener contento al emperador, otra es mantener a los venecianos en la aflicción». Luego es importante «hacer cualquier cosa con tal de no romper con el papa porque —observa con mucho sentido común el confaloniero— si un papa amigo no vale para mucho, como enemigo hace bastante daño».¹⁰⁸ Para Florencia era impensable una ruptura con Francia, dados los muchos intereses que la unían a ese reino, pero un encontronazo con el papa hubiera resultado tanto o más peligroso. Aunque dirige muchas objeciones y protestas al enviado florentino, Luis XII parece dispuesto a llegar a un acuerdo y propone que Florencia se ofrezca como mediadora para lograr un pacto con el papa. Pero Julio II se comporta de forma intratable. Quiere conquistar Ferrara y quitársela a los Este, aliados de Francia, y quiere demoler el dominio francés sobre Génova.

Julio II está furibundo sobre todo por el proyecto de Luis XII de convocar un concilio,¹⁰⁹ y ante las propuestas de paz de los embajadores florentinos prorrumpe en amenazas contra su ciudad. Cuando llega a Roma un enviado del duque de Saboya con análogas propuestas de paz, el pontífice —comunican los Diez a Maquiavelo

el 2 de septiembre— «lo ha mandado encarcelar y le han aplicado el tormento de la cuerda». Maquiavelo opina que la situación es bastante grave, porque, mientras el papa actúa decidido hacia el enfrentamiento, Luis XII se muestra indeciso y descuidado hacia los asuntos de Estado. La muerte del cardenal de Ruán, el ministro enérgico que había dado un gran empujón ofensivo a la política francesa, abre un vacío que ningún consejero parece capaz de colmar. Si acaso, existe un extraño juego entre las partes implicadas, mientras el rey se dedica a preparar el concilio galicano de Tours que, a su vez, tiene que preparar el concilio general y se pone incluso a hacer disquisiciones teológicas, Julio II se rearma y prepara acciones de guerra para atacar Ferrara y, por mar, a Génova. A la cabeza de su ejército conquista Módena y ataca Mirandola, donde entra armado a través de una brecha abierta a cañonazos en las murallas.

Maquiavelo, que ha vuelto de Francia, se dedica activamente a preparar militarmente a Florencia. Con tal fin trata de organizar a la caballería y a finales de 1510 se desplaza al Valle del Chiana para aprontar las primeras levadas de la caballería. La Señoría le encarga también el control de la construcción de la ciudadela de Pisa, confía al arquitecto Julián de Sangallo, que se había especializado en fortalezas después de haberse ido a Francia, siguiendo a Carlos VIII. Pero sobre todo lo absorbe el rearme florentino, y por aquellos meses redacta el *Discurso sobre la milicia a caballo* que está empezando a organizar. El 27 de abril de 1511 consigue que cien caballeros pasen la primera revista en Florencia.

Durante algún tiempo parece que la aventura de Julio II se orienta hacia el peor de los desenlaces. La intervención francesa para socorrer al duque de Ferrara es un éxito: Bolonia es arrancada de manos del papa y el ejército de Luis XII, al mando de Juan Jacobo Trivulzio, podría irrumpir en los dominios papales. Pero, de forma inexplicable, el rey ordena a su capitán que regrese a Milán y, ostentando respeto hacia el papa, declara que no quiere invadir sus Estados, pero no desiste de convocar un concilio en enero de 1511 y solicita a Florencia la ciudad de Pisa para que en septiembre se reúna allí la asamblea eclesiástica, en la que, al parecer, también quiere par-

ticipar Maximiliano. Julio II da la réplica el 18 de julio, y convoca un concilio en el palacio de Letrán para Pascua, el 11 de abril de 1512.

Mientras en Francia esta actividad de planes conciliares suscita debates e ideas de reforma religiosa, animada por un humanismo cristiano enriquecido por fervores innovadores,¹¹⁰ en la ciudad de Savonarola y, en general, en Italia, por el contrario, no se nota un interés particular por estos proyectos que podrían comportar también importantes novedades para la Iglesia. El Gobierno florentino trata de evitar, hasta donde puede, que el concilio se celebre en Pisa, aduciendo la tan difícil situación de la ciudad después de los largos años de guerra con Florencia. Espera que prevalezcan los intereses del emperador para convocarlo en una ciudad donde pudiera participar personalmente (se indican Trento y Verona), pero los franceses no renuncian a la idea de celebrarlo en la ciudad toscana.

En agosto, la noticia de que Julio II ha caído gravemente enfermo induce al cardenal Soderini, hermano del confaloniero florentino, a mostrarse convencido de la victoria del «partido francés», y manda a Milán un enviado personal para comunicar a los prelados convocados para el concilio la decisión florentina de permitir que el concilio se celebre en Pisa. Pero de manera inesperada, a finales de septiembre, el papa mejora y una vez repuesto se desahoga furioso contra Florencia, amenazándola con un interdicto y con tomar represalias contra la importante colonia florentina de Roma. Maquiavelo, que hasta entonces sólo había desarrollado algunas misiones no demasiado importantes, recibe un nuevo mandato: tiene que interceptar a los prelados rebeldes al papa que ya se han puesto en camino desde Milán hacia Pisa y detenerlos a lo largo del camino, convenciéndolos para que no continúen el viaje; luego proseguirá hacia Milán para explicar al gobernador francés la difícil situación por la que atraviesa Florencia, con las amenazas del papa, agravadas después de que Fernando el Católico se haya mostrado dispuesto a intervenir en su ayuda; finalmente, tendrá que desplazarse a la corte de Francia, a Blois, para tratar con Luis XII. El resultado más deseable sería, según las instrucciones que recibe, «evitar que el rey siga pensando en el concilio y predisponerlo hacia la paz»; por otro

lado, debe intentar que el concilio se celebre en otro lugar, pero si tampoco esto fuera posible, entonces debería por lo menos conseguir posponerlo algunos meses, para que Florencia refuerce sus defensas, con la esperanza de que «durante ese intervalo aconteciera algo bueno». En efecto, ésta será la única concesión que Maquiavelo obtendrá de Luis XII: el concilio se reunirá en noviembre. Pero el 22 de octubre cae fulminante sobre Florencia el interdicto de Julio II.

A la vuelta de esa misión Maquiavelo no tiene ni tiempo para poner un pie en Florencia, y el 2 de noviembre la Señoría lo envía directamente a Pisa, con el objetivo de que convenza a los eclesiásticos allí reunidos para que trasladen su reunión a cualquier otro lugar. El concilio resulta un fracaso a medias; sólo están presentes doce prelados, entre arzobispos y obispos, y cuatro de ellos, que contaban con el título de cardenal, habían sido degradados por el papa. El clero regular está representado sólo por ocho abates y hay además una docena de teólogos y canonistas. En Pisa, el clero local se declara fiel a Roma y obstaculiza como puede lo que llamarán despectivamente «conciliábulo». Además, dada la evidente hostilidad de la población, Maquiavelo logra el traslado del concilio que decide —después de haber celebrado una primera sesión el 5 de noviembre y otra el día 7— trasladarse a Milán.

Pero ahora ya nada puede apaciguar a Julio II, unido desde octubre en una Liga con España y Venecia contra Francia, que está decidido a abatir a su aliada en Italia: Florencia. Aquí el desorden llega hasta el máximo grado, alimentado por el miedo y las disensiones internas, y por la actitud de las familias nobles cada vez más hostiles al Gobierno de Soderini. La elección entre la fidelidad hacia la antigua aliada o la adhesión a las peticiones de la Liga, que solicita de los florentinos que tomen parte en ella, queda pendiente a perpetuidad y desde muchos lugares se invoca la neutralidad como la mejor de las soluciones: unos porque esperan evitar los riesgos de un conflicto entre Estados tan poderosos, otros porque no estar de parte de Francia significaría que el confaloniero tuviera que retractarse. Es probable que sean justamente esos comportamientos los que

dictan a Maquiavelo las amargas consideraciones de los *Discursos*: «Las deliberaciones lentas y tardías no son, además, menos nocivas que las ambiguas, máxime si deben ser deliberadas en favor de algún amigo». ¹¹¹ Las dos tendencias que actuaban en Florencia durante los meses a caballo entre 1511 y 1512, aunque en el texto se refieran a otra circunstancia, son sin duda pertinentes para esa situación y han sido selladas con palabras llenas de desdén:

[Decisiones semejantes] proceden o de debilidad de ánimo y de fuerzas o de maldad por parte de los que tienen que deliberar, los cuales empujados por la propia pasión de querer derribar al Estado o de cumplir cualquier otro de sus deseos, no permiten que se continúe con la deliberación, sino que la impiden y la obstaculizan.

Ni siquiera la victoria francesa en Rávena el 11 de abril de 1512 decide a los indecisos, tanto más que el ejército de Luis XII no aprovecha el éxito, en parte por la ineptitud demostrada por los comandantes que habían sucedido a Gaston de Foix, caído en la batalla. A la Liga capitaneada por el papa se adhieren ahora el emperador y los suizos; precisamente los soldados de la Confederación conquistarán al año siguiente el Ducado de Milán (6 de junio de 1513). Mientras tanto la República florentina ha caído.

En una dieta de la Liga, reunida en junio en Mantua, se decide la restauración de los Sforza en Milán y de los Medici en Florencia. El virrey de Nápoles, Raimundo de Cardona, toma el mando del ejército que debe desplazarse hacia Toscana. Maquiavelo durante los primeros seis meses de 1512 se ha dedicado casi exclusivamente a la organización de la milicia, especialmente de la caballería ligera, pero sus batallones poco pueden ante las aguerridas tropas enemigas, además de que van a su encuentro cuando éstas ya han entrado en territorio florentino. La caída de la República es narrada por el mismo Maquiavelo en una carta «a una gentil dama» que no nombra, en la que se ha querido reconocer a la marquesa de Mantua, Isabel de Este: ¹¹² «Estando ya el enemigo cercano a una jornada de nuestras fronteras, toda la ciudad se quedó turbada por el repenti-

no asalto, casi inesperado». En el intento de desalojar a Cardona del asalto de Florencia, se envían tropas a la Romaña florentina, para amenazar su retaguardia, «pero el virrey cuyas intenciones eran no combatir en campo abierto sino llegar a Florencia para cambiar el Estado, esperando con los partidarios [de los Medici] poder hacerlo fácilmente» siguió avanzando. Antes de asaltar la ciudad de Prato, el virrey mandó embajadores a Florencia para que declararan a la Señoría que «no veían a esta nación como enemigos, ni querían alterar la libertad de la ciudad»; sólo querían que la República mostrara su adhesión a la Liga contra Francia, pero sabiendo que Soderini era «partidario de los franceses» solicitaban que renunciara a su cargo de confaloniero y «que el pueblo de Florencia nombrara a otro como le pareciera». La propuesta es rechazada, pero Cardona que había encontrado una fuerte resistencia ante Prato envía otra embajada, solicitando de Florencia una fuerte suma de dinero, y respecto al regreso de los Medici: «Que se depositara el litigio en manos de la Católica Majestad». Como de costumbre, Florencia en vez de dar una respuesta, empieza a tratar de ganar tiempo y en ese momento los españoles desatan el ataque contra Prato, la conquistan y la someten a un feroz saqueo.

«Esa noticia perturbó de gran manera a la ciudad.» A pesar de ello, Soderini trató de conseguir que Cardona, a cambio de una gran suma, se retirara sin imponer el regreso de los Medici. Rechazada esta propuesta, «empezaron todos a temer el saqueo, por la cobardía que en nuestros soldados se había visto en Prato, temor que fue aumentando a causa de que toda la nobleza quería cambiar el Estado». En esa atmósfera de desánimo y desorden, el palacio permaneció «desnudo de guardias» y la Señoría se vio obligada a liberar a muchos partidarios de los Medici, que habían estado «varios días retenidos en palacio». Éstos, «junto a otros ciudadanos entre los más nobles», el 31 de agosto, «fueron a palacio armados y ocuparon todos los lugares para forzar la salida del confaloniero y fueron convencidos por otros ciudadanos para que no utilizaran ningún tipo de violencia, sino que se pusieran de acuerdo para dejar que se marchara». De ese modo Soderini aban-

donó la ciudad y los Medici, de acuerdo con el virrey español, entraron en ella.

El Gobierno que se formó, fuertemente condicionado por los optimates, no satisfizo a Cardona que declaró que era «necesario que el Estado volviera a ser como el que había en vida del Magnífico Lorenzo». Mientras los notables florentinos discuten sobre el nuevo régimen que hay que instaurar, los partidarios de los Medici, con la ayuda de los soldados que habían penetrado en la ciudad, provocan un tumulto, toman el palacio e imponen un Gobierno de *balia*; es decir, dotado de poderes extraordinarios que, una vez liquidados los residuos republicanos, empezando por el Gran Consejo, promulga una ley «por la que estos magníficos Medici fueron reintegrados con todos los honores y grados de sus antepasados».

En la nueva situación Maquiavelo permanece fiel, dentro de lo posible, a sus ideas. Dirige un escrito a los que apoyan a los Medici para tratar de que acepten la colaboración de los que han apoyado a Soderini, con objeto de oponerse a las aspiraciones de la nobleza. Parece ser que el escrito fue redactado a primeros de noviembre, cuando durante algunos días la situación en Florencia no estaba nada clara, debido a la hostilidad manifiesta de Julio II hacia el cardenal Juan de Medici, que era el verdadero amo de la ciudad. El papa lo acusaba de haberse acercado a Fernando el Católico en vez de seguir sus órdenes y, una vez alejado ya el ejército español, se creyó que podría favorecer un Gobierno formado por optimates. El cardenal consiguió, no obstante, aplacar el enfrentamiento y la verdad es que no tuvo en cuenta ninguno de los consejos de Maquiavelo. La finalidad de su escrito era la de hacer ver que los Medici no debían fiarse de los optimates que habían puesto obstáculos a Soderini y que ahora lanzaban acusaciones contra él, no para «favorecer a este Estado, sino para concederse reputación a sí mismos» y «para hacer lo que les conviniera». El interés de los Medici tendría que haber sido unirse al pueblo y enfrentarse con los que «hacen de alcahuetes entre el pueblo y los Medici» y que «tienen como enemigo a Pedro [Soderini] y quisieran descubrir que era malvado para quitarse el peso de haberlo enemistado con el pueblo»; es decir, la acu-

sación de haberlo privado de libertad.¹¹³ Este razonamiento recuerda las páginas de *El príncipe* y los *Discursos* en las que se afirma que únicamente un Gobierno fundado sobre el pueblo es realmente sólido. En este caso, sin embargo, quedó sin efecto, porque el cardinal de Medici se valió de los optimates, de los que podía fiarse. Cuando, después, en marzo de 1513, será elegido papa, abrirá a los florentinos nuevas posibilidades para adquirir notoriedad, distribuyendo destinos en la Curia pontificia, así como beneficios eclesiásticos. De ese modo Florencia se convertirá en una especie de protectorado romano.

II

EXILIADO EN SU PATRIA

1. EL CONFINAMIENTO EN SANT'ANDREA

El 7 de noviembre de 1512 la nueva Señoría privó a Maquiavelo de su trabajo como secretario, prohibiéndole el acceso al palacio. Entre ese triste fin de año y la primavera de 1513, no sólo conoció humillaciones, amarguras y preocupaciones, sino también la cárcel y la tortura, por su supuesta participación en una conspiración contra los Medici. A principios de marzo, «libre de la prisión con la alegría universal» de los florentinos por la elección como papa de Juan de Medici que tomó el nombre de León X,¹ fue confinado en Sant'Andrea en Percussina, una aldea de la campiña florentina, donde poseía una pequeña propiedad familiar.

De la soledad y tristeza de aquellos días, cuando todavía en el cuerpo, y no sólo en el espíritu, se resentía con dolor del periodo de prisión, vino a sacarlo con sus cartas Francisco Vettori. El patricio florentino, por entonces embajador en la corte papal, tuvo el mérito de acordarse de la vieja amistad, incluso en aquel momento. Bien es cierto que, a pesar de su afectada actitud proteccionista, no sabrá conseguir para Maquiavelo ningún beneficio real y él mismo admitiría: «No soy un hombre que sepa ayudar a sus amigos».² A pesar de ello, hay que reconocer que supo levantarle el ánimo con su asidua correspondencia; y, por otra parte, no era empresa fácil conseguir que el antiguo secretario tuviese buenas relaciones con los Medici.

Las palabras de su amigo reconfortan a Maquiavelo que se apresura a contestarle:

Vuestra carta, tan afectuosa, me ha hecho olvidar todas las penas sufridas, y aunque estaba más que seguro del cariño que me tenéis, esta carta me ha sido muy grata.³

Pero luego, ante la exhortación de que ponga «buen corazón a esta persecución», responde con gran dignidad:

Y por lo que respecta a lo de plantar cara a la Fortuna, quiero que de mis penas obtengáis este placer, porque las he llevado con tanta franqueza que yo mismo me aprecio por ello y me parece que soy más de lo que yo mismo me creía.

Añadía que se hubiera alegrado mucho de reanudar su trabajo, a pesar de que se daba cuenta de las dificultades que entrañaba:

Y si a estos queridos patronos nuestros [los Medici] les parecerá oportuno no dejarme tirado, lo tendré a bien y creo que me comportaré de modo que tengan razón para considerarlo algo bueno; pero en caso de no parecerles oportuno, viviré como llegué, porque nací pobre y aprendí a penar antes que a gozar.

En realidad, anhelaba —como ya había escrito a Vettori al día siguiente de obtener la libertad— encontrar la manera de que León X «empezara a utilizarme».⁴ Por eso el 9 de abril preguntaba a Vettori si creía que había llegado el momento para pedir al cardenal Soderini, que aparentemente había vuelto a tener buenas relaciones con los Medici, que lo recomendara al papa, en el caso de que no fuera el mismo Vettori el que hiciera que el prelado florentino se interesara por sus problemas. Y es probablemente durante esos días cuando, para demostrar su propia buena disposición, componía el canto carnavalesco *De los espíritus bienaventurados*, a tono con las expectativas para la elección del nuevo pontífice. El acontecimiento se había festejado en Florencia con celebraciones por la paz, que León X había favorecido con una política contraria a la de las belicosas gestas de su predecesor. Y Maquiavelo abrió también su composición con este tema: «Espíritus bienaventurados

sean / que de los celestes sitiales, / han venido hasta aquí a mostrarnos en la tierra» para enseñar a los hombres «cómo a nuestro Señor del todo place / que las armas se depongan y reine la paz». Aparece incluso la consabida alusión al Turco, respecto al cual hay que estar vigilante, porque «afila las armas y todo parece incendiarse / para inundar vuestros suaves campos».⁵

El intento de Maquiavelo fracasó, aunque todavía el 16 de abril en otra carta diera muestras de engañarse respecto a sus propias posibilidades, si «se manejara mi caso con cierta destreza». Era justo lo que Vettori no conseguía, al mostrarse indeciso acerca de la posibilidad de influir en el cardenal Soderini y acerca de la posibilidad de que el cardenal quisiera influir en el papa. Por eso, quizá con el propósito de distraerlo, Vettori le empieza a hablar de las relaciones entre España y Francia y Maquiavelo, dándose cuenta de las dificultades, entra en el juego.

El tono mismo del epistolario revela cuánta necesidad tenía de poder abrirse y desfogarse con los amigos para romper la clausura que se le había impuesto y volver a sus verdaderos intereses. Aprovecha por lo tanto la ocasión para «razonar sobre el Estado» y afronta la cuestión de la tregua estipulada entre Fernando el Católico y el rey de Francia. Resulta difícil sustraerse al encanto de esta correspondencia, tanto más cuando se oye cómo resuena el eco de ciertas páginas de *El príncipe*.⁶

Vettori le escribe que el rey de España, al llegar a un acuerdo con Luis XII, no se había mostrado a la altura de su fama de astuto y prudente, a menos de que «algo se esté cociendo»; en otras palabras, piensa que puede haber razones ocultas «y que España, Francia y el emperador estén proyectando repartirse esta desgraciada Italia». De forma más amplia, en una carta posterior, explica su incertidumbre sobre el comportamiento de Fernando que, al firmar la tregua, ha vuelto abrir a Francia la posibilidad de intervenir en Italia. Si era eso lo que trataba de hacer, hubiera hecho mejor otorgándole directamente el Ducado de Milán «y Francia lo hubiera recibido de su mano como un beneficio», y hubiera estado en deuda con él. De modo que, después de otras hipótesis, le repite que está

convencido de «que por debajo se está cociendo algún asunto que no se comprende».

Maquiavelo no está de acuerdo. Aunque protesta porque «no sabe qué está pasando a su alrededor» y que por lo tanto tiene que «razonar a oscuras», no cree «que se oculte nada importante que vos, por ahora, ni otros comprendan». Hoy se diría que se negaba a hacer «cábalas sobre el pasado». De hecho, incluso estando «a oscuras» da una explicación. Para empezar define a Fernando como «más astuto y afortunado que prudente» y volviendo a examinar los acontecimientos de los dos últimos años observa como ya, desde entonces, ese rey «ponía en peligro, sin necesidad, todos sus Estados, hecho que siempre fue condición temeraria en cualquier hombre». Vuelve a evocar las acciones de la liga antifrancesa hasta la batalla de Rávena, cuando el rey Católico, que no podía prever la decisiva ayuda que le proporcionarían los suizos, se arriesgó a perder incluso el reino de Nápoles «y el Estado de Castilla temblaba bajo sus pies», y repite:

De forma que si vos consideráis el manejo de todos esos asuntos, veréis en España astucia y buena fortuna, más que sabiduría o prudencia; y de la misma manera que se le ha visto en semejante grave error, es presumible que cometa otros mil.

En comparación con Francia, destaca de España la debilidad financiera, debida a lo atrasado de sus ordenamientos. Así, para todo el análisis de la política española, procede con un método análogo al que seguirá en el capítulo tercero de *El príncipe*, donde critica la manera de actuar de Luis XII, añadiendo aquí algunas consideraciones sobre el «príncipe nuevo», que nos suenan como un anticipo de su futuro trabajo.

2. «HE COMPUESTO UN OPÚSCULO *DE PRINCIPATIBUS...*»

Vuelve sobre estos problemas en todo el intercambio de cartas que cruza con Vettori hasta agosto, donde sondea y debate apasionada-

mente la gran política europea. Son varias las operaciones en curso: Venecia, que se ha incorporado a la liga con Luis XII, vuelve a pasar por dificultades, mientras los franceses en su intento de reconquistar Milán son derrotados en Novara por los suizos y atacados en su patria por los ingleses, vencedores de la batalla de Guinegate. No obstante, la situación en la península es casi de estancamiento, abierta a cualquier resultado.

El panorama que delinea Maquiavelo en la carta del 26 de agosto, antes de los tres meses de interrupción de la correspondencia con Vettori, nos presenta el cuadro de la situación en aquel momento:

Por lo que respecta al estado de las cosas del mundo saco esta conclusión: que estamos gobernados por príncipes que son así, que por naturaleza o por accidente tienen estas cualidades. Tenemos un papa prudente y por ello, grave y cauto; un emperador inestable y cambiante; un rey de Francia despectivo y miedoso; un rey de España tacaño y avaro; un rey de Inglaterra rico, cruel y ávido de gloria; los suizos bestiales, victoriosos e insolentes; nosotros en Italia pobres, ambiciosos y cobardes.

Divisa, por lo tanto, una situación abierta a varias soluciones, pero teme que la derrota de Francia y el predominio que ejercen en ese momento los suizos sobre el Ducado de Milán, supongan un riesgo para toda la situación italiana. Por ello concluye que «Italia tendrá que agradecerse al papa Julio y a los que no ponen remedio, si todavía es momento de poner remedio», escribe en el capítulo 12 del primer libro de los *Discursos*, donde se atribuye a la política de la Iglesia la división de Italia. Pero en semejante clima de incertidumbre es explicable que el *quondam* secretario, acostumbrado a reflexionar sobre problemas de la vida política y a actuar en consecuencia, se haya sentido empujado a poner en orden sus pensamientos, para redactar una obra que estuviera en conexión inmediata con la realidad italiana. La experiencia de «las cosas presentes» fundiéndose con la «lección de las cosas pasadas», sobre las

que acostumbra a reflexionar en sus lecturas nocturnas, le sugiere «un opúsculo» en el que confía para lograr volver a su actividad precedente. Tal y como escribe a Vettori en la carta del 10 de diciembre de 1513, en la que le anuncia que ha escrito *El príncipe*, quisiera hacérselo llegar a Julián de Medici, «porque me estoy consumiendo, y no puedo estar así durante mucho tiempo, sin que por la pobreza me convierta en despreciable», y añade, para dar a entender hasta qué punto siente la necesidad de volver a trabajar: «junto al deseo quisiera que esos señores empezaran a utilizarme, aunque tuvieran que empezar mandándome que hiciera rodar una piedra». Para la posibilidad de volver a la acción política piensa, por lo tanto, en Julián, el miembro de la familia dominante con el que mantiene una relación, documentada por los dos sonetos escritos cuando todavía estaba en la cárcel⁷ y por la correspondencia con Vettori,⁸ y, probablemente, porque volviendo a evocar también la experiencia con Valentino, creador de un vasto Estado con la ayuda del papa, piensa que esa «rendija [...] para su [de Italia] redención»,⁹ que se había iluminado hacía diez años, podría resplandecer ahora con renovado vigor, gracias a la única potencia que quedaba en Italia: la Santa Sede. Igual que César Borja había podido actuar libremente al poder contar con la protección del papa Alejandro VI, ahora que en el solio pontificio está sentado León X, un miembro de la dinastía Medici, tendría posibilidades análogas. Y, en efecto, sabemos que el papa hubiera querido conceder a Julián, su hermano, un Estado en Italia.

Ésta era en verdad la ocasión; pero *El príncipe* no es, ciertamente, una obra ocasional. Su autor es completamente consciente de la amplitud de los tratados de política producidos por la cultura humanista, continuadora en cierto modo, aunque con otros ideales fundamentales, del género literario abierto con los *Specula principis* medievales.¹⁰ Esa producción se le antoja alejada de la realidad y en la apertura del capítulo XV subraya la diferencia entre los muchos «que sobre esto han escrito» y su intento de «ir tras la verdad efectiva del asunto» más que «a la imaginación de éste». Y para ser claro, añade sarcásticamente: «Muchos se han imaginado repúblicas y

principados que nunca se han visto ni conocido que existieran», llegando a hablar no de «cómo se vive», sino de «cómo se debería vivir». Por eso, la búsqueda de antecedentes y precursores de *El príncipe* corre el riesgo de ser un mero ejercicio erudito, precisamente, porque la obra tiene su punto fuerte innovador en el haber sabido fundir la experiencia de su tiempo con la reflexión sobre textos clásicos, adoptados a menudo de modo implícito.¹¹ También las comparaciones textuales, a las que a menudo se recurre en las anotaciones, sirven para identificar las lecturas de Maquiavelo, más que para mostrar fuentes y «autoridades». En la carta del 29 de abril de 1513 encontramos una frase que, aunque esté fuera de su contexto particular, nos puede ayudar a entender el modo de pensar y razonar de su autor: «Yo no bebo países [o sea no bebo vino encomendándome, en vez de al sabor, a la fama del lugar de producción] ni quiero que en estos asuntos me empuje, sin razón, ninguna autoridad».¹²

Sobre la cultura de Maquiavelo se han planteado algunos interrogantes, en mi opinión, poco convincentes. A menudo no se tienen en cuenta los obstáculos que en esos años existían para la circulación de libros, un objeto todavía raro y de valor, no accesible fácilmente para personas dotadas de medios escasos. Este dato puede explicar, de hecho, algunas inexactitudes encontradas en los fragmentos citados, debidas quizá a referencias confiadas a la memoria, o tomadas de notas transcritas con prisa o poco precisas, o incluso, como se ha dicho, sacadas de florilegios, difundidos también porque reemplazaban a publicaciones costosas.¹³ Por otro lado, la distinción sobre la que se ha insistido, para indicar una presunta ruptura en su producción literaria entre el periodo del Secretariado y el de su desgracia, después de 1512, se basa en la separación entre la literatura de tradición florentina, de carácter popular, apreciada sin duda por Maquiavelo, y la que se había introducido con el patrocinio de los Medici, a través de la refinada producción de Ficino y Poliziano, la filosofía de Platón y las aportaciones más originales de la filología; ahora bien, tal diversidad no comporta necesariamente, que por tender hacia una de ellas, se desconociera la otra. No se puede, de hecho, dejar de lado que esas experiencias

tenían ya fecha y en cierta medida habían sido superadas por el nuevo sentimiento que se había difundido después de la restauración de la República en 1494.¹⁴ Bien es verdad que si Maquiavelo «no fue —ha observado Dionisotti—¹⁵ un humanista en el sentido propio del término, sin embargo, como demuestra su destino en la Secretaría es un hombre que ha recibido una educación humanista en la Florencia de Poliziano y de su escuela». En efecto ya en las *Fantassias a Soderino* demuestra su conocimiento de textos clásicos y que comparte también ciertas inquietudes del pensamiento humanista, sugeridas por la ciencia de Tolomeo. No hay que pasar por alto que dos estudiosos como Roberto Ridolfi y Genaro Sasso han juzgado que la obra del secretario florentino posee la esencia de un buen conocimiento de la cultura clásica, aunque tal vez absorbida a través de la producción literaria del siglo xv.¹⁶ Es cierto que la presencia de los «antiguos» no aparece siempre declarada con claridad. No encontramos en sus escritos indicaciones como las de la carta de Vettori del 23 de noviembre de 1513, en la que, al describir su jornada romana, le comunica cuáles son sus lecturas:

Por la noche vuelvo a casa y he pedido tener suficientes historias, máxime de los romanos, es decir Livio con el epítome de Lucio Floro, Salustio, Plutarco, Appiano Alexandrino, Cornelio Tacito, Suetonio, Lampridio y Espartiano y los que escriben sobre emperadores, Herodiano, Amiano Marcelino y Procopio, y con ellos me entretengo.¹⁷

La selección de la que dispone el patricio florentino es, sin duda, notable. No es que Vettori quiera hacer ostentación de su saber, pero conociendo cuáles son los intereses de su amigo, añade de alguna manera un incentivo a la frase cariñosa: «Mi Nicolás te invito a esta vida».

Maquiavelo contestará con la famosa carta del 10 de diciembre de 1513,¹⁸ en la que, a su vez, relata su jornada «en la villa». Durante el día se dedica a ocupaciones varias que lo relacionan con la gente del pueblo y, si lee, se distrae con poesías:

Una vez fuera del bosque, me voy a una fuente y de aquí a mi lugar de caza. Llevo un libro o Dante o Petraca o de uno de esos poetas menores como Tibulo, Ovidio u otros parecidos; leo sus amorosas pasiones y sus amoríos, acordándome de los míos, gozo durante un rato de este pensamiento.

Desde después de «comer» hasta lo que queda del día —añade— «me encanallo» con los clientes de la hostería y de ese modo, «envuelto en esos piojos desenmohezco mi cerebro y desfogo la maldad de mi suerte, contento de que me pisotee en esa dirección, para ver si no le da vergüenza». Sólo por la noche se dedica a lecturas elevadas:

Al caer la noche, me vuelvo a casa y entro en mi despacho; y en la puerta me despojo de mi vestido cotidiano, lleno de barro y lodo y me pongo vestiduras reales y curiales; y revestido con la debida decencia entro en las cortes antiguas de los antiguos hombres, donde, una vez recibido con amor por ellos, me alimento de ese manjar que es sólo mío, para el que nací; donde no me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles la razón de sus actuaciones; y, por su humanidad, ellos me responden; y durante cuatro horas no siento ningún aburrimiento, olvido toda angustia, no temo a la pobreza, no me desconcierta la muerte, todo mi ser se transfunde en ellos.

Podemos lamentar que no declare quiénes son esos «antiguos» cuyos nombres hay que entresacar de un análisis muy atento de sus obras.

A propósito de sus lecturas puede resultar de cierto interés examinar las diferencias que existen entre *El príncipe* y los *Discursos*. Por citar sólo un ejemplo, podemos ver como en el «opúsculo» no hay ninguna referencia al VI libro de Polibio, utilizado en los *Discursos*, que ha hecho correr ríos de tinta para explicar cómo pudo conocerlo sin saber griego, dado que solamente se habían traducido al latín y publicado los cinco primeros libros. Es posible que ese silencio permita cierta ilación entre los tiempos de redacción de una y otra obra, pero el terreno sobre el que generalmente se pisa para

tal propósito es resbaladizo y está erizado de obstáculos. Podemos recordar únicamente que, según una tesis, había empezado los *Discursos* al salir de la cárcel, antes que *El príncipe* y que Maquiavelo, al tratar el tema de los capítulos 16, 17 y 18 del libro, donde afronta la relación entre libertad y principado, tuvo la intuición del «opúsculo». Por eso, suspende la redacción de la obra en la que estaba inmerso hasta entonces, para dedicarse al nuevo escrito. El error de esta hipótesis no es sólo el de indicar de modo mecanicista la relación entre las dos obras, puesto que como había afirmado que para corregir a un pueblo corrupto es necesario recurrir a un poder fuerte, habría abandonado entonces los *Discursos* para empezar *El príncipe*. Hay que considerar también que de ese modo se concedería al autor un lapso de tiempo bastante limitado, porque en nueve meses tendría que haber escrito un complejo y laborioso conjunto de capítulos de los *Discursos*, además de *El príncipe*.

Según otra hipótesis se ha supuesto que, dado que el segundo capítulo de esta obra empieza: «Dejaré atrás el razonar sobre las repúblicas, porque otra vez hablé de ellas ampliamente», Maquiavelo tenía que haber compuesto antes un «tratado sobre las repúblicas», que habría quedado refundido en la primera parte de los *Discursos*. Ello comportaría, justamente, que conocía el VI libro de Polibio, desde el momento en que el ciclo de las transformaciones de los Gobiernos sugerido por el historiador griego es el tema central del segundo capítulo del primer libro de los *Discursos*. Parece extraño que, cuando en el capítulo IX de *El príncipe* señala tres formas de gobierno que rigen las ciudades, se limita a indicar «o principado o libertad o licencia», evitando cualquier referencia a la variedad de gobiernos indicada por Polibio. Naturalmente, éste no es un argumento que pueda excluir la prioridad de redacción de los *Discursos*, sin embargo, es un detalle que no se debe olvidar.

La discusión sobre la composición de *El príncipe* ha conocido diferentes tesis que se contraponen. Ya en 1927, en un ensayo que hizo época, Federico Chabod sostuvo que la redacción del «opúsculo» se había realizado sin interrupción durante el verano-otoño de 1513, oponiéndose a la tesis de su maestro Friedrich Meinecke.¹⁹

Éste había sostenido que, cuando Maquiavelo había enviado a Vettori la carta del 10 de diciembre, anunciándole que había compuesto el *De Principatibus*, sólo había redactado realmente —teniendo en cuenta las indicaciones que da en la carta— los once primeros capítulos. Recientemente esta tesis ha sido revisada por otros estudios, pero Genaro Sasso ha sostenido con convicción que, aunque eventualmente en diciembre de 1513 sólo estuvieran ultimados los primeros once capítulos, el resto fue terminado en el espacio de pocos meses, antes del verano de 1514.²⁰ En efecto, una obra como *El príncipe* surge estrechamente vinculada a una situación particular y parece poco creíble que Maquiavelo, con su realismo, volviera en momentos diferentes sobre lo que ya había escrito, cuando la relación de fuerzas que condicionaba el panorama político italiano se había modificado profundamente.

De cualquier modo, al carecer de noticias y datos precisos, parece preferible atenerse a lo que conocemos con certeza: Maquiavelo escribe a Vettori en diciembre de 1513 que ha escrito «un opúsculo *De Principatibus*»; por distintas informaciones sabemos que entre 1517 y 1518 se realizó la versión de los *Discursos* que ha llegado hasta nosotros. Sabiamente, Ridolfi ha concluido que es inútil «fantasear sobre obras perdidas», puesto que, al igual que las ilaciones en torno a la cronología de las obras o de parte de ellas que no se basan en documentación precisa, aportan a menudo escaso resultado.

3. EL «MITO» DE *EL PRÍNCIPE*

«Es mejor ser impetuoso que respetuoso», leemos en el capítulo XXV de *El príncipe*. Palabras que podrían ser tomadas como lema de la obra, convertida en piedra miliar de la reflexión política, aunque fuera compuesta de un tirón y en relación con una circunstancia concreta. Todavía podemos repetir las observaciones de Antonio Gramsci al principio de sus «pequeñas notas» sobre Maquiavelo: «El carácter fundamental de *El príncipe* es el de no ser un



tratado sistemático, sino un libro “viviente” en el que ideología política y ciencia política se funden en la forma dramática del “mito”». ²¹ *Mito* es un término que parece querer definir la idealización ejemplar del personaje destinado «ad capeendam Italiam» a emprender una acción en beneficio de Italia, y que parece más apropiado que la palabra *utopía*. Con ésta se corre el riesgo, de hecho, de atribuir carácter de teoría fuera de la historia al esfuerzo de fantasía que el político, igual que el artista, tiene que llevar a cabo en el ámbito de una praxis racional para proponer soluciones a una realidad magmática y oscura.

Es de historia, por el contrario, de lo que está tejida la reflexión de Maquiavelo. Una historia típicamente humanista, porque los ejemplos adoptados para ilustrar temas y personajes evocados o son recientes, generalmente contemporáneos de Maquiavelo, o bien de la Antigüedad, pertenecientes a la época de Grecia y de Roma. Los siglos que transcurren durante la que entonces se llamó «Media Aetas», la Edad Media, no aparecen, a no ser de forma excepcional como en los *Discursos* (I, 12) remitiendo a la acción de la Iglesia para mantener a Italia dividida. Sabemos que Maquiavelo conoce las *Décadas* de Flavio Biondo, donde se narra la historia «ab inclinato Imperio Romano» [del sometido Imperio romano], a pesar de que tales acontecimientos no le sugieren ningún ejemplo. Demuestra así que compartía la manera de pensar de los literatos de su tiempo: los siglos dominados por los «bárbaros» no merecían ser tomados en consideración. Sólo después, al estudiar la historia de Florencia, les prestará atención, porque divisará en las vicisitudes de aquella época el origen de las taras y los males destinados a pesar sobre la vida italiana. De la Edad Media no podía llegar ninguna herencia positiva.

Si el principio de la obra puede dar una impresión de tratado, con el tercer capítulo, sobre «los principados mixtos», empieza la densa trama entre el pasado muy cercano, o sea los acontecimientos del reino de Luis XII, y el comportamiento de los romanos a los que toma como modelo. El análisis sin piedad de la política francesa es conducido con tal frialdad que —si no se hubiera abusado del

término hasta el hastío— llamaríamos «científica», ya que logra sofocar la pasión que anima a quien lo realiza, consciente de las trágicas consecuencias que aquellos errores tuvieron para Italia y para Florencia.

Ya a partir de esas páginas se percibe el irrumpir de la vida europea en la reflexión sobre los problemas italianos. Con la entrada de Carlos VIII en 1494, había empezado para Italia una nueva historia. A lo largo de todo el siglo xv los Estados italianos de la península se habían mantenido en su mayoría protegidos de las acciones del otro lado de los Alpes, a causa de las vicisitudes que agitaban a los países vecinos. La monarquía francesa estaba ocupada con la guerra contra los ingleses que duraba ya más de un siglo (1339-1453) y con las luchas internas, como la de Luis XI contra los grandes feudatarios unidos en la Liga del Bien Público. Los emperadores de la casa de Luxemburgo y los primeros Habsburgo se sentían atraídos hacia el Este europeo, con la vista puesta en la conquista de las coronas de Bohemia, Hungría y Polonia. Los reinos ibéricos estaban absorbidos por sus enfrentamientos internos, y únicamente la casa de Aragón, que poseía ya Sicilia y Cerdeña, había participado en la lucha por la sucesión del reino de Nápoles, manteniendo, sin embargo, separadas a las dos monarquías. Se había asistido entonces a la expansión de algunos Estados italianos, sobre todo del Ducado de Milán, de la República de Venecia y del Estado del papa, pero a la extensión territorial no había correspondido, en general, una organización de poder más estable, capaz de superar los particularismos locales de naturaleza feudal o ciudadana.²² Precisamente la precariedad de los poderes centrales y el temor a posibles rebeliones de los súbditos habían llevado a los gobernantes a recurrir para sus empresas y para su defensa a milicias mercenarias, que en el momento de las guerras de Italia demostraron que no eran las adecuadas.

Por eso divisamos una estrecha conexión, implícita en el examen de Maquiavelo, entre los acontecimientos italianos y las acciones realizadas por las potencias del otro lado de los Alpes que, para afianzarse, estaban desarrollando nuevos instrumentos de poder

basados, sin embargo, en ordenamientos enraizados en la vida política y civil. Esto es ya algo novedoso respecto a los tratados precedentes, humanistas o medievales que, generalmente, se refieren a una *respublica christiana* tan anhelada como inconsistente. Justamente porque Maquiavelo quiere mostrar que es lo que convierte a Italia en débil respecto a los países que la rodean, antes se propone describir las diferentes peculiaridades del mundo en el que vive. En el capítulo IV de *El príncipe* habla de Darío y de los imperios orientales para establecer una diferencia de fondo entre aquellas antiguas monarquías y los nuevos reinos que se están formando en Europa; sin embargo, enseguida abandona el pasado lejano para buscar una relación en conexión con su época. De esta manera se formula por primera vez una distinción destinada a desarrollarse en el debate político durante más de dos siglos: la que hay entre «el Turco y el rey de Francia», entre el dominio de un déspota sobre súbditos uniformemente sometidos y un Estado articulado en estamentos y en asociaciones, que convierten a sus habitantes, según su condición, en hombres provistos de derechos y poderes.²³ Captamos aquí, en embrión, la primera enunciación de lo que concede fuerza y raíces a una formación política: la que más tarde, en el siglo XVIII se definiría como «sociedad civil».

Siguiendo con el análisis de la obra, encontramos un esbozo de las diferencias para llegar a dominar los «Estados que se adquieren», según el modelo de Esparta o bien según el de Roma (cap. V). Esparta se mostró incapaz de mantener unidas a ella a las ciudades conquistadas; Roma, por el contrario, supo crear un imperio. Acerca de ese problema se afronta la relación que hay que establecer con los pueblos acostumbrados a vivir libres, además de las indicaciones sobre su vitalidad. Son reflexiones que Maquiavelo había elaborado ya en 1503, en relación con la rebelión del Valle del Chiana y que, posteriormente, volvería a proponer y a ampliar en los *Discursos*, revelando la continuidad de su pensamiento. El tono sube más todavía al tratar «de los principados completamente nuevos» (cap. VI), donde percibimos emocionados tonos que nos evocan la exhortación del capítulo final, y nos permiten entender hasta qué

punto el problema es importante para el autor, que se ha dispuesto a escribir, precisamente, para proponer las posibilidades extraordinarias de un príncipe nuevo. Con ese objetivo da ejemplos sobre «los que por virtud propia y no a causa de la fortuna se han convertido en príncipes», y cita los nombres de Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo. Si deja de lado al primero «habiendo sido un mero ejecutor de las cosas que eran ordenadas por Dios», en realidad el procedimiento sirve para demostrar que las «acciones y órdenes» de los demás fundadores de Estados no «discreparon de las de Moisés que tuvo tan gran preceptor». Su virtud los ensalza hasta el nivel del profeta y de ese modo su figura es desacralizada y se convierte en sujeto de análisis político. El príncipe nuevo tiene que compararse en virtud con esos personajes, de modo que, a su vez, sea capaz de aprovechar la ocasión, ya que «sin esa ocasión la virtud de su ánimo se habría apagado y sin esa virtud la ocasión habría llegado en vano».

Junto a la relación entre fortuna y virtud, afrontada ya en las *Fantasías a Soderino*, se plantea aquí el problema de la fuerza, ya enunciado, por otra parte, desde los primeros escritos políticos como *Algunas palabras que decir acerca de la disposición del dinero* y *Cuál es el motivo de las Ordenanzas*. Ahora bien, el problema se proyecta de forma dramática en la consideración de los «profetas armados» y «desarmados»: unos pueden «hacer observar a ellos [los pueblos] sus constituciones durante largo tiempo» porque están dotados de fuerza; los otros «tiene gran dificultad para comportarse» y pueden caer como Savonarola, pero si logran, sin embargo, superar los peligros gracias a su virtud «y son venerados [...] permanecen potentes, seguros, ensalzados y felices». Entrevemos así la que en los *Discursos* será considerada como la más sólida de las bases de cualquier poder: la fuerza del consenso.

Era justamente esa fuerza la que había permitido a Valentino afianzar las raíces de su nuevo Estado. En el capítulo VII, Maquiavelo analiza su modo de proceder «porque yo no sabría qué mejores preceptos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de sus acciones». Ilustra, por lo tanto, la política seguida para crear un Estado en

Romaña. Convertido en su señor, queriendo afianzarse y extender sus dominios, toma la iniciativa de crear una fuerza militar propia que lo libre de la vinculante protección francesa y, a la vez, de las armas mercenarias. Logra de ese modo desvincular a los Orsini y a los Colonna de sus aliados y partidarios, y se los gana. A continuación, reaccionando contra la conspiración tramada por sus condottieros, logra eliminarlos en la matanza de Senigaglia. Habiendo llegado a tal punto, «el duque había puesto sólidos cimientos a su potencia, dominando toda Romaña con el Ducado de Urbino», pero sobre todo porque «tenía a Romaña de su parte y se había ganado a esos pueblos que habían empezado a gozar de su bienestar». Mientras hasta entonces habían sido gobernados por «señores impotentes, los cuales se habían dado más prisa en despojar a sus súbditos que en corregirlos», ahora vivían en condiciones de orden y unión. Bien es verdad que se había llegado a ello con procedimientos expeditivos; para barrer «latrocinios, asuntos enojosos y cualquier otra razón de insolencia», Valentino había nombrado para el Gobierno de Romaña a un «hombre cruel y expedito», que «en poco tiempo la pacificó y la unificó». Inmediatamente después, sin embargo, «para satisfacer los ánimos de esos pueblos y ganárselos del todo» de repente mandó matar al potente ministro «y prefirió instituir un tribunal civil en el centro de la región, con un excellentísimo presidente». Que había conquistado el afecto de sus súbditos se vio con la muerte de Alejandro VI, cuando a pesar de que Valentino estaba lejos de Romaña y pasando por crecientes dificultades, su Ducado le fue fiel durante largo tiempo. Para su desgracia, sin embargo, la muerte de su padre había llegado no sólo antes de que hubiera ultimado su plan de apoderarse de Toscana sino cuando ya estaba gravemente enfermo:

Y me dijo, en los días en que fue nombrado Julio II, que había pensado en lo que se podría originar con la muerte de su padre y había encontrado solución para todo, excepto para algo en lo que nunca pensó, en su propia muerte, en estar a punto de morir.

Este elogio del príncipe italiano más vituperado no podía dejar de suscitar cierto escándalo. Casi para aumentarlo, el capítulo siguiente estaba dedicado a «los que por crueldad han adquirido principados», como para subrayar el contraste con la «virtud» de Valentino. Lo que, en efecto, resulta abominable es que para elevarse hasta el principado se condene a la esclavitud a la patria que se ha confiado a él libremente. Por eso en la Antigüedad, Agatocles, una vez al mando del ejército siracusano «reunió una mañana a todo el pueblo y al Senado de Siracusa como si fuera a deliberar asuntos pertinentes a la República» y ordenó a sus soldados que mataran a «todos los senadores y a los más ricos de la población» haciéndose luego dueño de la ciudad. En tiempos recientes, Liverotto se hizo con el poder en Fermo, después de haber mandado matar, junto a los más influyentes del lugar, también a su tío, que lo había criado. Este comportamiento se diferencia del de Valentino, porque «no se puede [...] llamar virtud a matar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener fe, ni piedad, ni religión, modos que sí pueden hacer que se adquiera un imperio, pero no la fama».

Bien es cierto que la crueldad a veces puede ser necesaria, pero hay crueldades «mal utilizadas o bien utilizadas». Por eso precisa:

Se pueden llamar bien utilizadas a las que —si es lícito decir algo bueno del mal— se realizan de una vez porque son necesarias para afianzarse, pero no se vuelve a insistir en ellas, sino que se convierten, hasta donde es posible, en utilidad para los súbditos. Mal utilizadas son las que, aunque sean pocas al principio, con el pasar del tiempo aumentan, más bien, en lugar de extinguirse.²⁴

En los *Discursos* (I, 27) observa que incluso en la perfidia puede haber grandeza: la política chorrea lágrimas y sangre y en la *Historia de Florencia* (VII, 6) refiere cómo Cosme de Medici acostumbraba a decir «que los Estados no se mantenían con padrenuestros en la mano».²⁵ Por eso prosigue en *El príncipe*:

Al tomar un Estado, el que lo ha ocupado debe recurrir a todas las agresiones que le sean necesarias, y llevarlas a cabo todas de una vez, para no tener que renovarlas cada día y, al no renovarlas, poder tranquilizar a los hombres y ganárselos con beneficios.

Se trata de estratagemas que es indispensable calcular bien para llegar al «principado civil» (cap. IX); para tal objetivo no es necesario tener «o virtud completa o fortuna completa, sino, más bien, una astucia afortunada».

Al principio se asciende «o con el favor del pueblo o con el de los poderosos». El antagonismo entre «estas dos índoles diferentes» es constante. De ahí la hostilidad hacia los «grandes» que nutre Maquiavelo en su actividad política en época de Soderini y sus preferencias por el partido popular, que manifestará de forma repetida en los *Discursos*, explicadas con argumentos que en realidad remiten a la debilidad del poder de los Estados italianos, minados por los particularismos. En el *Retrato de los asuntos de Francia* había observado que también en ese reino «en el pasado [...] los barones potentes» osaban rebelarse al rey, pero «hoy son todos muy obsequiosos»;²⁶ en Italia, por el contrario, no hay un rey con la suficiente autoridad y los «grandes» amenazan el modo de actuar del príncipe considerándose «sus iguales». Por eso, es más prudente apoyarse en el pueblo donde no hay «nadie o poquísimos que no estén preparados para obedecer». Sobre todo es más fácil de satisfacer, «porque el del pueblo es un fin más honrado que el de los grandes, al querer éstos oprimirlo y ése no dejarse oprimir». Frente a los grandes se puede ser considerado si éstos son fieles y no «rapaces», y el fragmento debe tenerse en cuenta, porque el mismo principio se repetirá todavía en 1520-1522 en los escritos redactados entonces para la reforma del Estado de Florencia.²⁷ Del resto de los «grandes», por el contrario, el príncipe tiene que desconfiar «como si fueran enemigos descubiertos, porque en la adversidad siempre contribuirán a su caída» para satisfacer sus ambiciones personales. Era una enseñanza aprendida ya desde los años de enfrentamiento entre los optimates y Soderini y se había confirmado luego en 1512, en el mo-

mento del ataque español a la República, cuando los aristócratas florentinos habían contribuido a derrocar al confaloniero.

El Estado realmente sólido es, por lo tanto, el que está apoyado por el pueblo. «Y que no haya nadie que contradiga mi opinión —añade— con el manido proverbio: quien se apoya en el pueblo, se apoya en el barro», porque los ejemplos que normalmente se adoptan para sostener este refrán se refieren a ciudadanos particulares que esperan ser socorridos por el pueblo, cuando están en peligro de ser derrotados en la lucha política.²⁸ Aquí, al contrario, se trata de un príncipe dotado de poder y autoridad, que «sea hombre valiente y no se desconcierte ante las adversidades», que sepa gobernar con rectitud y «con su ánimo y sus órdenes mantenga enfervorizados a todos los hombres»; entonces «no se sentirá jamás traicionado por ellos y creará que ha construido buenos ci-mientos».

El problema de la defensa de los enemigos externos se trata en el capítulo X, donde se examinan las fuerzas en las que se sustentan todos los principados. Son seguros los que pueden «regirse por sí mismos [...] o por su abundancia de hombres o de dinero» y son capaces de mantener a un ejército. Los demás harán bien en fortificar la capital y en estar preparados para abandonar al resto del país. El ejemplo deriva de su experiencia en la legación a Alemania:

Las ciudades de Alemania son muy libres, tienen poco territorio y obedecen al emperador cuando ellas quieren, y no temen ni a ese ni a ningún otro poderoso que tengan a su alrededor, porque están fortificadas de modo que todos piensan que la expugnación tiene que ser gravosa y difícil, porque todas tienen foso y murallas como conviene; tienen suficiente artillería; tienen siempre en los almacenes públicos suministros para beber, comer y hacer fuego durante un año y, además, para poder tener a la plebe alimentada y sin que suponga pérdidas para lo público; normalmente siempre tienen para dar trabajo durante un año a los que trabajan en actividades que representan el nervio y la vida de la ciudad y de las industrias, con las cuales se alimenta la plebe.²⁹

No obstante, las condiciones esenciales para que un príncipe pueda comportarse de ese modo son que sus súbditos permanezcan unidos en torno a él y que pueda contar con el favor de su pueblo.

Los que no tienen preocupaciones defensivas son, al contrario, los príncipes eclesiásticos (cap. XI) que se toman en consideración, por supuesto, pero no para sacar enseñanzas de sus Gobiernos:

Éstos son los únicos que tienen Estados y no los defienden; tienen súbditos y no los gobiernan. Y los Estados, aunque estén indefensos, no les son arrebatados; y los súbditos, aunque no son gobernados por ellos no se preocupan, ni piensan, ni pueden separarse de ellos.

Podría decirse que son los únicos Estados «seguros y felices», si la ironía no se transparentara bajo un aparente obsequio a estos Estados «regidos por razones superiores, a las que no llega la naturaleza humana».

A Maquiavelo le interesa entender cómo se ha llegado a tal estado de cosas, para lo que vuelve a evocar la situación del Estado de la Iglesia hasta la llegada de Carlos VIII, cuando la península se encontraba todavía «bajo el imperio del papa, los venecianos, el rey de Nápoles, el duque de Milán y los florentinos». Los trastornos provocados por la llegada de los franceses y las guerras de Italia permitieron que el papa Alejandro VI —«si bien su intención no era engrandecer a la Iglesia, sino al duque [Valentino]»— «consiguiera engrandecer a la Iglesia» cuyos dominios fueron ampliados todavía más por Julio II. En otros escritos estos factores serán juzgados negativamente, y en los *Discursos* (I, 12) no se ahorrarán ásperas acusaciones contra la Iglesia «que ha mantenido y mantiene a esta nación dividida»; pero aquí las consideraciones son diferentes, tanto más cuanto que la obra redactada bajo el pontificado de León X, recordado al final del capítulo, debía de ir destinada a un Medici.

Según algunos estudiosos, cuando Maquiavelo en diciembre de 1513 escribió a Vettori que había «compuesto un opúsculo *De Principatibus*», sólo había llegado hasta ese punto. En efecto, el final

del capítulo y el principio del siguiente pueden dar la impresión no de una real y verdadera interrupción sino, por lo menos, de una cesura, puesto que el inicio del capítulo XII se desarrolla como si se tratase de una reanudación: «Habiendo tratado en particular de todas las cualidades de los príncipes de los que al principio me propuse hablar, y considerado en parte [...] y mostrado los modos [...] me queda ahora por tratar [...]». Parece, pues, verosímil la hipótesis propuesta por Sasso, quien, aunque admite que *El príncipe* pudiera no estar terminado en diciembre de 1513 y que las indicaciones dadas en la carta a Vettori se refirieran sólo a los once primeros capítulos, rechaza la idea de una elaboración y una conclusión de la obra mucho más tardía y supone que se completó antes de la primavera de 1514.³⁰ De tal modo, en los capítulos siguientes puede parecer que la impostación ha cambiado. Se ilustran los «buenos cimientos» de un Estado recordando que los principales son «las buenas leyes y las buenas armas», el binomio que sustenta toda soberanía, ya evocado en *Cuál es el motivo de las Ordenanzas* de 1506. En este capítulo XII explica que «no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas conviene que haya buenas leyes».³¹

Vuelve, por lo tanto, sobre la dura polémica en contra de las armas mercenarias «desunidas, ambiciosas, sin disciplina, sin fidelidad, vigorosas entre amigos y cobardes entre enemigos». De hecho, «cuando llegó el forastero le demostraron lo que eran: por lo que a Carlos VIII le fue permitido conquistar Italia con tiza». Es la expresión que utilizó Alejandro VI, reproducida también por Comynes: «Los franceses avanzaron con espuelas de madera y la tiza de los furrieles en la mano para señalar los alojamientos».³² Toda forma de combate de los ejércitos mercenarios es contraria a cualquier norma del arte de la guerra, empezando por el hecho de que los condotieros «para concederse fama a sí mismos» han quitado «fama a la infantería». Todavía en los dos capítulos siguientes se insiste en la necesidad de que un Estado esté armado, porque sin armas propias ningún príncipe está seguro. Además, el príncipe en persona debe cuidar de su ejército y ponerse al frente. Se afirma, por lo tan-

to, el nexo indisoluble entre acción de gobierno y acción militar —«ley y armas»— que debe ser considerado como un punto fuerte del pensamiento de Maquiavelo. Su polémica contra los ejércitos mercenarios no puede considerarse disociada de su reflexión política; se ha dicho precisamente:

El mercenario se convierte en símbolo del Quattrocento italiano, es decir, del prevalecer en general de los poderes oligárquicos o de particularismos feudales, por encima de las tendencias cohesivas de las Ciudades-Estado y también del reino meridional: símbolo y, a la vez, expresión de un sistema político destinado a la destrucción.³³

A partir del capítulo XV, la atención se centra en los comportamientos y las cualidades del príncipe, no en abstracto sino, como ya se ha dicho, según «la verdad efectiva del asunto». Y precisamente en estas páginas encontramos los fragmentos más contradictorios, donde se nota claramente la autonomía de la política: «De la política —ha escrito Croce en un famoso fragmento—³⁴ que está más allá, o más bien más acá, del bien y del mal moral, que tiene sus leyes, contra las que resulta en vano rebelarse». Bien es cierto que conviene recordar que las indicaciones de Maquiavelo son oportunas para una situación «corrompida», y también Croce ha puesto de manifiesto «la punzante amargura con la que Maquiavelo acompaña esta aserción sobre la política y su intrínseca necesidad». El príncipe es invocado para resolver una situación de crisis y de destrucción general, y por ello debe prescindir de cualquier consideración ética como, en efecto, había hecho Valentino en Romaña. Indudablemente, su acción en el momento de la conquista había sido despiadada y por ello «César Borja era considerado cruel: aunque, no obstante su crueldad, había remendado Romaña, la había unido y la había guiado hacia la paz y la fidelidad». El nuevo Ducado había sido regido de tal modo —lo dice también Guicciardini, con fama de escéptico, pero no de pérfido ni impío— que todos habían sacado provecho de servir unidos al mando de ese príncipe, más que

estando al servicio de los diferentes pequeños señores locales a los que Valentino había privado de su poder.³⁵

Por eso Maquiavelo escribe que «entre todos los príncipes, el príncipe nuevo no puede huir del nombre de cruel, por estar los Estados nuevos llenos de peligros» (cap. XVII). En todo caso, el príncipe debe «hacer que le teman de modo que, si no consigue que lo quieran, que evite el odio». Y aquí nos damos de bruces con una de las observaciones que han suscitado mayor desdén por parte de los timoratos; escribe, en efecto, Maquiavelo que llegue incluso el príncipe, si es indispensable, «a proceder contra la sangre de alguien» pero que «se abstenga de la hacienda de sus ciudadanos y súbditos [...] porque los hombres olvidan antes la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio». Por otra parte, ya había observado (cap. XV) que al príncipe «le es necesario ser tan prudente como para saber escapar a la infamia de los vicios que podrían quitarle el Estado y protegerse contra los que no se lo quitarían», añadiendo: «Si le es posible». Al contrario, «que no se preocupe por incurrir en la infamia de vicios, sin los cuales pueda difícilmente salvar al Estado».³⁶

Puesto que el príncipe debe saber combatir con las leyes y con la fuerza (cap. XVIII) propias unas del hombre y otra de los animales, le corresponde como ejemplo el centauro, «mitad hombre, mitad animal» al que los antiguos pusieron como preceptor de Aquiles. Para «saber utilizar bien al animal» tiene que imitar al zorro y al león «porque el león no se defiende de las trampas y el zorro no se defiende de los lobos». Es necesario, por lo tanto, «ser zorro para conocer las trampas y león para amedrentar a los lobos». Se trata de la inversión de una admonición de Cicerón que, en efecto, no es uno de los autores más apreciados por Maquiavelo: justo los dos animales aparecen en el *De officiis* (I, 41) como símbolo de la injusticia cometida con la violencia y el engaño. De hecho, se explicaba que «el engaño era propio del zorro y la violencia propia del león», y se precisaba: «Ambas son completamente contrarias a la naturaleza humana, pero el engaño merece una aversión mayor». Ciertamente es que no habían rechazado el ejemplo del «zorro» dos príncipes como Valentino y Fernando el Católico; especialmente este último —aun-

que Maquiavelo evite nombrarlo abiertamente— «no hace más que predicar paz y fidelidad y es muy enemigo de una y de otra y, tanto una como otra en el caso de que las hubiera respetado, le habrían quitado más de una vez, no sólo la reputación, sino también el Estado».³⁷ El disimular no es, evidentemente, una creación barroca.

Maquiavelo, sin embargo, está de acuerdo con Cicerón en afirmar que una norma esencial de la política es la conservación del Estado, según el lema: «*Salus populi suprema lex esto*» (*De legibus*, III, 8) [La salud del pueblo es ley suprema, concuerdo]. De hecho escribe: «Que un príncipe gane y mantenga el Estado: los medios serán siempre juzgados honorables y alabados por todos». Situándose en una perspectiva más abierta, la de un prolongado periodo de tiempo, condena en los *Discursos* los «modos muy crueles y enemigos de toda vida, no sólo cristiana, sino humana» (I, 26), y advierte todavía con profunda pasión:

Donde se delibera del todo sobre la salud de la patria no tiene que deslizarse ninguna consideración ni sobre lo justo ni lo injusto, ni lo piadoso, ni lo cruel, ni lo loable, ni lo ignominioso; al contrario, habiendo dejado atrás cualquier otro respeto, hay que seguir por completo la determinación que le salve la vida y la mantenga en libertad.

En *El príncipe*, un escrito planteado para una ocasión que urge dramáticamente, el objetivo se plantea de inmediato, pues se tiene en cuenta la situación tan crítica que habría que sanear. El cuadro trazado es sombrío: «Hay que tomar al vulgo tal y como es y según los acontecimientos, y —concluye amargamente— en el mundo no hay más que vulgo». También Rómulo, uno de los modelos de *El príncipe*, que en los *Discursos* es considerado como «un fundador de la vida civil» (I, 9), ha tenido que actuar despiadadamente, e incluso Moisés «que tuvo a tan gran preceptor» se vio «forzado a querer que sus leyes y que sus órdenes fueran adelante, para matar a un número infinito de hombres» (III, 30). Como moraleja, en el capítulo XVII de *El príncipe* se citan las palabras que Virgilio pone en boca de Dido durante los días en los que está fundando su nuevo

reino: «Res nova et regni novitas me talia cogunt moliri» [Dura vida y reino nuevo me fuerzan a esto].³⁸

Un gran historiador ha observado:

[Estas páginas] conservarán siempre, en su frío realismo político, palabras de escándalo para el que no tenga experiencia por lo menos de lecturas amplias y precisas de acontecimientos y situaciones históricas [...], [y] tal escándalo se ha convertido en más irritante por la potencia evocadora e icástica del escritor.³⁹

Muchas páginas de Erasmo, no menos crudas y tan provocativas como las mencionadas —por lo menos para los bienpensantes— ya sea por la polémica dirigida contra príncipes y prelados, ya sea por su posición frente a normas y prácticas devotas difundidas en su época, estaban igualmente destinadas a suscitar escándalo y condenas. Por eso debe de tenerse en cuenta cómo los ambientes en los que las nuevas ideas estaban más presentes y en los que se sentía con fuerza la aspiración hacia un sentir religioso más sencillo y directo se mostraron particularmente receptivos a las obras tanto de Maquiavelo como de Erasmo, puesto que ambos eran capaces de despertar interés por los impulsos culturales más innovadores.⁴⁰ Resulta significativo que la obra del humanista flamenco, igual que los escritos de Maquiavelo, fuera incluida inmediatamente en el Índice por la Iglesia de la Contrarreforma. El espíritu nuevo que va emergiendo en los primeros lustros del Cinquecento, henchido de renovaciones y subversiones capaces de desencadenar fuerzas e imponer soluciones hasta entonces inimaginables, convirtiendo en intolerables las antiguas convenciones y los viejos conformismos impuestos por una sociedad revolucionada en tantos aspectos y por una ética vacía de significado, porque era contradicha precisamente por el primero que hubiera tenido que respetarla. Además, para Maquiavelo, la interpretación que había ofrecido el mensaje cristiano, convirtiendo el mundo «en presa de hombres crueles» (*Discursos*, II, 2), impedía —siguiendo esos preceptos— la creación de una sociedad vigorosa y estable.

Por aquel entonces se estaba formando una nueva conciencia de la sociedad organizada y se afirma una nueva religiosidad. Si bien en Maquiavelo la crisis religiosa de su época es mencionada fugazmente con una alusión al escándalo de las indulgencias, por cuya causa había prendido la protesta de Lutero,⁴¹ sus páginas expresan claramente una nueva fe civil que alimenta con extraordinario vigor su visión política. Su reflexión está influida por la más alta tradición del humanismo, justo porque «se renovó de verdad la confianza en el hombre y en sus posibilidades y la comprensión para sus actividades en cualquier campo».⁴² Maquiavelo se propone como objetivo la construcción del Estado, ordenado por instituciones y por leyes que lo mantengan estable, libre de corrupción y de las miserias en las que la vida italiana había caído. Precisamente la visión de tal degradación suscita un profundo desdén hacia los gobernantes ineptos, incapaces de prever el desarrollo de la situación política, y los apostrofa duramente en el segundo *Decenal*, coevo de *El príncipe*:

Vosotros que cetros y coronas lleváis
¡Y del futuro no nada sabéis!⁴³

En *El príncipe* se mofa con amargura de los príncipes desposeídos: «Estos príncipes nuestros, que habían permanecido durante muchos años en su principado, por haberlo perdido luego, que no acusen a la fortuna, sino a su propia desidia».⁴⁴ Su conciencia civil se había alimentado con la experiencia de las Ciudades-Estado y de la República, viva todavía en la Cancillería florentina, aunque ya próxima a extinguirse en su misma ciudad. De hecho, era plenamente consciente de ello cuando criticaba las debilidades y defectos de los ordenamientos florentinos y las laceraciones internas que habían bloqueado el desarrollo de la sociedad y su potencial crecimiento. En realidad, toda la experiencia política italiana, basada principalmente en la sociedad urbana, estaba en su crepúsculo y ahora ya levantaba el vuelo el pájaro de Minerva, que señalaba un nuevo horizonte para el estudio de las relaciones de la vida en sociedad de los hombres. En una situación como ésta no es sorprendente

que el capítulo final de *El príncipe* tenga la cadencia de un fragmento profético.

4. LA CONVIVENCIA EN LOS ORTI ORICELLARI

Se puede pensar que fueron precisamente esas novedades las que impidieron a los primeros lectores de *El príncipe* comprender la grandeza de la obra. De hecho, el ofrecimiento de *El príncipe* a Julián de Medici no tuvo lugar, a pesar de los intentos —no muy convincentes— de Francisco Vettori. Y lo que es peor: fracasa por completo la esperanza de Maquiavelo de que los Medici «empiecen a utilizarlo». Leyendo la correspondencia con Vettori, vemos como se van sumando desilusión tras desilusión hasta llegar a la dolorosa frase de la carta del 10 de junio de 1514: «Me quedará entonces así, entre mis piojos, sin encontrar a nadie que se acuerde de mis servicios o que crea que puedo servir para algo».⁴⁵ Esta situación le induce a pensar que sus difíciles condiciones le obligarán a tener que «dar clases o trabajar como canciller para un condestable [...], o encerrarme en algún lugar desierto para enseñar a leer a los críos». Los intentos de Pablo Vettori de encargarle algún cometido también fracasan, después de que en Roma el secretario del papa advierta al mismísimo Julián de que «no se trate con Nicolás».⁴⁶

Si en las cartas a Vettori admiramos el ánimo con el que hace frente a la adversidad y cómo se enfrasca en «pensamientos fútiles», sabemos también por ellas que en ese periodo, casi por distracción, se dedica —como revancha o por desesperación— a la composición de un poema satírico en tercetos encadenados, *El Asno*.⁴⁷ La amargura del momento se refleja en el espíritu profundamente pesimista que impregna los versos. En un principio se creyó que podría haberse interpretado como una velada alusión contra los Medici, porque habla de la presencia en Florencia de «cierto joven» que ha contraído una enfermedad que le obliga siempre a correr. El padre lo confía a «cierto médico charlatán» que le garantiza la curación y el autor comenta: «siempre se cree / al que promete el bien / de donde

se deriva / que se preste tanta fe a los médicos». ⁴⁸ Parece ser que la profesión hace referencia, en realidad, al apellido de la familia dominante en Florencia a la que se atribuye, por lo tanto, la acusación de que «a menudo creyéndoles el hombre se priva / del bien».

El tono autobiográfico del relato que abre el poema está bastante claro. El ánimo del autor, ávido de recorrer el mundo, como le reprocha Agustín Vespucci, o sea la febril actividad en su época de trabajo como secretario en la Cancillería, se manifiesta en la enfermedad que afecta al «jovencito» de *El Asno*. Pero también se ha creído que el ansia por correr podría aludir a sus ganas de burlarse, de satirizar, como él mismo declara: «Y yo teniendo ya la mente dispuesta / a morder a ese y a aquel»; ganas de burla que ya habían encontrado expresión por lo poco que se sabe en la comedia *Las máscaras*, en la que había ido lacerando y maltratando a varios ciudadanos todavía vivos en 1504. ⁴⁹ Ciertamente, su espíritu escarnecedor podía llevarlo a cometer imprudencias, y en ese sentido debe entenderse el hecho de que en la carta a Vettori, escrita al día siguiente de la liberación de la cárcel, le prometa ser más «cauto» en el futuro. ⁵⁰ «Pero este tiempo desdeñoso y cruel» empuja sobre todo a ver más el mal que el bien, «por lo que si ahora derramo algo de veneno» es porque tal estado de cosas me induce a ello, explica en el primer capítulo de *El Asno*. ⁵¹

El breve poema habría sido inspirado por el *Asno de oro*, la novela del escritor latino Apuleyo que vivió en el siglo II y en la que un joven se convierte en asno por arte de magia. No obstante, en el capítulo VIII (más allá del cual no llega Maquiavelo, que dejará incompleta la composición) la transformación en asno todavía no se ha producido. Al dirigirse a un «grueso cerdo», aislado de otros animales que anteriormente habían sido hombres, el héroe le dice que ha recibido de los dioses «tanta gracia» como para «sacarlo de la ansiedad en la que te encuentras»; ⁵² con lo que estaría a salvo, por lo tanto, de la transformación en asno. El cerdo, por el contrario, le expone sus reflexiones que alaban la renuncia al drama de la vida humana y se puede suponer que una vez llegado a ese punto Maquiavelo pensó que lo que tendría que haber dicho, una

vez transformado en asno, ya había sido expuesto por su interlocutor. Había llegado a un punto muerto y, quizá, insatisfecho con la obra, abandonó la composición. Además, en esa misma época iba a mostrar en *La mandrágora*, la comedia escrita para el carnaval de 1518, la animalidad de los hombres dentro de una realidad concreta, «Vuestra Florencia», como dice de hecho en el prólogo.⁵³ Sin duda, en la maestra obra teatral logró expresar con excesivo vigor su propio pensamiento, resolviendo —en la interpretación de los papeles de la comedia— la contradicción surgida en el capítulo V del breve poema entre la reflexión política, cuyo profundo pesimismo se revela sensible a los problemas de la sociedad organizada, y el exasperado individualismo expresado por el cerdo en su elogio a los animales.

Sabemos que por lo menos desde 1516, Maquiavelo había empezado a frecuentar un círculo de jóvenes que, después de la muerte de Bernardo Rucellai —siguiendo una costumbre inaugurada a principios de siglo por el propio Rucellai—,⁵⁴ se reunía alrededor de su nieto Cosme en los jardines de su palacio, llamados en latín Orti Oricellari. Se trataba de reuniones que se remontaban a la noble tradición humanista de mantener conversaciones y debates literarios y filosóficos; pero ahora, con Cosme, a menudo iban imponiéndose cuestiones políticas, animadas por un espíritu antitiránico, inspirado en el recuerdo de la Roma republicana, tal y como había sido transmitido por los grandes historiadores del pasado: Livio y Tácito, Plutarco y Polibio. En ese ambiente Maquiavelo leyó y expuso algunos fragmentos de sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y discutió temas, propuestos luego en *El arte de la guerra*.

En las dedicatorias y en algunas páginas de esas dos obras advertimos la relación de amistad que, a pesar de la diferencia de edad, une a Maquiavelo con esos jóvenes, que por su experiencia durante la República de Soderini lo ven como a un maestro, y que lo convencen para que dé forma literaria a sus reflexiones. Por eso, al principio de los *Discursos* se dirige «a vosotros que me habéis obligado a escribir lo que por mí mismo jamás habría escrito» y a exponer «todo lo que sé y todo lo que he aprendido a través de una

larga práctica y de una continua lectura de las cosas del mundo». Les dedica la obra en contra de «la usanza común de los que escriben, los cuales suelen dirigir siempre sus obras a algún príncipe». De ese modo elegía «no a los que son príncipes, sino a los que por sus infinitas y buenas condiciones, merecerían serlo». Palabras que suenan como una autocrítica por la desgraciada dedicatoria de *El príncipe* a Lorenzo de Medici.

Se sentía unido a los jóvenes con los que comentaba los clásicos y discutía sobre los problemas del presente en el jardín de la casa Rucellai por un alto sentido de responsabilidad, alimentado por una atormentada tensión referente al porvenir:

Porque es oficio del hombre bueno enseñar a otro el bien que por la maldad de los tiempos y la fortuna tú no has podido practicar, con objeto de que habiendo muchos capacitados para hacerlo, alguno de ellos, bienquisto al cielo pueda practicarlo.⁵⁵

Pensamientos análogos son los que el anciano condotiero Fabrizio Colonna comunicará a sus interlocutores en *El arte de la guerra* —el diálogo ambientado «en la más secreta y umbría parte» del jardín Rucellai— en el que les hace partícipes de sus reflexiones, fruto de la experiencia:

Me quejo de la naturaleza que, o bien no tenía que haberme hecho conocer esto o bien tenía que haberme dado la facultad para poder ejecutarlo. Ya no pienso hoy, siendo un anciano, poder gozar de otra ocasión; y por eso me he comportado con vosotros de forma liberal, porque siendo jóvenes y cualificados, si las cosas que os he dicho os placen, podréis, a su debido tiempo, facilitarlas y aconsejarlas, para favorecer a vuestros príncipes.⁵⁶

En las miserias del día a día, el tesoro del conocimiento que alimenta las esperanzas de renovación y libertad no tiene que perderse, por eso lo invierte en la última posibilidad que queda: el futuro representado por las jóvenes generaciones.

5. UN COMENTARIO ORIGINAL DE TITO LIVIO

No sabemos en qué punto se hallaba la redacción (o su eventual primer esbozo) de los *Discursos* cuando Maquiavelo empezó a visitar los Orti Oricellari. Han sido ya señaladas las hipótesis elaboradas respecto a la época de composición de los *Discursos* y, además de las dudas referentes al momento de su comienzo, hay que anotar que la obra no siguió, quizá, el orden de capítulos que conocemos. Como ya se ha recordado, la cita inicial del tercer capítulo del segundo libro, que se retoma en la conclusión, induce a pensar que éste fue un primer avance del comentario. No hay que excluir la posibilidad de que Maquiavelo durante largo tiempo fuera acumulando notas, reflexiones, apuntes e incluso fragmentos, que incorporaría más tarde a los *Discursos*. Sabemos, en efecto, que entre 1516 y 1517 trabajó con asiduidad en la obra, ordenando y rehaciendo a fondo las partes que la componen.

Bajo la modesta apariencia de un comentario a Tito Livio, expuesto en una serie aparentemente no orgánica de ensayos de mayor o menor extensión, fue articulándose una visión coherente del mundo, que rechazaba cualquier organización doctrinal derivada de especulaciones filosóficas o religiosas. Se ha observado que de un procedimiento como éste se puede atisbar un antecedente en los *Miscellanea*, la obra de Poliziano, publicada en 1489.⁵⁷ Rompiendo con la tradicional glosa subordinada al texto, esta obra innovadora, incluso desde el punto de vista tipográfico, desarrolló en un comentario autónomo una interpretación histórico-filológica capaz de aclarar cuestiones de carácter general y, verosímilmente, es el único precedente posible conocido de la singular creación literaria que son los *Discursos*. Si bien hasta la época de Poliziano un comentario de esta naturaleza no se había aplicado a los textos literarios, sí que había sido introducido, en cambio, en las obras de legisladores y médicos, y es lícito suponer que Maquiavelo tuviera presente alguna de las publicaciones jurídicas que habían pasado por las manos de su padre. En efecto, en el proemio del primer libro de los *Discursos*, evoca precisamente las «sentencias emitidas por los antiguos jurisconsultos»

y también las «experiencias realizadas por los antiguos médicos», convencido de que hay que seguir procedimientos análogos en la vida política si se tiene «verdadero conocimiento de la historia».⁵⁸

De los *Miscellanea* de Poliziano parece fácil pasar a los *Adagia* de Erasmo con sus variados comentarios sobre temas filológicos, históricos y morales. Los *Discursos* de Maquiavelo, en cambio, se diferencian más de esas obras, porque parten de un terreno cultural diferente y porque verosíblemente no sacaron de ese precedente —fuera cual fuera el modo de transmisión— más que alguna sugerencia de tipo formal. Cabe preguntarse entonces si con estas obras no asistimos al nacimiento de un género literario con nuevos modos expresivos, más idóneos para reflexionar sobre las cosas del mundo en ese momento de crisis, de alejamiento y de ruptura a cargo del nuevo conocimiento respecto a las formas conclusas y sistemáticas del pensamiento tradicional. Por eso, la escritura voluntariamente fragmentaria de los *Discursos* se puede comparar con la de los ensayos de Montaigne y Francis Bacon. Con la apertura de nuevos horizontes, con la ampliación de la reflexión sobre los mayores problemas de la existencia de los hombres, los tratados ponderados, las *summæ* metodicas, tuvieron que parecerles instrumentos inadecuados, ya en desuso. Los ensayos breves se presentan como un teclado enciclopédico que permite discutir llanamente nuevos conceptos interpretativos. De un modo desconsiderado, se ha hablado al referirse a estas obras de fragmentación, de algo hasta cierto punto inconcluso, pero es mucho más apropiado recordar como Ítalo Calvino afrontó la categoría de la «multiplicidad» en sus *Lezioni americane*:

De forma distinta a la de la literatura medieval, que tendía hacia obras que expresaran la integración del saber humano dentro de un orden y de una forma estable de cohesión, como en la *Divina Comedia* donde convergen una multiforme riqueza lingüística y la aplicación de un pensamiento sistemático y unitario, los libros modernos que más nos gustan nacen del confluir y enfrentarse de una multiplicidad de métodos interpretativos, formas de pensar, estilos de expresión.⁵⁹

En los *Discursos* aparece reiteradamente la cuestión de la relación entre naturaleza y sociedad. Entre ambos principios se presenta como mediadora la historia que, a través de la manera diferente de actuar de los hombres, revela la potencialidad, los condicionamientos, la oportunidad de los tiempos. Aunque convencido de que las leyes que gobiernan la naturaleza y a los hombres son inmutables, Maquiavelo vislumbra, bajo el tempestuoso subseguirse de los acontecimientos, grandes fases históricas: son los fenómenos que a lo largo de los milenios llevan a la variación de las religiones, son las catástrofes capaces de destruir casi por completo «el cuerpo mixto de la generación humana» y de destruir incluso su recuerdo (II, 5), o también «el círculo en el que dando vueltas se han gobernado y se gobiernan todas las repúblicas» (I, 2). Si para los grandes desastres naturales se pueden recordar los versos de Lucrecio que evocan cataclismos a causa de los cuales poblaciones enteras fueron aniquiladas por el ardor del fuego o la furia de las aguas (V, 330-342), Polibio ofrece una visión de la historia universal basada en la teoría de los ciclos que se desarrollan por una concatenación natural de los acontecimientos, ajena a toda concepción escatológica. Además, el riesgo de un determinismo que la sucesión de las diferentes formas de gobierno podría comportar se supera mediante la corrección que introduce Maquiavelo en la vuelta fatal al principio del ciclo, a través de la posibilidad de alteraciones debidas a la intervención de hechos históricos.

Precisamente para consentir la intervención de la voluntad humana en el curso de los acontecimientos, el político, el legislador, el fundador de repúblicas, o también —en el caso excepcional de Roma— la «prudencia» y la «virtud» de aquel pueblo, deben estar capacitados para aprovechar las tensiones naturales y los mecanismos dinámicos de la sociedad. Hay desórdenes y desequilibrios internos que abren paso a la actuación consciente de los hombres si se saben aprovechar las ocasiones ofrecidas por la naturaleza y por la sucesión de diferentes acontecimientos. Partiendo del supuesto de que los hombres tienden a «usar la maldad de su ánimo, cada vez que tienen libre ocasión (I, 3)» y sabiendo que «la natura-

leza ha creado a los hombres de manera que puedan desearlo todo, pero no puedan conseguirlo todo» (I, 37) es posible doblegar esa necesidad natural mediante instituciones políticas y leyes encaminadas al bien común. Son precisamente esas contradicciones internas las que hicieron que se hablara de Roma como de una «república tumultuosa», cuando lo que no se ha entendido es que, justamente, esas luchas y desórdenes fueron el terreno sobre el que se desarrollaron leyes e instituciones a favor del bien público y que aquellos tumultos «fueron la primera causa para mantener libre a Roma». ⁶⁰

La Roma de Maquiavelo no es por lo tanto el modelo estático de una época tomada en bloque, fuera del fluir del tiempo, sino que crece y se expande, civil y territorialmente, hasta la inexorable degeneración de las luchas civiles en tiempos de Mario y Sila. De igual modo, los sucesos de los hombres de su época se ven, sí, según el principio de repetitividad del pasado, pero también como sucesos susceptibles de producir cambios profundos, según las circunstancias y las acciones emprendidas. La historia *magistra vitæ* es, en resumen, historia como transcurrir, como transformarse y, en última instancia, como perfeccionamiento de los asuntos humanos. Hay que precisar, sin embargo, que en Maquiavelo no tenemos que buscar un concepto análogo a la idea iluminista de progreso: si de su modo de concebir la historia está excluido cualquier providencialismo, también lo está cualquier concepción teleológica. En los *Discursos*, recurre a la palabra *civil* más de una vez y allí encontramos trazado un esbozo de los orígenes de la sociedad humana en el que está implícita esa idea de desarrollo y de crecimiento civil: los hombres «en el principio del mundo» vivieron «de forma semejante a los animales» y sólo con el transcurrir del tiempo, al aumentar en número y unirse en comunidad, llegaron «a la noción de las cosas honradas y buenas, distintas de las perniciosas y criminales» y, por lo tanto, a la «noción de justicia». ⁶¹ En consecuencia, se organizaron dándose un jefe, que fue primero el más fuerte, luego el más prudente y más justo, y su forma de vida política se convirtió en una forma de vida civil.

Pero este proceso no es irreversible. No sólo porque la historia humana se mueve a través de una sucesión de fases que al final del ciclo pueden volver a conducir a situaciones anteriores, sino porque se verifican acontecimientos que pueden provocar cambios regresivos. Así, el ejemplo de los samnitas muestra cómo un pueblo, con la pérdida de la libertad, puede decaer hasta tal punto que, después de haber sido capaces de enfrentarse a los romanos durante años y años, derrotando a ejércitos consulares completos, al final «no podían ni defenderse de una pequeña legión romana que había en Nola». ⁶² Pero entonces, junto a la población, todo el país está aniquilado y «donde había tantas ciudades y tantos hombres» no queda más que un territorio «casi deshabitado». ⁶³ Por eso, junto a la contraposición entre civilizado y no civilizado se afirma la relación entre civilidad y libertad, relación exaltada en términos —podemos decir— absolutos: «Todos los territorios y naciones que viven libres sea donde sea [...] consiguen grandes beneficios». Vislumbramos, en efecto, que «los pueblos más grandes por tener alianzas más libres son más deseados por los hombres», porque la libertad da seguridad y «cada uno procrea de buena gana los hijos que cree poder alimentar, al no dudar de que no les quitarán el patrimonio, porque saben que no sólo nacen libres y no esclavos, sino que pueden, mediante su virtud, convertirse en príncipes». Por eso:

Se ve allí cómo las riquezas se multiplican en mayor número, no sólo las que proceden de la cultura, sino también las que proceden de los gremios. Porque cada ciudadano de buena gana incrementa el gasto en ello y trata de adquirir los bienes de los que, una vez adquiridos, podrá disfrutar. De donde se origina que los hombres compiten pensando en las ventajas privadas y públicas y, tanto unas como otras, aumentan maravillosamente.

Si la libertad da impulso a la civilidad, la corrupción —en el amplio sentido que Maquiavelo da a este término, como degeneración, no sólo de las costumbres, sino también de las instituciones y las leyes— es la negación de la libertad. «Una ciudad corrompida que

viva sometida a un príncipe», incluso aunque éste muriera y se extinguiera su dinastía, «jamás podría convertirse en libre» (I, 17). La corrupción es el factor principal de la decadencia y la regresión. Entre los tres términos —libertad, civilidad, corrupción— el nexo se establece casi de forma paradójica:

El que quisiera en tiempos presentes formar una república encontraría mayores facilidades entre los montañeses, que carecen de civilidad, que entre los que están acostumbrados a vivir en la ciudad, donde la civilidad está corrompida.⁶⁴

Por otra parte, es casi imposible en las ciudades corrompidas no tan sólo crear sino «mantener una república». De hecho, «así como las buenas costumbres para mantenerse necesitan de las leyes, del mismo modo las leyes para ser observadas necesitan de las buenas costumbres» (I, 18). La dictadura se puede instaurar por cuestiones de salud pública, pero no para sanar una situación corrompida, y la figura del «buen tirano» no queda excluida, pero se contempla con mucho escepticismo:

Y puesto que hacer que una ciudad vuelva al ordenamiento del vivir político presupone un hombre bueno, y convertirse con violencia en príncipe de una república presupone un hombre malvado, por eso se encontrará que rarísima vez sucede que uno bueno por caminos malvados aunque su fin fuera bueno quiera convertirse en príncipe y que uno criminal, convertido en príncipe, quiera actuar bien y que jamás se le ocurra utilizar para el bien esa autoridad mal adquirida.⁶⁵

En la contradicción histórica entre libertad y corrupción como base del «vivir político» está la «igualdad civil» que, si se viola, conduce a la degradación y perversión de la vida asociada a la destrucción de la misma civilidad (I, 2). Si no se precisa con claridad en qué consiste esta igualdad entre los ciudadanos, entonces no hay duda de que lo que se desea es una república de costumbres austeras, porque la tradicional interpretación historiográfica contempla el

lujo y las «delicias» como causa de la decadencia y del derrumbamiento de Roma. Alemania, por el contrario, es mencionada como la nación donde todavía subsiste la antigua bondad, donde «muchas repúblicas viven allí libres, y observan sus leyes de tal modo que nadie de fuera o de dentro osa ocuparlas».⁶⁶ Hay un principio establecido: «Las repúblicas con buenos ordenamientos tienen que mantener la riqueza de lo público y la pobreza de sus ciudadanos».⁶⁷ No obstante, si la igualdad puede ser deseada en el campo económico, tiene que estar bien asegurada en el ámbito político. De hecho, incluso repitiendo que «lo más útil que se pueda ordenar en el vivir libre es que se mantenga a los ciudadanos en la pobreza»,⁶⁸ se pone de manifiesto cómo en Roma se podía sentir desprecio o indiferencia por la riqueza, en cuanto que «se iba a buscar la virtud a cualquiera de las casas en las que habitara». La primera década de Tito Livio permite a Maquiavelo seguir —a través de las luchas entre patricios y plebeyos, en nombre de los derechos civiles y políticos, más que por razones económicas— la formación ejemplar de un Estado, llevada a cabo con instrumentos y argumentos propios de la política.

Para asegurar la sencillez de costumbres y la moralidad pública, la religión es la fuerza determinante, entendida como sentimiento no limitado a la fe cristiana; al contrario, la religión de los antiguos era más idónea que el cristianismo para educar en virtudes civiles, puesto que en Roma la religión «causó buen orden y el buen orden se transforma en buena fortuna, y de la buena fortuna se originaron los felices éxitos de sus empresas» (*Discursos*, I, 12). El cristianismo, en cambio, es juzgado como primera causa de la debilidad en la que están postrados los hombres en el presente, porque «nuestra religión ha glorificado más a los hombres humildes y contemplativos que a los activos». Al haber «puesto el sumo bien en la humildad, envilecimiento y desprecio de las cosas humanas, ha convertido al mundo en débil, entregándolo como presa a los hombres malvados» (II, 2). La religión de los antiguos, al contrario, ponía el sumo bien «en la grandeza de ánimo, en la fortaleza del cuerpo y en todas las demás cosas adecuadas para hacer a los hombres muy fuertes».⁶⁹

Además, se culpa a la Iglesia «por los ejemplos de esa corte [romana]» de habernos hecho a «nosotros los italianos [...] sin religión y malvados» (I, 12). Claramente, la religión que Maquiavelo ve como fundamento de un Estado bien ordenado no es tanto una doctrina, como un sentimiento capaz de suscitar solidaridad entre los hombres y de crear una sólida unión entre ellos.⁷⁰ La religión no se entiende, por lo tanto, como un sentir individual: su más profunda esencia consiste en la capacidad de reflejar un mundo de valores y relaciones que encuentra su modo de expresión en la vida asociativa. Por eso, la distinción entre política y moral, que sería establecida por la lección de Maquiavelo, no debe ser vista como un recurso a prácticas amorales sino como afirmación de una moral social más coherente y elevada.⁷¹

La igualdad y, por consiguiente, el vivir libre son completamente incompatibles con la presencia de «gentilshombres» que «viven ociosos en la abundancia de las rentas de sus posesiones, sin preocuparse para nada por los cultivos o por cualquier otra tarea necesaria para vivir», especialmente si, «además de las ya mencionadas fortunas, están al mando de castillos y tienen súbditos que los obedecen».⁷² Se trata de «generaciones de hombres [...] enemigos por completo de toda civilidad» y en los países en los que dominan —en particular en «el reino de Nápoles, Territorio de Roma, Romaña y Lombardía»— «es tanta la materia corrompida que las leyes no son suficientes para frenarla». Encontramos que civilidad y libertad se complementan y se contraponen con la corrupción del vivir político. Hasta tal punto es así que para reformar una ciudad afectada por semejante corrupción «es necesario ordenar [...] mayor fuerza, la cual es una mano regia que con su potencia absoluta y excesiva ponga freno a las descomunales ambiciones y corruptelas de los poderosos».

Los ordenamientos tienen que adaptarse a las situaciones particulares y es necesario medirlas de forma proporcionada a las posibilidades y modificaciones de las cosas humanas. Es un fundamento de la política ya enunciado en las *Fantásías a Soderino*: los hombres deben saber actuar adecuando su manera de actuar con la épo-

ca en la que viven. En este principio está incluida también la superioridad de las repúblicas sobre las monarquías:

Una república tiene una vida más amplia y tiene una fortuna mejor y más prolongada que un principado, porque puede adaptarse mejor a los diferentes temporales, por la diversidad de ciudadanos que hay en ella.⁷³

Sin embargo, en los *Discursos* no se expresa un juicio preferencial absoluto acerca del mejor régimen político, a menos que sea para afirmar la superioridad de un Gobierno libre sobre uno tiránico; incluso el no indicar modelos abstractos es una manera para «ir tras la verdad efectiva del asunto». La república puede tener una existencia más prolongada, pero donde hay corrupción en la vida política, la monarquía es la única solución, como muestra en *El príncipe*, en un momento que podía parecer favorable a una solución rápida de los problemas italianos. En los *Discursos*, a través de los romanos, se propone un objetivo más remoto y más arduo: el «vivir libre», el «estado popular». No es, no obstante, un remedio inmediato y el relato de Tito Livio que se desarrolla en un amplio arco de tiempo, puede, desde luego, ofrecer un ejemplo inimitable.

Si estas reflexiones pudieron desarrollarse en épocas distintas —desde que Maquiavelo había podido empezar a leer las *Décadas* de Livio en el volumen que poseía su padre—, las conversaciones en los Orti Oricellari tuvieron que dar frutos especialmente estimulantes, precisamente porque se exponían ante jóvenes que en el futuro podrían tener una mejor relación con la fortuna. Después de que dos Estados clave de la península, el ducado de Milán y el reino de Nápoles, se hubieran convertido en posesiones uno de Francia y el otro de España, ya no cabía esperar que «se pudiera con la virtud itálica defenderse de los extranjeros», como había dicho en el capítulo XXVI de *El príncipe*. Parecía haberse creado cierto equilibrio entre los soberanos que, desde hacía poco, gobernaban las dos mayores monarquías de Europa: el veinteañero Francisco I y Carlos de

Habsburgo de 16 años; además desde que Maximiliano se había retirado de la tierra firme veneciana, las perspectivas de paz parecían mayores. En resumen, la airada exhortación final de *El príncipe* no se adapta a la situación creada después de las conversaciones de Maquiavelo en los Orti Oricellari. La crisis italiana persistía y era todavía mucho más grave, porque estaba profundamente enraizada en la vida de la nación, y aunque en 1515, antes de la batalla de Marignano que Francisco I ganó a mediados de septiembre, *El príncipe* podía dedicarse todavía a Lorenzo, había pasado ya el tiempo en que se podía mantener la ilusión de que un vástago de la casa de los Medici pudiera resolverla. Ya no se podía confiar ni en la «virtud», ni en la «fortuna» de una personalidad excepcional. Era necesario pensar en una organización que suscitara una gran energía: el proceso formativo de un pueblo convertido en Estado. Por eso hay que atribuir a la obra de Maquiavelo una función pedagógica no muy diferente a la que, con otra intención, Erasmo redacta en 1516: la *Institutio principis christiani*. Podemos, en efecto, leer los *Discursos* como una *institutio populi*, en el sentido de que se propone la formación de un nuevo protagonista que pisa por primera vez el escenario de la reflexión política aportando la fuerza de la experiencia de aquellos romanos que habían sido «pueblo» en el sentido lato y también institucional del término.

Más de una vez ha sucedido que al modelo invocado por Maquiavelo se ha opuesto al así llamado realismo de Guicciardini que en el *Recuerdo* 110 escribió: «Cuánto se engañan los que para cada palabra se remontan a los romanos». Pero si se sigue leyendo más adelante vemos que su observación ha sido dictada por la noción de la desproporción: sería «querer que un asno hiciera la carrera de un caballo». Ahora bien, que entre los italianos de su tiempo y los antiguos romanos había una dramática diferencia no era ciertamente algo que Maquiavelo ignorara. La lectura de las antiguas historias tiene para él la función de ayudarle a entender, aunque sea por contraste, los males del presente. Maquiavelo no es un frío observador, escribe para aclarar las desventuras presentes y para examinar los posibles remedios. Precisamente, el mismo círculo de jóvenes ami-

gos que lo habían exhortado a escribir los *Discursos* se sentía empujado a adquirir conocimientos para encontrar la fuerza y la capacidad de actuar.

No es raro que la obra de Maquiavelo haya sido objeto de críticas que han distorsionado su significado. En particular, ha provocado fuertes equívocos la continuidad que se ha pretendido establecer entre su pensamiento y el de los teóricos de la razón de Estado, poniendo en el mismo plano dos modos de hacer política completamente opuestos. Si en vez de considerar esta teoría de modo absoluto, para indicar «su esencia»,⁷⁴ confrontáramos los textos constitutivos de esa reacción original por parte del catolicismo con la «auténtica espina clavada en el flanco de la Iglesia de la Contrarreforma» que representa el pensamiento de Maquiavelo,⁷⁵ comprenderíamos su profunda diferencia. Por de pronto uno de los mayores exponentes de esa teoría, Juan Botero, ponía como base el principio de la «conservación del Estado».⁷⁶ Maquiavelo, lejos de aceptar y defender lo que ya existe, partía de una crítica radical de las condiciones en las que se encontraba Italia y proponía una profunda transformación: se podría hablar de la subversión de «ordenamientos y leyes» vigentes. Por lo que se refiere a la relación entre política y religión, Botero sometía cualquier «deliberación en el consejo de Estado» al previo parecer de los «doctores en teología y en derecho canónico»; a la vez solicitaba la condena de «los que introduzcan novedades en las cosas divinas», no sólo por obsequio a la verdadera fe, «sino porque los que alteran la religión empujan a muchos a alterar las cosas, de donde se originan conspiraciones, sediciones y camarillas». En resumen, se quería crear una estrecha trama entre la acción conservadora del príncipe y la obra de represión de la Iglesia surgida del Concilio de Trento. Es una visión que, en un plano ideal, reúne a los políticos de la Contrarreforma con los contrarrevolucionarios teóricos de la época de la Restauración. ¡Aparece como realmente curioso el hecho de que se integre al impío Maquiavelo en semejante compañía!

La doctrina de la razón de Estado habría demostrado los servicios que la religión podía ofrecer al poder, convirtiendo de ese

modo a la fe en «esclava», justo porque no podía aceptar la moral laica de Maquiavelo. Un estudioso ha observado recientemente que:

Maquiavelo delineó una religión de la virtud, capaz de corregir la mala educación religiosa de la Iglesia católica [...]. Quiso sustituir una religión que predicaba la docilidad y convertía en débiles a los hombres, por una religión que enseñara el amor por la libertad y por la virtud [...]. Aspiraba a una religión que dijera a los hombres que su primer deber hacia Dios, su única salvación, era ser ciudadanos fuertes.⁷⁷

De manera distinta a la de la razón de Estado, la de los *Discursos* era una gran lección de libertad; iba bastante más allá de la tradicional *libertas* y no era ciertamente la indicada para ser difundida en la Florencia dominada por el joven vástago de la familia Medici, al que le había sido dedicado *El príncipe* y del que se contaba que había preferido el regalo de una pareja de perros «al opúsculo».⁷⁸ Maquiavelo quizá era consciente de ello cuando, una vez terminada la obra o casi terminada, se guardó muy mucho de publicarla, dándosela a conocer únicamente a amigos fieles como Francisco Guicciardini.

6. EL ARTE DE LA GUERRA

En cambio, sí que publicaría otro trabajo que surge también en el ambiente de la Casa de los Rucellai: *El arte de la guerra*. La obra, compuesta entre 1517 y 1520 está dedicada a la memoria de su joven amigo Cosme, que había muerto en 1519, y tiene como punto de partida la visita que Fabricio Colonna le había hecho en septiembre de 1516 y se desarrolla en forma de diálogo entre ambos y algunos tertulianos de los Orti Oricellari. La invasión de Carlos VIII había iluminado la debilidad militar de los Estados italianos frente a un ejército como el francés, superior en organización, armamento,

y táctica y técnica militar. De todo ello hay numerosos testimonios de escritores de la época, pero la originalidad de Maquiavelo estriba en aclarar el estrecho nexo de unión entre tales cuestiones y la vida política en general. Según su concepción, los Estados son organismos que hay que estudiar como si se estudiara el cuerpo humano, para entender el desarrollo y el crecimiento, como también su corrupción y decadencia; la guerra es, pues, para ellos el modo de afianzarse y de manifestar su vitalidad.

En *El príncipe* y en los *Discursos* el problema de las armas se afronta como elemento complementario de los tratados políticos; ahora bien, si se toma como tema principal, entonces la base necesaria para entender la organización militar eficiente es la política. Este principio se afirma polémicamente ya desde las primeras líneas del *Proemio* en contraste con la que se considera la opinión de muchos: «Que no hay cosa alguna que sea menos conveniente a otra, ni que sea tan desigual, como la vida civil de la militar».⁷⁹ En ese sentido *El arte de la guerra* completa la tríada de las grandes obras políticas, contemplando desde un ángulo especial los graves defectos de las compañías estatales italianas. Si este *arte* —el único entre sus escritos (sin contar los que son específicamente literarios)— fue publicado por el autor en 1521, fue probablemente porque en él se desarrollaba un tema veladamente político y, por lo tanto, más fácil de aceptar por los Medici y los gobernantes florentinos del momento, y también por la reconocida competencia del autor en la materia. Lo documenta la carta que un mes después de la publicación le envía el cardenal Juan Salviati, sobrino del papa:

He visto con diligencia vuestro libro que, cuanto más considero, más me gusta, pareciéndome que al muy perfecto modo de guerrear antiguo, habéis añadido todo lo que de bueno hay en el guerrear moderno y organizado una composición de ejército invencible.⁸⁰

En efecto, Maquiavelo se había ganado fama de experto en asuntos militares hasta el punto de que, cuando en la Florencia de los Medici se había pensado en restablecer la Ordenanza, se había

considerado oportuno consultar con él, y años después de la publicación del libro se le confiaría además otra competencia de Gobierno: la de canciller de la magistratura que supervisaba la defensa de Florencia. Después, durante largo tiempo, gozó de tal fama, tanto entre los teóricos como entre los capitanes y en la Francia de las guerras de religión, que François de La Noue y posteriormente Henri de Rohan, el defensor de La Rochelle, lo admirarían como teórico militar, a pesar de la mala reputación del secretario florentino, al que se había imputado ser el inspirador oculto de la noche de San Bartolomé.

Precisamente su reputación en el campo militar entre sus contemporáneos puede permitir no tener demasiado en cuenta las críticas realizadas más tarde a *El arte de la guerra* sobre cuestiones técnicas. Por eso, en relación con la polémica siempre renovada contra las armas mercenarias, se ha observado que recurrían a ellas incluso otras monarquías de la época, empezando por Francia; hay que recordar, no obstante, que en Italia los condotieros gozaban de una libertad de acción desconocida en cualquier otro lugar. Incluso la que se ha considerado como una minusvaloración de la artillería, habría que considerarla en relación con las condiciones tan especiales que en los primeros decenios del siglo XVI se encontraba el uso y la fabricación misma de armas pesadas, ya que el desarrollo de tales instrumentos bélicos no llegaría antes de los años treinta.

En los siete libros que componen *El arte de la guerra*, el tema central se impone por la necesidad de «devolverle alguna forma de la virtud pasada».⁸¹ Las cuestiones son eminentemente técnicas: desde el reclutamiento de soldados hasta el armamento de infantería y de caballería, el orden del ejército en batalla, los alojamientos, la disciplina, las fortificaciones, etc. Pero el problema político aflora continuamente y aparece en el fondo del discurso de Fabricio Colonna: éste declara desde las primeras intervenciones que «una ciudad bien organizada tiene que desear que el estudio de la guerra se utilice como ejercicio en tiempos de paz y en tiempos de guerra, por necesidad y gloria, y dejar que sólo la parte pública se ocupe de ella».⁸² Y como conclusión afirmará que «en Italia no basta con sa-

ber gobernar a un ejército ya organizado, sino que antes es necesario saber crearlo y luego saber mandarlo». Los ejércitos mercenarios que allí se encuentran son indisciplinados, no toleran las fatigas, son insolentes y viciosos. Los italianos «por no haber tenido príncipes prudentes, no han creado ningún buen ordenamiento [...] de forma que son el oprobio del mundo».⁸³ Encontramos así la bien conocida reprimenda contra los poderosos italianos en los años que preceden a las guerras de Italia:

Nuestros príncipes italianos creían, antes de haber probado los golpes de las guerras ultramontanas, que a un príncipe en su despacho le bastaba con saber pensar en una respuesta aguda, escribir una bonita carta, demostrar en dichos y palabras argucia y viveza de ingenio, saber cómo tramar un engaño.

Vivían en el lujo y eran disolutos, trataban a sus súbditos con arrogancia y concedían sus favores a serviles cortesanos, incluso cuando se trataba de elegir capitanes para sus ejércitos:

No se daban cuenta, los desgraciados, que se preparaban para convertirse en presa de cualquiera que los asaltara. De ahí nacieron luego en mil cuatrocientos noventa y cuatro los grandes temores, las fugas inmediatas, las pérdidas milagrosas [...]. Y lo que es peor: los que nos quedan cometen el mismo error y viven con el mismo desorden.

A pesar de ello, alguna rendija de esperanza se ilumina al final de las palabras del condotiero: «El que, entre todos los que hoy poseen un Estado en Italia, recorra este camino [el de la reforma militar y política] se convertirá, antes que ninguno de los demás, en señor de esta nación». Será como Felipe de Macedonia, que organizó un ejército capaz de someter a toda Grecia, y que dejó a su hijo «tales cimientos como para que pudiera convertirse en príncipe de todo el mundo».⁸⁴ Del propio análisis llevado a cabo en el diálogo emerge la contradicción dramática entre la posibilidad de organizar «milicias propias» y la imposibilidad de implantar tal fuerza militar, sin que se verifique un profundo cambio en las organizaciones polí-

ticas italianas. Por eso Fabricio Colonna se desahoga con sus jóvenes oyentes que, en una época más feliz, habrían podido contemplar una situación más propicia para profundas reformas. «Por lo que no quiero que sintáis pavor o desconfiéis porque esta nación parece haber nacido para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en la poesía, la pintura y la escultura.» La esperanza que había animado la última página de *El príncipe* sigue viva años después, animada —en este amigo de Ariosto, Leonardo y Miguel Ángel— por la fe en las obras del espíritu italiano.

III

«NICOLÁS MAQUIAVELO, HISTORIADOR, CÓMICO Y TRÁGICO»

1. UNA NUEVA ÉPOCA EN LA VIDA DE MAQUIAVELO

En las cartas que en 1517 dirige a su sobrino Juan Vernacci, comerciante en Pera, el barrio de Estambul donde vivían los europeos, Maquiavelo había recordado las adversidades y los «infinitos sufrimientos» de los últimos años y había utilizado palabras profundamente descorazonadoras, llegando a escribir: «Me he convertido en inútil para mí, para mi familia y para los amigos, porque así lo ha querido mi dolorosa suerte».¹ Ya al año siguiente parece abrirse un resquicio de nuevas posibilidades. En Florencia se va creando a su alrededor una atmósfera menos hostil y, por primera vez después de su expulsión de palacio, un grupo de mercaderes le encarga que se traslade a Génova para tratar de recuperar, por lo menos, una parte del dinero que les debe un comerciante de lanas que se ha declarado en quiebra. Ciertamente no es una misión de prestigio, aunque está directamente interesado incluso el mismo gobernador genovés Octaviano Fregoso; a pesar de ello, como se ha escrito: «Por ganar algún florín, pero sobre todo para moverse, “para parecer que está vivo”, el antiguo secretario ha empezado de nuevo a cabalgar».²

La señal de que el estado de cosas ha mejorado, parece estar en el hecho de que, habiendo interrumpido la composición de *El Asno*, escribe para el carnaval de 1518 la que se considera su obra maestra teatral, que es sin duda, una de las mayores creaciones cómicas de la literatura italiana: *La mandrágora*.³ Su inclinación por estas formas de expresión parece remontarse a los años juveniles, cuando empezó a copiar junto al *De rerum natura* de Lucrecio, el *Eunuchus* de Terencio, considerada por los clásicos la obra más lograda del co-

mediógrafo latino. Luego durante los años en la Secretaría, sabemos —por el nieto, Julián de Ricci— que animado por el canciller Marcelo Virgilio había escrito una comedia «imitando *Las Nubes* y otras comedias de Aristófanes», titulada *Las máscaras*, perdida posteriormente.⁴ La relación entre las «cosas grandes» y las «cosas fútiles» que, según el mismo Maquiavelo caracterizaba su correspondencia con Vettori,⁵ se entreteje de igual modo en toda su multiforme actividad literaria y, por otra parte, un crítico insigne ha observado la afinidad estilística en expresiones, términos, formas sintácticas y semánticas entre las que llamamos «obras mayores» y los escritos jocosos o las cartas bromistas.⁶

El primer trabajo teatral que ha llegado hasta nosotros es la traducción de otra comedia de Terencio, *Andria*, conservada en dos redacciones: una de factura más rápida de 1517, compuesta quizá para responder a las peticiones de que fuera representada; otra, corregida y notablemente modificada, en 1520. Si bien es cierto que este trabajo no está exento de originalidad en la selección lingüística y en algunos retoques escénicos, el punto álgido de su genio cómico lo encontramos en *La mandrágora*, donde se demuestra que el teatro es una forma de arte que se adapta perfectamente a su carácter. La comedia está impregnada de significado moral y ampliamente político, porque representa a una humanidad simuladora, donde el engaño es el motor que mueve la acción. En los *Discursos* (I, 30) había afirmado que «los hombres no saben ser ni plenamente malvados, ni buenos del todo» y precisamente esa ambigüedad envuelve a los personajes de la comedia, proyectando sobre ellos ráfagas de luz siniestra. De hecho, incluso el que tendría que ser el héroe positivo, Calímaco, con tal de lograr su intento de conquistar el amor de la bella mujer de Micer Nicia, de la que ha oído hablar cuando todavía vivía en París, se pone en manos de un bribón como Ligurio y en un momento de desesperación dice que está dispuesto a «tomar una resolución bestial, cruel, nefanda» (I, III). La misma mandrágora, la raíz milagrosa que da título a la comedia, tiene una virtud ambigua: facilita la fertilidad de la mujer, pero será mortal para el primer hombre que vaya a yacer con ella.⁷ Eso es lo que cuenta una

difundida creencia que relata Calímaco —presentado por el granuja de Ligurio como un gran médico de París— a Nicia, ansioso por tener un hijo de su mujer Lucrecia. Calímaco y Ligurio convencen a Nicia para que le suministre la poción y, para evitar el riesgo de convertirse en víctima, hará que «duerma inmediatamente con ella otro que, al estar juntos durante una noche, atraiga hacia sí mismo toda la infección de la mandrágora» (II, vi). Ahora bien, ni siquiera fray Timoteo, dispuesto a pesar de su cinismo y venalidad a hacer de mediador, es «un completo malvado», aunque es quien convence a Lucrecia a yacer con otro, antes que con su marido, ya que su modo de argumentar, plagado de sofismas casuísticos (III, xi) se inspira —como ha sido observado— en un conocido comentario a textos de derecho canónico.⁸ Al final, Micer Nicia, que en su credulidad está dispuesto a desfilar al grito de «san Cuco», después de que le hayan explicado «que es el santo que más honores recibe en Francia» (IV, ix), no tiene ninguna contemplación para llevar a la muerte «al primer muchachote» que se tope por la calle, puesto que él mismo lo organizará todo con tal de que éste pueda yacer con su mujer, y llegará a asegurarse de ello «tocando con la mano» la coyunda entre ambos. Por lo tanto finalmente resulta burlado, porque está dispuesto a practicar el engaño hasta sus últimas consecuencias.

La trama, densamente entretejida de embrollos, se resuelve en la noche de amor entre los dos protagonistas y al final Lucrecia, ante la «astucia» de Calímaco, la «necedad» de su marido, la «simpleza» de su madre y la «maldad» de su confesor, acepta de buen grado algo que le parece el fruto de una «disposición celeste que así lo ha querido» (V, iv). Por eso pronuncia solemnemente una declaración que la une para toda la vida con su amante. De tal modo, el desarrollo final llega a superar la amarga ironía del escarnio, que es precisamente la razón de *La mandrágora*. En efecto, ciertas tensiones y el lado oscuro de alguno de los personajes llevan a preguntarse si, más allá de la broma, la comedia no contiene también algo de trágico. La risa de Maquiavelo, que es todo menos irresponsable, tiende a enfocar la luz sobre la miseria humana. Únicamente el amor tiene la fuerza de convertir en «dulce [...] cualquier trago amargo», y la conclu-

sión tiene valor de catarsis: el amor de Calímaco y Lucrecia también será culpable, pero su fuerza lo convierte en algo superior. Su potencia, ensalzada también en otros versos apasionados, triunfa y en la canción al final del tercer acto se canta un himno a las victorias del amor: «Tú sólo vences con tus santos consejos, / a piedras, venenos, encantamientos».

En el prólogo el autor admite que quizá «esta materia no es digna / [...] de un hombre que quiere parecer sabio y digno», pero se disculpa por ello explicando «que se las ingenia / con esos fútiles pensamientos / para hacer su triste tiempo más liviano», ya que «se le ha impedido / mostrar en otras empresas su virtud». Casi como una prueba de verificación, mientras del ofrecimiento de *El príncipe* no había surgido ningún resultado positivo, la representación de *La mandrágora* despertó el interés del papa León X, que quiso que se representara también en Roma.⁹ Sólo entonces cesó por fin el ostracismo al que había sido sometido por los Medici, poniendo fin de este modo a la larga cuarentena sufrida.

Quizá el hecho de que se despejara el horizonte le infunde la inspiración para poner por escrito el único de los relatos que nos ha llegado.¹⁰ Que tenía talento de narrador lo sabe cualquiera que conozca sus cartas, en las que la aventura erótica veronesa —relatada a Luis Guicciardini el 8 de diciembre de 1509— o la mala pasada que Julián Brancacci le jugó a un amigo —relatada a Vettori el 25 de febrero de 1514— tienen el ritmo de los relatos licenciosos. No por nada un conocido narrador amigo suyo, Mateo Bandello, elogiará a Maquiavelo por sus dotes de narrador y por el espíritu con el que sabía entretener placenteramente a los amigos.¹¹ El relato titulado *Fábula*, a veces llamado *Relato del demonio que tomó mujer* y a veces *Belfagor archidiablo*, desarrolla un tema misógino, probablemente bastante antiguo, de origen oriental, que durante la Edad Media volvió a utilizarse en latín y que se difundió en francés hacia finales del siglo xv por Jehan Le Febvre en las *Lamentations de Mathéolus*. Es posible que Maquiavelo lo conociera durante uno de sus viajes a Francia. Ciertamente se puede observar que es en este tipo de obras, consideradas habitualmente como jo-

cosas, donde Maquiavelo retrata la humanidad en sus aspectos más desgraciados y miserables, en resumen, más dramáticos. Como en el final del octavo canto del *Asno* donde, en los últimos versos redactados antes de interrumpir la composición, había mostrado a través de las palabras del «grueso cerdo» que rechaza abandonar su condición de animal, la infelicidad y la crueldad de los hombres:

No da dolor un puerco a otro puerco,
ni un ciervo a otro: sólo el hombre
a otro hombre mata, crucifica, despoja.¹²

La *Fábula* narra las desaventuras de un archidiablo, enviado por Plutón a la Tierra para comprender cómo «todas o la mayor parte [de las almas que iban al infierno] no se lamentaban más que de haberse casado, de haberse dejado llevar a tal desgracia».¹³ Belfagor tiene, pues, que asumir el aspecto de un noble caballero —se hace llamar Rodrigo de Castilla— y casarse, empezando su vida terrenal en Florencia, elegida «como la [ciudad] que parecía más adecuada y tolerable para alguien que, con artes usurarias, especulara con su dinero». Quizá el pecado de la usura, tan extendido en esa ciudad, podría permitir vislumbrar otras causas de condena: los conflictos sociales y las tensiones económicas podían provocar nuevas caídas en pecado, disminuyendo los riesgos para el que tomaba mujer. El cálculo, sin embargo, se revela equivocado: la mujer elegida y su familia logran con sus pretensiones dilapidar el patrimonio del que dispone Belfagor, que tiene que huir perseguido por los acreedores. La *vis comica* de la *Fábula* se origina precisamente con la confusión de valores: el infierno parece preferible a la vida en la Tierra; la mujer Madama Honesta es capaz incluso de hacer que un archidiablo se condene, el campesino que salva a Belfagor en su huida «sabía más que el diablo» y al final logra engañarlo. Es así como Belfagor que, por miedo a que la mujer lo encuentre se precipita en el infierno, «dio fe de las desgracias que la mujer lleva a su casa».

En estas consideraciones no podía haber ninguna referencia autobiográfica. La mujer de Maquiavelo, Marietta Corsini, por lo que

sabemos, era una mujer paciente y afectuosa, que había educado a sus seis hijos y que soportaba las frecuentes aventuras del marido. Como mucho le pedía de regalo «una tela de pelo de camello color castaño».¹⁴

2. LA VUELTA A LA ACTIVIDAD

Mientras tanto la posición de Maquiavelo iba mejorando. Después de la muerte de Lorenzo de Medici, el Joven, en mayo de 1519, el cardenal Julio de Medici que había acudido a Florencia para mantener al Gobierno bajo control, parece que tiene intención de restaurar parcialmente las instituciones republicanas. Con tal fin, consulta a varias personas, entre ellas a Maquiavelo. Para hacerlo había obtenido vía libre del papa, como sabemos por una carta del 26 de abril de 1520 que uno de los asiduos de la casa de los Rucellai, Bautista de la Palla, entonces en Roma, envía a Maquiavelo:

He hablado de vuestro caso especialmente con el papa y en verdad, por lo que parece, lo he encontrado extraordinariamente bien dispuesto hacia vos [...]. He tenido el encargo de decirle al cardenal de Medici, de parte de Su Santidad, cuando llegue ahí, que le sería muy grato que la buena voluntad que Su Señoría Reverendísima tiene para complaceros, se haga ya efectiva.¹⁵

En realidad, ya desde el 10 de marzo el cardenal había querido recibir a Maquiavelo que le había sido presentado por Lorenzo Strozzi, al que en agradecimiento dedicará *El arte de la guerra*. «La buena voluntad de Su Señoría Reverendísima» se manifestará en dos cometidos importantes: una es la petición para que le dé su parecer sobre la posibilidad de reformar el estatuto florentino; la otra, el encargo de redactar la *Historia de Florencia*.

El escrito sobre la reforma de Florencia se le solicita dentro del cuadro de consultas que promueve el cardenal en los ambientes florentinos, después de que hayan desaparecido todos los descendien-

tes directos de Cosme de Medici con capacidad para regir el Gobierno. Existen, bien es cierto, dos hijos naturales: uno atribuido a Julián, el futuro cardenal Hipólito, otro atribuido a Lorenzo, el futuro duque Alejandro. En realidad, parece ser que ambos son hijos del cardenal Julio, el futuro papa Clemente VII; los dos, sin embargo, son todavía unos niños. En ese momento, no se tienen en cuenta a los miembros de la rama segundona, que tendrían un representante válido en el condotiero conocido como Juan de las Bandas Negras que, únicamente en 1537, a través de Cosme, hijo de este último, recogerá la herencia familiar. Por eso Maquiavelo, para dar respuesta a la solicitud del cardenal, escribirá entre finales de 1520 y principios de 1521 el *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medices*, un breve escrito —dirigido a León X— que se vale de la elaboración ideal de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

Aunque hace poco tiempo que se relaciona con la familia dominante, Maquiavelo no titubea al expresar desde un principio un juicio poco halagador sobre el «sistema» de los Medici. Los continuos cambios de Gobierno en Florencia se deben a que «en ella no ha habido jamás ni una república, ni un principado que tuvieran las debidas cualidades». Sucedió que en 1382 después del tumulto de los *Ciompi* se inició, con «la República de los Albizzi» y bajo la hegemonía de esa familia, Florencia fue gobernada durante cuarenta años por los optimates, «y menos hubiera durado si no hubieran venido luego las guerras de los Visconti que la mantuvieron unida». Pero incluso «el Estado de Cosme» que le siguió —gozando como gozaba, con diferencia del precedente, de la ventaja de «haber sido formado con el favor del pueblo» y de «ser gobernado por la prudencia de dos hombres como fueron Cosme y Lorenzo, su nieto»— se dio a sí mismo instituciones tan poco estables que tuvo que recurrir continuamente a medidas extraordinarias y «se perdió con el incidente de la llegada del rey Carlos».

No podemos esperar que, en un texto que va a ser sometido a los Medici, se encuentre un juicio positivo sobre la República de Soderini, pero de todos modos, hay que observar que la crítica a ese

régimen está centrada, a su vez, en el hecho de que también estuvo «lejos de una verdadera república» por el carácter ambiguo asumido con el cargo del confaloniero vitalicio. Éste, si hubiera sido «sabio y malvado» podría haberse convertido en príncipe, y si hubiera sido «bueno y débil, podría haber sido fácilmente expulsado». Por primera vez Maquiavelo da una opinión tan neta, no sobre Pedro Soderini, sino sobre el confaloniero perpetuo, aunque en algunos fragmentos de los *Discursos* podemos entrever ciertas reservas hacia esa magistratura que, por ser vitalicia, no podía adaptarse al cambio de los tiempos (III, 9). Este cargo, por otra parte, había sido exigido por los optimates, ansiosos por instaurar una república semejante a la veneciana, y desde el principio de los *Discursos* la prepotencia de los optimates se menciona precisamente como una de las causas de la inestabilidad florentina.

Las diferentes reformas introducidas en el Gobierno de Florencia siempre estuvieron condicionadas por intereses particulares y no se concibió jamás un proyecto capaz de estar por encima de las facciones, que fuera útil para todos los ciudadanos:

La razón por la que todos estos gobiernos han tenido defectos estriba en que sus reformas se hicieron, no para satisfacer al bien común, sino para corroborar la seguridad de los partidos.¹⁶

Quizá este momento excepcional puede ofrecer por fin la ocasión para instaurar una verdadera república. La «opinión de muchos» que querrían restaurar el Gobierno fundado por Cosme, o sea una forma de señoría enmascarada, es combatida con decisión. «Un Estado así formado es peligroso», porque es débil, declara sin ambages.¹⁷ Podía mantenerse en época de Cosme, aunque con dificultad, porque el estado de los asuntos internos era distinto: entonces aquel Gobierno «tenía a todos como amigos»; ahora «todos» son sus «enemigos». No sin osadía Maquiavelo afirma que, después de la experiencia de la República de Soderini, los florentinos no tolerarían un Gobierno que supusiera menos libertad: «Aquellos ciudadanos no habían encontrado jamás en Florencia un Estado que

pareciera más universal que ése, y éstos han encontrado uno que les parece más civilizado, con el que se conforman». Además, la situación italiana ha cambiado profundamente: en época de Cosme los florentinos eran capaces de defenderse de sus enemigos, porque éstos sólo podían ser los demás Estados de la península; ahora, «estando España y Francia», es necesario contar con esas dos potencias, y es impensable una completa libertad de acción. El «quondam secretario» era plenamente consciente de cuáles eran los vínculos entre política exterior y política interior, y ello debía tenerse en cuenta al dar forma al nuevo Estado. Se ha perdido, además —añadía— la costumbre de imponer fuertes «gravámenes», que un Estado como el de Cosme habría impuesto: la Administración de Soderini había saneado las finanzas florentinas, mientras que la restauración de los Medici había puesto inmediatamente en serias dificultades al erario público. Además, en su época, Cosme se comportaba con mucha «familiaridad»; ahora los Medici «se han convertido en algo tan grande que, más allá de la cortesía, no puede existir tal confianza». En conclusión, Maquiavelo trata de destruir las ilusiones nostálgicas:

No crean que es verdad que los hombres vuelven fácilmente a modos de vida antiguos y habituales, porque esto se verifica si el modo de vida antiguo gustase más que el nuevo, pero cuando éste gusta menos, no se vuelve a él, a menos que sea por la fuerza y se convive con él mientras dura esa fuerza.

Afronta a continuación otro tema difícil: la persona del «jefe», indispensable, sin duda. Si hubiera que pensar en un «jefe privado» sin ninguna duda se preferiría a uno de la casa de Medici, pero si se tratara de un «jefe público», éste será siempre preferido a uno «privado». Y vuelve sobre el punto discriminante de la neta elección entre república o principado.

Vuestra Santidad no puede, si desea formar en Florencia un Gobierno estable para gloria suya y bienestar de sus amigos, organizar

nada que no sea un verdadero principado o una república, que mantengan sus elementos constitutivos. Todo lo demás es en vano y de muy breve duración.

En efecto, la república es la elección que indica como obligatoria y, por lo tanto, el *Discursus* se detiene en las normas constitucionales consideradas necesarias para que ésta tenga cimientos sólidos, dando a la vez indicaciones a la casa de Medici sobre las garantías que tendría que ofrecer. Para el principado, al contrario, ha «desaparecido el instrumento» con la muerte de Lorenzo de Medici, el Joven, sin que haya otras personalidades capaces de recoger la herencia. En Florencia, además, existe otro obstáculo para la creación de un principado: como ha observado en los *Discursos* (I, 55), ahora repite que «donde hay gran igualdad entre los ciudadanos, no se puede organizar un principado a no ser con la máxima dificultad», porque «sería necesario organizar primero la desigualdad y crear bastantes nobles de castillos y villas que, junto al príncipe, mantuvieran oprimida por medio de las armas y con sus refuerzos a la ciudad y a toda la región».

Sí, como resulta fácil de entender, el *Discursus* no tuvo en general buena acogida en el ambiente de los Medici, estas últimas indicaciones, sin embargo, fueron escuchadas. En efecto, medidas contra «la igualdad» habían sido sugeridas a los Medici desde su vuelta a Florencia en 1512 y, precisamente, por personas relacionadas con el secretario florentino. En un consejo a Lorenzo de Medici, el Joven, redactado en 1516 «para mantener el Estado de Florencia en el acatamiento a los Medici», un amigo de Maquiavelo, Ludovico Alamanni, reconocía que los florentinos «están más acostumbrados a comportarse como asnos que a la libertad y que a través de ésta se sentían instigados a odiar las costumbres cortesanas». Había indicado un remedio: es indudable «que tal fantasía no desaparecería nunca del pensamiento de los ancianos»; pero, afortunadamente «son prudentes y de los prudentes no hay nada que temer puesto que jamás proponen novedades»; al contrario, «los jóvenes perderían enseguida los hábitos que los unen a esta civilización» y basta-

ría con que Lorenzo los tomara a su servicio, atribuyéndoles a unos competencias militares, a otros, «literatos», funciones de «secretarios, mandatarios, comisarios y embajadores». Todos ellos «vestirán la capa y dejarán la capucha»; es decir, abandonarán el sencillo vestir de los ciudadanos para asumir vestiduras cortesanas, y al cambiar de ropas «será como si se convirtieran en frailes, porque renunciarán a la república y profesarán en su orden [la de Lorenzo]». ¹⁸ A diferencia de su hermano Luis, asiduo visitante de los Orti Oricellari, que años después participó en la conspiración contra el cardenal Julio, Ludovico Alamanni era partidario de los Medici y le preocupaba su suerte política. Por otra parte, era amigo de Maquiavelo como sabemos por una carta del 17 de diciembre de 1517¹⁹ y podemos conjeturar que, precisamente, las ideas que ahora exponía era él quien las inspiraba.

De la misma manera, un noble florentino, amigo a su vez de Maquiavelo, Felipe Strozzi —destinado a ser recordado por la lucha política que emprendió en sus últimos años contra los Medici y, después de haber sido encarcelado en 1537 por el duque Cosme I, por su trágico final que le otorgó una aureola de mártir republicano, incluso durante el Risorgimento—, expresó ideas parecidas. Después del segundo regreso de los Medici en 1530 cuando era partidario del régimen restaurado, había sugerido a Clemente VII que destruyera esa «igualdad civil» que había fortalecido a la República florentina, renacida en 1527, después del saqueo de Roma. Para dar estabilidad al poder de los Medici, ensalzando al principado en aquel momento en la persona del duque Alejandro, era necesario borrar toda sombra de la pasada libertad. Escribía, entonces:

Y puesto que el nervio y la firmeza del Estado parece consistir en formar un partido que no tenga amparo en el pueblo [...], alguien ha recordado que sería bueno hacer casualmente una elección de todos los que son amigos, a quienes creemos necesitar, y poder ganárnoslos yendo de casa en casa y declararlos nobles por disposición pública, admitiendo en el Gobierno sólo a éstos y excluyendo a todos los demás en tanto que plebeyos.²⁰

La distinción tenía que ser radical: sólo los que hubieran sido declarados nobles podrían acceder a los honores y cargos públicos y estar armados, «con objeto de que la diferencia entre éstos y los plebeyos fuera visible por todas partes», de manera que entre los nuevos nobles y el pueblo naciera un enfrentamiento irremediable, para ventaja del señor. Estos mecanismos de inflexibilidad y estratificación social estaban destinados a afianzarse en la vida italiana del siglo XVI, mientras los artificios de la ingeniería constitucional propuestos por Maquiavelo para dar vida a una república, se quedarían en papel mojado. A pesar de ello, el final de los *Discursos* se puede comparar, por nobleza de sentimiento y calor humano, con el último capítulo de *El príncipe*. El espíritu del secretario florentino seguía estando abierto a la esperanza en el porvenir.

3. LOS ANALES O LA *HISTORIA DE FLORENCIA*

Antes de disponerse a escribir el *Discursus*, Maquiavelo había recibido otro encargo que le permitió prepararse para escribir su obra historiográfica. En verano de 1520 el cardenal Julio pensó en valerse de su trabajo para una misión, que una vez más, iba a ser de carácter financiero. Como siempre tenía que ver con negocios fallidos, en este caso los de un mercader de Luca, Miguel Guinigi, perteneciente a una de las primeras familias de la pequeña República toscana. A causa de su vida desenfrenada había sido desheredado por su padre, pero su apellido ilustre le había abierto en Florencia créditos imprudentes. Incluso los Salviati, emparentados con León X por el matrimonio de su hermana Lucrecia con uno de ellos, se habían expuesto con fuertes sumas de dinero. Por eso, la mismísima Señoría de Florencia se interesó por el asunto, tanto como para empezar las gestiones con el Gobierno luqués ya en otoño de 1519. El 7 de julio del año siguiente «para gestionar y resolver esta materia» será enviado Maquiavelo. La cuestión se prolongará tanto que no podrá resolverla (se concluirá un año después), pero cuando vuelve a Florencia, la negociación estaba ya satisfactoriamente en marcha.

En los ratos libres de sus gestiones, Maquiavelo tiene tiempo para dedicarse a otras cosas. Estudia el Gobierno de la ciudad de Luca, desde la perspectiva de las reformas que hay que realizar en Florencia, pero sobre todo escribe *La vida de Castruccio Castracani de Luca*, el capitán que en el siglo XIV se había convertido en señor de la ciudad. Es una especie de ensayo sobre sus cualidades como escritor de historia que le sirve, de hecho, para mostrar su valía, con vistas al encargo que en otoño recibirá del Estudio de Florencia para redactar la *Historia de Florencia*. En efecto León X le había dicho a Bautista de la Palla que tenía intención de que le diera «un anticipo para escribir» haciendo referencia a la obra²¹ y el 6 de septiembre de 1520 Zanobi Buondelmonti, que ha leído la vida del condotiero luqués, lo invita a emprender esa obra mucho más exigente, puesto que «ese modelo vuestro de historia» le ha gustado mucho y ha tenido ocasión de discutirlo con numerosos amigos que habían sido asiduos de los Orti Oricellari.

En el otoño de 1520 el Estudio de Florencia, que está directamente bajo control del cardenal de Medici, encarga a Maquiavelo «los anales o las historias de las cosas realizadas por el Estado y la ciudad de Florencia».²² Era normalmente un trabajo que se confiaba a los cancilleres de la República, y de algún modo tal función lo llevaba otra vez a sus antiguas competencias, aunque la compensación fuera sólo la mitad, o poco más, del sueldo que recibía como secretario. Por eso, Pedro Soderini que le había propuesto el cargo de canceller de la República de Ragusa (propuesta que Maquiavelo ni siquiera tomó en consideración por lo unido que estaba a Florencia), ahora al tener conocimiento de este encargo y de la merced que lo acompaña, le propone el 13 de abril de 1521 que se ponga al servicio del condotiero Próspero Colonna. Magnifica la «provisión» que éste está dispuesto a concederle: «200 ducados de oro más los gastos [...], mucho mejor que estar ahí escribiendo historias pagaderas en florines de cuño».²³ Evidentemente, el confaloniero no había entendido la mentalidad de su antiguo colaborador: para Maquiavelo el haber conseguido un cometido público en Florencia era mucho más importante que el salario. Por eso rechaza el ofreci-

miento. Se puede pensar que esa incomprensión, unida a la huida de 1512, haya podido dictar el epigrama burlón compuesto en 1522 a la muerte de su antiguo patrono:

La noche que murió Pedro Soderini
a la boca del infierno llegó el alma.
Gritó Plutón: «¿Qué infierno?, alma atontada,
al limbo vete con los demás niños».²⁴

En efecto, el oficio de historiógrafo no significaba sólo ver cómo se reconocía su valía y volver a adquirir influencia, sino que «escribir historias» lo comparaba con dos famosos cancilleres de la República, Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini, cuyas obras evocará en el *Proemio* a la *Historia de Florencia*. Se ha observado, además, que un trabajo así le permitía «demostrar lo que valía su lengua y la de Florencia» en años en los que entre los literatos italianos había prendido el debate sobre la cuestión de la lengua, un debate por el que se interesó tanto como para tomar parte en él.²⁵ Con la composición de la *Historia* podría tratar de devolver a su ciudad el prestigio literario perdido por el aislamiento en el que había caído la literatura florentina a principios del Cinquecento. Bien es cierto que en el contrato estipulado se le dejaba libertad para escribir «en lengua latina o toscana como le parezca»;²⁶ no obstante, atribuir la elección del italiano a su escasa familiaridad con el latín, supondría aislar a Maquiavelo del mundo intelectual de su época. Podemos en todo caso observar que la preocupación por redactar la historia de Italia en «lengua moderna» lo indujo a buscar un estilo de cadencias clásicas, mucho más acentuadas que en *El príncipe* o los *Discursos* y también respecto a *El arte de la guerra*, donde se había mostrado ya más obsequioso con las convenciones literarias de su época.

La redacción de la *Historia de Florencia* duró cuatro años, aunque intercaló este trabajo con otras actividades. No era tarea fácil escribir sobre los acontecimientos de Florencia después de que Cosme se hubiera hecho con el poder por encargo de un papa Medici (en noviembre de 1523 el cardenal Julio había sido elegido

papa con el nombre de Clemente VII). Es comprensible que el 30 de agosto de 1524 Maquiavelo confiara a Francisco Guicciardini —con el que como veremos había estrechado una sólida relación de amistad— lo siguiente:

He esperado y espero aquí en el campo a escribir la historia y pagaría diez sueldos, no quiero decir más, porque teniendo que llegar a ciertos detalles, necesitaría oír vuestra opinión para saber si ofendo demasiado exaltando o denigrando las cosas.²⁷

Incluso sin ocultar lo que pensaba sobre la situación italiana y florentina, tenía necesariamente que servirse de cierta cautela. Donato Giannotti, que había sido asiduo de los Orti Oricellari, escribió posteriormente que le había oído decir:

No puedo escribir la historia desde que Cosme se hizo con el Estado hasta la muerte de Lorenzo incluida, como la escribiría si estuviera libre de todo respeto; las acciones serán verdaderas y no omitiré nada, solo dejaré atrás el discurrir sobre las causas universales de las cosas: *verbi gratia*, hablaré de los acontecimientos y de los casos que sucedieron cuando Cosme tomó el Estado; dejaré atrás el discurrir de qué modo y con qué medios y astucias uno puede llegar tan alto y quien quiera, además, entender esto que observe muy bien lo que pongo en boca de sus adversarios, porque lo que no quiera decir como mío, haré que lo digan sus adversarios.²⁸

Ahora bien, si Maquiavelo sintió tantos escrúpulos, podemos afirmar que los condicionamientos a los que se sometió fueron más bien limitados. Ciertamente, los primeros daños y las más graves fechorías de Cosme, Pedro y Lorenzo son atribuidos en gran parte a sus partidarios, pero la condena de la actuación facciosa de los poderosos exponentes del partido de los Medici involucra de forma refleja a los que dominan el Gobierno, y no encontramos en la *Historia* páginas que suenen como apología del régimen impuesto por los Medici. Baste recordar la reprimenda que Pedro dirige a los que le apoyan, convocándolos en su casa «para aligerar su conciencia y



para ver si podía hacer que se avergonzaran» y declarando al empezar su discurso: «Jamás hubiera creído que podrían llegar tiempos en los que los modos y las costumbres de los amigos me llevaran a querer y desear a los enemigos». Y sigue:

Vosotros despojáis de sus bienes al vecino, vendéis la justicia, evitáis los juicios civiles, oprimís a los hombres de paz y exaltáis a los insolentes. No creo que se encuentren en toda Italia tantos ejemplos de violencia y de avaricia como los que hay en esta ciudad (VII, 23).

A finales de 1524, la narración había llegado hasta la muerte de Lorenzo el Magnífico y el manuscrito, elegantemente copiado, estaba listo para ofrecérselo a su comitente, ya convertido en papa. Desgraciadamente el momento no parecía propicio: eran aquellos, en efecto, días tempestuosos. Francisco I y Carlos V habían empezado a combatir en Italia y Clemente VII, después de que en octubre de 1524 Milán hubiera sido reconquistada por los franceses, se había aliado con ellos. Pero el 24 de febrero de 1525 se había desarrollado en Pavía una batalla decisiva en la que el rey de Francia había sufrido una derrota clamorosa y había caído prisionero. En tal situación, Vettori dudaba si aconsejar a Maquiavelo que fuera «o no, con el libro, porque los tiempos son contrarios a leer y a donar». Sin embargo —escribe al amigo el 8 de marzo—, «el papa, la primera tarde que llegó [...] me preguntó por propia iniciativa por vos y me dijo si habíais terminado la *Historia*». Sorprendido por esa curiosidad Vettori responde que Maquiavelo había llegado «hasta la muerte de Lorenzo, lo que era algo como para estar satisfecho», hasta el punto de que hubiera querido presentársela, pero —había añadido— «por respeto al momento» él mismo lo había disuadido. Entonces Clemente VII había replicado que se había equivocado dándole ese consejo: «Tenía que venir, y creo ciertamente que sus libros gustan y se leen de buena gana».²⁹ Por eso en mayo Maquiavelo estaba en Roma y presentaba la *Historia* al pontífice, que con ese motivo, le dio un donativo de ciento veinte ducados de oro. Por entonces la obra se publicó manuscrita y la edición impresa se realizó,

póstuma, en 1532, en las prensas del editor Blado en Roma y del florentino Giunta simultáneamente.

4. «LAS COSAS REALIZADAS DENTRO Y FUERA POR EL PUEBLO FLORENTINO»

Quien lea la *Historia de Florencia* puede plantearse un interrogante: ¿estamos o no ante una obra completa? Las opiniones son contradictorias. Un estudioso acreditado, Félix Gilbert, haciendo referencia a algunos fragmentos en los que Maquiavelo manifiesta su propósito de no detenerse en la muerte de Lorenzo el Magnífico, ha afirmado que «la *Historia de Florencia* no es una obra completa». Otro estudioso de no menor crédito, Carlos Dionisotti, considera, al contrario, que «Maquiavelo nunca se había propuesto, siendo papa Clemente VII, seguir con la *Historia de Florencia*» y observa que: «Ya era un milagro que hubiera salido indemne de la publicación manuscrita de una obra provocativa bajo tantos aspectos».³⁰

¿Qué elementos internos de la obra y qué noticias pueden llevar a pensar en una continuación fallida? Los primeros en verdad son escasos. En la dedicatoria a Clemente VII, el autor explica que «habiendo llegado, escribiendo, a los tiempos en los que la muerte de Lorenzo el Magnífico, hicieron cambiar la configuración de Italia», había querido «reducirlo a un volumen» y ofrecérselo al papa. La promesa de una continuación es más bien imprecisa. «Por ser las cosas que luego siguieron, elevadas y mayores y tener que ser descritas con elevado y mayor espíritu», había considerado oportuno presentar al papa «todo lo que hasta esos tiempos he descrito». Podemos leer este fragmento como un aplazamiento de la continuación, que escribiría más adelante, «con más elevado y mayor espíritu», aunque también como lo contrario, como la indicación de un periodo concluido, después del cual, los cambios acaecidos justifican la interrupción. En el libro VIII, capítulo 9 se anuncia el nacimiento del futuro Clemente VII y leemos que de su fortuna y virtud «por nos, cuando lleguemos a las cosas del presente, si Dios nos concede vida,

será ampliamente demostrado». Más que de un compromiso concreto de que iba a continuar, esas palabras pueden ser, simplemente, un acto de reverencia y de esperanza. Al final, el autor concluye la dedicatoria escribiendo que continuaría la obra «si la vida no se separa de mí y V. S. no me abandona». Incluso esta expresión puede ser juzgada como un augurio ritual.

Hay, sin embargo, una carta a Guicciardini, escrita después del 21 de octubre de 1525, o sea después de algunos trágicos sucesos milaneses que quizá habían puesto fin a la esperanza de que el dominio español sobre el Ducado pudiera ser abatido, en la que anuncia:

Conseguí un aumento de hasta cien ducados por la *Historia*. Empiezo a escribir de nuevo, y me desfogo acusando a los príncipes, porque todos han hecho de todo para conducirnos hasta aquí.

Sabemos, por lo tanto, que el comitente deseaba que siguiera con la obra, hasta el punto de que continuó aumentando el pago de la retribución, y que el autor se disponía a continuarla con el deseo de «desfogarse». Eso convierte en verosímil su intento por afrontar ese trabajo, precisamente para expresar la pasión que, se percibe, brota incontenible en las cartas de sus últimos años. A pesar de ello, de esa continuación nada ha llegado hasta nosotros o, por lo menos, nada se ha encontrado hasta hoy.³¹ No se puede excluir, por otra parte, que Maquiavelo no hubiera abandonado el proyecto de seguir narrando los acontecimientos que siguieron a la muerte de Lorenzo el Magnífico, aunque él la hubiera concebido, con razón, como el final de una época. En verdad, era consciente de las dificultades que entrañaba tratar acontecimientos en los que él mismo había estado involucrado y, por nuestra parte, podemos lamentar el no tener una versión suya de tales hechos. De todos modos, la obra histórica de la que disponemos está dotada de una construcción tan experta y de tal cohesión interna que permite considerarla completa.

Sobre la elección del principio de la *Historia* las cosas están más claras. Cuando escribió a Del Nero sobre la «sustancia del contra-

to», Maquiavelo no precisó la fecha de la que partiría, dejando abierta la cuestión; empezaría «desde el momento que le pareciera más conveniente». En el *Proemio* declaró que había pensado «cuando al principio deliberé escribir las cosas realizadas dentro y fuera por el pueblo florentino, empezar mi narración desde el año 1434 de la era cristiana», es decir, desde la subida al poder de Cosme de Medici. Más tarde cambió de idea y decidió «empezar mi historia desde los orígenes de nuestra ciudad». Explicaba, de hecho, que se había dado cuenta de la existencia de una grave laguna en las historias de Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini que le impedía redactar su obra siguiendo el proyecto inicial, como continuación de aquéllas, puesto que los dos autores no habían hablado suficientemente «de las discordias civiles y de las intrínsecas enemistades y de los efectos que de ellas se originaron», y los criticaba por «haber silenciado totalmente una parte y haber descrito de modo breve la otra, de manera que no pudo ser, ni útil, ni placentera para los lectores».³²

La crítica dirigida a sus dos predecesores ha sido discutida. Parece, en efecto, que es algo forzado afirmar que en sus obras se haya silenciado la vida política interna de Florencia. No podemos excluir que una crítica así (con el consiguiente inicio que antecede a la subida de Cosme al poder) fuera un expediente de conveniencia: puesto que la obra le había sido encomendada por el cardenal (luego papa) Medici, iniciar la *Historia* en 1434 podía dar la impresión de que se trataba de un trabajo de apología y, por encima de todo, le hubiera resultado difícil evitar la exaltación del acontecimiento.

Pero, sobre todo, hay una divergencia interpretativa real que debe tenerse en cuenta. Al reflexionar sobre el desarrollo de los acontecimientos, Maquiavelo considera que la situación en la que se encontraba Florencia en la época de Cosme y todavía en su época estaba estrechamente unida a las viejas luchas intestinas y, según ese punto de vista, no era aceptable, en su opinión, el modo en que habían sido expuestas en las historias de Bruni y Bracciolini. De hecho, se sentía inclinado a expresar un juicio negativo del Gobierno de optimates instaurado por los Albizzi en los años a caballo entre

los siglos XIV y XV, y no podía hacer suyo el panegírico de Bruni, que había saludado al régimen republicano de aquella época como *vera libertas*, hasta el punto de que se ha puesto de manifiesto el íntimo nexo ideal entre su *Historia* y su *Laudatio florentinæ urbis*.³³ De la misma manera, Maquiavelo tampoco podía compartir la glorificación que posteriormente Poggio Bracciolini trazó de ese Gobierno. Los lisonjeros intentos por reconstruir el pasado de Florencia habían convertido las obras de los dos humanistas en el pilar de la autorepresentación de la república oligárquica, afirmando, precisamente, la concomitancia de *libertas* y de *equabilitas* en la vida de los ciudadanos, una impostación ideológica netamente antitética con las ideas de Maquiavelo. Está claro que, escribiendo por encargo de un descendiente de Cosme, habría estado fuera de lugar indicar como modelo el Gobierno de los que hubieran querido eliminar a los Medici de la vida florentina. Pero ésa no era ciertamente la opinión de Maquiavelo, cuando había sido precisamente ese Gobierno el que había dado origen a la híbrida situación institucional que deplora al principio del *Discursus*, el escrito redactado entre noviembre de 1520 y febrero de 1521, para proponer una reforma del Gobierno florentino:

La razón por la que Florencia ha cambiado a menudo sus gobiernos es porque no ha tenido jamás ni república, ni principado que hayan poseído las cualidades que éstos deben poseer.³⁴

Ya en los *Discursos*, por otra parte, había observado que Florencia,

Por haber estado en su origen sometida al Imperio romano y habiendo vivido siempre bajo gobiernos de otros, permaneció durante un tiempo en la abyección, sin preocuparse de sí misma; luego, cuando tuvo ocasión de respirar, empezó a promulgar sus leyes.

Ni siquiera la libertad entonces conseguida le permitió, no obstante, dotarse a sí misma de instituciones satisfactorias, porque aque-

llos ordenamientos «al mezclarse con los antiguos que eran malos» se revelaron defectuosos, tanto como para concluir:

Así ha seguido manejándose durante doscientos años, de los que se tiene verdadera memoria, sin haber tenido nunca un Estado que ciertamente pueda ser llamado república.³⁵

Además esa condición ambigua, al determinar la debilidad de Florencia, contribuía a complicar la «crisis» italiana. Desde el momento en que invitaba al cardenal Julio de Medici a que instaurara una república «que posea las características que debe poseer»,³⁶ la ocasión para mostrar qué acontecimientos habían corrompido la vida política florentina sólo se podía aprovechar ilustrando el desarrollo de la historia completa de la ciudad. Una de las antiguas características había sido el predominio de los intereses privados sobre «los asuntos públicos». En los *Discursos* (I, 4) había afirmado: «Los que condenan los tumultos entre la nobleza y la plebe, me parece que censuran cosas que fueron la primera causa de que Roma se mantuviera libre»; en la *Historia*, podía subrayar ahora la diferencia entre las luchas políticas romanas y las divisiones florentinas. Por eso el principio del tercer libro ilustra la diferencia radical entre los dos tipos de enfrentamientos y las consecuencias opuestas que dieron a luz: mientras en Roma la división se superaba con la promulgación de nuevas leyes o con la institución de nuevas magistraturas que daban a la República mayor equidad y estabilidad, en Florencia el triunfo de un partido se señalaba con muertes y exilios; las luchas de Roma «acrecientan siempre la virtud militar, las de Florencia la extinguen por completo»; en Roma se llegó a una articulación social más compleja, Florencia «ha sido sometida a una admirable igualdad», aunque no condujo a una mayor democracia, sino a una situación tal que extinguió toda «virtud de las armas y generosidad de ánimo», de modo que el pueblo florentino «se fue haciendo cada vez más humilde y abyecto».

La división entre los ciudadanos es un problema que se afronta con especial vigor a través de los acontecimientos que condujeron a

acrecentar el poder del partido güelfo. Mediante el expediente historiográfico de la oración, atribuida a uno de los «muchos ciudadanos impulsados por el amor a la patria», se ponen de manifiesto los daños provocados por «los que se unen muy estrechamente para conseguir la ruina de la República», que se unen en facciones y para que sus intereses particulares prevalezcan «se ponen de acuerdo, no por utilidad pública, sino por sus propias ambiciones».³⁷ El discurso se mueve en torno a la situación de todas las ciudades de Italia que, «por no tener un potente freno que las corrija han organizado sus Estados y Gobiernos no en libertad, sino como divididas en sectas». La vida política italiana está particularmente sometida a intereses particulares y fragmentada por todas partes, ya sea en la constitución estatal, formada por una ciudad dominante y por varios centros sometidos, ya sea en la misma acción política de la ciudad principal, que se ha desarrollado como una alianza entre individuos ambiciosos, preparados para encabezar facciones dotadas de amplia autonomía y preparadas para enfrentarse entre sí, con tal de afirmar su propia superioridad.

Resulta claro que la *Historia de Florencia* tiene como gozne de la narración los proemios y oraciones. En el primer capítulo de cada libro se exponen consideraciones originales que proyectan los hechos posteriores y el autor utiliza esas premisas para consolidar la estructura de la narración. La simple cronohistoria de los acontecimientos no podía resultar satisfactoria para alguien que había sabido exponer de modo tan original sus propias reflexiones históricas en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. En las observaciones que abren cada libro se trazan las líneas esenciales y los caracteres originales de los acontecimientos florentinos y su forma de concatenarse otorga a la *Historia* un ritmo y un vigor unitario, útil para aclarar los propósitos de Maquiavelo. Por eso el proemio de la obra presenta de inmediato las divisiones que existen en Florencia: aparentemente se llega a un elogio de la ciudad, tan potente como para saber imponerse a pesar de los enfrentamientos internos; pero la reserva se manifiesta de forma bastante convincente:

Si Florencia hubiera sido tan feliz como [...] para tener una forma de gobierno que la hubiera mantenido unida, no sé de ninguna república, moderna o antigua que hubiera sido superior a ella, tan llena estaría de virtud, de armas y laboriosidad.³⁸

Cosa que no había sucedido y las consecuencias de ello tenían que hacerse evidentes para el lector.

El primer capítulo del segundo libro deplora la caída en desuso de la antigua costumbre romana de fundar nuevas poblaciones habitadas, «donde los hombres pueden reunirse para facilitar la defensa o la [agri]cultura».³⁹ En la Antigüedad, acostumbraban a «enviar a nuevos habitantes a las poblaciones vencidas o vacías», dando a estas zonas repobladas el nombre de *colonias*. Se trata de una costumbre útil no sólo para conservar las conquistas, sino también para evitar que se formen zonas despobladas, ya que puesto que no todos los lugares «son productivos o sanos», en algunos hay muchos habitantes, pero en otros faltan, «y si no hay modo de sacarlos de donde abundan y llevarlos a donde faltan, esa nación en poco tiempo se deteriora, porque una parte se vuelve desierta por la escasez de habitantes, y otra, pobre, porque tiene demasiados». Es por eso por lo que «muchas partes [...] en Italia, se han convertido en desiertas respecto a épocas de la Antigüedad». Sería un error juzgar esas palabras únicamente como fruto de la admiración por la antigua costumbre romana de controlar los territorios conquistados mediante colonias. Maquiavelo no podía dejar de tener presente las terribles consecuencias de la peste negra de 1348, que incidieron profundamente en la situación demográfica italiana, por lo menos, hasta mediados del siglo xv, como documenta incluso el catastro florentino de la época. Además, un conocedor de Tito Livio, tan atento al traslado de los etruscos y de los samnitas, se daba cuenta en realidad de la revolución demográfica de Italia que, después de la caída del Imperio de Occidente había visto cómo se despoblaban las zonas costeras, bien por la degradación del territorio, que se había convertido en pantanoso y generador de malaria, bien por las incursiones y correrías árabes. Ya en la *Crónica* de Juan Villani, el escritor floren-

tino que en el siglo XIV había querido «contar y hacer memoria del origen y comienzo» de su ciudad, Maquiavelo había podido leer:

Es conocido que las zonas del litoral en la Antigüedad estaban muy habitadas y que en la parte baja casi no había ciudades y pocos habitantes, pero en la Marisma y en Marítima cerca de Roma [...] había muchas ciudades y pobladores que hoy han disminuido y desaparecido por la corrupción del aire (I, 50).

La repoblación del «litoral», cuando se había llevado a cabo, se había verificado como consecuencia de hechos posteriores. Por eso en la *Historia de Florencia* encontramos una mención al nacimiento de Venecia, «situada en lugar pantanoso e infectado; a pesar de ello, la gran cantidad de habitantes que, todos de una vez allí acudieron, lo convirtieron en un lugar saneado». De igual modo Pisa, «por la malignidad del aire nunca estuvo al completo de habitantes, a no ser cuando Génova y sus costas fueron destruidas por los sarracenos, lo que originó que esos hombres expulsados de terrenos patrios, llegaran allí de repente y en tan gran número y la convirtieran en poblada y poderosa».

Ya se han recordado las consideraciones del principio del tercer libro sobre las consecuencias de las facciones y, de alguna manera, el primer capítulo del cuarto libro desarrolla esas reflexiones, llamando la atención sobre los malos ordenamientos que ven cómo los Estados cambian los Gobiernos, «no mediante la libertad y la sumisión, como muchos creen, sino mediante la sumisión y la licencia». Los dos partidos que favorecen la licencia o la sumisión exaltan «de la libertad sólo el nombre» y ciertamente no hay que dejar de valorar que esas consideraciones son las que abren el libro que expone los acontecimientos florentinos en los años en los que se estableció la hegemonía de los Albizzi. La dura polémica se dirige, no obstante, contra todas las facciones florentinas, que, en realidad, sólo se proponen «no estar sometidas, ni a las leyes, ni a los hombres». De ahí la inestabilidad y el predominio de hombres «insolentes» o «estúpidos» que causan el derrumbamiento de la República.⁴⁰

El quinto libro abre la parte más escabrosa de la obra: el Gobierno de Cosme de Medici. Si hubiera habido una intención de alabanza, hubiera sido fácil mostrar que para Florencia empezaba entonces una nueva historia y que el consenso popular había favorecido la ascensión del primero de los Medici, derribando al poder oligárquico. Maquiavelo, al contrario, logra evitar toda expresión de elogio o, peor todavía, adulatoria y, en coherencia con algunas notas de los *Discursos* (I, 7; II, *Proemio*), toma como punto de partida el continuo «variar» de los «asuntos mundanos», que «no pudiendo ascender más, conviene que desciendan y, de igual modo, cuando ya han descendido y a causa de los desórdenes han llegado a la más ínfima bajeza, necesariamente, al no poder descender todavía más, conviene que asciendan». Hay, en resumen, una concatenación inevitable: de la virtud que produce tranquilidad, se pasa al ocio y de ahí al desorden y a la caída; luego el ciclo vuelve a empezar desde el principio. Si la calma sigue a la virtud, «las letras van después de las armas y [...] nacen antes los capitanes que los filósofos».⁴¹ Es una observación que en el libro octavo le llevará a menguar los méritos del renacimiento de las letras y las artes atribuidos a Lorenzo el Magnífico y, mientras tanto en esas páginas, el retrato que se ofrece del periodo del Gobierno de los Medici es, precisamente, negativo.

De las ruinas del Imperio romano no nació, en efecto, en Italia un principado capaz de «actuar gloriosamente», aunque se reconoce a las ciudades y a las nuevas formaciones políticas que «de los bárbaros la [Italia] liberaron y defendieron». Posteriormente, «si no nacieron tiempos que mantuvieran la calma durante una larga paz», tampoco hubo trágicos acontecimientos bélicos: «Esas guerras se habían convertido en algo tan débil, que se empezaban sin temor, se afrontaban sin peligro y se concluían sin pérdidas».⁴² Habiendo llegado a este punto, podemos entender cómo en el primer libro sólo se menciona de pasada⁴³ el duelo entre Juan Galeazzo Visconti y Florencia y, en todo caso, le brinda la ocasión para introducir el tema de las armas mercenarias. La lucha, que en las páginas de Leonardo Bruni y de Poggio Bracciolini asumía tonos de epo-

peya hasta convertirse en símbolo de la lucha entre libertad y tiranía,⁴⁴ merece aquí una simple alusión, igual que una de las tantas guerras habidas entre los Estados italianos. Maquiavelo, lejos de expresar admiración por el gobierno de Florencia que combate el expansionismo del duque de Milán, no lo ve —como podremos observar más adelante— particularmente animado por energías republicanas.

El principio del sexto libro encauza una áspera polémica contra los usos militares y el modo de combatir que tiene ecos de *El arte de la guerra*, mientras que en el séptimo encontramos los daños producidos por las sectas y los «partidarios» de algún ciudadano, que pueden prevaricar de ese modo en perjuicio de los asuntos públicos. Para finalizar el primer capítulo del libro octavo, desarrolla las consideraciones precedentes: las sectas han desembocado en la potencia de los Medici y su autoridad sobre los demás ciudadanos induce a los adversarios a luchar, recurriendo a las conspiraciones. «Estando el principio de este octavo libro colocado entre dos conjuraciones, la una ya narrada y acaecida en Milán [contra Galeazzo Maria Sforza en 1476], la otra que debe ser narrada le siguió en Florencia [la de los Pazzi contra Lorenzo y Julián de Medici en 1478]»,⁴⁵ y habría que tratar de forma especial esta clase de acontecimientos políticos «si [...] yo no hubiera hablado de ellos en otro lugar». En los *Discursos* (III, 6), en efecto, ya había ilustrado ampliamente las dificultades que encontraban las conspiraciones y, de algún modo, había demostrado su ineficacia. Pero también había observado que, generalmente, los conjurados son «hombres grandes o estrechamente emparentados con príncipes»;⁴⁶ las conspiraciones nacen, en efecto, de una fractura dentro de la clase dirigente, que en Italia en esa época era muy restringida. Precisamente por eso, el fracaso de las conspiraciones provoca, por reacción, un Gobierno más duro que el que se trataba de abatir, pero después de la represión el poder del príncipe termina debilitándose. Si éste no termina siendo víctima de los conjurados, «lo que sucede raras veces, asciende a mayor potencia, y muchas veces, siendo bueno se convierte en malo», por el temor sufrido. De ahí una concatenación fatal, porque

el temor induce a buscar los modos para «afianzarse» y el «afianzarse» a «ofender, de donde nacen los odios» hasta que el príncipe cae.⁴⁷ Parece casi la anticipación de una página no escrita de la *Historia*: la expulsión de Pedro de Lorenzo de Medici en 1494.⁴⁸

Uno se pregunta si la relativa libertad de expresión utilizada, a pesar del respeto debido al destinatario de la obra, se explica por la particular situación en la que por esos años se encontraba el Gobierno de los Medici en Florencia, sin un personaje de la familia que rigiera directamente la ciudad. Ya se ha recordado la carta de Donato Giannotti que relata la declaración de Maquiavelo que no se sentía «libre de todo respeto» al escribir sobre el régimen de los Medici; pero si, como ya se ha dicho, los escrúpulos honran al autor, los condicionamientos a los que se sometió parecen más bien exigüos. Incluso el elogio de Lorenzo el Magnífico al final de la obra es bastante moderado, a pesar de que en esos años ya se estaba creando el mito. Parece, más bien, que su figura corresponde a las indicaciones del *Discursus* para la reforma de la República florentina, en el que Maquiavelo sugiere al cardenal Medici que asuma el comportamiento de «un prudente promulgador de leyes» y dé un nuevo ordenamiento a Florencia.⁴⁹ En todo caso, es como si brillara una chispa de simpatía sobre los aspectos negativos que indica en la conclusión (VIII, 36) y se tiene la impresión de que existe algún punto de contacto con el carácter mismo de Maquiavelo cuando escribe que de él no se pueden «aducir vicios que mancharan tanto sus virtudes». En efecto, el autor no era el más indicado para criticarlo por estar «en los asuntos venéreos maravillosamente rodeado», ni para reprenderlo si le gustaba la compañía «de hombres divertidos y mordaces»; las indicaciones de «considerar en ello no sólo la vida voluptuosa, sino también la vida seria», induce a recordar el gusto de Maquiavelo por las «cosas grandes» y a la vez por «las cosas fútiles».

La confidencia hecha a Giannotti acerca de la oportunidad de tener en cuenta los discursos de los adversarios de los Medici, para entender lo que no había podido decir en primera persona, se confirma en las palabras, por supuesto más cautas y atenuadas, de la

dedicatoria al papa. Para él es importante hacer ver «lo lejos que estoy de la adulación» y, para confirmarlo, da como ejemplo precisamente lo que dice «en las arengas y en los razonamientos privados». La función de los discursos atribuidos a personajes particularmente relevantes resulta, por lo tanto, evidente. A pesar de ello, el recurso a este artificio, según un modelo tradicional de la historiografía clásica utilizado por los humanistas, ha sido objeto de varias críticas. Por dar sólo un nombre, Eduard Fueter, autor del conocido manual de historia de la historiografía ha deplorado la «influencia fatal» ejercida «por la teoría artística antigua» sobre la historiografía humanista italiana, que ha conducido a la «manipulación retórica de la realidad», a través de las oraciones directas. Siguiendo este uso, Maquiavelo ha introducido discursos que «a menudo violan de manera burda la verosimilitud externa».⁵⁰ Por su parte, Gilbert ha creído que debía disculpar al autor de la *Historia de Florencia* porque hubiera conservado ese tipo de exposiciones, aduciendo presuntos «indicios» de cierto aburrimiento hacia los preceptos de los humanistas, que consideraría «más como una convención literaria que como una guía válida para escribir la historia».⁵¹ Resulta curiosa una crítica a la historiografía de los siglos xv y xvi basada en la fallida adopción de métodos actuales para estudiar el pasado, sin captar —entre las diferentes costumbres existentes— un problema de historia, no sólo de la cultura sino de las mentalidades.

Con bastante más propiedad había tratado las consideraciones al respecto el primer biógrafo de Maquiavelo, Pascual Villari, observando que los discursos introducidos en la *Historia de Florencia*, «aunque también imaginarios, exponen los sentimientos, las consideraciones propias del autor en torno a los acontecimientos históricos» y expresan de manera profunda «lo que los mismos hechos decían e inspiraban».⁵² En efecto, hay que tener en cuenta el modo en el que se saca partido al artificio de las oraciones en la *Historia de Florencia*. No son meros testimonios de un noble sentimiento, ejemplos para despertar la admiración de los lectores que generalmente se encuentran en la historiografía antigua y también en la humanis-

ta, sino que sirven para desnudar la política florentina, y no sólo la de los Medici. Pueden, por lo tanto, proponer un modelo, incluso en sentido negativo.

En un lúcido análisis de la función de los discursos en la historiografía humanista, para examinar sobre todo las novedades introducidas por Maquiavelo en su recurso a esa forma retórica, se ha indicado la funcionalidad de los discursos directos para poner de manifiesto «los puntos de fractura» en los hechos narrados y, a la vez, «la esencia intrínsecamente dialógica de la política y la multiplicidad de sus actores».⁵³ En efecto, Maquiavelo aprovecha el recurso a las oraciones no sólo para presentar a individuos relevantes en circunstancias históricas particulares sino también a grupos de hombres. Por eso el primer discurso importante es uno en el que una «parte de los Señores» pronuncia ante el duque de Atenas en septiembre de 1342 (II, 34) para tratar de disuadirlo de que imponga su dominio y «esclavizar a una ciudad que siempre ha vivido libre». Si esa página de elocuencia republicana tenía intención de resaltar principios ejemplares a través de los sabios consejos sugeridos en aras del bien común y la libertad de los ciudadanos, y también de influir —se ha sugerido— en el ánimo de la persona a la que se dedica la *Historia de Florencia* con objeto de animarlo a que realizara la reforma expuesta en el *Discursus*, para nosotros lo importante es observar cómo varios puntos de la oración conservan el eco de algunos fragmentos de *El príncipe* y de los *Discursos*. Una vez más advertimos una profunda coherencia ideal en la obra de Maquiavelo.

La ejemplaridad de *El príncipe* puede ilustrarse también de forma negativa, mediante discursos en neto contraste con las ideas comúnmente respetadas. Un caso elocuente de ello es la intervención de Rinaldo de Albizzi, después del exilio que le impone Cosme de Medici, para incitar a Felipe María Visconti a la guerra contra Florencia (V, 8). «El amor a la patria es causado por la naturaleza», había afirmado Maquiavelo en *El arte de la guerra*,⁵⁴ y al principio del *Diálogo en torno a nuestra lengua*, en un fragmento inspirado por el *Critón* platónico,⁵⁵ criticaría duramente a Dante porque «persiguió con toda suerte de injurias» a su patria para vengarse de la «injuria

del exilio». ⁵⁶ De igual modo, el patricio florentino es empujado por una análoga voluntad de venganza y, sin embargo, su oración tiene tonos y cadencias que, a pesar de todo, le hacen pronunciar palabras apreciables: «La patria que merece ser amada por todos sus ciudadanos es la que ama por igual a todos sus ciudadanos, y no la que pospone a todos los demás, para adorar sólo a unos pocos». ⁵⁷ Sigue una admonición que, todavía en nuestros tiempos, suena familiar: un pueblo privado de su libertad no se ve ciertamente impedido a defender los intereses de los que lo tiranizan y puede acoger favorablemente al enemigo si éste despierta la esperanza de derribar el régimen que lo oprime. Las consecuencias son las evocadas otras veces por Maquiavelo para los príncipes que no fundan su poder en el pueblo: el peligro continuo de las conspiraciones y la imposibilidad de recurrir a «armas propias» y, por lo tanto, la necesidad de utilizar armas mercenarias.

El discurso sobre el que se ha concentrado con mayor asiduidad el análisis de los comentaristas es el atribuido a un plebeyo anónimo durante los primeros días del tumulto de los *Ciompi*, la rebelión encabezada por los trabajadores del gremio de la lana en 1378 (III, 13). De las palabras del orador emerge la profunda fractura que la lucha social ha provocado entre el grupo dirigente y la facción que se ha rebelado. Mientras Leonardo Bruni, a su vez, había hecho que hablaran algunos cabecillas de la facción, pero atribuyéndoles el lenguaje de la colectividad y del interés común, Maquiavelo da la palabra a un plebeyo del gremio de la lana para ilustrar las razones de la protesta y para denunciar la ficción que se esconde bajo el recurso a la utilidad colectiva. Esas palabras habían llevado a Marx a glosar su copia de la *Historia de Florencia*, comparando al insurgente florentino con el Catilina de Salustio y Pascual Villari ⁵⁸ y había realizado posteriormente una observación análoga. Más idónea parece la comparación, propuesta recientemente, con los discursos atribuidos por Salustio a Mitridates y por Tácito al jefe de los britanos Calgaco, para incitar a la guerra contra los romanos, que demuestran una realidad falseada según los intereses de los dominadores: la identificación del poder con la violencia y el robo destruyen la ver-

dad «oficial», incluso en las oraciones de estos dos enemigos de Roma.⁵⁹ De la misma manera, las palabras del cardador denuncian la fuerza de la economía como motor de los hechos que han conducido a la insurrección: pocas personas se han adueñado, con engaño y por la fuerza, de las riquezas y del poder, contraviniendo las leyes naturales que han hecho iguales a todos los hombres. «Quitadnos la ropa y dejadnos a todos desnudos, nos veréis semejantes.»⁶⁰

Maquiavelo no comparte los argumentos del hombre del pueblo rebelde, y concluye: «Tales persuasiones excitan fuertemente los ánimos, ya suficientemente acalorados por sí mismos, para obrar mal». Sin embargo, no quiere que las razones de los insurgentes sean ignoradas, para que nos demos cuenta de la violenta tensión a la que había llegado la lucha política. Y en ello radica la novedad de su relato. Es posible que en sus fuentes hubiera alguna palabra en consonancia con el discurso del hombre del gremio de la lana, porque, por ejemplo la *Crónica* de Alamanno Acciaiuoli —que sabemos que fue utilizada para la *Historia*— proporciona algún informe de procesos contra prisioneros insurrectos. Pero el vigor de la intervención del rebelde, construido con coherencia y habilidad retórica, no puede ciertamente compararse con las confesiones contenidas en testimonios fragmentados y, a menudo, obtenidas a la fuerza. Incluso este único ejemplo puede ilustrar la funcionalidad del expediente adoptado para mostrar al lector el dramatismo de la situación. De igual modo, hay que señalar el momento de cambio de dirección que estos acontecimientos representan en la historia de Florencia: anteriormente las luchas intestinas habían conducido a la eliminación de las clases superiores y a esa nivelación social que, según Maquiavelo, había terminado por debilitar a la República; después de la derrota de los gremios menores que habían sido el alma del «tumulto», el poder se concentra en manos de los partidarios de una única familia especialmente poderosa y, con referencia a este hecho, no hay gran diferencia si antes de 1434 prevalecen los Albizzi o luego los Medici.

Habrá que tener en cuenta la solución que, aunque durante un breve periodo de tiempo, se da a la revuelta. La conclusión es rela-

tivamente pacífica y, en cierto modo, no muy diferente de la que habían tenido los tumultos de la antigua Roma: se introducen reformas, entran en el Gobierno nuevas fuerzas, los gremios se amplían y se crea una nueva Señoría, más representativa. Es pues, elegido confaloniero el humilde cardador de lana Miguel de Lando, «hombre sagaz y prudente, y más vinculado con la naturaleza que con la fortuna» (III, 16), o sea, dotado de inteligencia política; una vez en el Gobierno se revela un hombre de partido, pero con el mérito «de ser contado entre los pocos que han beneficiado a su patria [...]. Su bondad jamás le permitió nutrir en el ánimo un pensamiento que fuera contrario al bien universal» (III, 17).

La reacción de los optimates, que lleva a su caída y al dominio de los Albizzi, provoca la ascensión al poder de una facción por la que Florencia se verá gobernada de forma tiránica y violenta y el juicio que de ello ofrece Maquiavelo es francamente severo. Si leemos la *Historia* teniendo presente el *Discursus* —el escrito presentado al cardenal Julio de Medici sobre la reforma de la República de Florencia—, podemos detenernos en algunas reflexiones referentes a las bases de un Gobierno prudente que, ciertamente, entonces no fueron tomadas en consideración: «Quienes dan ordenamientos a una república deben dar espacio a tres clases de hombres que se encuentran en todas las ciudades, es decir, los primeros, los medianos y los últimos». Después de dar un espacio eminente a los primeros y otro satisfactorio a los segundos, para «satisfacer al tercer y último grado de los hombres, que representa al conjunto de los ciudadanos», es oportuno «volver a abrir la sala del Consejo de los Mil, o por lo menos de los Setecientos ciudadanos»,⁶¹ o sea, restaurar la institución que otorgaba también al pueblo una representación y la posibilidad de ser escuchado. Si las historias de Bruni y Bracciolini habían constituido dos textos fundamentales para la vida florentina de su época y en cierto modo ilustraban los cimientos sobre los que ésta se regía, Maquiavelo esperaba que su obra pudiera cumplir un deber análogo para la república, que esperaba pudiera nacer después de la muerte de Lorenzo, el Joven. Por eso ilustraba las acciones negativas del pasado, ofreciendo una documentación de los ma-

les que había que evitar al dar una nueva organización a la ciudad. Las viejas luchas políticas habían conducido a la creación de un ordenamiento inestable, ni república, ni principado. Ahora era necesario encontrar el modo de fundar una república con principios bien sólidos, desde el momento en que la casa de Medici no parecía contar con ningún miembro capaz de regir el Gobierno. La esperanza de Maquiavelo estaba destinada a fracasar, pero no puede dejar de impresionar el ansia de futuro que alimentaba su pensamiento, capaz de construir nuevos horizontes políticos y de unir al raciocinio un apasionado patriotismo.

Después de haber llegado a este punto, puede parecer vano volver a la vieja discusión sobre si Maquiavelo fue o no un «verdadero» historiador. Bien es verdad que no encontramos en él esa actitud que, para los historiadores del siglo xix, empezando por Leopold Ranke, debería ser una característica preeminente de quienes indagaran sobre el pasado, que se resume en el lema: narrar las cosas como realmente han sucedido. El «alejamiento histórico» no es una virtud practicada en la *Historia de Florencia*, y bastaría para demostrarlo el desprecio que lleva al autor a escribir al final del primer libro: «De esos [...] príncipes ociosos y de esas armas tan viles estará plagada mi historia».⁶² Y, no obstante, es difícil no estar de acuerdo con quien ha observado que los problemas planteados por Maquiavelo han sido «levadura y fermento, directa o indirectamente, de nuestra literatura historiográfica a partir del Cinquecento y más allá».⁶³ Precisamente porque el problema de la libertad italiana es el impulso inspirador de toda la obra, su representación del pasado nos pone ante el primer ejemplo de historia nacional.

5. LA AMISTAD CON GUICCIARDINI

Al alborear los años veinte, Maquiavelo había estrechado la amistad con Francisco Guicciardini. La relación puede sorprender si pensamos en la actitud hostil del aristócrata florentino hacia el Gobierno de Pedro Soderini y si tenemos presente la aversión que se trasluce de

las páginas dedicadas a su ex brazo derecho en la juvenil *Historia de Florencia*. Entre ellos había además una diferencia de edad digna de tener en cuenta, catorce años, aunque para Maquiavelo eso podía ser un incentivo más que un obstáculo para confiarle su ánimo, porque se mostraba confiado con quienes tenían un mayor horizonte de vida. También sus caracteres eran muy distintos: todo lo que Maquiavelo tenía de abierto y cordial, lo tenía Guicciardini de introvertido y reservado. Se constata incluso en su comportamiento como escritores. A Maquiavelo le gustaba, dentro de lo posible, dar a conocer sus obras. Guicciardini, en cambio, siempre escribió para sí mismo y en vida no publicó ni siquiera una línea; sólo al terminar su vida política se dedicó a un trabajo que, probablemente, hubiera deseado entregar a la imprenta, la *Historia de Italia*, pero le faltó tiempo. En cualquier caso, la amistad entre dos personajes de su talla debe ser tomada en consideración, incluso por el significado que asume dentro del cuadro general de la historia —política e intelectual— de aquella época.

Los dos se habían conocido mucho antes, por lo menos en 1509. De hecho, el 29 de noviembre de aquel año Maquiavelo escribió una carta a Luis Guicciardini, que empezaba con un cariñoso «como hermano muy querido» y en la despedida le pedía que diera recuerdos a «vuestro Francisco», su hermano menor. No parece que éste por entonces le devolviera el detalle y si, con seguridad, tuvo que relacionarse con el secretario de los Diez, cuando en enero de 1512 fue enviado a España como embajador, no parece que posteriormente tuvieran nuevas ocasiones de verse. Después de que Maquiavelo fuera expulsado de la Cancillería, sus caminos se habían separado: Guicciardini, de regreso de la embajada en España en 1514, cubrió algunos destinos de Gobierno en Florencia y luego, desde 1516 a 1527, recibió importantes misiones en la administración de los Estados de la Iglesia.⁶⁴ Maquiavelo, como sabemos, después del confinamiento en el campo, permaneció aislado durante un largo periodo en Florencia, privado de toda relación con la vida pública de la ciudad. A pesar de ello, tuvo que haber entre ambos alguna relación, de lo contrario, no se comprendería la visita que Maquiavelo le hizo en Módena en mayo de 1521.

Por aquellos días la Señoría florentina lo envió como su representante al capítulo general de los frailes menores, reunido en Carpi, una misión no exenta de importancia para la República, contrariamente a lo que se podría creer por las cartas cruzadas entre Maquiavelo y Guicciardini. En efecto, la actividad de los conventos franciscanos en la ciudad y en el territorio florentino era de notable importancia y Florencia hubiera querido que éstos dividieran la provincia Toscana en dos partes, para sustraer su Gobierno a los sieneses, que eran los que entonces lo controlaban. En esta ocasión, el capítulo resolverá la cuestión con un compromiso, manteniendo la unidad de la provincia, pero eligiendo como comisario a una persona grata a Florencia en vez de, como se creía antes de la reunión, al sienés Bernardino Ochino.

Como pasaba por Módena, Maquiavelo decidió detenerse entre el 15 y el 16 de mayo para visitar a Guicciardini, que era gobernador en nombre del papa. «La naturaleza había hecho a estos hombres distintos —escribe su mayor biógrafo, Roberto Ridolfi—⁶⁵ y la fortuna los había separado y alejado todavía más.» Sin embargo, esas pocas horas que pasaron juntos bastaron para estrechar su amistad: «Maquiavelo desprendía, además de la fascinación de su ingenio, un calor humano que fundió el hielo de Guicciardini». Por eso, desde las primeras cartas posteriores al encuentro, su relación se revela íntima y caracterizada por una viva cordialidad.

Igual que en la correspondencia con Vettori, también en este intercambio epistolar el tono bromista se alterna con serias y, a menudo, preocupadas reflexiones. Ya al día siguiente de su encuentro en Módena, al enterarse de que Maquiavelo tenía otro cometido adjunto —un encargo del gremio de la lana para que, aprovechando que se encontraba en el capítulo franciscano de Carpi, eligiera para ellos un predicador de fama— y conociendo sus opiniones al respecto, se burla de los «reverendos cónsules», de esa corporación que han actuado, escribe, como si a Pacchierotto o al señor Sano (dos conocidos homosexuales florentinos) «les confiaran la misión de encontrar una bella y galante mujer para un amigo». Desde ese mismo día empieza una burla para los anfitriones de Maquiavelo,

organizada, verosímilmente, en su visita a Módena: el gobernador le manda a Carpi con toda celeridad a un ballestero que «con una reverencia hasta el suelo» le entrega una misiva, provocando una notable impresión entre los presentes, inducidos a creer que el enviado florentino y el gobernador de Módena se intercambian noticias de particular urgencia. Al día siguiente la escena se repite con otro enviado que lleva un «gran fajo de cartas» de las que «el humo ha subido hasta el cielo», y todos pidiendo noticias sobre el gran mundo político del que ya está considerado como un personaje de primera fila. Maquiavelo no se hace de rogar: muestra al canciller del señor de Carpi, su anfitrión, «los capítulos de los suizos y del rey [de Francia]. Le pareció asunto importante; le hablé de la enfermedad de César y de los estados que quería comprar en Francia, de modo que se le caía la baba».⁶⁶

El estilo de la correspondencia es voluntariamente cómico y puede sugerirnos el del reciente trabajo de Maquiavelo, *La mandrágora*. El inicio de la carta tiene un evidente sabor burlón: «Magnífico señor, superior reverendísimo, estaba en el retrete cuando llegó vuestro enviado [...]», o también: «Magnífico Dómine, ¡cipote! Hay que ser rápido con ese [...]». Igualmente digna de la comedia es la descripción de algunas escenas y uno se siente inclinado a pensar en el señor Nícia cuando leemos quiénes son los que lo rodean cuando llega el correo:

Todos estaban con la boca abierta y la gorra en la mano y mientras escribo se forma a mi alrededor un círculo, y viéndome que escribo durante largo tiempo se admiran y me observan como si estuviera loco y yo, para hacer que se admiren todavía más, a veces me quedo quieto con la pluma y me vanaglorio y entonces a ellos se les cae la baba.

Por quedarnos en escenas de *La mandrágora* podemos recordar algunas contestaciones de Calímaco, con sus solemnes vestiduras de doctor, cuando Maquiavelo se vuelve a su anfitrión que se muere de la curiosidad:

Le respondo pocas palabras y mal compuestas y me baso en el diluvio que tiene que venir o en el Turco que va a llegar [a Italia] y si se haría bien organizando una cruzada en estos tiempos, y parecidos relatos de despropósitos.

Pero con la broma y el escarnio se alternan profundas reflexiones. Guicciardini piensa con melancolía en la suerte de su amigo:

Cuando leo vuestros títulos de embajador de la República y de los frailes y considero con cuántos reyes, duques y príncipes habéis negociado otras veces, me acuerdo de Lisandro al que, después de tantas victorias y trofeos, se le encomendó que repartiera la carne a los mismos soldados que tan gloriosamente había tenido bajo su mando.

El general espartano ensalzado por Plutarco era ciertamente un personaje familiar, puesto que el historiador griego dice de él que sabía cómo coserse encima la piel del zorro junto a la del león, como Maquiavelo hubiera querido que hiciera su príncipe. Pero las consideraciones de Guicciardini intervienen en la visión del destino humano:

Observa cómo habiendo cambiado únicamente los rostros de los hombres y las costumbres externas, vuelven todas las mismas cosas, y tampoco vemos ningún accidente que no se haya visto en otros tiempos. Pero el cambiar nombre e imagen a las cosas hace que sólo los prudentes las reconozcan, y por eso la historia es buena y útil.⁶⁷

Son pensamientos en torno a los que Guicciardini reflexiona a menudo. Por eso en los *Ricordi* (LXXVI) escribe:

Todo lo que ha existido en el pasado y existe en el presente, existirá todavía en el futuro; pero se cambian los nombres y la superficie de las cosas, de modo que el que no tiene buen ojo no las reconoce, ni sabe cómo sacar enseñanza o dar su parecer a través de esa observación.

Tampoco su amigo piensa de forma distinta cuando en los *Discursos* (III, 43) haciéndose eco del *Eclesiastés*⁶⁸ había escrito:

Suelen decir los hombres prudentes [...] que el que quiera ver lo que va a venir, considere lo que ha sido: porque todas las cosas del mundo, en cualquier época, tienen su confirmación en los tiempos antiguos. Ello se origina porque, siendo éstas realizadas por los hombres que tienen y tuvieron siempre las mismas pasiones, conviene necesariamente que surtan el mismo efecto.

Es el mismo principio de la repetitividad de las cosas humanas, ilustrado en el proemio del primer libro, donde afirma la necesidad de imitar a los clásicos, en polémica con los que no lo creen posible: «Como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres hubieran cambiado de movimiento, de orden y de potencia con respecto a lo que eran antiguamente».

Por la carta del 18 de mayo de Guicciardini podemos comprender, no sin sorpresa, que éste había podido leer algunas páginas de los *Discursos*, puesto que observa:

Esta legación no os será del todo inútil, porque en el ocio de estos tres días tendréis que soportar a toda la república de las chancas y os valdréis de ese modelo con cualquier propósito, oponiéndolo o comparándolo con cualquiera de vuestras conductas.

La alusión puede referirse sólo al segundo capítulo de los *Discursos*, en el que se expone «de cuántas clases son las repúblicas». Si bien sobre elecciones políticas importantes, como también sobre algunos puntos de su reflexión, hay entre ambos amigos divergencias en sus puntos de vista —incluidas no pocas afirmaciones de los *Discursos*, como testimonian las más tardías *Consideraciones* de Guicciardini sobre esa obra—, constatamos a propósito de algunas líneas generales de su respectiva visión de las cosas una concordia en la manera de sentir que, ciertamente, contribuyó a hacer más sólida su relación y a conseguir que superaran su disparidad de opiniones.

En años posteriores, su correspondencia se hace menos asidua o, quizá, se han perdido algunas cartas. Por ejemplo, de la carta en la que Maquiavelo expresa el deseo de poder consultar con un amigo con referencia a la *Historia de Florencia* únicamente nos ha llegado un fragmento. De cualquier manera, su relación continúa alternando momentos de seriedad y episodios de broma. En junio de 1525, después de haber regalado al papa la *Historia de Florencia*, Maquiavelo que evidentemente seguía manteniendo su fama como técnico militar, había sugerido al pontífice que instituyera en Romaña una milicia que vigilara la defensa de la región, debido a la difícil situación provocada por la derrota francesa en Pavía. Perduraba en él el recuerdo de las «armas» creadas en aquellas tierras por Valentino y Clemente VII y así lo remite a Guicciardini, gobernador de esa región, con una carta en la que recomienda calurosamente esa provisión que, no sin grandilocuencia, define como «salvación del Estado eclesiástico, de toda Italia y casi de toda la cristiandad». Guicciardini no está igualmente convencido de la bondad de tales disposiciones. Romaña —escribe a su agente en Roma, César Colombo el 22 de junio— está en unas condiciones que no permiten «poner armas en manos del pueblo», bien por los odios y las facciones que lo dividen, bien porque «la Iglesia no tiene amigos en Romaña» y el papa no puede «valerse del amor de los pueblos». Esto debió de ser un argumento especial también para Maquiavelo, que abandona la empresa repentinamente.

A pesar de este incidente, la relación entre los dos amigos sigue siendo cordial. Por eso, el 2 de julio, Guicciardini le escribe en tono burlón que «después de vuestra partida, la Marescotta [una conocida cortesana] ha hablado de vos muy honorablemente». Por su parte, Maquiavelo había prometido ir a ver dos fincas que Guicciardini había comprado en la zona de Mugello, sin haberlas visto y el 3 de agosto le informa cuidadosamente de la inspección que ha efectuado. De una de las dos, llamada la Colombaia, confirma que está en buenas condiciones y es feraz, pero estas noticias van precedidas por informaciones sobre la otra que se llama Finocchieto: «La provincia de Arabia Petrea —observa— no está hecha de ma-

nera diferente», a lo que sigue una descripción deprimente de la finca y el consejo de que se la «encape» a alguien. Guicciardini contesta cuatro días después, bromeando y fingiendo que la contestación la ha escrito «Madama Posesión de Finocchieto». Ésta «a Maquiavelo desea salud y un juicio depurado» y redacta una larga apología de sus propias virtudes y méritos, afirmando que, si se presenta de forma tan poco placentera ante todos, lo hace porque sólo quiere gustar al propietario al que ama y, por el que sabe, es correspondida.⁶⁹

6. LA *CLIZIA* Y LOS MADRIGALES CON MÚSICA

Mientras tanto Guicciardini ha leído *La mandrágora* y le ha gustado tanto que quiere que se represente en Faenza en el carnaval del año siguiente. Maquiavelo se alegra de ello y es probable que en septiembre, de vuelta de un viaje a Venecia, donde ha ido para recuperar algunos bienes de unos mercaderes florentinos, se detuviera en casa de su amigo, que debió de confiarle algunas dudas surgidas durante la lectura de la comedia. Por eso, a mediados de octubre, el autor trata de aclararle algunos dichos y términos de la comedia con una carta que tiene el sabor de una fantasía, en tono de broma erudita, en la que llega incluso a citar la segunda década de Tito Livio, perdida.⁷⁰ Pero Guicciardini quiere todavía más: el prólogo original no le parece apropiado para los espectadores faentinos y le pide también algún entremés para recitar entre acto y acto. Maquiavelo lo satisface ampliamente: no sólo compone un prólogo nuevo, sino que el 3 de enero de 1526 le escribe: «Hemos escrito cinco canciones nuevas a propósito para la comedia y se les ha puesto música para cantarlas entre los actos». De hecho ha introducido una novedad, el madrigal cantado, que ya el año anterior había querido introducir en la representación de su nueva comedia *Clizia*. Según un ilustre musicólogo parece ser que no existe ningún ejemplo de madrigal con música para el teatro que preceda a los compuestos por Maquiavelo, que se valió para ello del arte de un músico francés

bastante famoso entonces, Philippe Verdelot,⁷¹ que vivió durante mucho tiempo en Florencia.

Es posible que la idea de introducir música en sus comedias fuera idea de «la Barbera», una cantante y actriz de la que andaba enamorado por aquellos días. Desde 1523 se había convertido en asiduo de un rico hombre del pueblo, Jacobo Falconetti, conocido como «el Hornero», porque en el vasto terreno que tenía fuera de Puerta San Frediano, donde vivía, poseía un gran horno, del que sacaba buena parte de su fortuna. Después de haber sido miembro de uno de los colegios de la Señoría, por motivos que desconocemos, había sido cancelado y confinado durante cinco años en su domicilio. En su arresto domiciliario vivía, no obstante, alegremente: personajes florentinos importantes visitaban su casa y eran recibidos con banquetes y festines. Fue allí donde, probablemente, Maquiavelo conoció a Bárbara Salutati Raffacani. Y cuando en 1525 el Hornero quiso organizar una representación teatral y sugirió que se repitiera la interpretación de *La mandrágora*, Maquiavelo prefirió componer otra comedia para satisfacer a su nuevo amor, que fue precisamente *Clizia*, una obra pensada para que su amiga pudiese demostrar sus dotes canoras gracias a las canciones con música introducidas entre uno y otro acto.

Para el argumento se había inspirado en la *Casina* de Plauto, pero con su espíritu logró dotar de originalidad al trabajo. Quiso relacionarlo con *La mandrágora*, situando los hechos dos años después que los sucesos de Calímaco y Lucrecia e incluyendo ciertas referencias a personajes del otro trabajo. El personaje principal de *Clizia*, un anciano padre enamorado de la muchacha que él mismo había encontrado y educado, introduce una carga de autoironía en la trama, porque Maquiavelo le atribuye un nombre en el que están presentes las primeras letras de su nombre y apellido, Nicómaco. El intento del viejo para casarla con uno de sus sirvientes y poder después convertirse en su amante lo revienta su mujer y la agnición final de la muchacha, que desvela ser de noble cuna, lo cual hace posible su casamiento con el joven Learco, que la quiere.

El espíritu de la comedia no es el mismo que el de *La mandrágora*.

En ésta el engaño también posee una levedad capaz de conceder espacio a los acontecimientos, que se suceden con lúcida precisión. Únicamente la ingenuidad de Micer Nicia introduce tonos de farsa que, casi nunca, van más allá del ámbito de la gran tradición burlesca. Por el contrario, en el deseo amoroso del viejo Nicómaco, el ridículo culmina en el escarnio de la humillación final y, raramente, encontramos la feliz genialidad de la comedia anterior. Pueden aparecer como figuras emblemáticas de la vena humorística del autor las figuras de los dos desnudos silentes, evocados al final de una y otra comedia. El cuerpo de Calímaco, desnudo y admirado por Nicia es descrito en todo su esplendor juvenil: «Tú nunca viste carnes tan hermosas: blancas, suaves, pastosas. Y no preguntéis por otras cosas». Por el contrario, el siervo Siro «erguido sobre la cama, completamente desnudo», vuelto en postura priapesca hacia Nicómaco, convencido de que estaba yaciendo con Clizia, se mofa de él con un gesto obsceno. El viejo Nicómaco, al final, llega a tal punto que despierta la compasión incluso de su mujer: «¡Pobre viejo, está públicamente abochornado! Se siente vituperado».⁷²

El Hornero lo organizó por todo lo alto y como Andrea del Sarto y Bastiano de Sangallo habían pintado los decorados de *La mandrágora* encargó a este último que pintara los decorados para *Clizia*. En la fiesta participaron, junto a otros huéspedes ilustres, incluso los dos jóvenes vástagos de la casa de Medici, Hipólito y Alejandro. Se comprende por tanto porque desde Módena un amigo, Felipe de Nerli, que sería luego famoso como historiógrafo, alabó con entusiasmo la representación:

El Hornero y vos, vos y el Hornero habéis conseguido que no sólo por toda Toscana, sino que también por Lombardía haya corrido la fama de vuestras magnificencias [...]. La fama de vuestra comedia ha volado por todas partes y no creáis que sé estas cosas por cartas de los amigos, sino que lo he sabido a través de los viandantes que por todo el camino van predicando «las gloriosas pompas y los altivos juegos» de la Puerta de San Friano.⁷³

Todavía algunos años después, la fiesta en casa del Hornero —por su magnificencia— y la representación de la comedia —por su éxito— serán recordadas en la *Repubblica fiorentina* escrita por otro amigo de los Orti Oricellari, Donato Giannotti.⁷⁴

7. ÚLTIMO ACTO

Mientras tanto, el horizonte italiano se iba oscureciendo cada vez más. Ya se ha recordado la batalla de Pavía: ese día, con la victoria del ejército de Carlos V, quedó sentenciado el destino de la península. El Ducado de Milán, ahora ya sólidamente en manos de los imperiales, está gobernado por un Sforza, que tiene tanta autonomía como un fantoche. Su ministro Jerónimo Morone, hubiera querido dar un vuelco a la situación y unirse a la coalición antiimperial, tratando de atraer al marqués de Pescara, lugarteniente de Carlos V; el intento, demasiado peligroso, falla. «Morone fue hecho prisionero —escribe Maquiavelo a Guicciardini a finales de octubre de 1525— y el Ducado de Milán está liquidado.» Cree que incluso el mismo Clemente VII está en peligro y al citar, como siempre de memoria, a Dante (Purg. XX, vv. 86-87) —«Veo en Añani al lis, y a Cristo en su vicario hecho cautivo»— parece presagiar el saqueo de Roma de 1527. La carta, que concluye acusando a los príncipes italianos «porque todos han hecho de todo para conducirnos hasta aquí», está firmada como «Nicolás Maquiavelo, historiador, cómico y trágico».⁷⁵

El 18 de marzo de 1526, Francisco I, prisionero en España después de la derrota de Pavía del año anterior, es puesto en libertad por Carlos V, lo cual a Maquiavelo le parece increíble, y en sus cartas a Guicciardini y, en especial, en la del 15 de marzo, cuando la noticia ya circula, debate ampliamente los distintos problemas que implica. Después de haber expuesto los eventuales argumentos que el rey de Francia puede haber esgrimido para obtener su libertad, concluye: «Incluso todas las razones que pudieran alegarse no pueden curar al emperador de su idiotez», y por esos días compone precisamente un epigrama en contra de «el loco / Carlos rey de

los Romanos». ⁷⁶ Que la decisión respecto al destino de Francisco I fue puesta en entredicho, incluso entre los más estrechos colaboradores del emperador, se supo enseguida, y la discusión será narrada después por Guicciardini. ⁷⁷ El desarrollo de los acontecimientos posteriores mostraría que en realidad el emperador, aunque no había conseguido obtener mucho, porque Francisco I en cuanto entró en su reino había declarado nulas todas las concesiones que habían conseguido mientras permanecía privado de libertad, por lo menos se había librado de una situación embarazosa, ya que no podía seguir manteniendo prisionero al rey durante mucho más tiempo. Ahora bien, éste ante el mundo político europeo quedaría como el que había faltado a la palabra dada y como traidor a sus hijos, entregados como rehenes a cambio de su liberación. En tiempos como aquéllos, las condiciones de su reino no iban a permitirle afrontar de inmediato otro conflicto con Carlos V.

En efecto, la Liga de Cognac, suscrita el 22 de mayo de 1526 entre Francia, el papa, Venecia, Florencia y el duque de Milán fue más una amenaza sobre el papel que sobre los campos de batalla. Francisco I o no pudo o no quiso intervenir inmediatamente en Italia, y los poderosos italianos demostraron ser los incapaces que Maquiavelo denunciaba en sus escritos. Sin embargo, por un momento había visto brillar un destello de esperanza, creía haber encontrado un personaje que estaría a la altura de la situación en Juan de Medici, el condotiero conocido como Juan de las Bandas Negras. Consciente de que la propuesta era osada, escribe a Guicciardini con gran cautela el 15 de marzo: «Yo digo algo que os parecerá una locura; os propondré un proyecto que os parecerá temerario o ridículo». Pero la situación se estaba ya desmoronando y «estos tiempos piden deliberaciones audaces, inusitadas y extrañas». Traslada un rumor que «hace pocos días corría por Florencia»: sabe bien que «los pueblos son distintos e idiotas», no obstante, «muchas veces dicen que se haga lo que se debería hacer». El rumor era que Juan de Medici «izaba una bandera mercenaria para guerrear donde más le conviniera». ¿Podía tratarse del «redentor» invocado en *El príncipe*, el personaje que Fabricio Colonna había augurado, capaz de imitar a

Felipe de Macedonia, cuando por la fuerza de las armas unificó Grecia? Probablemente ni siquiera Maquiavelo podía esperar tanto, pero era posible, por lo menos, que ese hombre de armas «audaz, impetuoso, de grandes ideas, emprendedor de grandes proyectos» consiguiera demostrar a los españoles que no era posible «arrasar Toscana y a la Iglesia sin ningún obstáculo». No haría falta que el papa se expusiera demasiado, porque podía financiar ocultamente su empresa contra los españoles en el Milanesado. Y el rey de Francia, «viendo que tenía que ponerse de acuerdo con gentes vivas que, además de convencerlo, le demuestran los hechos», se vería decididamente espoleado al combate.⁷⁸

Pero las «deliberaciones audaces» no encajaban con la naturaleza de Clemente VII, eso sin contar la desconfianza de la línea primogénita de los Medici hacia la rama segundona. La ducha fría llega de inmediato. El 31 de marzo Felipe Strozzi le escribe diciendo que ha leído su carta a Guicciardini y que no comparte su propuesta referente a una acción en Lombardía a cargo de Juan de Medici. También es ésa la postura del papa, con el que ha hablado del proyecto; la objeción es que, de todos modos, el papa quedaría al descubierto, porque «procurándole Nuestro Señor el dinero [a Juan de Medici], la empresa se convierte en suya». Por el momento Clemente VII no quiere exponerse de ninguna de las maneras.

A pesar de ello Maquiavelo no cesa y, después de haber oído que a finales de abril en Milán han estallado tumultos populares contra los españoles, escribe una vez más a Guicciardini el 17 de mayo de 1526:

He oído rumores sobre los alborotos de Lombardía y por todas partes se sabe lo que facilitaría el desalojar a los bribones de ese país. Por el amor de Dios, que no se pierda semejante ocasión, y recordad cómo la fortuna, nuestros malos consejos y peores ministros conducirían a prisión, no sólo al rey [de Francia], sino también al papa [...]. Remediadlo ahora, por el amor de Dios, de modo que Su Santidad no vuelva a caer en los mismos peligros, de los que nunca estaréis a cubierto hasta que los españoles sean expulsados de Lombardía, de modo que jamás puedan volver.

Es una de las cartas más conmovedoras y turbadoras de Maquiavelo en toda su correspondencia, donde en dos ocasiones encontramos la invocación «por el amor de Dios». La conclusión de la carta tiene también un tono apasionado:

Vos sabéis cuántas ocasiones se han perdido: no perdáis ésta, no confiéis en cómo estáis, remitiéndoos a la fortuna y al tiempo, porque con el paso del tiempo no siempre suceden las mismas cosas, ni la fortuna es siempre la misma.

Y al final con una frase de Tito Livio, lanza una invocación desesperada: «*Liberate diuturna cura Italiam*»⁷⁹ [Liberad a Italia de la prolongada tribulación]. Le angustia saber que en Milán continúa manifestándose el ímpetu popular y que el duque, asediado en el castillo, resiste a los españoles, mientras quien debería intervenir en su ayuda se retrasa, presa de la incertidumbre, más atento a la desconfianza hacia los demás poderosos italianos que al peligro que representa la potencia española. Por fin, hacia finales de junio los coaligados se ponen en movimiento. Sin embargo, no están unidos: el papa tiene su capitán general, los florentinos otro, los venecianos han asoldado al duque de Urbino y, pagado por el rey de Francia, interviene también Juan de las Bandas Negras. Sin embargo, el ataque a Lombardía es tan débil, que después de haber ocupado Lodi, el ejército de la Liga acampa frente a Milán, sin moverse para conquistar la ciudad, esperando que los milaneses, teniendo a los aliados a sus puertas, se amotinen. Pero la represión española había surtido su efecto y no estalla ninguna rebelión. Poco después el duque de Urbino abandona el asedio y se retira a Marignano. El ataque ha resultado fallido.

Hacia mediados de julio Maquiavelo llega al campamento, pero las operaciones bélicas están prácticamente detenidas. Desde hacía poco había sido nombrado canciller de la nueva magistratura de los Curadores de las murallas, encargados de la defensa de Florencia y no está claro por qué se desplaza hasta Lombardía: quizá había sido llamado por Guicciardini, enviado por el papa como su lugarte-

niente general. La situación debió parecerle negativa, cuando el 18 de julio Guicciardini escribe a Roberto Acciaiuoli:

Maquiavelo está aquí. Había venido para reorganizar esta milicia, pero viendo hasta qué punto está corrompida no confía en que sepan hacerse honor. Se reirá de los errores de los hombres, puesto que no puede corregirlos.⁸⁰

Su risa, sin embargo, no debía ser muy alegre. Como había escrito ya en un estrambote:

Espero y el tormento crece con la espera
lloro y el llorar nutre el laxo corazón
me río y mi reír no pasa adentro [...]
Esperando así, lloro, ardo, río,
miedo me da lo que oigo y veo.⁸¹

Pocos días después incluso el castillo se ve obligado a rendirse a los españoles y las fuerzas de la Liga se retiran de Milán. El 30 de julio atacan Cremona, creyendo que era fácil presa, pero también en este caso se revelan en inferioridad de condiciones. La ciudad no capitulará hasta el 23 de septiembre, después de que los coaligados hubieran perdido la oportunidad de desplazarse hacia Génova para impedir el desembarco de refuerzos procedentes de España. Una carta de Maquiavelo a un joven Bartolomé Cavalcanti, traza la dramática inconsistencia de los coaligados:

La razón por la que el papa inició esta guerra antes de que el rey de Francia hubiera mandado a su ejército a Italia, y atacado a España como debía, o antes de que hubieran llegado todos los suizos, fue la esperanza que se había depositado en el pueblo de Milán, y la creencia de que seis mil suizos, que habían sido movilizados por los venecianos y por él en los primeros tumultos de Milán, serían tan rápidos como para unirse a su ejército, al mismo tiempo que los venecianos; e inmediatamente después, creyendo que las tropas del rey, aunque no fueran tan rápidas, por lo menos llegarían a tiempo para poderle ayudar a vencer en la empresa.⁸²

Puesto que Francisco Sforza estaba asediado en el castillo y había que socorrerlo, se habían puesto en movimiento, esperando que la guerra concluyera rápidamente. Pero de los «supuestos», fallaron «dos importantísimos»: los suizos no llegaron y los milaneses no se amotinaron. El ejército de la Liga se retiró a Marignano; luego, cuando llegaron los suizos, volvió a Milán, pero no la atacó. Se decidió asaltar Cremona, pero dejando parte de los efectivos en Milán; «lo que se hizo en contra de una de mis reglas que dice que no es una decisión prudente arriesgar toda la fortuna y no todas las fuerzas». ⁸³ En conclusión, «hemos [...] perdido esta guerra dos veces: una cuando fuimos a Milán y no nos quedamos, otra cuando llegamos pero no entramos en Cremona».

Las cosas se pusieron todavía peor: los Colonna, aliados con España, atacan desde el reino de Nápoles y penetran en los Estados del papa, llegando hasta Roma y saqueándola. Clemente VII, turbado además por la noticia de la victoria de los turcos en Mohács en el precedente mes de agosto —lo que había abierto su avanzada hacia Hungría—, piensa ahora en una paz con el emperador y firma una tregua con el virrey de Nápoles. La Liga de Cognac acaba disolviéndose y la situación italiana se precipita hacia el desastre.

Desde Alemania bajan hacia Italia bandas de lansquenetes reunidas bajo el mando de un fanático luterano, Georg von Frundsberg, que quiere castigar al «Anticristo» que reina en Roma. Los venecianos se guardan muy mucho de enfrentarse con ellos y se dan por satisfechos con que los saqueos se limiten a los pueblos que atraviesan. Juan de Medici quisiera cerrarles el paso en el Po, pero el 25 de noviembre cae mortalmente herido en combate. A través de las cartas que Maquiavelo —enviado otra vez ante Guicciardini por la Señoría florentina— escribe entre febrero y abril de 1527 podemos seguir su avance hacia Roma, que se desarrolla con inexorable fatalidad. A pesar de que sobre el papel las tropas que deberían enfrentarse a los lansquenetes son superiores, incluso después de que cerca de Piacenza se hubieran unido a éstas la soldadesca del condestable de Borbón, que había roto con Francisco I, las bandas alemanas continúan avanzando, atraídas por el espejismo del botín que

promete el saqueo de la capital del papa. No les frena ni tan siquiera la anarquía en la que se ven sumidas cuando en marzo se quedan sin jefe, debido a la apoplejía sufrida por Frundsberg en un ataque de ira, que acabará con su vida.

El papa, que en los días de las negociaciones para formar la Liga de Cognac se había opuesto a que el duque de Ferrara formara parte de la alianza, invoca ahora su ayuda, dispuesto a conceder en matrimonio para el hijo de éste, Hércules, a su propia sobrina Catalina (futura reina de Francia). El duque le responde que ya ha establecido un acuerdo con Carlos V. El duque de Urbino, irritado con Clemente VII porque no ha obligado a los florentinos a que le devuelvan la fortaleza de San Leo, que amenaza a su capital, permanece indiferente en su propio Ducado.

Por una carta de Maquiavelo a Francisco Vettori del 5 de abril de 1527 sabemos que Guicciardini ha sometido al papa una alternativa: o una vigorosa continuación de las hostilidades contra los españoles o una firme paz con ellos. La tregua es sólo un camino a medias que no aleja el peligro.⁸⁴ Pero, una vez más, ante una decisión enérgica, Clemente VII se muestra recalcitrante. El avance de los lansquenets pone en peligro a Florencia: si el virrey de Nápoles consigue impedir que ataquen Roma, probablemente se volverían contra territorio florentino. Por eso Maquiavelo incita a Vettori para que Pisa, Pistoia, Prato y, naturalmente, Florencia estén preparadas para defenderse. La marcha de los lansquenets, por el contrario, avanza sin impedimento y no dan resultado las continuas incitaciones de Maquiavelo para que «los coaligados vengan, sin ningún temor» y tomen parte en los pactos para establecer una tregua, que los españoles son los primeros en no respetar. Existe todavía la posibilidad de unir tropas y obligar a los invasores a una retirada: «Aquí, ya no es necesario volver a claudicar, sino actuar a lo loco». Y recuerda que: «A menudo, la desesperación encuentra remedios que la elección no ha sabido encontrar». Pero para llegar a eso son necesarias decisiones resueltas, porque —concluye la carta a Vettori— «por la experiencia que me han dado mis 60 años, no creo que jamás se sufrieran momentos

más difíciles que éstos, en los que la paz es necesaria y no se puede abandonar la guerra».⁸⁵

El 22 de abril vuelve a Florencia, donde al día siguiente llegaba también Guicciardini y controla las medidas tomadas para la defensa de la ciudad que, a pesar del inepto trío de cardenales que la gobernaba —Silvio Passerini, Nicolás Ridolfi e Inocencio Cybo— a los lansquenetes les pareció que estaba lo suficientemente defendida como para evitarla. Sin embargo, antes de que esto se supiera, un grupo de jóvenes solicitó armas para poder combatir a esas feroces bandas. Se les prometen las armas, que luego no serán entregadas, y el 26 de abril estalla un tumulto que atemoriza a los cardenales hasta el punto de empujarlos a abandonar la ciudad. Se ocupa el palacio, y la Señoría se ve obligada a declarar rebeldes a los Medici y a restaurar los ordenamientos vigentes antes de su vuelta en 1512. Las tropas de la Liga que, sin embargo, no se habían enfrentado a los lansquenetes, sirven ahora a los cardenales para volver a entrar en la ciudad y obligar a los rebeldes a llegar a un acuerdo: se les asegura la impunidad y se restaura el poder de los Medici. Pero el 6 de mayo, las bandas de los lansquenetes y del condestable de Borbón (muerto en el asalto a las murallas de un disparo de arcabuz que Benvenuto Cellini se vanaglorió de haber disparado) entran en Roma, y la saquean ferozmente. Cinco días después llega la noticia a Florencia, y esta vez se instaura decididamente la República.

Durante esos días son escasas las noticias sobre Maquiavelo. Probablemente el 26 de abril, el día del tumulto de los jóvenes, debía estar ya camino de Roma, para encontrarse con las tropas que se habían puesto en marcha para socorrer al papa. También Guicciardini había abandonado Florencia, por la misma razón. La noticia del saqueo de Roma les llega cuando están en los alrededores de Orvieto y al oír la noticia de que los Medici habían sido expulsados de su ciudad, ambos deciden volver; Maquiavelo, el primero, por vía marítima, desde Civitavecchia a Livorno. El ex secretario esperaba poder volver a su antiguo puesto en la restaurada República, aun siendo consciente de que su reciente colaboración al servicio de Clemente VII sería un elemento desfavorable. En efecto, el

10 de junio el Gobierno florentino confirma en la Secretaría a otro funcionario que había desempeñado ese cometido con el Gobierno de los Medici.⁸⁶

Pero a Maquiavelo le quedaban ya pocos días de vida; de hecho, morirá el 21 de junio de 1527. Desde hacía ya tiempo padecía de algo, no se sabe bien si de estómago o de intestino. Escribiendo a Guicciardini el 17 de agosto de 1525, había exagerado el efecto de ciertas pastillas, que mandaba que le prepararan con varios ingredientes y que por entonces había enviado a su amigo.⁸⁷ Sin embargo, puede que esas pastillas aceleraran su final. Pablo Giovio en la breve biografía que escribió, atribuye su muerte a ese «fármaco»,⁸⁸ calcando para Maquiavelo —al que define como «escarnecedor y ateo»— lo que san Jerónimo escribió sobre Lucrecio, el poeta latino, famoso igualmente por su impiedad, que parece que murió víctima de un filtro amoroso. Pero si despojamos la acusación de su intento denigratorio, es probable que efectivamente su final se debiera a esta causa. Las pastillas elogiadas por Maquiavelo por sus efectos purgantes contenían, entre otros, un ingrediente que él llamaba «carmandeos»; se trata, probablemente, del camedrio, una sustancia que, especialmente si se consume de forma constante, puede ser enormemente nociva para el hígado, hasta el punto de que en la actualidad se ha prohibido su uso farmacéutico.

Se cuenta que a los amigos que fueron a visitarlo poco antes de su muerte —Zanobi Buondelmonti y Luis Alamanni, recién llegados del exilio al que los había llevado la conspiración de 1522, Felipe Strozzi, Francisco Del Nero y Jacobo Nardi— les relató un sueño que había tenido por entonces. Parece ser que había visto a una muchedumbre de pobres harapientos, hambrientos, tullidos, mal ataviados y que oyó que le decían que eran los espíritus bienaventurados del paraíso de los que está escrito: «Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum cœlorum» [Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos]. Se le apareció luego un grupo de personajes llenos de gravedad y majestad: parecía un Senado dedicado a discutir asuntos de Estado. Entre ellos reconoció a Platón, Séneca, Plutarco, Tácito y a otros famosos literatos de la Antigüe-

dad. Éstos, le fue comunicado, estaban condenados al infierno, porque está escrito: «Sapientia huius sæculi inimica est Dei» [La sabiduría de su siglo es enemiga de Dios]. Cuando se le preguntó con cuál de ellos le gustaría ir, contestó que prefería con gran diferencia estar en el infierno con esas almas grandes, para discutir con ellos sobre cuestiones de Estado, que al lado de esa gentuza que le había sido mostrada.⁸⁹

Es posible que el relato sea una leyenda, pero sabemos que en el siglo XVII fue aprovechada por escritores «antimaquiavelistas», porque alguien que lo conocía lo había contado.⁹⁰ De manera sensata, Sasso observa que la cuestión no debe plantearse en términos de verdad o falsedad, sino si puede aparecer «o no de acuerdo con lo que concretamente Maquiavelo ha imaginado, novelado, pensado y escrito».⁹¹ Estas imágenes del paraíso y del infierno deben verse en relación con las críticas que en los *Discursos* dirige a la religión cristiana, interpretada de acuerdo con el ocio y no con la virtud (II, 2). Podemos pensar que desde los meses que preceden a la restauración de la República florentina, y todavía durante los pocos días vividos en Florencia hasta su muerte, la reminiscencia de las tendencias savonarolianas pudieron crear en Maquiavelo esa actitud polémica de desprecio hacia los *pauperes*, personificación de las virtudes cristianas, y al contrario, de respeto hacia la *sapientia huius sæculi*. Por su parte, ya Villari había observado concomitancias entre el espíritu de ese sueño y otros escritos de Maquiavelo.⁹² En *La mandrágora* (IV, 1), Calímaco, anhelante por saber si fray Timoteo ha conseguido persuadir a Lucrecia para que tome la poción, se desfoga: «¡En qué angustia de ánimo me he encontrado y me encuentro!». Y después de haber debatido las distintas posibilidades, se dice a sí mismo:

Lo peor que te puede pasar es morirte e ir al infierno, ¡han muerto ya tantos otros! ¡Y hay en el infierno tantos hombres de bien! ¿Vas a avergonzarte de ir también tú?

Como es bien conocido, el papa León X se reconcilió con Maquiavelo precisamente después de haber asistido a la representa-

ción de la comedia. Por otra parte, en la *Vida de Castruccio Castracani* se atribuye al condotiero de Luca un dicho no menos escandaloso: «A la pregunta de si, por salvar su alma, pensó alguna vez en hacerse fraile, respondió que no, porque le parecía extraño que fray Lazero tuviera que ir al cielo y Uguccione de la Faggiuola al infierno».⁹³ Se ha recordado ya que la *Vida de Castruccio Castracani* fue como una prueba que hizo Maquiavelo para obtener del futuro papa Clemente VII el encargo de escribir la *Historia de Florencia*. Si durante la época de la Contrarreforma el cuento del sueño fue utilizado por los «antimaquiavelistas» para demostrar la impiedad del autor de *El príncipe*, en vida de Maquiavelo un golpe de ingenio todavía se acogía con simpatía.

Apéndice

NOTAS EN TORNO AL TÉRMINO *ESTADO*
EN MAQUIAVELO

Vuelvo a publicar con leves modificaciones el trabajo redactado para el volumen *Storia sociale e politica. Omaggio a Rosario Villari* al cuidado de A. Merola, G. Muto, E. Valeri, M. A. Visceglia y Franco Angeli, Milán, 2007, págs. 79-98.

En nuestros días la idea de Estado aparece, a menudo, rodeada de consideraciones que aúnan de modo contradictorio una exasperada voluntad de control y de disciplina con la incapacidad para soportar las constricciones que comporta tal institución. Por eso, se elevan quejas relativas al «demasiado Estado» que parece pesar sobre la sociedad, y a la vez por el abandono en que se deja a los ciudadanos ante las dificultades de la vida; o también oímos que se levantan voces para que las leyes que regulan el orden público se hagan más rígidas y también para que se mitíguen normas referentes a otras infracciones, no menos esenciales para la seguridad general. Tales críticas demuestran la escisión existente entre sociedad civil y Estado como consecuencia de las profundas transformaciones ocurridas en las últimas décadas tanto en la vida económica como en las relaciones internacionales. Y, sin embargo, hace ya medio siglo Bobbio había indicado la controvertida relación entre Estado y libertad, esbozando dos tendencias:

La que va de Locke a Kant, según la cual el principal deber del Estado es el de garantizar la libertad natural y, por lo tanto, permitir efectivamente esa existencia según la libertad, que en el estado natural permanece como exigencia, sí, pero insatisfecha y es la tradición más genuinamente liberal, por lo que el deber del Estado no es el de superponer sus propias leyes a las naturales, sino el de actuar para que, mediante el ejercicio del poder coactivo, las leyes naturales sean realmente operativas. La otra tendencia, la que va de Rousseau a Hegel, asigna al Estado el deber de eliminar por completo la libertad natural, que es la libertad del individuo aislado y de transformarla en libertad civil, es decir, en la libertad entendida como perfecta adecua-

ción de la voluntad individual a la colectiva y es la tradición más genuinamente democrática.¹

Quizá pueda ser útil retrotraernos al pasado, cuando la noción de estado empezaba a tomar forma, antes de desarrollarse y desembarcar, en la edad liberal, en la visión de una entidad política ideal, colectiva y soberana, cuyos intereses —escribía por entonces un demócrata, abierto a las instituciones liberales— «touchent tous les citoyens et souvent n'en touchent aucun en particulier: ils ne sont pas liés d'une manière sensible aux intérêts de chaque citoyen» [atañen a todos los ciudadanos y, a menudo no atañen a ninguno en particular: no están ligadas de manera sensible a los intereses de cada ciudadano].² Eran reglas respetadas por quienes, se decía, «tienen sentido de Estado». Bien es verdad que luego Marx aclararía cómo los intereses de las clases dominantes lograban incidir en la vida de las sociedades organizadas, y anhelaría la extinción final del Estado como tal, que se conseguiría gracias a la incesante progresión revolucionaria de normas capaces de asegurar conjuntamente igualdad y libertad. El dramático fracaso del camino intentado para lograr tal objetivo y, por reacción, el agresivo individualismo que se desarrolló hacia finales del «siglo breve», han influido en las propias instituciones y ordenamientos, creados para garantizar la cosa pública y el interés general.

Maquiavelo para volver a dar vida a los «cuerpos mixtos», como son los Estados, sugería «reducirlos» a sus principios, y el examen de sus escritos puede aportar materia de reflexión y hacernos comprender cuáles son los caminos a través de los que la noción de *estado* se ha ido fraguando. El examen terminológico ya se ha afrontado en algunos estudios³ que, en general, han subrayado que el término *estado* en el lenguaje del secretario florentino difiere de la concepción que de él tenemos hoy en día. Merece la pena, no obstante, recorrer ese camino y, aunque limitando la reseña a un rápido muestrario entre los cientos de fragmentos en los que el vocablo aparece, tener presentes además las atribuciones y deberes referidos a este término.

En el tercer capítulo de *El príncipe* leemos que en medicina hay que «prevenir con anticipación», para evitar que la enfermedad se convierta en incurable: «Lo mismo sucede con los asuntos de Estado, porque si se conocen con anticipación [...] los males que en él se originan, se curan pronto».⁴ Un poco más adelante encontramos una dura crítica realizada contra la política de Luis XII, que «ha hecho todo lo contrario de lo que se debe hacer para mantener un Estado [el de Milán] en una nación diferente». El término *estado* aparece, otra vez, no muchas líneas después, pero con distinto significado: en el primer caso tiene una connotación institucional, cercana a la de individualidad política, que asume carácter orgánico, por la comparación con el cuerpo humano; en el segundo caso, al contrario, designa el dominio territorial. Encontramos todavía un tercer significado, por ejemplo en el capítulo IX donde, en relación con los principados civiles Maquiavelo observa: «Estos Estados suelen periclitar cuando van a ascender del ordenamiento civil al absoluto». Aquí la palabra *estado* indica lo que en la actualidad llamaríamos régimen, y su dinamismo lleva a pensar en la observación de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (I, 6; I, 216), repetida más de una vez en sus obras: «Estando las cosas de los hombres en movimiento y, no pudiendo permanecer estables, conviene que asciendan o que descendan».⁵ En tal caso, la idea de movimiento y transformación se superpone al significado original del término: ‘condición’, ‘modo de ser’, y lo proyecta hacia un horizonte histórico.

Estamos ante tres ejemplos que se encuentran en fragmentos redactados en un espacio de tiempo muy reducido. Aun estando convencido de que Chabod supuso con razón que *El príncipe* fue redactado en pocos meses, a partir del verano de 1513, he preferido atenerme a las páginas comprendidas en lo que está considerado generalmente el primer núcleo del «opúsculo»: los once primeros capítulos.⁶ En cualquier caso, hay que tener en cuenta que las observaciones que su examen sugiere no se oponen a las que se deducen de otros escritos de Maquiavelo: el término *estado* no es nunca objeto de definición, y comparece al mismo tiempo alternando siempre

esos distintos significados, aunque sea con diferentes matices, y en ninguna de sus obras ocurre que se encuentre usado de modo más circunscrito o unívoco. Todavía unos diez años después de la redacción de *El príncipe*, en la *Historia de Florencia*, su valor semántico conoce las mismas variaciones. Encontramos, por ejemplo, *estado* en el sentido de 'dominio territorial', al explicar la batalla de Agnadello, cuando «en un día les fue sustraído [a los venecianos] ese Estado que durante muchos años se habían ganado con infinito dispendio» (I, 29; III, 350); con el sentido de 'gobierno', 'régimen', lo encontramos en el discurso atribuido a algunos de los ciudadanos que en 1317 protestan ante la Señoría por la prepotencia del partido güelfo, lamentando que se oprima la libertad, «ya sea bajo el color de un Estado de optimates, o bien popular» (III, 5; III, 430); y en sentido institucional se utiliza donde se habla del desgobierno del duque de Atenas, que producía en «los ciudadanos [...] indignación, viendo cómo la majestad de su Estado se derrumbaba» (II, 36; III, 411).

Podemos entonces descartar la hipótesis de que, empezando por su primera obra escrita *post res perditas* y, colocando al «quondam secretario» cuando empieza a desarrollar su reflexión política, se pueda seguir en sus escritos una progresión sucesiva de la noción de Estado. Tampoco se debe tomar en consideración la posibilidad contraria: que tal noción esté clara desde un principio. Partiendo de la frase con la que empieza *El príncipe* —«Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen imperio sobre los hombres, han sido y son o repúblicas o principados»—, Bobbio observa que: «Maquiavelo no habría podido escribir esa frase precisamente como inicio de la obra, si la palabra en cuestión no hubiera estado ya corrientemente en uso». ⁷ Casi como confirmación de esta observación, podemos leer la famosa carta del 10 de diciembre de 1513 en la que Maquiavelo informa a Vettori que ha «compuesto un opúsculo *De Principatibus*», y añade que, una vez leído, «se vería que los quince años que he pasado estudiando el arte del Estado, no los he pasado ni durmiendo ni jugando» (II, 297). La expresión «arte del Estado» —convertida en famosa cuando Burckhardt, hablando de los señores y de los príncipes italianos del Renacimiento,

definió su Estado como «obra de arte»— no indica, sin embargo, en la pluma de Maquiavelo la creación original de una única personalidad, sino la actividad que desarrolló en la Cancillería florentina, equiparada al aprendizaje de un oficio, igual que cualquiera de los que lo ejercían en los gremios de la época. Y el término *estado* se refiere aquí a una entidad política estructuralmente compleja que comprende no sólo el aparato administrativo de la República sino también su ordenamiento normativo; en resumen, empieza a emerger al significado moderno de la noción.

Todo ello es incontestable. Sin embargo, no encontramos en Maquiavelo ningún uso de la palabra *estado* en sentido institucional que sea anterior a *El príncipe*. Fredi Chiappelli, al analizar los escritos redactados en la primera época de la Cancillería florentina, ha sacado en conclusión que éstos pertenecen a «una fase de la historia del término que muestra una mayor incertidumbre y oscilación que en *El príncipe*».⁸ En la correspondencia privada, como también en los informes epistolares de las legaciones, la voz *estado* se utiliza generalmente para referirse a la República florentina: «nuestro Estado» (5 de junio de 1499), «este Estado» (5 de octubre de 1499), etcétera o también distintos Estados indicados específicamente: «El duque de Ferrara y el marqués de Mantua se habían acercado y unido con la excusa de defender sus Estados» (21 de noviembre de 1500). Podríamos concluir que, de tal acepción es fácil pasar al significado político-institucional general. Esto, sin embargo, no ocurre en el primer *Decenal*, en el que el término aparece cinco veces: en los versos 72 («vuestro Estado popular fundasteis»), 286 («Ni siquiera vuestro Estado bien podía / deliberarse»), 308 («que sobre vuestro Estado pone el pie»), 420 («volver a conquistar el Estado y el honor perdido»), 464 («el Estado de su duque de Valencia»). En el verso 286 el valor semántico es análogo a los que hemos visto en los escritos del Gobierno: no designa a una individualidad abstracta, sino a la República florentina; en los demás indica el territorio, salvo en el verso 72, donde significa 'gobierno o régimen'. Si el término *estado* no aparece en los *Capítulos*, en el escrito *A los Paleschi* de 1512 *estado* es utilizado varias veces para designar 'gobierno', 'régimen'.

Reconsideremos entonces la frase al principio de *El príncipe*. La palabra *estado* está unida a la voz *dominios* casi como si la hendíadis fuera útil para aclarar mejor el concepto, y no se está, por lo tanto, tan lejos de la «noción múltiple» observada por Chiappelli «en el intento por resolver todavía en perífrasis analítica el problema», como en el caso que cita: «ciudad y libertad nuestra». Podemos recordar además que para referirse generalmente al Estado, no es raro que encontremos también la voz *República*. Por eso, al principio de los *Discursos* (I, 2; I, 203) leemos: «Algunos que han escrito sobre las repúblicas, dicen que en ellas está uno de los tres estados, llamados por ellos principado, optimates y popular». Poco más allá, una vez descritos los acontecimientos a través de los cuales las sociedades han modificado y modifican su modo de regirse, concluye: «Y éste es el círculo en el que dando vueltas todas las repúblicas se han gobernado y se gobiernan». Aquí, *república* tiene por tanto el significado clásico latino que utilizaría todavía Bodin, y *estado* define el 'regimiento', un término utilizado a menudo por el mismo Maquiavelo. Por eso en sus escritos, no sólo varía el sentido atribuido a *estado*, sino que lo que para nosotros es un concepto definible con un único vocablo se menciona, además, con otro término.

Efectivamente, la palabra *estado* tarda en aparecer con un valor semántico concreto. En el estudio que Tenenti ha dedicado a la noción de Estado entre el siglo XIV y la primera parte del Cinquecento, aportando ejemplos tanto en latín como en vulgar,⁹ vemos que aparece atestiguada, más bien precozmente, la acepción territorial del término, mientras que sólo a principios del Quattrocento su significado está «con frecuencia ligado al de regimiento». Al contrario, recurre en varias deliberaciones de organismos venecianos que conciernen a esa República, como «referencia suprema de la acción política», pero tiene dificultad para afianzarse en Florencia y me inclinaría a observar que no todos los ejemplos aducidos en tal sentido son convincentes. Debo añadir que no estoy del todo de acuerdo con la observación final, en la que Tenenti sostiene que Maquia-

velo «aunque haya llegado a hablar de su [del Estado] “majestad”, nunca ha captado de verdad cuál podía ser la verdadera naturaleza de su esencia interior». Ciertamente, jamás encontramos una definición que explique por completo su esencia, no obstante, Chabod ha dado en su análisis algunos ejemplos en los que ha creído vislumbrar una «acepción moderna».¹⁰ Además, el examen de los distintos fragmentos referentes a las funciones del Estado permite delinear una concepción ya cercana a la de mayor madurez. Por ejemplo, el conocido fragmento de *El príncipe* III, que relata la réplica de Maquiavelo al «cardenal de Ruán», cuando éste afirma «que los italianos no entendían nada acerca de la guerra», el secretario florentino rebate «que los franceses no entendían nada sobre el Estado», donde no sólo se entiende la noción abstracta de la institución, sino la misma acción política que hay que desarrollar para salvaguardarla.

Para captar en su complejidad el uso de la palabra *estado* merece la pena examinar también otras indicaciones. En el *Dizionario del linguaggio italiano storico ed amministrativo* de G. Rezasco, encontramos una lista con varias definiciones para atribuir a ese término, en una sucesión que proporciona la pluralidad de significados que *estado* ha asumido a lo largo de los tiempos. Los ejemplos más antiguos son, por supuesto, aquellos en los que el término suena como ‘condición’, ‘modo de ser’ y, por otra parte, el vocablo estaba ya presente en la *Comedia* de Dante.¹¹ Con tal significado el término puede ampliarse a la situación en la que se encuentra o bien un solo individuo o todo un linaje que ocupa la ciudad, según un uso que tiene un precedente importante en los *Libri della famiglia* de León Bautista Alberti, y que encontramos todavía en Guicciardini.¹² En el *Dizionario* de Rezasco vemos que una acepción próxima a la acepción moderna, en sentido de ‘dominio’ tarda en aparecer y los ejemplos aportados son de Villani o de Maquiavelo, mientras que la acepción ‘esencia del regimiento’ se ilustra con un fragmento del *Trattato de’ governi* de Bernardo Segni: «El Estado es un ordenamiento que se dispone en las ciudades, mediante el cual se tienen que distribuir las magistraturas y se tiene que disponer el partido que debe ser dueño de la ciudad». El significado es análogo al de

‘regimiento’ tal y como había sido ilustrado por Guicciardini veinticinco años antes: «El considerar acerca de los Gobiernos públicos, de los que dependen el bienestar, la salud, la vida de los hombres y todas las acciones egregias que se realizan en este mundo inferior». ¹³ Y en Maquiavelo el uso de *estado* para ‘Gobierno’ y ‘régimen’ es precedente.

Si procediéramos al análisis del término *estado* en Guicciardini, ¹⁴ también veríamos expresada la idea de que el Estado se fundamenta en una acción de fuerza. En el *Ricordo* 48, leemos, en efecto: «No se pueden mantener los Estados con la conciencia, porque —para el que considera su origen—, todos son violentos». Precisa, no obstante: «Desde los de la república de la propia patria a los de fuera». Por lo tanto, en el ámbito restringido de la ciudad de origen, las repúblicas —evidentemente, no los principados—, se constituyen gracias a un pacto entre los ciudadanos, mientras que en el territorio circundante se imponen por las armas, o sea por la conquista y, no raramente, a través de la represión. La observación implica evidentemente un juicio negativo, incluso por la consideración que sigue acerca de la «doble» violencia que ejercen los «curas», los cuales «nos obligan con armas temporales y espirituales». La valoración de Maquiavelo es distinta. Para él, el hecho de «ampliar», es decir, conquistar territorios, se juzga en función de la disposición interna de la república que lo lleva a cabo y aduce los casos de Esparta y Venecia, por una parte, y el de Roma, por otra (*Discursos*, I, 6; I, 216-217). Anteriormente había observado que sólo «con la potencia» los hombres pueden «afianzarse», y por ello resulta oportuno que la fundación de una nueva ciudad se haga «en lugares muy feraces, donde, pudiendo extenderse por la fertilidad del lugar, pueda defenderse de quien la ataque y oprimir a todo el que se opusiera a su engrandecimiento». Los ejemplos podrían multiplicarse, pero éste me parece suficientemente explícito.

Si Maquiavelo acepta que un Estado utilice la violencia con el objetivo de conquistar territorios y, es más, favorece su expansión, como cuando habla de la capacidad del «Estado romano» para llegar a «esa grandeza que alcanzaron» (I, 6; I, 215), no aprueba, al

contrario, cualquier forma de prevaricación en el Gobierno interior de un Estado. No indica explícitamente que sea indispensable la búsqueda del consenso como cimiento sobre el que se deba erigir y mantener una construcción política, no obstante, para otorgarle una base segura, indica el consenso como instrumento más idóneo. También en el caso de Valentino, que podría incluso parecernos el ejemplo más elocuente de «reinante» del que se desvela «qué lágrimas y qué sangre chorrean» de su cetro, destaca, al contrario, cómo se había ganado a los pueblos de Romaña «porque habían empezado a gozar de su bienestar» y se detiene en los modos con los que había gobernado ese Ducado, «porque esta parte es digna de ser noticia y de ser imitada por otros» (cap. VII, I, 136). Afirma luego claramente ese principio en los *Discursos* (III, 7; I, 445), una vez planteada la cuestión: «Donde se origina que muchas transformaciones que se efectúan desde la vida libre a la tiránica, algunas se realicen con sangre y, al contrario, otras sin ella». Y explica:

El hecho depende de esto: porque el Estado que se transforma se originó con violencia o sin ella, y porque cuando se origina con violencia, es conveniente que se origine injuriando a muchos, es necesario además que en su derrumbamiento los injuriados quieran vengarse y de ese deseo de venganza, se origina la sangre y la muerte de los hombres.

Por el contrario:

Cuando ese Estado ha sido causa de un consenso común con el conjunto de los ciudadanos que lo han convertido en grande, no hay razón luego, cuando se derrumba dicho consenso universal, para atacar a nadie que no sea la cabeza.

En efecto, en el capítulo precedente, dedicado a las conspiraciones (III, 6; I, 426), la razón «más importante que todas las demás» que induce a que éstas sean urdidas contra un príncipe, está indicada en «ser odiado por todo el conjunto de ciudadanos». De forma



coherente, al tener que dar en 1520 su parecer sobre el Gobierno que había que instaurar en Florencia, escribía: «Sin satisfacer al conjunto de ciudadanos no se creó jamás una república estable».¹⁵ En *El príncipe* había observado que en «los Estados con buenos ordenamientos, los príncipes prudentes han pensado con toda diligencia en no desesperar a los grandes y satisfacer al pueblo y tenerlo contento»; en otras palabras, obtener el apoyo del «conjunto de los ciudadanos». No obstante, afirma, es más fácil conseguir el apoyo del pueblo y, hablando del principado civil (cap. IX, I, 143-144), anota: el que «llega al principado con la ayuda de los grandes, se mantiene con mayor dificultad» que el que accede «con la ayuda del pueblo». Encuentra, de hecho, obstáculos mayores para imponerse a ellos, dado que es más fácil «satisfacer al pueblo: porque el del pueblo es un fin más honrado que el de los grandes, al querer éstos oprimirlo y éste no dejarse oprimir». Siguiendo ese camino, el príncipe se pone a salvo de las conspiraciones, con las que puede tener «que contar poco, si el pueblo le es benévolo» (cap. XIX, I, 169).

Cuando en la *Historia de Florencia* afronte el primer intento de imponer en Florencia un poder señorial «perpetuo», el del duque de Atenas, pondrá la condena de la violencia en los modos de regir un Estado en boca de uno de los miembros de la Señoría, y hará que afirme en su discurso —el primero que introduce en la obra—, los principios propios del vivir civil (II, 34; III, 407-408):

Vos tratáis de convertir en esclava a una ciudad que siempre ha vivido en libertad [...]. Pensad, señor, cuánta fuerza vais a necesitar para mantener como esclava a una ciudad así. Las fuerzas forasteras que vos podéis tener en todo momento, no son suficientes y no podéis confiar en las que están dentro, porque los que ahora son vuestros amigos y os animan a que toméis esa decisión, en cuanto hayan derrotado con vuestra autoridad a sus enemigos, tratarán como puedan de daros muerte y convertirse ellos en príncipes.

Se trata del riesgo ya proyectado para el príncipe que pensara apoyarse en los grandes; en su opinión, era imprudente «porque

hay príncipes con mucha gente a su alrededor que creen ser sus iguales» (cap. IX). Pero Gualtiero de Brienne, no puede contar ni con el pueblo:

La plebe en la que confiáis se revuelve por cualquier incidente, por mínimo que sea, de manera que transcurrido poco tiempo, podéis temer que toda esta ciudad sea vuestra enemiga, lo que sería causa de su caída y de la vuestra.

Y vuelve sobre el tema de los peligros que corre el príncipe, ya adoptado en los *Discursos*:

No podréis encontrar remedio a ese mal, ya que esos señores pueden convertir su señoría en segura, porque tienen pocos enemigos [...] pero en el odio del conjunto de los ciudadanos, nunca se encuentra seguridad.

El deseo de libertad —advierte el orador—, no disminuye con el tiempo, porque la memoria de la patria nos la recuerdan incluso los «edificios públicos, los locales de las magistraturas, las banderas de los colegios libres». Y ninguna empresa valdría como contrapeso a la añoranza de vivir libres, «ni aunque a ese mando añadierais toda Toscana», porque los florentinos no sentirían como propia esa gloria, ya que «no adquirirían súbditos, sino consiervos». Ni siquiera los ciudadanos podrían ser consolados «aunque vuestras costumbres fueran santas [...] porque al que está habituado a vivir sin ataduras, toda cadena le pesa y toda sujeción le aprieta». Además, no es posible «encontrar un Estado violento con un príncipe bueno». En conclusión:

Por lo tanto vos habéis de creer o que tenéis que conservar esta ciudad con máxima violencia [...] o que debéis estar contento por la autoridad que os hemos dado. Por lo que os animamos, recordándoos que ese dominio es sólo perdurable, porque es voluntario.

El Estado seguro es, entonces, el que posee un Gobierno ampliamente aceptado. Puede sorprender no encontrar ninguna mención en la *Historia de Florencia* a la «florentina libertas», cuando se habla del enfrentamiento entre Florencia y los Visconti; se evocan naturalmente los peligros que ha corrido la ciudad, pero no se hace ninguna referencia a los motivos ideales, tradicionalmente invocados por los humanistas florentinos en apoyo a la lucha contra el «tirano» milanés, y en alabanza al Estado republicano. ¿Debemos interpretar ese silencio como una forma de prudencia en una obra comisionada por un Medici? Tendería a excluirlo desde el momento en que los valores de la libertad no se han silenciado en el discurso dirigido al duque de Atenas, hasta el punto de que se ha supuesto que fue introducido por Maquiavelo para que el papa Clemente VII comprendiera la necesidad de restituir en Florencia —una vez desaparecido Lorenzo, duque de Urbino— la libertad republicana, volviendo a utilizar y ampliando los temas aducidos en el *Discursus florentinarum rerum*.¹⁶

En realidad, el Estado surgido de la derrota de los *Ciompi*, que ostentaban el poder durante los años de la guerra contra Milán, merece una dura consideración en la *Historia de Florencia*: la facción que lo rigió gobernó de modo «injurioso hacia sus ciudadanos» (III, 22; III, 460). Si se expresaba semejante juicio, difícilmente se podía compartir el himno a la libertad contenido, por ejemplo, en la *Laudatio florentinæ urbis* de Bruni. Debía parecer más convincente mostrar los peligros de la tiranía en un momento en el que la libertad era puesta en peligro por un señor, que hacer un panegírico en años en los que la reacción de los «grandes» se había convertido en arrogante y opresora. Es, precisamente, el Gobierno que sube al poder después de 1381 el que inspira a Maquiavelo las consideraciones con las que abre el cuarto libro de la *Historia* (III, 473):

Las ciudades y sobre todo las que no tienen buenos ordenamientos, que se administran bajo el nombre de república, cambian a menudo sus Gobiernos y Estados, no mediante la libertad y la sumisión, como muchos creen, sino mediante la sumisión y la licencia. Porque

de la libertad sólo el nombre es exaltado por los ministros de la licencia que son los hombres del pueblo, y por los de la sumisión, que son los nobles, deseando cualquiera de ellos no estar sometido ni a las leyes ni a los hombres.

Es difícil que quien escribía estas palabras pudiera compartir la exaltación que de aquel «Estado» había hecho Bruni: «Hæc est vera libertas, hæc æquitas civitatis [...]» [Ésta es la verdadera libertad, este el equilibrio del Estado].¹⁷ También podemos comprender mejor la polémica mención referida al juicio distinto que había manifestado sobre el Estado florentino con la que, al iniciar su trabajo historiográfico, Maquiavelo expresó sus propias reservas críticas hacia las obras de Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini.¹⁸ Sin ninguna duda, Garin tiene razón cuando observa que «Bruni [...] inicia una elaboración teórica, partiendo de la historia y de la historiografía clásica, aunque para construir una visión original de la vida política, en un diálogo continuo con los historiadores clásicos». No obstante, es necesario tener presente su advertencia: «Bruni puede constituir un fecundo prólogo a Maquiavelo, un término de comparación, *aunque a menudo sea por contraste*».¹⁹

Según la mirada de Maquiavelo, la base social de un Estado imprime carácter a sus instituciones y a su fuerza. Por eso en el cuarto capítulo de *El príncipe* (I, 127-128) se plantea la cuestión de «dónde se originó que Alejandro Magno se convirtiera en señor de Asia en pocos años». La respuesta le lleva a desarrollar una digresión original sobre los «dos diferentes modos» por los que puede regirse una monarquía:

O con un príncipe y todos los demás siervos, los cuales como ministros, por su gracia y concesión le ayudan a gobernar ese reino, o con un príncipe y con barones, los cuales no por gracia del señor, sino por antigüedad de sangre poseen ese grado.

La mayor o menor complejidad de la construcción se refleja en las particularidades del reino:

Los Estados que se gobiernan por medio de un príncipe y de siervos, tiene a un príncipe con mayor autoridad, porque en toda la nación no hay ningún hombre que reconozca a alguien superior que no sea él.

Eso determina la propia naturaleza del Estado y para ilustrar las diferencias considera dos casos contemporáneos:

Los ejemplos de estas dos formas diferentes de gobierno son en nuestros días, el Turco y el rey de Francia. Toda la monarquía del Turco está gobernada por un señor: los demás son sus siervos, y dividiendo su reino en provincias, manda allí diferentes administradores y los cambia y varía como le place. Pero el rey de Francia en ese Estado se encuentra rodeado por una multitud de antiguos señores, reconocidos por sus súbditos y armados por ellos: gozan de unos privilegios, de los que el rey no puede desposeerlos, sin exponerse al peligro.

En consecuencia:

Quien considere, entonces, uno y otro Estado, encontrará gran dificultad en apropiarse del Estado del Turco, pero, si éste es derrotado, es grande la facilidad para dominarlo. De modo contrario, encontrará en ciertos aspectos más facilidad para ocupar el reino, de Francia, pero grandes dificultades para mantenerlo.

La cohesión del «Estado del Turco» se debe al aplastamiento de todos los súbditos a la condición de siervos y a la falta de articulación social, y por lo tanto a la administración directa del soberano y a la ausencia de príncipes capaces de fomentar una invasión o de ponerse a la cabeza de una rebelión. Por el contrario, en el reino de Francia existen tales posibilidades.²⁰ Pero, precisamente por ello, el primero, si fuera ocupado y su soberano fuera asesinado, se encontraría sin focos de resistencia; en el otro, al contrario, «la vic-

toria [...] lleva aparejada infinitas dificultades, no sólo con los que te han ayudado, sino también con los que tú has oprimido». Se crearía entonces una red de resistencia que haría difícil «mantenerlo».

Para Chabod este fragmento representa una de las primeras formulaciones de la idea de Europa, de la que ve ya perfiladas algunas características específicas:²¹ «Europa —observa—, esta vez es justamente Europa; la *christianitas* que Maquiavelo ha olvidado por completo». Es una peculiaridad «rica en consecuencias que favorece el desarrollo de la virtud, es decir, de la capacidad de actuar, de la energía creativa». La contraposición geopolítica asume especial importancia, porque ésta se examina «en nuestra época»: la distinción aristotélica entre los reinos de la antigua Grecia y la monarquía «propia de muchos pueblos bárbaros», habitantes de Asia que, por ser «más serviles que los griegos», toleran con mayor facilidad «un poder despótico», está adaptada a los Estados coevos del Turco y del rey de Francia.²² Los teóricos medievales, de santo Tomás a Marsilio de Padua, habían vuelto a considerar las diferencias entre las dos formas de monarquía, mencionando repetidamente las características asiáticas del despotismo, pero en *El príncipe* —verosímilmente por primera vez—, se propone el ejemplo de los antiguos imperios orientales, sólo como punto de partida y se acentúa la diferencia existente entre dos grandes potencias de la época. La diferencia entre el Imperio turco y el reino de Francia —ha observado Procacci—²³ volverá en los escritos de Le Roy y en la obra de Bodin, como también en las polémicas encendidas durante las guerras de religión. Sin embargo, la atención se desplazará hacia el carácter servil del despotismo, mientras se dedicará escasa atención a la distinta complejidad social de los dos tipos de Estado, por lo menos hasta Montesquieu, que en el *Esprit des lois* se detendrá ampliamente sobre las particularidades del despotismo. No obstante, todavía después se dejará de lado el aspecto puesto de relieve por Maquiavelo: la dificultad de llegar a conquistar el «Estado del Turco» y la facilidad de mantener su posesión, al contrario de lo que es válido para el reino de Francia. Únicamente Hume en los *Political Essays* y Tocqueville —que sigue sus huellas— en la *Democrazia in America*,

volviendo sobre el problema, citan expresamente el capítulo IV de *El príncipe*.²⁴

Tal caracterización invita a seguir posteriores analogías surgidas de la indicación maquiaveliana, hasta llegar a la reflexión sobre la hegemonía en Gramsci, dictada por la observación de que el imperio regido por el despotismo zarista se diferenciaba profundamente de los Estados occidentales, bastante más complejos. Como se sabe, respecto a la Revolución rusa pone de relieve: «En Oriente el Estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y muelle»; por lo tanto, la revolución había tenido carácter de «guerra de movimiento». Al contrario, en Occidente la conquista del poder por parte del proletariado está condicionada por su capacidad para sostener una «guerra de posición» en cuanto que en Occidente «entre Estado y sociedad había una relación conveniente y bajo la inestabilidad del Estado se vislumbraba enseguida una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era sólo una trinchera avanzada, detrás de la cual se desplegaba una robusta cadena de fortificaciones y casamatas». ²⁵ No es cuestión de llegar más allá, basta con haber resaltado la analogía en la contraposición entre dos tipos de estado y de sociedad; no obstante, no hay que dejar de lado el perdurar de categorías interpretativas utilizadas para comprender estructuras profundas de la vida política.

¿Cuáles son los principios sobre los que se rige un Estado? Como ha observado Chiappelli, es oportuno determinar qué es lo que hace un Estado y no únicamente lo que es.²⁶ Y entonces leemos en *El príncipe* (XII, I, 150):

Los cimientos fundamentales con los que cuentan todos los Estados, tanto los antiguos como los nuevos, o los mixtos, son las buenas leyes y las buenas armas.

El fragmento recuerda la observación con la que en 1506 Maquiavelo empezaba *Cuál es el motivo de las Ordenanzas*:

Todos saben que quien dice imperio, reino, principado, república, quien dice hombres que ordenan, empezando por el de primer grado y descendiendo hasta al patrón de un bergantín, dice justicia y armas (I, 26).

Con estos mismos términos o con términos análogos reafirma tal principio también en otros escritos. Así en los *Discursos* leemos: «No puede haber ni buenas leyes ni cualquier otra cosa buena» donde no hay una «buena milicia» (III, 31; I, 496). Y para demostrar que «la desunión entre la plebe y el senado convirtió en libre y potente» a la República romana (I, 4; I, 496), observa, entrando en polémica con los que no comprenden que la fuerza de las armas debe ir acompañada por buenos ordenamientos:

No puedo negar que la fortuna y la milicia eran la razón del Imperio romano; pero me parece bien que éstos no se resignen porque, donde hay una buena milicia, conviene que haya un buen ordenamiento y raras veces ocurre que no exista incluso buena fortuna.

Quaglioni, afirmando que es impensable «un Maquiavelo alejado de la cultura de derecho político de su época», ha llamado la atención sobre «el auténtico motivo justiniano» que recorre toda su obra: el nexo justicia-armas, colocado al principio de la constitución *imperatoriam maiestatem*, que «non solum armis decoratam, sed etiam legibus oportet esse armatam»²⁷ [no sólo tiene que estar provista de armas, sino armada de leyes]. Por ello, se pregunta:

¿Es lícito avanzar la hipótesis de que Maquiavelo haya querido recordar constantemente que «iustitia et armi», buenas armas y buenas leyes, son el principio primero y fundamental de todo el *corpus* justiniano, y, por lo tanto de todo el soporte autoritativo de la ciencia del derecho público?

El análisis de la lengua de Maquiavelo pone de manifiesto su cultura jurídica y explica su «insistencia sobre el problema de los “ordenamientos”, es decir, de los derechos positivos y de las formas

de regimiento». ²⁸ Podemos añadir que los «antiguos ordenamientos» dictan en *El arte de la guerra* la más solemne afirmación de la unión que debe estrechar esos dos fundamentos del Estado:

Todas las actividades que se organizan en una civilización en razón del bien común de los hombres, todos los ordenamientos realizados en ella para vivir en el temor de las leyes de Dios, serían en vano, si no tuvieran preparadas sus defensas, [precisamente] la ayuda militar.

Y un poco más adelante, Fabricio Colonna declarará:

Los ciudadanos o súbditos con armas, permitidas por las leyes y los ordenamientos, nunca hicieron daño, al contrario, siempre son de utilidad y las ciudades se mantienen mejor sin mancha, mediante las armas que sin ellas (I, 529 y 549).

Si «la majestad del Estado» —expresión que vuelve (con alguna variante: principado, imperio) en *El príncipe*, los *Discursos* y la *Historia de Florencia*— está asegurada por el binomio justiniano, la importancia de los «ordenamientos» constituye casi un *leitmotiv* en la obra de Maquiavelo, en tanto que es el fundamento del vivir civil. Los «ordenamientos» que dieron Ciro, Rómulo y Teseo —observa en *El príncipe* (cap. VI, I, 131)— no «discreparon de los de Moisés que tuvo tan gran preceptor», el mismo Dios, y tales «ordenamientos» —«los ordenamientos que yo he antepuesto como objetivo»— ofrecen «una grandísima disposición» para la salvación de Italia (cap. XXVI, I, 190). También los «ordenamientos» de Valentino para fundar su Estado le parecían ejemplares y si «no le fueron de provecho» fue únicamente por «una extraordinaria y extremada adversidad de la fortuna» (cap. VII, I, 134). En los *Discursos* la reflexión empieza por «las ciudades que [...] inmediatamente se gobernaron según su propio arbitrio, [...] las cuales, igual que diferentes príncipes, han tenido diferentes leyes y ordenamientos». «Leyes y ordenamientos»: otro binomio esencial en la visión política de Maquiavelo; las normas que regulan la vida del Estado y los esta-

tutos fundamentales constitutivos son la razón misma de la solidez de una república o de un principado. La grandeza de Roma nació de los «tumultos» que dieron a luz «leyes y ordenamientos en beneficio de la libertad pública» (I, 4; I, 209). Para no multiplicar los ejemplos, podemos recurrir a una «extravagancia», los versos del *Asno*, en los que el héroe, al que su «duquesa» ha dejado solo, vuelve con el pensamiento, a «mitigar [...] / el gran incendio que ardía en mi pecho», al «mudar de las cosas mundanas» y se da cuenta de «que suele durar más o menos / una potencia, según que más / o menos sus leyes y ordenamientos sean buenos» (cap. V, vv. 36 y 76-78; III, 65-66).

Los buenos ordenamientos tienen que asegurar la primacía del bien público. En Maquiavelo es muy neta la distinción entre utilidad pública y utilidad privada. Cuando hay prevaricación por parte de ésta, la corrupción llega al grado máximo, mientras que el «vivir libre» ve cómo la armonía reina entre los dos principios:

Porque todos los territorios y naciones que viven libres sea donde sea [...] consiguen grandes beneficios. Porque aquí se ven pueblos más grandes que por tener alianzas más libres son más deseados por los hombres, porque cada uno procrea de buena gana los hijos que cree poder alimentar, al no dudar de que no les quitarán el patrimonio, porque sabe que no sólo nacen libres y no esclavos, sino que mediante su virtud pueden convertirse en príncipes.

En tales condiciones el Estado florece:

Se ve allí cómo las riquezas se multiplican en mayor número, no sólo las que proceden de la cultura, sino también las que proceden de los gremios. Porque cada ciudadano de buena gana incrementa el gasto en ello y trata de adquirir los bienes que cree, una vez adquiridos, podrá disfrutar. De donde se origina que los hombres compiten pensando en las ventajas privadas y públicas y, tanto unas como otras, aumentan maravillosamente (II, 2; I, 334-335).

Bien es verdad que el variar de las cosas humanas hace que la riqueza provoque la corrupción, porque los ciudadanos que se con-

vierten en ricos, tienden a querer apropiarse de «grados» y «honores», arriesgando con sus ambiciones el bien público. De ahí la admonición de que «las repúblicas con buenos ordenamientos tienen que mantener la riqueza de lo público y la pobreza de sus ciudadanos» (I, 37; I, 276-277).²⁹

La ambición aparece indicada como un peligro constante. Ya lo había afirmado en el capítulo *De la ambición* diciendo que era enviada entre los hombres «para privarnos de la paz y llevarnos a la guerra / para quitarnos toda tranquilidad y todo bien» (vv. 28-29; III, 44). De la ambición privada nacen las sectas y sus partidarios, por los que una república es conducida al aniquilamiento. Que Maquiavelo no se muestra contrario a las luchas internas de una entidad política está atestiguado en el famoso juicio que da sobre los «tumultos» de Roma, gracias a los cuales esa República se convirtió en «libre y poderosa». ³⁰ En aquel caso se trataba, sin embargo, de dos cuerpos ciudadanos indicados como «plebe y Senado», en lucha por afirmar sus propios derechos, pero capaces, al final, en nombre del «bien público» de ponerse de acuerdo y dar vida a nuevas instituciones. Las sectas, al contrario, provocadas por las disensiones privadas y por la ambición de ciudadanos poderosos que quieren crearse partidarios, luchan para dominarse unas a otras. Uno de los fragmentos más significativos está en el capítulo de los *Discursos*, en el que trata de las «acusaciones» y de las «calumnias» (I, 8; I, 222). Las calumnias diseminadas por Florencia provocaban «odio, de donde se llegaba a la división, de la división a las sectas y de las sectas al aniquilamiento». El ejemplo —omitido en el texto, pero bastante claro como para ser intuido por Guicciardini—³¹ es el de Cosme de Medici que «entre otras cosas» se valió también de las calumnias dirigidas «contra los ciudadanos poderosos que se oponían a su avidez» y, «siguiendo al partido del pueblo y confirmando con ellos la mala opinión que tenía de aquéllos, convirtió en su amigo al partido del pueblo». De tal forma llegó a enseñorearse del poder. En la *Historia de Florencia*, el hecho se cuenta en el séptimo libro y en el primer capítulo se explica cuáles son las «divisiones» que dañan o favorecen a una república: «La dañan las que van acompa-

ñadas por sectas y partidarios, la favorecen las que sin sectas ni partidarios se mantienen» (III, 628-629). Siguen después los mecanismos a través de los cuales las sectas y los partidarios se afianzan y acaban prevaleciendo para destrucción del «bien público». Por otro lado, al inicio del tercer libro (III, 423-424) había aclarado —mediante la comparación entre las «enemistades» que mantuvieron «desunidas» a Roma y a Florencia— qué «divisiones» habían tenido efectos benéficos y cuáles, al contrario, fueron desastrosas. Donde los ciudadanos se habían enfrentado «disputando» y habían superado los enfrentamientos «con una ley», su lucha había sido beneficiosa para la libertad y los asuntos públicos; donde, por el contrario, el conflicto los había convertido en enemigos y el partido vencedor había triunfado «con el exilio o con la muerte de muchos ciudadanos», el éxito de la facción vencedora, «injurioso e injusto», había terminado por apagar toda virtud.

En resumen, el prevalecer del interés privado por encima del bien público no puede darse sino es con el dominio de la injusticia, y es el síntoma más visible de la «corrupción», por la que toda una sociedad y toda la vida política se trastocan. En el discurso, dirigido a la Señoría por los ciudadanos que en 1371 se amotinan contra la violencia del Partido güelfo, se deplora que sus seguidores busquen «la satisfacción de haber quedado por encima de los demás» y hayan «usurpado» la soberanía de la República (III, 5; III, 430):

De aquí que los ordenamientos y las leyes no se hacen por utilidad pública sino privada; de aquí que las guerras, las paces, las amistades, no por gloria común, sino que se deliberan para satisfacción de unos pocos [...]. Las leyes, los estatutos y los ordenamientos civiles no según el vivir libre, sino por la ambición del partido que ha permanecido como superior, se [...] regulan.

En los *Discursos*, para demostrar que «la muchedumbre es más prudente [...] que un príncipe», Maquiavelo recurre a un argumento casi paradójico: «Las crueldades de la multitud van dirigidas hacia aquellos contra los que sienten el temor de que se adueñen del

bien común; las de un príncipe van contra los que temen se adueñen de su bien particular» (I, 58; I, 319-320). Pero, precisamente en esa defensa extrema del «bien común» está la afirmación de la necesidad de la ley y de esa igualdad de los ciudadanos, que es el terreno sobre el que pueden crecer las repúblicas.

Entre «igualdad» y «república» la relación es casi de causa a efecto, en cualquier caso, la primera es condición indispensable para la segunda (*Discursos*, I, 55; I, 311-312). Por eso, como demostración de que en las ciudades alemanas «se ha mantenido el vivir político sin corrupción» se pone de manifiesto que éstas «no soportan que ninguno de sus ciudadanos sea o viva como un gentilhombre». Como ejemplo máximo de las corruptelas se indica a los que, además de grandes fortunas «están al mando de castillos y tienen súbditos que los obedecen». La presencia de estos «gentileshombres» —de los que «están llenos el reino de Nápoles, Territorio de Roma, Romaña y Lombardía»—, no es compatible con el «vivir político, porque esas generaciones de hombres son enemigos por completo de toda civilidad». Éste es otro término que arroja luz sobre una visión de la vida política organizada; ésta se muestra, por lo tanto, no sólo incluida bajo el nombre de *estado* o de *república*: el vivir civil, regido por «buenas leyes y ordenamientos», no puede subsistir incorrupto, si en su interior existen justamente elementos disgregantes, como son precisamente, las sectas en una república y en un principado «los gentileshombres al mando de castillos». Una «igualdad» como la que existe en las tres Repúblicas toscanas de Siena, Florencia y Luca es un fundamento político de tal vigor «que fácilmente un hombre prudente que tuviera conocimiento de las antiguas civilizaciones, introduciría allí la convivencia civil». Al contrario, donde «la materia corrompida es tanta que las leyes no bastan para frenarla», como en las «naciones» llenas de gentileshombres, únicamente «una mano regia [...] con la potencia absoluta y excesiva» puede poner «freno a la ambición excesiva y la corrupción de los poderosos». Vuelve a aparecer la figura del príncipe, dotado de un «excesivo» poder, que evoca el fantasma de Valentino.

Impresiona una precisión de la que encontraremos confirmación pocos años después de la muerte de Maquiavelo. En ese mismo capítulo de los *Discursos* leemos:

El que quiera crear un reino o un principado, donde exista bastante igualdad, nunca podrá crearlo, si de esa igualdad no aparta a muchos de ánimo ambicioso y turbulento y los convierte de hecho en gentileshombres.

Como ya he tenido ocasión de recordar, Felipe Strozzi —que había asistido a Maquiavelo en su lecho de muerte y se cree que escuchó de su boca el relato del «famoso sueño»—³² demostró que había aprendido su enseñanza después de la caída de la República florentina en 1530, cuando, «para dar otra forma de gobierno que no sea la presente», es decir, para fundar en Florencia un principado, aconsejó al papa Clemente VII que procediera a «una elección de todos los que son amigos [...] y los declara nobles por disposición pública, admitiendo en el Gobierno sólo a éstos y excluyendo a todos los demás en tanto que plebeyos»;³³ en otras palabras, introduciendo esa «desigualdad» que Maquiavelo juzgaba elemento fundamental de un principado.

Considerado pues en su aspecto semántico, el término *estado*, resulta, por lo tanto, todavía oscilante en los escritos de Maquiavelo; también podría aplicarse la advertencia de los *Discursos* (I, 34; I, 271): «Y es con las fuerzas como se conquistan los nombres, y no con los nombres las fuerzas», y las «fuerzas» del Estado estaban entonces en gestación. No obstante, un examen abierto a las diferentes implicaciones de ese organismo político colectivo en los escritos de Maquiavelo que, remontándose a la tradición romana, se proyectan hacia la idea que se ha ido formando en sucesivos avances, en particular si tenemos presente la que Bobbio ha llamado «la dirección desde Rousseau a Hegel». Quizá porque esta línea proyecta una visión «democrática» del Estado, ha contado con la incomprensión

de quienes, como Gentile, buscaban en el secretario florentino una consonancia con su propia filosofía. Pero juzgar el pensamiento de Maquiavelo como encerrado «dentro de una subjetividad, en la que no hay lugar para un Estado que tenga un verdadero valor moral, y pueda considerarse un absoluto bien común o universal», sólo significa que Maquiavelo no desarrolló la idea de «Estado ético» y no que careciera de la noción de Estado.³⁴ Ahora bien, la aproximación actualizadora de un autor del pasado, si falla, revela el defecto no del criticado, sino del crítico, que demuestra haber utilizado instrumentos inadecuados para la interpretación.

Merece la pena reconsiderar finalmente otro aspecto: no sólo Gentile sino también Croce han puesto de manifiesto que en Maquiavelo la idea de la política no se identifica con la idea de Estado. Prescindiendo del juicio de valor que contienen sus observaciones, puede resultar útil tomarlo como punto de partida —como ya se ha tratado de hacer— para captar en toda su complejidad una visión del «vivir civil» que engloba la idea de Estado y que, por lo tanto, considera los diferentes fenómenos atinentes a las distintas «generaciones de hombres» organizados en sociedad.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Corrado Vivanti (Mantua, 1928), después de la guerra pasó algunos años en un kibutz en Israel. De vuelta a Italia obtuvo la licenciatura en la Universidad de Florencia en 1957 con Delio Cantimori. Entre 1957 y 1962 realizó estudios en París bajo la dirección de Fernand Braudel. A partir de 1962 ha trabajado para la Editorial de Julio Einaudi, dedicado especialmente a la historia, y ha coordinado la *Storia d'Italia* (1972-1976) en colaboración con Ruggiero Romano. Entre 1968 y 1986 ha impartido la asignatura *Historia de las doctrinas políticas* en la Universidad de Turín; a partir de 1986, enseñó *Historia moderna* en la Universidad de Perugia, y desde 1990 a 2000, en la Universidad de Roma La Sapienza. En la actualidad es miembro del Comité científico del Instituto de Estudios humanistas de la Universidad de Florencia. En junio de 2002 recibió el Premio Presidente de la República de Historia concedido por la Accademia dei Lincei. Entre sus muchas publicaciones destacamos: *Le campagne del Mantovano nell'età delle riforme*, Feltrinelli, 1959; *Lotta politica e pace religiosa in Francia tra Cinque e Seicento*, Einaudi, 1963; *Incontri con la storia. Politica, cultura e società nell'Europa moderna*, Roma, SEAM, 2000; *Quattro lezioni su Paolo Sarpi*, Nápoles, 2005. Ha sido coordinador de los dos volúmenes sobre *Gli ebrei in Italia* (1996-1997) para los *Annali della Storia d'Italia*. Para la editorial Einaudi ha realizado las ediciones de la *Istoria del concilio tridentino di Paolo Sarpi*, *Opere di Niccolò Machiavelli*, *L'Antico Regime e la Rivoluzione* y *La democrazia in America* de Tocqueville.

2. C. Vivanti, *Nicolás Maquiavelo. Los tiempos de la política*, Barcelona, Paidós, 2013, prólogo, pág. VI.

3. *Ibíd.*, pág. 62.

4. *Ibíd.*, pág. 10.

5. *Ibíd.*, pág. 6.

6. *Ibíd.*, pág. 99, nota 85.

7. *Ibíd.*, pág. 43.

8. *Ibíd.*, pág. 38.

9. Así firma Maquiavelo en la carta a Francisco Vettori fechada en Florencia post 21 de octubre de 1525, en Giorgio Inglese (comp.), *Niccolò Machiavelli, Lettere a Francesco Vettori e a Francesco Guicciardini*, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1989, pág. 332.

10. El cardenal Juan de Medici (1475-1521), hijo de Lorenzo el Magnífico.

11. *Discurso sobre los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Medici, el Joven.*

12. C. Vivanti, *op. cit.*, pág. 72.

13. *Ibíd.*, pág. 75.

14. *Ibíd.*, pág. 106.

15. La magistratura de los Diez, creada en Florencia en 1384 con límites temporales, acabó convirtiéndose en una institución estable de la República. Se ocupaba de los asuntos de Estado y de la guerra y fue también llamada por los florentinos magistratura de los Ocho o Diez de Bailía o de los Diez de la Guerra. Véase G. Rezasco, *Dizionario del linguaggio italiano storico ed amministrativo*, Bologna, Forni editore, 1884, edición anastática, s.v. *balía*, XIX.

16. Carta del 10 de diciembre de 1513, en Giorgio Inglese (comp.), *Niccolò Machiavelli, op. cit.*, pág. 196.

17. V. Marcu, *Maquiavelo. La escuela del poder*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945, pág. 20.

18. Véase *Algunas palabras que decir acerca de la disposición del dinero, luego de haber hecho un breve proemio y una disculpa*, en N. Maquiavelo, *Escritos políticos breves*, Madrid, Tecnos, 1991, pág. 79.

19. *De rebus pistoriensibus.*

20. Editados como S. Bertelli (comp.), *Scritti politici minori. Arte della guerra e scritti politici minori*, Milán, Feltrinelli, 1971; M. Martelli (comp.), *Tutte le opere*, Florencia, Sansoni, 1971; J. J. Marchand, D. G. Masi (comps.), *L'arte della guerra. Scritti politici minori*, Roma, Salerno, 2001, o como J. J. Marchand (comp.), *Primi scritti politici: Niccolò Machiavelli. I primi scritti politici (1499-1512)*, Padua, Antenora, 1975.

21. Si bien éstas son las más importantes por la talla de los personajes ante los que cumple su embajada, y las difíciles situaciones que tiene que abordar, Maquiavelo realizó numerosas legaciones ante personas o estados menos poderosos, entre otras, en Siena, Luca, Castigione del Lago, Mantua, etcétera y ante el capítulo de los franciscanos en Carpi, reunión a la que Guicciardini se refiere jocosamente como la «república de las chanclas».

22. Véase *Retrato de los asuntos de Francia*, en N. Maquiavelo, *op. cit.*, págs. 40, 41 y 42.

23. Véase *El modo que utilizó el duque Valentino*, en N. Maquiavelo, *op. cit.*, págs. 27 y 28.

24. Tradicionalmente, se han admitido dos fechas de redacción: 1503, y luego otra entre 1511 y 1517. No obstante, los hechos relatados sucedieron entre octubre de 1502 y enero de 1503.

25. C. Vivanti, *op. cit.*, pág. 19.

26. *Ibíd.*, pág. 21.

27. *Informe sobre los asuntos de Alemania realizado el 17 de junio de 1508*, en N. Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 60.

28. C. Vivanti, *Machiavelli e l'informazione diplomatica nel primo Cinquecento*, en «La lingua e le lingue di Machiavelli», Florencia, Olschki, 2001, pág. 45.

29. *Disposiciones sobre las Ordenanzas (Ordenanzas de la milicia florentina)* de 1506, en N. Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 92.

30. Véase *Algunas palabras que decir acerca de la disposición del dinero, luego de haber hecho un breve proemio y una disculpa*, en N. Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 80.

31. *Discursos*, Libro I, 59.

32. Véase *Algunas palabras que decir*, en N. Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 81.

33. C. Vivanti, *Niccolò Maquiavelo. Los tiempos de la política*, *op. cit.*, pág. 26.

34. En el original, *contado*: «El territorio más antiguo y más cercano a la ciudad, así llamado porque antes estuvo regido por un conde», Rezasco. s.v. *contado*, II. Se le daba también el nombre de «territorio de las seis millas» y era una división administrativa distinta del *distretto*.

35. «Territorio generalmente más allá del condado», Rezasco, s.v. *distretto*, IV.

36. «Di segretario è ormai divenuto il tecnico militare della Repubblica!» [¿De secretario se ha convertido en el técnico militar de la República], en R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1978, pág. 194.

37. Escrito en siete libros entre 1516-1520, se publicó en Florencia el *Libro della arte della guerra di Niccolò Machiavegli cittadino et segretario fiorentino*, Impresso in Firenze per gli heredi di Philipppo di Giunta nelli anni del Signore MDXXI a dí XVI d'agosto Leone X pontefice.

38. El cardenal Julio de Medici (1478-1534), hijo de Julián de Medici.

39. En mayo de 1526 se constituyó una liga antiimperial, la Liga de Cognac, de la que formaron parte el papa Clemente VII, Venecia, Florencia, el rey de Francia y el duque de Milán, para tratar de frenar el poder de Carlos V.

40. Carta del 5 de abril de 1527, en C. Vivanti, *op. cit.*, pág. 99.

41. Data de septiembre de 1526 y se publicó por primera vez en O. Tommasini, *La vita e gli scritti di N. Machiavelli*, 1844-1919, II, 2, págs. 1247-1248.

42. Véase *Alocución*, en N. Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 128.

43. Partidarios de los Medici en cuyo escudo había representadas cinco *palle* 'bolas'.

44. C. Vivanti, *op. cit.*, págs. 119-120.

45. También conocido como *Consejo Mayor* constituido en 1494 llegó a contar con mil quinientos representantes, número que en 1504 fue reducido a seiscientos. En origen poseía toda la autoridad que el Parlamento había depositado en el *Consejo del pueblo y de la Ciudad de Florencia*, con excepción de la parte atribuida al *Consejo Menor*, s. v. *consiglio*, LX.

46. El cargo de confaloniero, creado en Florencia en 1289 sufrió distintas modificaciones a lo largo de la historia, era designado por elección y presidía todas las magistraturas. La duración del cargo fue primero de dos meses, luego de un año, después se convirtió en vitalicio, imitando al Dogo de Venecia, pero esta última reforma no se perpetuó. Véase Rezasco s. v. *gonfaloniere*, V.

47. N. Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 161.

48. *Ibíd.*, págs. 135 y 134.

49. R. Ridolfi, *op. cit.*, pág. 503, nota 2.

50. El título va precedido por la fecha 1512 y seguido por la indicación *Post res perditas*, pero la mayoría de los críticos coinciden en que el documento fue escrito en 1506. El manuscrito se conserva en la BNF (C.M. I. 78) y G. Ghinassi lo publicó por primera vez en 1868 con el título *Discorso dell'ordinare lo stato di Firenze alle armi*.

51. Dedicados a Zanobi Buondelmonti y a Cosimo Rucellai.

52. *Niccolò Machiavelli, Lettere a Francesco Vettori e a Francesco Guicciardini*, Carta del 10 de diciembre de 1513, *op. cit.*, pág. 195.

53. Otras comedias son *Andria* (1517) y *Clizia* (1525), escrita para Barbara Salutati, una joven actriz y cantante de la que el maduro comediógrafo se enamora como un principiante.

54. Se trata de los jardines de la familia Rucellai donde se celebraban tertulias literarias y políticas en las que participaban personajes muy destacados de la vida cultural florentina.

55. C. Vivanti, *op. cit.*, pág. 87.

56. *Ibíd.*, págs. 76-77.

57. Sobre la autoría del *Diálogo en torno a nuestra lengua*, hoy en día atribuida con seguridad a Maquiavelo, véase Ornella Castellani Pollidori, *Nicco-*

lò Machiavelli e il «Dialogo intorno alla nostra lingua», Florencia, Olschki, 1978 (trad. cast.: *Diálogo en torno a nuestra lengua*, Madrid, Tecnos, 2012).

58. O. Castellani Pollidori, *op. cit.*, pág. 113.

59. Sobre la polémica, en el siglo xvi véase el capítulo *Il Cinquecento*, en M. Vitale, *La questione della lingua*, Palermo, Palumbo, 1978, págs. 39-110 y el epígrafe *La questione della lingua*, en B. Migliorini, *Storia della lingua italiana*, Florencia, Sansoni, 1983, págs. 339-360.

60. Ignazio Baldelli, «Il diálogo sulla lingua», en *Cultura e scuola*, n. 3334, enero-junio de 1970, pág. 256.

61. Carta del 15 de septiembre de 1499. Las cartas dirigidas a los comisarios en campaña proporcionan numerosos ejemplos de su humanidad y justicia. Cfr. las cartas del 11 de febrero y el 18 de diciembre de 1498 y las del 27 de enero, 28 de febrero y 1 de diciembre de 1499 *et passim* en N. Maquiavelo, *Legazioni, commissarie, scritti di governo* (edición al cuidado de Fredi Chiappelli), Bari, Laterza, 1971, vol. I.

62. C. Vivanti, *op. cit.*, pág. VIII.

63. *Ibid.*, pág. 86.

64. *Diálogo en torno a nuestra lengua*, *op. cit.*, incipit.

PRÓLOGO

1. N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio, Proemio*, en *Opere*, I, pág. 197. Los escritos de Maquiavelo se citan por la edición en tres volúmenes de las *Opere*, publicadas en Pléiade, Einaudi en 1997, 1999 y 2005 respectivamente.

2. J. Burckhardt, *La civiltà del Rinascimento in Italia*, Florencia, Sansoni, 1952, págs. 259 y ss. (trad. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Akal, 2004).

3. Astarote, el diablo sabio, informa al paladín Rinaldo que «se puede bajar al otro hemisferio» donde igualmente «hay ciudades, castillos e imperio» y tierras pobladas. En L. Pulci, *Morgante*, xxv, §§ 228-236.

4. John Holywood (Juan Bosquesagrado), en su tratado *De sphaera mundi*, compuesto a mediados del siglo xiii, explicaba que la Tierra tenía cinco zonas distintas, de las que sólo dos, las templadas del hemisferio septentrional y del hemisferio meridional, eran habitables. Las otras no sólo eran inhabitables, sino inaccesibles por el extremo rigor del frío o por el calor, que llegaba a incendiar las naves que se aventuraban por aquellas aguas. El *De sphaera* fue por excelencia el texto usado para estudiar las ca-

racterísticas de la Tierra y gozó de una amplia y prolongada difusión, hasta el punto de que fue editado continuamente durante todo el siglo XVI e incluso más tarde. Todavía en 1592, la Universidad de Padua vinculaba por contrato a Galileo para que leyera y explicara esa obra. Por otra parte, sabemos por el *Libro di ricordi* (edición al cuidado de C. Olschki, *Edizioni di storia e letteratura*, Roma, 2007, con epílogo de L. Perini) del padre de Nicolás Maquiavelo, Bernardo, que éste poseía el comentario al ciceroniano *Somnium Scipionis* de Macrobio, el escritor latino del siglo V, en el que está también ilustrada la división del mundo en cinco zonas, de las que sólo dos son habitables.

5. *Orlando furioso*, XV, págs. 21-22.

6. «Esta navegación ha confundido muchas cosas afirmadas por los escritores de cosas terrenales, pero ha creado además, cierta ansiedad en los intérpretes de la Sagrada Escritura, acostumbrados a interpretar ese versículo del salmo [18,5], que incluye que en toda la tierra emergió su sonido y en los confines del mundo sus palabras significaran que la fe de Cristo había penetrado, por boca de los apóstoles, en todo el mundo: interpretación ajena a la verdad», en F. Guicciardini, *Storia d'Italia* (edición al cuidado de S. Seidel Menchi), Turín, Einaudi, 1971, pág. 593.

7. Copérnico en la carta dedicatoria al papa Pablo III del *De revolutionibus orbium celestium* (véase la edición del primer libro *La costituzione generale dell'universo* al cuidado de A. Koyré, Turín, Einaudi, 1975, pág. 11). Basándose en tal indicación, la primera idea de la «revolución astronómica», que parece ser había negado la visión geocéntrica del universo, pudo ser concebida por Copérnico cuando todavía estaba en la Universidad de Padua (1501-1506) o inmediatamente después.

8. Para una panorámica sobre el desarrollo intelectual de esa época, véase C. Vasoli, «La tradizione scolastica e le novità umanistiche filosofiche del tardo Trecento e del Quattrocento», en P. C. Pissavino y B. Mondadori (comps.), *Le filosofie del Rinascimento*, Milán, 2002, en particular págs. 126 y ss.

9. *Discursos*, I, 40; *Opere*, I, pág. 288.

10. Carta de Vettori a Maquiavelo del 20 agosto de 1513 y de Maquiavelo a Vettori del 26 agosto de 1513, en *Opere*, II, págs. 285 y 289. Esta adhesión a la realidad lo empuja, por el contrario, a buscar confirmaciones en textos jurídicos que respondan a la vida vivida; por citar sólo un escrito particularmente eficaz, véase D. Quagliani, *Machiavelli e la lingua della giurisprudenza*, en *Langues et écritures de la République et de la guerre: études sur Machiavel* (edición al cuidado de A. Fontana, J.-L. Fournel, X. Tabet, J.-C. Zancarini), Génova, Name, 2004, págs. 177-192.

11. La frase aparece repetida en *Discursos* I, 6 y II, *Proemio*, en *Opere*, I, págs. 216 y 325, y en *Historia de Florencia*, vol. 1, en *Opere*, III, pág. 519.

12. Esta actitud también será motivo de incompreensión. Así, Bodin que reconocía a Maquiavelo la experiencia «de republica» aducía el testimonio de Giovio respecto a su mal conocimiento de los clásicos («hoc quidem illi defuisse Jovius tradit») para afirmar que hubiera sido un autor más verdadero «si veterum philosophorum et historicorum scripta cum usu coniunxisset»; véase J. Bodin, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (edición al cuidado de P. Mesnard), París, Puf, 1951, pág. 167 A.

13. F. De Sanctis, «Conferenze su Machiavelli», *L'arte, la scienza e la vita* (edición al cuidado de M. T. Lanza), Turín, Einaudi, 1972, pág. 76.

14. Es superfluo remitir a la imponente obra de J. M. De Bujanda, pero véase por lo menos *Index de Rome 1557, 1559 y 1564*, Québec, Sherbrooke, Centre d'Études de la Renaissance, 1990.

15. *Lettere di Giovambattista Busini a Benedetto Varchi* (edición al cuidado de G. Milanese), Florencia, Le Monnier, 1860, pág. 241.

16. Sobre tales problemas es fundamental G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea dell'età moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1995.

17. *Ibid.*, págs. 347 y ss. Como es bien sabido ésta es todavía la interpretación de Foscolo en los *Sepolcri*, vv. 155-158.

18. J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975 (trad. cast.: *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2002). Para algunas aporías de la interpretación de Pocock, véase M. Viroli, *Il Dio di Machiavelli e il problema morale dell'Italia*, Roma-Bari, Laterza, 2005, págs. XXXII-XXXIV.

19. Véase M. Gaille-Nikodimov, *L'annexion républicaine de Machiavel dans la pensée anglo-saxonne*, en P. Carta y X. Tabet (comps.), *Machiavel aux XIX et XX siècles*, Padua, Cedam, 2007, págs. 287-307.

20. Véase el Prólogo de H. Baron a su edición de *Leonardo Bruni Aretino, humanistisch-philosophische Schriften*, Berlín, Teubner, 1928, donde aparece por primera vez el término *Bürgerhumanismus* ('humanismo civil'). El desarrollo de esta concepción está naturalmente en su libro *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, Princeton, Princeton University Press, 1966, sobre el cual véase A. Molho, *Hans Baron's Crisis in Florence and Beyond. Culture, Society and Politics in Renaissance Italy. Essays in Honour of John M. Najemy* (edición al cuidado de D. S. Peterson con la colaboración de D. L. Bornstein), Toronto, The Centre for Reformation and Renaissance Studies, 2008, págs. 61-90.

I. EL SECRETARIO FLORENTINO

1. Carta a Francisco Vettori, 16 de abril de 1527, en *Opere*, II, pág. 459.
2. Véase B. Machiavelli, *Libro di ricordi*, en C. Olschki (comp.), Roma, Edizioni di storia e letteratura, 2007.
3. R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1978, pág. 4.
4. Carta a Francisco Vettori, 18 marzo de 1513, en *Opere*, II, pág. 237.
5. Véase el Apéndice al segundo volumen de la obra de A. Verde, *Lo Studio fiorentino 1473-1503*, Florencia, Leo S. Olschki, 1973-1994, dedicado a Maquiavelo estudiante (pág. 537). Según Verde, Maquiavelo no frecuentó la Universidad de Pisa, al contrario de lo que era habitual entre los jóvenes florentinos de su nivel, porque por lo que resulta de los *Ricordi* de Bernardo, éste estaba en situación de costear su instrucción sin recurrir a la enseñanza pública. Bernardo poseía —explica Verde— un buen conocimiento de libros de derecho, historia, letras y podía, por lo tanto, dar al joven Nicolás una buena formación cultural. Sin embargo, no puede olvidarse que en aquel momento no se requería el doctorado universitario para acceder a cargos públicos, bastaba el diploma concedido por los Gremios.
6. P. Giovio, *Elogia clarorum virorum*, ápuđ Michaelēm Tramezinum, Venecia, 1546; cito por la traducción italiana de F. Minonzio, Turín, Einaudi, 2006, pág. 258.
7. Por el *Libro di ricordi* (op. cit., pág. 138) sabemos que Maquiavelo empezó a «dar clases de latín» con Pablo de Ronciglione, que instruyó también al humanista Pedro Crinito. Este detalle también autoriza a poner en duda la afirmación de Giovio.
8. J. H. Whitfield (*Discourses on Machiavelli*, Cambridge, W. Heffer & Sons, 1969, pág. 197) ya formuló la hipótesis de que Maquiavelo conocía el VI libro de Polibio, gracias al ambiente filohelénico florentino, y C. Dionisotti (*Machiavellerie. Storia e fortuna di Machiavelli*, Turín, Einaudi, 1980, págs. 139-140) incluye un fragmento del *Liber de urbe Roma* de Bernardo Rucellai que hace referencia a la lectura de ese texto en latín.
9. C. Ginzburg, «Machiavelli, l'eccezione e la regola», *Quaderni storici*, 2003, pág. 112, y L. Perini en el Epílogo al *Libro di ricordi* (op. cit.), han identificado gran parte de los libros mencionados por Bernardo Maquiavelo. Para las lecturas de Maquiavelo véase también C. Ginzburg, «Diventare Machiavelli. Per una nuova lettura dei "Ghiribizzi al Soderini"», *Quaderni storici*, 2006, 121, págs. 151-164.
10. *Libro di ricordi*, op. cit., págs. 14 y 35. Desconocemos cómo el trabajo de Bernardo fue utilizado por Niccolò Alamanno (o de la Magna), por-

que de este impresor no nos ha llegado ninguna edición de la obra de Tito Livio.

11. En 1971 Mario Martelli publicó el artículo «Preistoria (medicea) di Machiavelli», *Studi di filologia italiana*, XXIX, págs. 377-405, en el que, fundándose en el manuscrito Laurenziano XLI, 33 copiado por Biagio Buonaccorsi, atribuyó la composición de *Poscia che a l'ombra sotto questo alloro* y de *Se avessi l'arco e le ale* de Maquiavelo a una fecha anterior a 1494, formulando, por lo tanto, la hipótesis de que en su juventud ya frecuentaba el ambiente de los Medici. Posteriormente, sin embargo, en «Machiavelli político, amante, poeta», *Interpres*, XVII, 1998, pág. 252, afirmó que «las conclusiones de otra época, entonces provisionales y formuladas como provisionales, tienen que ser radicalmente revisadas» y que había que «restituir el *Capitolo pastorale* a su momento (1515 o 1518)». De esa forma desaparecería ese rayo de luz sobre el periodo que precede a la entrada en la Cancillería que, al contrario, podría explicar la relación con Julián de Medici después de la caída de la República.

12. S. Bertelli, «Noterelle machiavelliane. Un codice di Lucrezio e di Terenzio», *Rivista storica italiana*, LXXIII, 1961, págs. 544-553; S. Bertelli, «Noterelle machiavelliane. Ancora su Lucrezio e Machiavelli», *Rivista storica italiana*, LXXVI, 1964, págs. 774-790. Como se sabe, el poema de Lucrecio fue descubierto por Poggio Bracciolini cuando fue al Concilio di Costanza en 1415.

13. *Opere*, II, págs. 295-296.

14. Ginzburg, *op. cit.*, págs. 197 y ss, ha puesto de manifiesto en un diálogo de *La mandrágora* la cita indirecta de un canonista, cuya obra poseía Bernardo Maquiavelo.

15. Carta a Ricardo Becchi, 9 de marzo de 1498, en *Opere*, II, págs. 5-8.

16. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, I, 45, en *Opere*, I, pág. 292.

17. *Ibid.* Sobre el suceso véase I. Cervelli, «Savonarola, Machiavelli e il libro dell'Esodo», en G. C. Garfagnini (comps.), *Savonarola, democrazia, tirannide, profezia*, Florencia, Edizioni del Galluzzo, 1998, págs. 243-298.

18. *Opere*, II, pág. 6.

19. Narra el acontecimiento Philippe de Commines, el historiador francés que acompañó a Carlos VIII en su expedición (Ph. de Commines, *Memoire*, edición al cuidado de M. C. Daviso de Charvensod, Turín, Einaudi, 1960, págs. 413-414): los pisanos «fueron en gran muchedumbre de hombres y mujeres a gritarle al rey, que iba a misa: "Libertad, libertad", y a suplicarle con lágrimas en los ojos que se la devolviera [...]. El rey que no entendía lo que

significaba esa palabra y que, según el derecho no hubiera podido conceder tal libertad (ya que la ciudad no era suya, sino que él era recibido allí sólo por amistad, en razón de la gran necesidad en la que se encontraba) [...]; contestó que estaba contento».

20. *Discurso sobre Pisa*, en *Opere*, I, págs. 3-4, y carta del 5 de octubre de 1499, en *Opere*, II, pág. 19.

21. Para estos ordenamientos véase: D. Marzi, *La Cancelleria della Repubblica fiorentina*, reedición anastásica, Florencia, Le Lettere, 1987; G. Guidi, *Lotte, pensiero e istituzioni politiche nella Repubblica fiorentina dal 1494 al 1512*, Florencia, L. S. Olschki, 1992. Y por lo que respecta a Maquiavelo, véase: N. Rubinstein, «The Beginnings of Niccolò Machiavelli Career in the Florentine Chancery», *Italian Studies*, XI, 1956, págs. 72-91.

22. Véase E. Garin, «I cancellieri umanisti della repubblica fiorentina», *La cultura filosofica del Rinascimento italiano*, Florencia, Sansoni, 1961, págs. 3-37.

23. Véase S. Bertelli, «Machiavelli e la politica estera fiorentina», *Studies on Machiavelli* (edición al cuidado de M. P. Gilmore), Florencia, Sansoni, 1972, pág. 51.

24. *Opere*, II, pág. 53.

25. Juicios políticos anotados en crónicas y diarios han sido señalados por E. Cutinelli-Réndina, J.-J. Marchand, M. Melera-Morettini, «Ipotesi per una ricerca. L'emergenza del discorso politico dalla storiografia toscana minore tra Quattro e Cinquecento», en de A. Fontana, J.-L. Fournel, X. Tabet, J.-C. Zancarini (comps.), *Langues et écritures de la république et de la guerre. Études sur Machiavel*, Génova, Name, 2004, págs. 29-50. Para la conexión entre narrativa y reflexión política, según una línea cultural ya documentada en el Quattrocento en Toscana, véase de Cutinelli-Réndina, Marchand y Melera-Morettini, *Dalla storia alla politica nella Toscana del Rinascimento*, Roma, Salerno, 2005.

26. *El arte de la guerra*, VII, en *Opere*, I, pág. 685.

27. R. Ridolfi, *op. cit.*, pág. 468. Véase también la Introducción de G. Inglese a su edición de los *Capítulos*, de Maquiavelo, Roma, Bulzoni, 1981, págs. 28 y ss.

28. *Ibíd.*, II, pág. 23.

29. *Ibíd.*, pág. 30.

30. *Ibíd.*, pág. 28.

31. *Ibíd.*, pág. 47.

32. *Ibíd.*, pág. 295.

33. *Ibíd.*, págs. 57-58.

34. *Ibíd.*, pág. 224.

35. Sobre el mundo florentino de esos años véase en particular E. Insubato, *I ceti dirigenti in Firenze dal gonfalonierato di giustizia a vita all'avvento del ducato* (con Introducción de R. Fubini), Lecce, Conte, 1999. Alguna indicación también en F. Gilbert «Bernardo Rucellai e gli Orti Oricellari. Studio sull'origine del pensiero politico moderno» y «Le idee politiche a Firenze al tempo di Savonarola e Soderini», ambos artículos recogidos en F. Gilbert, *Machiavelli e il suo tempo*, Bolonia, Il Mulino, 1977. Véase además L. Martines, «The Social World of the Florentine Humanists», en L. Martines, *Lawyers and Statecrafts in Renaissance Florence*, Princeton, 1963 y 1968, respectivamente, y en R. Burr Litchfield, *Emergence of a Bureaucracy. The Florentine Patricians 1530-1790* que, no obstante, afrontan los problemas con intereses más generales.

36. *Opere*, II, pág. 349.

37. *Ibíd.*, págs. 205-206

38. En 1971 el editor Laterza había empezado a publicar los escritos de la Cancillería de Maquiavelo que comprendían tanto las cartas de las misiones diplomáticas, íntegramente, como una selección de los escritos de gobierno al cuidado de F. Chiappelli y de J.-J. Marchand, pero esa edición se había detenido en el cuarto volumen, que llegaba hasta el 31 de diciembre de 1505. Ahora la Edición Nacional de las Obras de Maquiavelo ha vuelto a emprender también la publicación de una selección de los escritos de gobierno, confiada a J.-J. Marchand y a sus colaboradores.

39. N. Maquiavelo, *Legazioni. Commissarie. Scritti di governo*, vol. I (1498-1500) (edición al cuidado de J.-J. Marchand), Roma, Edizione Nazionale delle Opere di Machiavelli, 2002, págs. 17-18.

40. *Ibíd.*, pág. 20.

41. *Fantastías a Soderino*, en *Opere*, II, pág. 137.

42. N. Maquiavelo, *Legazioni*, *op. cit.*, vol. I, pág. 23

43. N. Machiavelli, *Legazioni*, *op. cit.*, vol. II (1501-1503) (edición al cuidado de F. Chiappelli con la colaboración de J.-J. Marchand), Roma-Bari, Laterza, 1973, pág. 11.

44. N. Machiavelli, *Legazioni. Commissarie. Scritti di governo*, vol. II (1501-1503) (edición al cuidado de E. Cutinelli-Rendina), Roma, Edizione Nazionale delle Opere di Machiavelli, 2003, págs. 82-83.

45. Carta a Vettori del 10 de diciembre de 1513, en *Opere*, II, pág. 297.

46. *Ibíd.*, pág. 241.

47. *Opere*, I, pág. 159.

48. *Ibíd.*, págs. 26-31.

49. *Ibíd.*, pág. 335.

50. Véase E. Fasano Guarini, «Gli statuti delle città soggette a Firenze tra '400 e '500 riforme locali e interventi centrali», en G. Chittolini y D. Willoweit (comps.), *Statuti, città, territori in Italia e Germania tra Medioevo ed Età moderna*, Bolonia, Il Mulino, 1991, págs. 69-124.

51. *Ibíd.*, pág. 24. Sobre estos problemas véase la tesis doctoral de A. Guidi, *L'esperienza cancelleresca di Niccolò Machiavelli. L'«arte dello Stato» e la milizia nei dispacci della Cancelleria fiorentina*, Florencia, Istituto di Studi Umanistici, 2008.

52. *Opere*, II, págs. 622-628

53. Siempre valiosas las indicaciones de F. Chabod, «Alle origini dello Stato moderno», *Scritti sul Rinascimento*, Turín, Einaudi, 1967, págs. 625-650. Véase también A. Tenenti, «La nozione di "stato" nell'Italia del Rinascimento», *Stato: un'idea, una logica. Dal comune italiano all'assolutismo francese*, Bolonia, Il Mulino, 1987, págs. 53-97. Remito a mi escrito «Notas en torno al término "estado" en Maquiavelo», incluido en este libro como Apéndice.

54. Véase G. Mattingly, *Renaissance Diplomacy*, Harmondsworth, Penguin Books, 1955.

55. Véase A. Fontana, «Les Ambassadeurs après 1494: la diplomatie et la politique nouvelles», *Cahiers de la Renaissance Italienne*, París, 1995, en particular págs. 164-165

56. *Discursos*, III, 39, en *Opere*, I, pág. 512.

57. *Opere*, I, págs. 729-732.

58. Véase G. Mattingly, *op. cit.*, págs. 201 y ss.

59. *El príncipe*, cap. III, en *Opere*, I, pág. 126. Esta afirmación que en el texto, evidentemente, se refiere a las relaciones de política exterior, fue utilizada por parte del antimaquiavelismo francés de la segunda mitad del Cinquecento para acusar a los italianos de la corte de Catalina de Medici de querer alterar con sus máximas inmorales las leyes sobre las que se fundamentaba el reino. Véase, P. Carta, «I fuorusciti italiani e l'antimachiavellismo», *Francesco Guicciardini fra diritto e politica*, Padua, Cedam, 2008, págs. 159 y ss.

60. Véase E. Cutinelli-Réndina, *Chiesa e religione in Machiavelli*, Pisa-Roma, Istituti editoriali e tipografici, 1998.

61. *Opere*, I, pág. 126.

62. *Ibíd.*, págs. 4-7.

63. *Ibíd.*, págs. 56-68 y 77-84.

64. *Informe sobre los asuntos de Alemania*, en *Opere*, I, pág. 72.

65. *Opere*, I, págs. 16-22; para el informe a la Señoría de Florencia, *Opere*, II, págs. 801-805.

66. *Opere*, II, pág. 350.

67. Véase *ibíd.*, pág. 1703.

68. *Ibíd.*, pág. 630.

69. *Ibíd.*, págs. 777-778.

70. *Ibíd.*, pág. 804.

71. *El príncipe*, cap. VII, en *Opere*, I, pág. 136.

72. *Opere*, II, pág. 990.

73. *Discursos*, I, 27, en *ibíd.*, pág. 259.

74. El texto, que nos ha llegado en la transcripción de Julián de Ricci, lleva un título que hasta el descubrimiento del documento autógrafo se leyó como: *Ghiribizzi scripti in Raugia al Soderino* [Fantasías escritas en Ragusa a Soderino], y, por lo tanto se creyó que iba dirigido al ex confaloniero Pedro Soderini que, a la vuelta de los Medici a Florencia en 1512 se había refugiado en Ragusa, la república mercantil en el Adriático (véase R. Ridolfi, *op. cit.*, págs. 477-478). La lectura del autógrafo permitió comprender que los *Ghiribizzi* se habían «escrito en Perusa», no dirigidos a Ragusa, a Soderino, que, en realidad no era Pedro, sino el sobrino Juan Bautista, en respuesta a una carta suya del 12 de septiembre de 1506 (véase *Opere*, II, págs. 135-138).

75. G. Sasso, «Qualche osservazione sui "Ghiribizzi al Soderini"», *Machiavelli e gli Antichi ed altri saggi*, vol. II, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1988, pág. 12.

76. Para la afirmación de Tolomeo y sus implicaciones, véase E. Garin, «Aspetti del pensiero di Machiavelli», *Dal Rinascimento all' Illuminismo Studi e ricerche*, Pisa, Nistri-Lischi, 1970, págs. 57 y ss.

77. *Discursos*, I, 56, en *Opere*, I, pág. 314. También Francisco Guicciardini en los *Ricordi* (211) escribe: «Creo poder afirmar que los espíritus existen; me refiero a eso que nosotros llamamos *espíritus*; es decir, esos aéreos que domésticamente hablan con las personas, porque he visto tal experiencia que me parece estar muy seguro de ello».

78. L. Febvre, *Il problema dell' incredulità nel secolo XVI. La religione di Rabelais*, Turín, Einaudi, 1978.

79. *Opere*, II, pág. 101. Valiosas informaciones sobre Bartolomé Vespucci, en G. Sasso, *op. cit.*, págs. 32 y ss.

80. E. Garin (*Lo Zodiaco della vita. La polemica sull' astrologia dal Trecento al Cinquecento*, Roma-Bari, Laterza, 1976, págs. 22-23) recuerda que en San Marcos, en el convento de Savonarola, se conservaba un ejemplar —que había pertenecido a Cosme de Medici— del *Introductorium maius in astronomiam* del gran astrólogo de Bagdad, Albumasar, en el que se afirmaba la imposibilidad de alterar la determinación de los planetas y se negaba todo mar-

gen, en relación con sus influjos, a la iniciativa de los hombres. Podemos dudar de que Maquiavelo tuviera conocimiento directo de ese texto, pero ideas parecidas circulaban, probablemente, incluso fuera de ese claustro.

81. *Opere*, I, pág. 587.

82. Véase C. Dionisotti, «Machiavelli, Cesare Borgia e don Michelletto», *op. cit.*, págs. 3-59.

83. *Opere*, II, pág. 105.

84. C. Dionisotti, *op. cit.*, pág. 17.

85. F. Guicciardini, *Storie fiorentine dal 1378 al 1509* (edición al cuidado de R. Palmarocchi), Bari, Laterza, 1931, pág. 282.

86. L. Landucci, *Diario fiorentino dal 1450 al 1516* (edición al cuidado de I. Del Badia), Florencia, Sansoni, 1883, pág. 273.

87. *Opere*, I, págs. 26-31.

88. *Ibid.*, pág. 688.

89. F. Guicciardini, *Storie fiorentine*, *op. cit.*, pág. 282.

90. *Opere*, II, pág. 1173.

91. *Ibid.*, págs. 161-164.

92. *Opere*, III, pág. 38.

93. F. Guicciardini, *Storie fiorentine*, *op. cit.*, págs. 304-305.

94. Carta del 8 de febrero de 1509, en *Opere*, II, pág. 1099.

95. Véase *Informe sobre los asuntos de Alemania*, en *Opere*, I, págs. 69-77.

96. En los escritos de Maquiavelo la batalla lleva el nombre de otra localidad cercana al lugar de combate, Vailate (en los textos: Vailà).

97. *Opere*, II, pág. 1170.

98. *Ibid.*, pág. 1184.

99. *Ibid.*, pág. 1194.

100. Carta del 8 de junio de 1509, en *Opere*, II, pág. 188 («Nisi crederem te nimis superbire, oserei dire che voi con li vostri battaglioni tam bonam navastis opera mita ut non cunctando sed accelerando restitueritis rem florentinam»).

101. *Ibid.*, pág. 1231. Igualmente en el capítulo *De la ambición* (v. 132) escribe: «¡Tamaña crueldad jamás vio el sol!».

102. *Ibid.*

103. *Opere*, III, pág. 46.

104. La carta de Maquiavelo de 28 de septiembre de 1509 va dirigida al «Magnífico viro Alamanno de Salviatis, dignissimo capitaneo Pisarum, patrono honorando», en *Opere*, II, págs. 195-199; la contestación de Salviati «A mi querido Nicolás Maquiavelo» del 4 de octubre, *ibid.*, págs. 200-201.

105. *Opere*, III, pág. 47.

106. Carta del 1 de diciembre de 1509, en *Opere*, II, pág. 1235.
107. F. Guicciardini, *Storia d'Italia* (edición al cuidado de S. Seidel Menchi), Turín, Einaudi, 1971, I, cap. IX.
108. Carta del 20 de junio de 1510, en *Opere*, II, págs. 1247-1248.
109. Véase Augustin Renaudet (comp.), *Le Concile Gallican de Pise-Milan. Documents florentins (1510-1512)*, París, Champion, 1922.
110. Sigue siendo esencial para estos problemas la obra de A. Renaudet, *Préréforme et Humanisme à Paris pendant les premières guerres d'Italie (1494-1517)*, París, 1953².
111. *Discursos*, II, 15, en *Opere*, I, págs. 362-363.
112. Carta de Florencia posterior al 16 de septiembre de 1512, en *Opere*, II, págs. 231-235. La identificación de la «gentil dama» con Isabel de Este es de B. Richardson, «La "lettera a una gentildonna" del Machiavelli», *La Bibliofilia*, LXXXIV, 1982, págs. 271-276.
113. *Opere*, I, págs. 87-89.

II. EXILIADO EN SU PATRIA

1. Así Maquiavelo informa inmediatamente de su liberación a Francisco Vettori el 13 de marzo de 1513; véase *Opere*, II, pág. 235.
2. Carta del 30 de diciembre de 1514, ibíd., pág. 346.
3. Maquiavelo a Vettori, 18 de marzo de 1513, ibíd., pág. 237.
4. Carta del 13 de marzo de 1513, ibíd., pág. 235.
5. *De los espíritus bienaventurados*, en *Opere*, III, págs. 27-28.
6. Para el intercambio de estas cartas que se prolonga desde el 19 de abril al 26 de agosto de 1513, véase *Opere*, II, págs. 243-290. Sobre esta correspondencia y sobre la posterior de 1514 en conexión con las consideraciones sobre *El príncipe*, véase F. Chabod, «Sulla composizione de *Il Principe*», *Scritti su Machiavelli*, Turín, Einaudi, 1964, págs. 177 y ss.
7. *Tengo Julián en la pierna dos grilletes* y *En esta noche, rogando a las Musas*, en *Opere*, III, págs. 8-9. Más tardío es el tercer soneto a Julián, el del envío de los tordos (ibíd., pág. 9), escrito probablemente durante el otoño de 1514. H. Jaekel y R. Fubini, «I *Tordi* e *Il Principe Nuovo*. Note sulle dediche del *Principe* di Machiavelli a Giuliano e a Lorenzo de' Medici, e *Postilla ai Tordi*, *Archivio Storico Italiano*, CLVI, 1998, págs. 73-92 y 93-96 han sugerido que el soneto enmascara el obsequio de *El príncipe*. No hay que excluir que la relación con Julián se remonte a la última época de Lorenzo, el Magnífico. Véase el artículo de Mario Martelli, «Preistoria (medicea) di Machiavelli», *Studi di filologia italiana*, XXIX, págs. 377-405.

8. Después de salir de la cárcel le escribe el 18 de marzo de 1513 que tendrá que reconocer «durante el tiempo que me reste de vida [...] del magnífico Julián y de Pablo, vuestro [hermano]», y el 16 de abril escribe: «Su magnificencia Julián vendrá aquí y lo encontraréis dispuesto naturalmente a complacerme».

9. *El príncipe*, XXVI, en *Opere*, I, pág. 190.

10. Véase F. Gilbert, «Il concetto umanistico di principe e *Il Principe* di Machiavelli», *Machiavelli e il suo tempo*, Bolonia, Il Mulino, 1977, págs. 171-208.

11. Véase D. Quagliioni, «Il modello del principe cristiano. Gli "specula principum" fra Medio Evo e prima Età Moderna», en V. I. Comparato y L. S. Olschki (comps.), *Modelli nella storia del pensiero politico*, Florencia, 1988, I, págs. 103-122.

12. *Opere*, II, pág. 250.

13. Una reseña general de las inexactitudes y de los errores en las citas de *Los Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en M. Martelli, *Machiavelli e gli storici antichi*, Roma, Salerno, 1998.

14. Véanse las indicaciones al respecto de J.-L. Fournel, «Retorica della guerra, retorica dell'emergenza nella Firenze repubblicana», *Giornale critico della filosofia italiana*, LXXXV (LXXXVII), fasc. III, septiembre-diciembre, 2006, págs. 389-411.

15. Véase su carta citada en la Introducción a mi edición de los *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Turín, Einaudi, 2000, pág. XXIII.

16. Véase R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1978, pág. 620, y G. Sasso, *Machiavelli e gli Antichi ed altri saggi*, vol. I, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1988, pág. 330.

17. *Opere*, II, pág. 292.

18. *Ibid.*, págs. 294-297.

19. Véase F. Chabod, «Del *Principe*, di Niccolò Machiavelli», *Scritti su Machiavelli*, Turín, Einaudi, 1964, págs. 29 y ss. (en particular la nota 3, pág. 35) y F. Meinecke, *Anhang zur Einführung* en la edición a su cuidado de *El príncipe*, Berlín, 1923, págs. 38-47.

20. G. Sasso, «*Il Principe* ebbe due redazioni?», *op. cit.*, vol. II, págs. 197-276.

21. A. Gramsci, *Quaderni del carcere* (edición al cuidado de V. Gerratana), Turín, Einaudi, 1975, pág. 1555 (Q, 13).

22. Siempre valiosas las indicaciones de G. Chittolini, *La formazione dello Stato regionale e le istituzioni del contado. Secoli XIV e XV*, Turín, Einaudi, 1979.

23. Habrá que recordar, sin embargo, que en el curso de las guerras de religión en Francia la publicidad antimaquiaveliana, sin tener en cuenta las apreciaciones por las «buenas constituciones» de ese reino (*Opere*, I, págs. 169, 316, 419, etc.), leyó esas observaciones «como una incitación a instaurar también en Francia un régimen a lo turco»; véase G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea dell'età moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1995, págs. 174-175.

24. *Opere*, I, pág. 142.

25. *Opere*, III, pág. 637.

26. *Opere*, I, pág. 56.

27. Véase en particular el *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medices* [Discurso sobre los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Medici, el Joven], en *Opere*, I, págs. 733-745.

28. *Ibid.*, pág. 145.

29. *Ibid.*, págs. 146-147.

30. G. Sasso, art. cit.

31. *Ibid.*, pág. 150.

32. Ph. de Commynes, *Memorie* (edición al cuidado de M. C. Daviso de Charvensod), Turín, Einaudi, 1960, pág. 425 (VII, 14).

33. G. Inglese, *Il Principe (De Principatibus) di Niccolò Machiavelli in Letteratura italiana. Le Opere* (dirección de A. Asor Rosa), vol. I, Turín, Einaudi, 1992, pág. 914.

34. B. Croce, «Machiavelli e Vico», en *Elementi di politica*, 1925 y posteriormente en *Etica e politica*, Bari, Laterza, 1931, en particular págs. 251-253.

35. F. Guicciardini, *Storia d'Italia* (edición al cuidado de S. Seidel Menchi), Turín, Einaudi, 1971, VI, cap. IV.

36. *Opere*, I, pág. 160.

37. *Ibid.*, pág. 167.

38. *Eneida*, I, 563.

39. D. Cantimori, «Niccolò Machiavelli: il politico e lo storico», *Storia della letteratura italiana* (edición al cuidado de E. Cecchi y N. Sapegno), vol. IV, *Il Cinquecento*, Milán, Garzanti, 1966, págs. 38-39.

40. La observación en G. Procacci, *op. cit.*, en particular, págs. 36 y ss., que remite al estudio de S. Seidel Menchi, *Erasmus in Italia*, Turín, Bollati Boringhieri, 1987.

41. En la *Historia de Florencia*, I, 9, Maquiavelo recuerda que los papas por haber utilizado mal las excomuniones y las armas habían convertido en ineficaz el recurrir a las primeras (después de la rebelión de Lutero, provocada por la cuestión de las indulgencias), y estuvieron a discreción de otras potencias por lo que respecta a las armas.

42. E. Garin, *L'Umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento*, Bari, Laterza, 1952, pág. 277. Véase también D. Cantimori, *Retorica e politica nell'Umanesimo italiano*, ahora en Apéndice en *Eretici italiani del Cinquecento*, Turín, Einaudi, 1992, págs. 485-511.

43. *Opere*, I, pág. 111, vv. 182-183. El segundo *Decenal* fue compuesto en momentos bastante cercanos a *El príncipe*: 1514 o 1515.

44. *Ibíd.*, pág. 186 (cap. XXIV).

45. *Opere*, II, pág. 325.

46. Véase R. Ridolfi, *op. cit.*, pág. 254 (la orden, dada por el cardenal Julio de Medici es del 15 de febrero de 1515).

47. Sobre esta obra, véase en particular G. Sasso, «*L'Asino*: una satira antidentasca», *Machiavelli e gli Antichi*, vol. IV, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1997, págs. 39-128, donde se discute y rechaza la hipótesis, propuesta en 1920 por L. F. Benedetto y puesta de nuevo en circulación por M. Martelli en 1990, de que la composición se empezó en 1512, al día siguiente de la caída de la República.

48. *L'Asino*, cap. I, vv 32 y ss., en *Opere*, III, pág. 12.

49. Por ese motivo Julián de Ricci no copió la comedia, que luego se perdió; véase O. Tommasini, *La vita e gli scritti di Niccolò Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo*, Roma, Loescher, 1911, vol. II, pág. 305, nota.

50. *Opere*, II, pág. 235.

51. *Opere*, III, pág. 53.

52. *Ibíd.*, pág. 75.

53. *Ibíd.*, pág. 141.

54. Véase F. Gilbert «Bernardo Rucellai e gli Orti Oricellari. Studio sull'origine del pensiero politico moderno», *Machiavelli e il suo tempo*, Boloña, Il Mulino, 1977.

55. *Discursos*, II, *Proemio*, en *Opere*, I, pág. 327.

56. *El arte de la guerra*, VII, *ibíd.*, pág. 689.

57. C. Dionisotti, *Machiavellerie. Storia e fortuna di Machiavelli*, Turín, Einaudi, 1980, págs. 233 y ss. A esta interpretación se puede acercar la observación de G. Inglese que, aunque pone de manifiesto que de los *Discursos* no se puede «indicar ningún auténtico modelo», observa: «Maquiavelo experimenta una especie de cruce genial entre el tratado de materia política, ordenado por temas, y el comentario humanista, como serie continua de glosas al texto de los clásicos». Véase G. Inglese, *Per Machiavelli. L'arte dello stato. La cognizione delle storie*, Roma, Carocci, 2006, pág. 97.

58. Una comparación interesante entre la casuística de los juristas y la de los médicos para indicar el carácter metódico que lleva a Maquiavelo a seguir los procedimientos diagnósticos de los médicos es el indicado por

L. Zanzi, *I «segni» della natura e i «paradigmi» della storia: il metodo del Machiavelli. Ricerche sulla logica scientifica degli «umanisti» tra medicina e storiografia*, Manduria, Lacaita, 1981 (debo la indicación al amigo L. Perini, a quien doy las gracias).

59. I. Calvino, *Lezioni americane. Sei proposte per il prossimo millennio*, Milán, Garzanti, 1988, pág. 113 (trad. cast.: *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1998).

60. *Discursos*, I, 4, en *Opere*, I, pág. 209.

61. *Ibid.*, I, 2, pág. 204.

62. *Ibid.*, II, 2, pág. 335.

63. *Ibid.*, pág. 334.

64. *Ibid.*, I, 11, pág. 230.

65. *Ibid.*, I, 18, pág. 248.

66. *Ibid.*, I, 55, pág. 310.

67. *Ibid.*, I, 37, págs. 276-277.

68. *Ibid.*, III, 25, pág. 483.

69. Precisamente estas afirmaciones serán confutadas enseguida por los primeros críticos de Maquiavelo. Así, los testimonios más antiguos de anti-maquiavelismo se encuentran en la obra del historiador y capellán de Carlos V, luego preceptor de su hijo Felipe, Juan Ginés de Sepúlveda, que en 1535, sin tener en cuenta naturalmente el nexa instituido por Maquiavelo entre libertad y fuerza de ánimo, contrastó estas observaciones, recordando que la idea de cruzada había animado la *reconquista* española. Véase G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea*, Roma-Bari, Laterza, 1995, págs. 85-87.

70. Como ha observado G. Procacci en la Introducción a *N. Machiavelli, Il Principe e Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* (edición al cuidado de S. Bertelli), Milán, Feltrinelli, 1960, pág. LX: «La religión, en el sentido del término latino *religio*, no sólo une a los hombres a un dios o a más dioses, sino que esencialmente une a los hombres entre ellos».

71. Véase I. Berlin, «The Originality of Machiavelli», en M. P. Gilmore (comp.), *Studies on Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1972, págs. 157-206.

72. *Discursos*, I, 55, en *Opere*, I, pág. 311.

73. *Discursos*, III, 9, *ibid.*, pág. 449.

74. Con tal investigación se abre el clásico trabajo de F. Meinecke, *L'idea della ragion di Stato nella storia moderna*, Florencia, Sansoni, 1942 (trad. cast.: *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1983). También B. Croce, *Storia dell'età barocca*, Bari, Laterza, 1953³, págs. 75-76, enmarca el pensamiento del secretario florentino bajo la etiqueta de la razón de Estado.

75. Así A. Prosperi, *Tribunali della coscienza. Inquisitori, confessori, missionari*, Turín, Einaudi, 1996, págs. XIX-XX.

76. G. Botero, *Della ragion di Stato*, edición al cuidado de C. Morandi, Bolonia, Cappelli, 1930, pág. 9.

77. M. Viroli, *Il Dio di Machiavelli e il problema morale dell'Italia*, Roma-Bari, Laterza, 2005, pág. XIII.

78. R. Ridolfi, *op. cit.*, pág. 258.

79. *Opere*, I, pág. 529.

80. *Opere*, II, pág. 380 (carta del 6 de septiembre de 1521).

81. *Opere*, I, pág. 530.

82. *Ibíd.*, pág. 540.

83. *Ibíd.*, págs. 686-687.

84. *Ibíd.*, págs. 688-689.

III. «NICOLÁS MAQUIAVELO, HISTORIADOR, CÓMICO Y TRÁGICO»

1. Carta del 15 de febrero de 1517, en *Opere*, II, pág. 353.

2. R. Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, Florencia, Sansoni, 1978, pág. 264.

3. La fecha establecida por Ridolfi (*ibíd.*, págs. 532-535) se confirma, tal y como este estudioso ha observado, en la escena entre fray Timoteo y una viuda (III, 3), en la que expresa su temor a que el Turco llegue hasta Italia, temor que se difundió precisamente a finales de 1517.

4. O. Tommasini, *La vita e gli scritti di Niccolò Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo*, Roma, Loescher, 1911, vol. II, pág. 305, nota.

5. Carta del 31 de enero de 1515, en *Opere*, II, pág. 349.

6. E. Raimondi, *Politica e commedia*, Bolonia, il Mulino, 1972.

7. Véase G. Aquilecchia, «La favola Mandragola si chiama», *Schede di italianistica*, Turín, Einaudi, 1976, págs. 102 y ss.

8. Véase C. Ginzburg, «Machiavelli l'eccezione e la regola», *Quaderni storici*, 2003, 112, págs. 197 y ss.

9. El éxito de *La mandrágora* fue especialmente clamoroso en Venecia donde durante tres noches en febrero de 1522 la representación tuvo que suspenderse ya que «tan grande era el número de personas», escribe M. Sanudo, *I Diari*, Venecia, 1879-1902, vol. XXXII, col. 458 y 466. En 1526 la representación de *Menaechmi* de Plauto puesta en escena por una compañía de nobles venecianos tuvo que ser abandonada porque se interpretaba a la vez que la *Comedia de Calímaco* (*Opere*, II, pág. 417).

10. Recientemente, sin embargo, P. Stoppelli, *Machiavelli e la novella di Belfagor*, Roma, Salerno, 2007, ha avanzado la hipótesis, basándose en la grafía, de que el relato debe fecharse en 1525-1526.

11. M. Bandello, *Novelle*, I, 40.

12. *Opere*, III, pág. 78.

13. *Ibíd.*, págs. 159 y ss.

14. Maquiavelo pide a su sobrino Juan Vernacci una tela de pelo de camello en una carta del 8 de junio de 1517 (*Opere*, II, pág. 354). Sobre los amores de Maquiavelo, incluida también la hipótesis de relaciones homosexuales, véase M. Martelli, «Machiavelli politico, amante, poeta», *Interpres*, XVII, 1998, págs. 211-256.

15. Carta del 26 de abril de 1520, en *Opere*, II, pág. 362.

16. *Opere*, I, pág. 734.

17. *Ibíd.*, pág. 735.

18. R. von Albertini, *Firenze dalla repubblica al principato*, Turín, Einaudi, 1970, págs. 376-384.

19. *Opere*, II, págs. 356-357. Es la carta en la que Maquiavelo le escribe: «He leído en estos días el *Orlando furioso* de Ariosto y ciertamente el poema es todo de gran belleza y en muchos pasajes es admirable. Si se encuentra ahí habládme de mí y decidme que estoy muy dolido, porque habiendo recordado a tantos poetas [al final del poema] haya prescindido de mí como si yo fuera un pepino».

20. Véanse las cartas y los documentos al cuidado de P. Bigazzi publicados en Apéndice a la tragedia de G. B. Niccolini, *Filippo Strozzi*, Florencia, Le Monnier, 1847. La carta citada está en las págs. 183-184.

21. Véase la carta de Bautista de la Pala a Maquiavelo, del 26 de septiembre de 1520, en *Opere*, II, págs. 361-362.

22. Ésta es la «sustancia del contrato» indicada por Maquiavelo a su cuñado Francisco Del Nero, administrador del Estudio de Florencia. Véase, *Opere*, II, pág. 367.

23. *Ibíd.*, págs. 369-370. Recuérdesse que Maquiavelo en la carta a Vettori del 10 de junio de 1514 —en la que, desilusionado una vez más sobre la posibilidad de recibir un encargo de los Medici, había escrito: «Me quedaré entonces así, entre mis piojos»— había aludido a la eventualidad de verse «obligado» a convertirse en «canciller de un condestable» (*ibíd.*, pág. 325).

24. *Opere*, III, pág. 19.

25. Probablemente en 1524 Maquiavelo compuso el *Dialogo intorno alla nostra lingua*, (*ibíd.*, págs. 259-273). La observación reproducida es de

C. Dionisotti, *Machiavellerie. Storia e fortuna di Machiavelli*, Turín, Einaudi, 1980, pág. 379.

26. Es así como el mismo Maquiavelo indica «la sustancia del contrato» a Francisco Del Nero en la carta que le envía en otoño de 1520 (*Opere*, II, pág. 367).

27. *Ibid.*, pág. 389.

28. Véase L. A. Ferrai, «Lettere inedite di Donato Giannotti», *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti*, VI, 3, 1884-1885, págs. 1570 y ss.

29. *Opere*, II, pág. 391.

30. F. Gilbert, «Le "Istorie fiorentine di Machiavelli"», *Machiavelli e il suo tempo*, Bolonia, Il Mulino, 1977, págs. 291-318 (en particular las págs. 309 y ss.) y C. Dionisotti, *op. cit.*, pág. 392.

31. Sobre la intención de continuar la *Istorie fiorentine* y la ausencia de textos llegados hasta nosotros, véase R. Ridolfi, *op. cit.*, págs. 350 y 578-579 (nota 17).

32. *Opere*, III, pág. 308.

33. Véase la presentación de E. Garin al volumen L. Bruni y P. Bracciolini, *Storie fiorentine*, Arezzo, 1948 (reedición anastática de la edición de Venecia de 1476).

34. *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medices*, en *Opere*, I, pág. 733.

35. *Discursos*, I, 49, pág. 299.

36. *Opere*, I, pág. 737.

37. *Opere*, III, pág. 428 (III, 5).

38. *Ibid.*, pág. 309.

39. *Ibid.*, pág. 361.

40. *Ibid.*, págs. 473-474.

41. *Ibid.*, pág. 519.

42. *Ibid.*, págs. 519-520.

43. *Ibid.*, pág. 354. «Juan Galeazzo Visconti había matado a Bernabé, su tío, y se había adueñado de todo el Estado de Milán y no bastándole haberse convertido en duque de toda Lombardía, quería también ocupar Toscana, pero cuando creyó poder tomar posesión del dominio para coronarse luego rey de Italia, murió.» En términos análogos se habla de Juan Galeazzo en el tercer libro (*ibid.*, pág. 464).

44. Resulta superfluo remitir al estudio clásico de H. Baron, *La crisi del primo Rinascimento italiano. Umanesimo civile e libertà repubblicana in un'età di classicismo e di tirannide*, Florencia, Sansoni, 1970.

45. *Ibid.*, pág. 678.

46. *Opere*, I, pág. 428.

47. *Opere*, III, pág. 679.

48. Consideraciones análogas trata Francisco Guicciardini en sus *Istorie fiorentine*, redactadas entre 1508 y 1512 que dejó sin editar (véase la edición al cuidado de R. Palmarocchi, Bari, Laterza, 1968, pág. 38), observando que después de la conspiración de los Pazzi, Lorenzo «se apoderó de tal modo del Estado, que en el futuro permaneció libre y enteramente árbitro y casi señor de la ciudad». En este resultado ve «el final de las divisiones y discordias civiles: el exterminio de un partido; el jefe del otro se convierte en señor de la ciudad y sus seguidores y partidarios, de compañeros, casi en súbditos; el pueblo y el conjunto de los ciudadanos se convierten en esclavos; el Estado se transmite por herencia y, en varias ocasiones, de un prudente [Lorenzo] le llega a un loco [Pedro], que luego logra la última caída al abismo para la ciudad».

49. Véase P. Larivaille, «Sul ritratto machiavelliano di Lorenzo il Magnifico nel capitolo finale delle *Istorie fiorentine*», en F. Bausi y V. Fera (comps.), *Laurentia Laurus. Per Mario Martelli*, al cuidado del Centro interdipartimentale di studi umanistici, Messina, 2004, págs. 11-37.

50. E. Fueter, *Storia della storiografia moderna*, Nápoles, 1943, vol. I, págs. 21 y 80.

51. F. Gilbert, *Machiavelli e Guicciardini. Pensiero politico e storiografia a Firenze nel Cinquecento*, Turín, Einaudi, 1970, pág. 203.

52. P. Villari, *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi*, Milán, Hoepli, 1914³, vol. III, pág. 238.

53. G. Pedullà, «Il divieto di Platone. Machiavelli e il discorso dell'anónimo plebeo», en J.-J. Marchand y J.-C. Zancarini (comps.), *Storiografia repubblicana fiorentina (1494-1570)*, Florencia, Franco Cesati Editore, 2003, págs. 209-266.

54. *Opere*, I, pág. 626 (I, IV).

55. Véase G. Sasso, *Machiavelli e gli Antichi e altri saggi*, vol. III, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1988, págs. 286-289.

56. *Opere*, III, pág. 264.

57. *Ibid.*, pág. 529.

58. Véase *Ex libris Karl Marx und Friedrich Engels. Schicksal und Verzeichnis einer Bibliothek*, al cuidado del Institut für Marxismus-Leninismus, Berlín, 1967, vol. III, pág. 249.

59. Véase G. Pedullà, art. cit., págs. 247-249 que ha puesto de manifiesto la analogía del discurso del *ciompo* con los de Mitridates y Calgaco gracias al análisis que les ha dedicado A. Schiavone *La storia spezzata. Roma antica e l'Occidente moderno*, Roma-Bari, Laterza, 1996, págs. 92-93.

60. *Opere*, III, pág. 444.

61. *Opere*, I, pág. 738.

62. *Opere*, III, pág. 360.

63. D. Cantimori, *Niccolò Machiavelli: il politico e lo storico* en *Storia della letteratura italiana* (edición al cuidado de E. Cecchi y N. Sapegno), vol. IV, *Il Cinquecento*, Milán, Garzanti, 1966, pág. 51.

64. Es bien conocida la reflexión de Guicciardini referente a tales cometidos, contenida en el *Recuerdo* 28: «No conozco a nadie que le disguste más que a mí la ambición, la avaricia y la molicie de los curas: bien sea porque cada uno de estos vicios es odioso en sí mismo, bien porque individualmente y todos juntos poco se convienen con el que hace profesión de una vida dependiente de Dios y, además, porque son vicios tan contrarios que no pueden estar juntos si no es en un sujeto muy extraño. No obstante, por la posición que he mantenido con más de un pontífice, he tenido necesidad, por mi propio bien, de amar su grandeza y, si no tuviera ese respeto, habría amado a Martín Lutero como a mí mismo: no para librarme de las leyes inducidas por la religión cristiana, por el modo con que ha sido normalmente interpretada y entendida, sino para ver cómo esta caterva de malvados es reducida a sus debidos términos, es decir, o a permanecer sin vicios, o sin autoridad».

65. R. Ridolfi, *Vita di Francesco Guicciardini*, Roma, A. Belardetti, 1960, pág. 142.

66. *Opere*, II, págs. 371-375.

67. Éste y el fragmento precedente proceden de la carta de Guicciardini a Maquiavelo del 18 de mayo de 1521 (ibíd., pág. 377).

68. La observación es de E. Garin, «Aspetti del pensiero di Machiavelli», *Dal Rinascimento all'Illuminismo. Studi e ricerche*, Pisa, Nistri-Lischi, 1970, pág. 73, refiriéndose al versículo 3,15: «Quid est quod est? Ipsum quod fuit».

69. Ibíd., págs. 395-397.

70. La carta fue escrita entre el 16 y el 20 de octubre de 1525. Ibíd., págs. 407-408.

71. Véase N. Pirrotta, *Li due Orfei. Da Poliziano a Monteverdi*, Turín, Einaudi, 1975, págs. 143-169 (la música de los madrigales de Maquiavelo está reproducida en *Opere*, III, págs. 832-841). Sobre esta música existen importantes estudios. Véase A. Einstein, *The Italian Madrigal*, Princeton, Princeton University Press, 1949, vol. I, págs. 250-251, y W. Osthoff, *Theatergesang und darstellende Musik*, Tutzing, Schneider, 1968, vol. I, págs. 213-249 (el capítulo «Verdelot Musik zu Machiavelli-Komödin und das Madrigal») y vol. II, pág. 68.

72. *La mandrágora*, V, II y *Clizia*, V, II y IV (*Opere*, III, págs. 182 y 233, 283).

73. Carta del 22 de febrero de 1525, en *Opere*, II, pág. 390 (la última frase es una cita de Poliziano).

74. D. Giannotti, *Repubblica forentina* (edición al cuidado de G. Silvano), Génova, Droz, 1990, págs. 208-209.

75. *Opere*, II, pág. 411.

76. Véase el epigrama *Sappi ch'io non son Argo*, en *Opere*, III, pág. 19.

77. En la *Storia d'Italia*, 1. XVI, caps. XIV-XV, se incluyen las opiniones del gran canciller Mercurino de Gattinara y del virrey de Nápoles, Charles de Lannoy, contrarias a la liberación de Francisco I.

78. Carta del 15 de marzo de 1526, en *Opere*, II, pág. 421.

79. *Ibid.*, págs. 426-427.

80. En Ridolfi, *Vita di Machiavelli*, *op. cit.*, pág. 357.

81. *Opere*, III, pág. 18.

82. Carta del 6 de octubre de 1526 (aprox.), en *Opere*, II, págs. 447-450.

83. Véase *Discursos*, I, 22-23.

84. *Opere*, II, pág. 457.

85. *Ibid.*, pág. 459. Es la carta del 16 de abril de 1516 en la que declara: «Amo a mi patria más que a mi alma».

86. Véase P. Villari, *op. cit.*, vol. III, págs. 364 y 477.

87. *Ibid.*, págs. 402-403 (donde se da la composición de las pastillas).

88. P. Giovio, *Elogi dei letterati illustri*, ápuđ Michaelēm Tramezinum, Venecia, 1546; cito por la traducción italiana de F. Minonzio, Turín, Einaudi, 2006, pág. 259.

89. La narración más completa del sueño nos ha llegado a través de P. Bayle, *Dictionnaire historique et critique* (trad. cast.: *Diccionario histórico y crítico*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997), bajo la voz *machiavel*, nota L: «Il [*Machiavel*] vit un tas de pauvres gens, comme coquins, deschirez, affamez, contrefaits, fort mal en ordre et en assez petit nombre; on luy dit que c'estoit ceux du paradis, desquels il estoit escrit: *beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum cælorum*. Ceux-ci estants retirez, on fit paroistre un nombre innombrable de personnages pleins de gravité et de majesté; on les voyoit comme un senat, où on traitoit d'affaires d'Estat, et fort serieuses: il entrevit Platon, Senèque, Plutarque, Tacite et d'autres de cette qualité. Il demanda qui estoient ces messieurs-là si venerables; on lui dit que c'estoient les damnés et que c'estoient des âmes reprouvées du ciel: *sapientia huius sæculi inimica est Dei*. Celà estant passé, on luy demanda desquels il vouloit estre. Il respondit qu'il aimoit beaucoup mieux estre en enfer avec ces grands esprits,

pour deviser avec eux des affaires d'Estat, que d'estre avec cette vermine de ces belistres, qu'on luy avoit fait voir» [Él (Maquiavelo) vio a mucha gente pobre, viles, harapientos, hambrientos, contrahechos, muy mal vestidos y en número bastante escaso; le dijeron que eran los que estaban en el cielo, de los que está escrito: «Bienaventurados los pobres, porque suyo es el reino de los cielos». Habiéndose retirado éstos, se hizo aparecer a un número incontable de personas llenas de gravedad y majestad; parecían como un Senado, en el que se trataban asuntos de Estado y estaban muy serios. Vislumbró a Platón, Séneca, Plutarco, Tácito y otros de su categoría. Preguntó quiénes eran esos señores tan venerables; le dijeron que estaban condenados y que eran almas rechazadas por el cielo; la sabiduría de su siglo es enemiga de Dios. Una vez concluida la escena, le preguntaron con quién le gustaría estar. Respondió que preferiría estar en el infierno con los grandes espíritus, para tratar con ellos de asuntos de estado, que estar en medio de esa gentuza, hombres viles y sin valor, que le habían mostrado].

90. Véase G. Milanesi (comp.), *Lettere di G. B. Busini a B. Varchi*, Florencia, Le Monnier, 1860, págs. 82-83 (carta del 23 de enero de 1549), y B. Varchi, *Storie fiorentine*, Roma, Edizione di storia e letteratura, 2003, pág. 266, nota 4. Sobre el sueño, véase G. Sasso, «Il "celebrato sogno" di Machiavelli», *Machiavelli e gli Antichi*, vol. III, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1988, págs. 211-300.

91. G. Sasso, art. cit, pág. 271.

92. Villari, *op. cit.*, vol. III, págs. 368-370.

93. *Opere*, III, pág. 301.

APÉNDICE. NOTAS EN TORNO AL TÉRMINO ESTADO EN MAQUIAVELO

1. N. Bobbio, «Della libertà dei moderni comparata a quella dei posteri», *Politica e cultura*, Turín, Einaudi, 1955, pág. 186.

2. É. Garnier-Pagès, *Dictionnaire politique*, París, Pagnerre, 1841, bajo la voz *État*.

3. Particularmente eficaz es el texto sacado del curso universitario de F. Chabod, *Alle origini dello Stato moderno* (1956-1957), reeditado en F. Chabod, *Scritti sul Rinascimento*, Turín, Einaudi, 1967, págs. 625-650. Ejemplar el análisis realizado por F. Chiappelli, *Studi sul linguaggio del Machiavelli*, Florencia, Le Monnier, 1952, págs. 59-73. Véase también F. Ercole, *La politica di Machiavelli*, Roma, Anonima Romana Editoriale, 1926, en particular págs. 65-96, y O. Condorelli, «Per la storia del nome "stato"». (Il nome "stato"

in Machiavelli», *Archivio giuridico Filippo Serafini*, s. IV, vols. V (1923), págs. 223-235 y VI (1924), págs. 77-112. Hannah Arendt, *Sulla rivoluzione* (1963), Milán, Comunità, 1983, pág. 37 (trad. cast.: *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988), observa que el término *estado* en tiempos de Maquiavelo es nuevo, aunque ya había sido usado antes; lo deriva de *status rei publicæ*, equivalente a 'forma de gobierno', añadiendo que en ese sentido aparece todavía en Bodin.

4. *Opere*, I, pág. 124.

5. Se trata, como observa E. Garin, *Rinascite e Rivoluzioni. Movimenti culturali dal XIV al XVIII secolo*, Bari, Laterza, 1975, pág. 136 (trad. cast.: *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1984), de un tema hipocrático, que toma de L. B. Alberti (*Theogenius*, II, en *Opere volgari*, edición al cuidado de Grayson, vol. II, págs. 87 y ss.).

6. La hipótesis de 1927 de F. Chabod, «Sulla composizione de *Il principe*, di Niccolò Machiavelli», *op. cit.*, págs. 139-193, partía de la declaración contenida en la carta del 10 de diciembre de 1513 a Francisco Vettori, en la que le informaba que había «compuesto un opúsculo *De Principatibus*». M. Martelli, «Da Poliziano a Machiavelli. Sull'epigramma dell'*Occasione* e sull'*occasione*», *Interpres*, 1979, 2, págs. 230-254, ha sostenido, al contrario, que la obra había sido reelaborada y retocada todavía en 1518. En 1981 apareció una réplica ampliamente argumentada de G. Sasso, «*Il Principe* ebbe due redazioni?» (ahora en G. Sasso, *Machiavelli e gli Antichi, e altri saggi*, Milán-Nápoles, Ricciardi, vol. I, 1988, págs. 197-276), que volvía sobre la hipótesis de Chabod, aunque conjeturaba la posibilidad de que el autor, refiriéndose en la carta a modificaciones y correcciones que estaba aportando («aunque todavía, a veces, sigo engordándolo y puliéndolo»), hubiera trabajado en *El príncipe* hasta mayo de 1514. Martelli, no obstante, ha reafirmado su opinión en el Congreso de Lausanne de septiembre de 1995 dedicado a «Niccolò Machiavelli político, storico, letterato», en la ponencia «Machiavelli e Firenze dalla repubblica al principato» (las actas del congreso al cuidado de J.-J. Marchand han sido publicadas por la editorial Salerno Editrice, Roma, 1996). G. Inglese, en su edición crítica del *De Principatibus* (Roma, Istituto storico italiano per il Medioevo, 1994), acoge, al contrario, los argumentos de Sasso.

7. N. Bobbio, *Stato*, en *Enciclopedia Einaudi*, 13, Turín, 1981, pág. 462.

8. Véase F. Chiappelli, *Nuovi studi sul linguaggio di Machiavelli*, Florencia, Le Monnier, 1969, págs. 34-35.

9. A. Tenenti, «La nozione di "stato" nell'Italia del Rinascimento», *Stato: un'idea, una logica. Dal comune italiano all'assolutismo francese*, Bolonia, il Mulino, 1987, págs. 53-97 (las citas que siguen se refieren respectivamente

a las págs. 55, 73, 92 y 96). Véase en el mismo volumen, «Archeologia medievale della parola *Stato*», págs. 15-52.

10. F. Chabod, *op. cit.*, pág. 633.

11. La *Concordanza della Commedia di Dante Alighieri*, al cuidado de L. Lovera, con la colaboración de R. Bettarini y A. Mazzarello, Turín, Einaudi, 1975, pág. 2311, registra seis casos con tal significado. En Petrarca el uso del término tiende ya a articularse, como se ve en el *Trionfo della Pudicizia*, vv. 136-138: «Verginia appresso e 'l fiero padre armato / di disdegno e di ferro e di pietate, / ch' a sua figlia et a Roma camgiò stato» [Verginia cerca del fiero padre armado / de desdén, de hierro y de piedad / que a su hija y a Roma cambió estado].

12. En las *Memorie di famiglia* de Guicciardini leemos: «Permaneció luego nuestro linaje durante bastante tiempo, es decir, alrededor de ochenta años, en un grado mediocre de riqueza y de estado y como vulgarmente se dice, de buenos hombres del pueblo. Luego creció primero en riqueza y después en estado, del modo en que siempre se había mantenido, máxime en estado, y todavía hoy está entre las primeras familias de la ciudad», en F. Guicciardini, *Ricordi, Diari, Memorie* (edición al cuidado de M. Spinella), Roma, Riuniti, 1981, pág. 34.

13. Así en el *Proemio al Dialogo del reggimento di Firenze*, de 1525-1526 (cito por la edición al cuidado de G. M. Anselmi y C. Varotti, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pág. 13).

14. Un primer perfil del problema ha sido trazado agudamente por Jean-Louis Fournel, «Qu'est-ce qu'un homme d'État? Reflexions sur l'écriture autobiographique de Francesco Guicciardini», ponencia en el Congreso de Verona del 20-22 de mayo de 2004, *Vite parallele: memoria, autobiografia, coscienza di sé e dell'altro*.

15. *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioris Laurentii Medicis*, I, 741.

16. La hipótesis es ya de O. Tommasini, *La vita e gli scritti di Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo*, vol. II, Roma, Loescher, 1911, pág. 518.

17. Véase todo el fragmento en H. Baron, *La crisi del primo Rinascimento italiano. Umanesimo civile e libertà repubblicana in un'età di classicismo e di tirannide*, Florencia, Sansoni, 1970, pág. 455, nota 21. Baron observa (págs. 464-465) como en 1439 el mismo Bruni dio una valoración diferente, pero no juzga necesario «preguntarse si tal transformación [...] estaba justificada a la luz de las condiciones de Florencia durante los primeros años del principado de los Medici». No se puede excluir que a Maquiavelo le pareciera inoportuna una alabanza de la que su mismo autor se había retractado al final.

18. Sobre esto véase, *supra*, págs. 79-80.

19. E. Garin, *Machiavelli fra politica e storia*, Turín, Einaudi, 1993, pág. 11 (la cursiva es mía).

20. Lo cual había señalado en el *Ritratto di così di Francia*, I, págs. 56-57.

21. F. Chabod, *Storia dell'idea d'Europa* (edición al cuidado de E. Sestan y A. Saitta), Bari, Laterza, 1961, págs. 49-51 (trad. cast.: *Historia de la idea de Europa*, Madrid, Editoriales de Derecho Reunidas, 1992).

22. Densa la observación de Montaigne (*Essais*, I, XXVI) que, sin embargo, atribuye a Plutarco la observación: «les habitants d'Asie servoient à un seul, pour ne savoir prononcer une seule sillabe, qui est: Non» [los habitantes de Asia sirven sólo a uno, porque no saben pronunciar una única sílaba que es «no»]. El fragmento traducido casi textualmente está en *De vitioso pudore*, 10 (véase Plutarco, *Moralia I*, edición al cuidado de G. Pisani, Pordenone, Edizioni Biblioteca dell'Immagine, 1989, págs. 260-261).

23. G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea dell'età moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1995, págs. 171 y ss.

24. Hay que observar que Tocqueville afirma que la observación de Maquiavelo es todavía válida para su época, a pesar de que nutría prejuicios inveterados contra «son horrible ouvrage du Prince».

25. A. Gramsci, *Quaderni del carcere* (edición crítica al cuidado de V. Gerratana), Turín, Einaudi, 1975, pág. 866.

26. F. Chiappelli, *Nuovi studi sul linguaggio di Machiavelli*, op. cit., pág. 35.

27. D. Quaglioni, *Machiavelli e la lingua della giurisprudenza*, en A. Fontana, J.-L. Fournel, X. Tabet y J.-C. Zancarini (comps.), *Langues et écritures de la République et de la guerre. Études sur Machiavel*, Génova, Name, 2004, págs. 180-181.

28. Ibíd. De Quaglioni véase también *La giustizia nel Medioevo e nella prima età moderna*, Bolonia, il Mulino, 2004, en particular, págs. 110-115. Que Maquiavelo había aprovechado en su formación juvenil las obras de derecho que poseía su padre ha sido demostrado por C. Ginzburg, «Machiavelli, l'eccezione e la regola», *Quaderni storici*, 2003, 112, págs. 197 y ss.

29. «Mantener la riqueza de lo público y la pobreza de sus ciudadanos», repetido también más adelante (II, 19; I, 378) como uno de los principios sugeridos por los «ordenamientos antiguos». Sobre esto véase G. Sasso, *Niccolò Machiavelli*, I, *Il pensiero Politico*, Bolonia, il Mulino, 1993, págs. 536 y ss.

30. El juicio positivo sobre los tumultos en la república romana, por oposición a la condena que de ellos había formulado gran parte de la literatura política, parece peculiar de la reflexión de Maquiavelo. Un antecedente de

esa valoración ha sido identificado por G. Pedullà («La ricomparsa di Dionigi Niccolò Machiavelli tra Roma e la Grecia», *Storica*, X, 2004, 28) en las *Antiquitates* de Dionisio de Halicarnaso, disponibles en traducción latina a principios del Cinquecento.

31. F. Guicciardini, «Considerazioni intorno ai Discorsi del Machiavelli», en N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* (edición al cuidado de C. Vivanti), Turín, Einaudi, 2000, pág. 350.

32. Véase G. B. Busini, *Lettere... a Benedetto Varchi sopra l'assedio di Firenze* (edición al cuidado de G. Milanese), Florencia, Le Monnier, 1860, págs. 84-85. Véase también G. Sasso, «Il "celebrato sogno", di Machiavelli», *Machiavelli e gli Antichi, e altri saggi*, vol. III, Milán-Nápoles, Ricciardi, 1988, págs. 211-300. El relato del sueño está también en *Opere*, I, pág. CXXXVI.

33. Felipe Strozzi se lo escribe a Vettori desde Roma el 28 de enero de 1531. Véase *Documenti inediti spettanti alla vita politica e letteraria di Filippo Strozzi*, en Apéndice a G.-B. Niccolini, *Filippo Strozzi. Tragedia*, Florencia, Le Monnier, 1847, pág. 183.

34. Véase G. Gentile, «L'etica di Machiavelli», *Studi sul Rinascimento*, Florencia, Sansoni, 1936, pág. 141. Es bastante discutible la comparación entre el príncipe de Maquiavelo, constructor de un nuevo Estado, con el artista que crea su propia obra. Hay que tener presente, no obstante, por qué Gentile deriva de esta visión burckhardtiana su juicio sobre la fuerza creativa del príncipe, «una fuerza concebida abstractamente, fuera de la historia y, por lo tanto, siempre en lucha con el fantasma de la fortuna [...] Y esta abstracción —característica del individualismo del Renacimiento— debe ser muy tenida en cuenta para comprender todo el maquiavelismo» (G. Gentile, «Religione e virtù in Machiavelli», *op. cit.*, pág. 133). Dudo de que este juicio sea válido para *El príncipe*, aunque es cierto que no tiene en cuenta muchas páginas de los *Discursos*.

Índice de nombres

- Acciaiuoli, Alamanno, 167
Acciaiuoli, Roberto, 49, 183
Agatocles, tirano de Siracusa, 107
Alamanni, Ludovico, 47, 146, 147
Alamanni, Luis, 187
Alamanno, Niccolò, 40, 224 n. 10
Alberti, León Bautista, 47, 199, 243 n. 5
Albertini, Rudolf von, 237 n. 18
Albizzi, familia, 33, 143, 155, 160, 167, 168
Albizzi, Rinaldo de, 165
Albumasar, 229 n. 80
Alejandro Magno, 205
Alejandro VI (Rodrigo Borja), papa, 14, 42, 55, 61, 96, 106, 110, 111
Alfonso I Este, duque de Ferrara, 185
Alighieri, Dante, *véase* Dante
Amboise, Georges de, cardenal, arzobispo de Ruán, 59
Amiano, Marcelino, 98
Anselmi, Gian Mario, 244 n. 13
Appiano de Alejandria, 98
Apuleyo, Lucio, 118
Aquilecchia, Giovanni, 236 n. 7
Arendt, Hannah, 243 n. 3
Ariosto, Ludovico, 29, 32, 46, 136, 237 n. 19
Aristófares, 138
Aristóteles, 30
Asor Rosa, Alberto, 233 n. 33
Bacon, Francis, 122
Baglioni, Juan Pablo, señor de Perugia, 62, 64, 65
Baldelli, Ignazio, 221 n. 60
Bandello, Mateo, 140, 237 n. 11
Baron, Hans, 33, 223 n. 20, 238 n. 44, 244 n. 17
Bausi, Francesco, 239 n. 49
Bayle, Pierre, 241 n. 89
Becchi, Ricardo, 42, 44, 225 n. 15
Benedetto, Luigi Foscolo, 234 n. 47
Bentivoglio, familia, 65
Bentivoglio, Juan, señor de Bolonia, 62
Berlin, Isaiah, 235 n. 71
Bertelli, Sergio, 218 n. 20, 225 n. 12, 226 n. 23
Berti, Marcelo Virgilio de Adrián, 46
Bettarini, Rosanna, 244 n. 11
Bigazzi, Pietro, 237 n. 20
Biondo, Flavio, 40, 102
Blado, Antonio, 153
Bobbio, Norberto, 193, 196, 215, 242 n. 1, 243 n. 7
Boccaccio, Giovanni, 32
Bodin, Jean, 198, 207, 223 n. 12, 243 n. 3

- Boiardo, Matteo Maria, 32
- Borbón, Charles de, condestable, 184
- Borja, César, duque Valentino, 12, 13, 14-15, 53, 55, 56, 59, 61, 62-64, 69, 96, 106-107, 112-113, 175, 201, 210, 214
- Bornstein, Daniel L., 223 n. 20
- Bosquesagrado, Juan, 221 n. 4
- Botero, Juan, 131, 236 n. 76
- Bracciolini, Poggio, 23, 46, 48, 150, 155, 156, 161, 168, 205, 225 n. 12, 238 n. 33
- Brancacci, Julián, 140
- Braudel, Fernand, 217 n. 1
- Brienne, Gualtiero de, duque de Atenas, 203-204
- Bruni, Leonardo, 23, 33, 46, 150, 155-156, 161, 166, 168, 204-205, 238 n. 33, 244 n. 17
- Budé, Guillermo, 40
- Buonaccorsi, Biagio, 46, 48, 225 n. 11
- Buonarroti véase Miguel Ángel Buonarroti
- Buondelmonti, Zanobi, 149, 187, 220 n. 51
- Burchiello, Domenico di Giovanni, El, 32
- Burckhardt, Jacob, 29, 53-54, 196
- Burr Litchfield, R., 227 n. 35
- Busini, Juan Bautista, 32, 246 n. 32
- Calgaco, jefe britano, 166, 239 n. 59
- Calvino, Ítalo, 122, 235 n. 59
- Cantimori, Delio, 217 n. 1, 233 n. 39, 240 n. 63
- Capponi, Nicolás, 77
- Cardona, Raimundo de, 87-88
- Carlos V de Habsburgo, emperador y rey de España, 9, 61, 129-130, 152, 179, 185, 219 n. 39
- Carlos VIII, rey de Francia, 27, 35, 44, 84, 103, 110, 111, 132
- Carta, Paolo, 223 n. 19
- Casavecchia, Felipe, 49
- Castellani Pollicori, Ornella, 220 n. 57, 221 n. 58
- Catalina, reina de Francia, 185
- Catilina, Lucio Sergio, 166
- Cavalcanti, Bartolomé, 183
- Cecchi, Emilio, 233 n. 39, 240 n. 63
- Cellini, Benvenuto, 186
- Cervelli, Innocenzo, 225 n. 17
- César, Cayo Julio, 65
- Chabod, Federico, 100, 195, 199, 207, 228 n. 53, 232 n. 19, 242 n. 3, 243 n. 6, 244 n. 10, 245 n. 21
- Chiappelli, Fredi, 197, 198, 208, 221 n. 61, 227 n. 38, 242 n. 3, 243 n. 8, 245 n. 26
- Chittolini, Giorgio, 228 n. 50, 232 n. 22
- Cicerón, Marco Tulio, 40, 113-114
- Ciro, rey de Persia, 58, 105, 210
- Clemente VII (Julio de Medici), papa, 10-11, 18, 20, 142, 143, 147, 148, 150-151, 152, 153, 157, 168, 175, 179, 181, 184, 185, 186, 189, 204, 215, 219 n. 38
- Colombo, César, 175
- Colón, Cristóbal, 29
- Colonna, Fabricio, 18, 48, 120, 132, 134, 135, 180-181, 210
- Colonna, familia, 106
- Colonna, Próspero, 149
- Commynes, Philippe de, 111, 225 n. 19, 233 n. 32

- Comparato, Vittor Ivo, 232 n. 11
 Condorelli, Oreste, 242 n. 3
 Copérnico, Nicolás, 30, 66, 222
 n. 7
 Corella, Miguelito, don, 69
 Corsini, Marietta, *véase* Maquiavelo
 Corsini, Marietta
 Crinito, Pedro, 224 n. 7
 Croce, Benedetto, 112, 216, 233
 n. 34, 235 n. 74
 Cutinelli-Réndina, Emanuele, 226
 n. 25, 228 n. 60
 Cybo, Inocencio, cardenal, 186
- Dante Alighieri, 22, 29, 32, 99, 165,
 179, 199
 Darío, rey de Persia, 104
 Daviso di Charvensod, María
 Clotilde, 225 n. 19, 233 n. 32
 De Lando, Miguel, 168
 De Sanctis, Francesco, 31, 223
 n. 13
 Del Badia, Iodoco, 230 n. 86
 Del Nero, Francisco, 49, 154, 187,
 237 n. 22, 238 n. 26
 de la Casa, Francisco, 58
 de la Palla, Bautista, 142, 149
 Della Rovere, Francesco María,
 duque de Urbino, 185
 Desjonquères, Chantal, 36
 Dionisio de Halicarnaso, 246 n. 30
 Dionisotti, Carlo, 98, 153, 230 n. 82,
 234 n. 57, 238 n. 25, 238 n. 30
 Donzelli, Carmine, 36
- Einstein, Alfred, 240 n. 71
 Ennio, Quinto, 78-79
 Erasmo de Rotterdam, Desiderio,
 32, 65, 115, 122, 130
 Ercole, Francesco, 242 n. 3
- Espartiano, Helio, 98
 Este, familia, 185
- Fabio Máximo, Quinto, el
 Temporizador, 78-79
 Faggiuola, Uguccione della, 189
 Falconetti, Jacobo, el Hornero,
 177, 178-179
 Fasano Guarini, Elena, 228
 Febvre, Lucien, 66
 Felipe II de Habsburgo, rey de
 España, 235 n. 69
 Felipe II de Macedonia, 135, 181
 Fera, Vincenzo, 239 n. 49
 Fernando I de Aragón, rey de
 Nápoles, 30
 Fernando II de Aragón, el Católico,
 rey de España, 77, 83, 85, 93-94,
 113
 Ferrai, Luigi Alberto, 238 n. 28
 Ficino, Marsilio, 97
 Floro, Lucio, 98
 Foix, Gaston de, 87
 Folengo, Teofilo, 32
 Fontana, Alessandro, 222 n. 10,
 226 n. 25, 245 n. 27
 Foscolo, Ugo, 223 n. 17
 Fournel, Jean-Louis, 222 n. 10, 226
 n. 25, 232 n. 14, 244 n. 14, 245
 n. 27
 Francisco I, rey de Francia, 59, 129,
 152, 179-180, 184, 241 n. 77
 Fregoso, Octaviano, 137
 Frundsberg, Georg von, 184-185
 Fubini, Riccardo, 227 n. 35, 231
 n. 7
 Fueter, Eduard, 164, 239 n. 50
- Gaille-Nikodimov, Marie, 223 n. 19
 Galileo Galilei, 222 n. 4

- Garfagnini, Gian Carlo, 225 n. 17
 Garin, Eugenio, 205, 226 n. 22, 238
 n. 33, 240 n. 68, 243 n. 5, 245 n. 19
 Garnier-Pagés, Étienne, 242 n. 2
 Gattinara, Mercurino de, 241 n. 77
 Gentile, Giovanni, 216, 246 n. 34
 Gerratana, Valentino, 245 n. 25
 Giannotti, Donato, 151, 163, 241
 n. 74
 Gilbert, Félix, 153, 164, 234 n. 54,
 238 n. 30, 239 n. 31
 Gilmore, Myron P., 226 n. 23, 235
 n. 71
 Ginzburg, Carlo, 224 n. 9, 236 n. 8,
 245 n. 28
 Giovio, Pablo, 39-40, 187, 224 n. 6,
 241 n. 88
 Giunta, Filippo, 153, 219 n. 37
 Gonzaga, Juan Francisco II,
 marqués de Mantua, 79
 Gramsci, Antonio, 101, 208, 245
 n. 25
 Grayson, Cecil, 243 n. 5
 Guicciardini, Francisco, 29, 36, 51,
 71, 73, 75, 83, 112, 130, 132, 151,
 154, 169-171, 173-176, 179-180,
 181, 182-183, 184, 185-187, 199,
 200, 212, 218 n. 21, 229 n. 77,
 239 n. 48, 240 n. 64, 244 n. 12,
 246 n. 31
 Guicciardini, Luis, 49, 51, 140, 170
 Guicciardini, Pedro, 75
 Guidi, Andrea, 228 n. 51
 Guidi, Guido, 226 n. 21
 Guidubaldo de Montefeltro, duque
 de Urbino, 55
 Guinigi, Michele, 21, 148
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich,
 193, 215
 Hércules II Este, 185
 Herodiano, 98
 Holbein, Hans, 57
 Hollywood, John, *véase*
 Bosquesagrado, Juan
 Hume, David, 207
 Inglese, Giorgio, 218 n. 9, 226 n.
 27, 233 n. 33, 234 n. 57, 243 n. 6
 Insabato, Elisabetta, 227 n. 35
 Isabel de Este, marquesa de
 Mantua, 87, 231 n. 112
 Jacobo IV de Appiano, señor de
 Piombino, 58
 Jaekel, Hugo, 231 n. 7
 Jenofonte, 58
 Jerónimo, san, 187
 Julio II (Giuliano della Rovere),
 papa, 15, 59, 64, 65, 71, 82-83,
 84-86, 95, 106, 110
 Justiniano I, emperador, 17, 72
 Kant, Immanuel, 193
 Koyré, Alexandre, 222 n. 7
 La Noue, François de, 134
 Lampridio, Helio, 98
 Landucci, Luca, 230 n. 86
 Lannoy, Charles de, 241 n. 77
 Lanza, María Teresa, 223 n. 13
 Larivaille, Pierre, 239 n. 49
 Le Febvre, Jehan, 140
 Le Roy, Louis, 207
 León X (Juan de Medici), papa, 10,
 20, 22, 59, 64, 89-90, 91, 92, 96,
 110, 140, 143, 149, 188, 218
 n. 10
 Leonardo de Vinci, 136
 Lisandro, general espartano, 173

- Livio, Tito, 40, 41, 55, 98, 119, 121-132, 159, 176, 182
 Locke, John, 193
 Lovera, Luciano, 244 n. 11
 Lucrecio Caro, Tito, 32, 41, 123, 137, 187
 Luis XI, rey de Francia, 103
 Luis XII, rey de Francia, 45, 58, 59, 77, 80, 83-87, 93, 95, 102, 195
 Lutero, Martín, 233 n. 41, 240 n. 64

 Macrobio, Ambrosio Aurelio Teodosio, 222
 Maquiavelo, Bernardo, 224 nn. 2 y 9
 Maquiavelo Corsini, Marietta, 141-142
 Marchand, Jean-Jacques, 218 n. 20, 226 n. 25, 239 n. 53, 243 n. 6
 Marcu, V., 218 n. 17
 Mario, Cayo, 124
 Marsilio de Padua, 207
 Martelli, Mario, 218 n. 20, 225 n. 11, 231 n. 7, 234 n. 47, 237 n. 14, 243 n. 6
 Martines, Lauro, 227 n. 35
 Martínez De Bujanda, Jesús, 223 n. 14
 Marx, Karl, 194
 Marzi, Domenico, 226 n. 21
 Masi, D. G., 218 n. 20
 Mattingly, Garrett, 228 n. 58
 Maximiliano I de Habsburgo, emperador, 15, 61, 74, 75, 76, 77, 79, 80, 83, 85
 Mazzarello, Anna, 244 n. 11
 Medici, Alejandro de, duque de Florencia, 20, 143, 147
 Medici, Catalina de, reina de Francia, 228 n. 59
 Medici, Cosme de, 107, 143-144, 151, 155-156, 161, 165, 212
 Medici, Cosme I de, gran duque de Toscana, 143-145, 147
 Medici, familia, 10, 15, 19, 26, 39, 50, 87, 97, 130, 132, 165, 167
 Medici, Giuliano de Lorenzo de, 103, 143
 Medici, Giuliano de Piero de, 160
 Medici, Hipólito de, cardenal, 20, 143
 Medici, Juan de, cardenal, *véase* León X
 Medici, Juan de, de las Bandas Negras, 89, 143, 180, 181, 182, 184
 Medici, Julián de, 96, 117, 143, 162, 219 n. 38, 225 n. 11
 Medici, Julio de, cardenal, *véase* Clemente VII
 Medici, Lorenzo de, duque de Urbino, 20, 142, 146-147, 151, 162-163, 168, 182, 204
 Medici, Lorenzo de, el Magnífico, 20, 42, 89, 152, 153, 154, 161, 163, 231 n. 7
 Medici, Lucrecia de, 148
 Medici, Pedro de Cosme de, 45, 151
 Medici, Pedro de Lorenzo de, 163
 Meinecke, Friedrich, 100, 232 n. 19
 Melera-Morettini, Matteo, 226 n. 25
 Mesnard, Pierre, 223 n. 12
 Migliorini, B., 221
 Miguel Ángel Buonarroti, 136
 Milanese, Gaetano, 242 n. 90, 246 n. 32
 Minonzio, Franco, 224 n. 6, 241 n. 88
 Mitridates, rey del Ponto, 166, 239 n. 59



- Moisés, 105, 114, 210
 Molho, Anthony, 223 n. 20
 Montaigne, Michel de, 122, 245 n. 22
 Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de La Brède y de, 207
 Morandi, Carlo, 236 n. 76
 Morgante, 32
 Morone, Jerónimo, 179
- Nardi, Jacobo, 187
 Nerli, Felipe de, 178
 Niccolini, Giovan Battista, 237 n. 20
- Ochino, Bernardino, 171
 Oliverotto de Fermo, 62
 Olschki, Carlo, 222 n. 4, 224 n. 5
 Orsini, familia, 15, 62, 106
 Osthoff, Wolfgang, 240 n. 71
 Ovidio Nasón, Publio, 99
- Pablo III (Alessandro Farnese), papa, 222 n. 7
 Pablo IV (Giampietro Carafa), papa, 32
 Pablo de Ronciglione (Sassi, Paolo di Antonio), 224 n. 7
 Palmarocchi, Roberto, 230 n. 85, 239 n. 48
 Palmieri, Matteo, 47
 Passerini, Silvio, cardenal, 186
 Pazzi, familia, 162
 Pedullà, Gabriele, 239 n. 53, 246 n. 30
 Perini, Leandro, 222 n. 4, 235 n. 58
 Peterson, David S., 223 n. 20
 Petrarca, Francesco, 99, 244 n. 11
 Petrucci, Pandolfo, señor de Siena, 62
- Pío III (Francesco Todeschini Piccolomini), papa, 64
 Pirrotta, Nino, 240 n. 71
 Pisani, Giuliano, 245 n. 22
 Pissavino, Paolo Costantino, 222 n. 8
 Platón, 97, 187, 241, 241 n. 89
 Plauto, Tito Macio, 177, 236 n. 9
 Plinio, Cayo Segundo, 40
 Plutarco, 46, 98, 119, 173, 187, 241 n. 89, 245 n. 22
 Pocock, John Greville A., 32, 223 n. 18
 Polibio, 40, 99, 100, 119, 123, 224 n. 8
 Poliziano, Agnolo Ambrogini, El, 97, 121-122, 241 n. 73
 Pontano, Giovanni, 48
 Procacci, Giuliano, 207, 223 n. 16, 233 n. 23, 245 n. 23
 Procopio de Cesarea, 98
 Prosperi, Adriano, 236 n. 75
 Pulci, Luigi, 29, 221 n. 3
- Quagliioni, Diego, 209, 232 n. 11, 245 n. 27
 Quirini, Vicente, 76
- Raimondi, Ezio, 236 n. 6
 Ranke, Leopold, 169
 Renaudet, Augustin, 231 n. 109
 Rezasco, Giuseppe, 199
 Ricci, Julián de, 138, 229 n. 74, 234 n. 49
 Richardson, Brian, 231 n. 112
 Ridolfi, Nicolás, cardenal, 186
 Ridolfi, Roberto, 48, 98, 101, 171, 224 n. 3
 Ridolfis, Antonio de, 24
 Rohan, Henri de, 134

- Romano, Ruggiero, 217 n. 1
 Rómulo, 105, 114, 210
 Rómulo, Andrés de, 48
 Rousseau, Jean-Jacques, 193, 215
 Rubinstein, Nicolai, 226 n. 21
 Rucellai, Bernardo, 72, 119, 224
 n. 8
 Rucellai, Cosimo, 18, 119, 132, 220
 n. 51
 Rucellai, familia, 46, 120, 132, 220
 n. 54
- Saitta, Armando, 245 n. 21
 Salustio, Cayo Crispo, 41, 98, 166
 Salutati, Coluccio, 46
 Salutati Raffacani, Bárbara, 177,
 220 n. 53
 Salviati, Alamanno, 44, 70, 75,
 80-81
 Salviati, familia, 148
 Salviati, Juan, cardenal, 133
 Sangallo, Bastiano de, 178
 Sangallo, Julián de, arquitecto, 18,
 84
 Sanudo, Marin, 236 n. 9
 Sapegno, Natalino, 233 n. 39, 240
 n. 63
 Sarto, Andrea del, 178
 Sasso, Genaro, 98, 101, 229 n. 75,
 234 n. 47, 239 n. 55, 242 n. 90,
 243 n. 6, 245 n. 29, 246 n. 32
 Savonarola, Jerónimo, 10, 11, 42-
 43, 69, 85, 105
 Schiavone, Aldo, 239 n. 59
 Segni, Bernardo, 199
 Seidel Menchi, Silvana, 222 n. 6,
 233 n. 35
 Séneca, Lucio Anneo, 187, 241 n. 89
 Sepúlveda, Juan Ginés de, 235
 n. 69
- Sestan, Ernesto, 245 n. 21
 Sforza, familia, 87
 Sforza, Francisco II, duque de
 Milán, 184
 Sforza, Galeazzo Maria, duque de
 Milán, 162
 Sforza Riario, Catalina, señora de
 Forlì, 13, 58
 Sila, Lucio Cornelio, 124
 Silvano, Giovanni, 241 n. 74
 Soderini, Francisco, cardenal, 56,
 69, 71-72, 85, 92-93
 Soderini, Juan Bautista, 67, 70-71,
 229 n. 74
 Soderini, Pedro, 11, 19, 44, 50,
 74-75, 83, 88-89, 108, 144, 149,
 169
 Spinella, Mario, 244 n. 12
 Stoppelli, Pasquale, 237 n. 10
 Strozzi, Felipe, 147, 181, 187, 215,
 246 n. 33
 Strozzi, Lorenzo, 142
 Suetonio Tranquilo, Cayo, 98
- Tabet, Xavier, 222 n. 10, 223 n. 19,
 226 n. 25, 245 n. 27
 Tácito, Publio Cornelio, 41, 98,
 119, 166, 187, 241 n. 89
 Tenenti, Alberto, 198-199, 228
 n. 53, 243 n. 9
 Terencio, Publio Afro, 137, 138
 Teseo, 105, 210
 Tibulo, Albio, 99
 Tocqueville, Alexis de, 207, 245
 n. 24
 Tolomeo, Claudio, 40, 66, 98
 Tommasini, Oreste, 234 n. 49, 236
 n. 4, 244 n. 16
 Tomás de Aquino, santo, 207
 Trivulzio, Juan Jacobo, 84



- Valentino, duque, *véase* Borja, César
- Varchi, Benedicto, 32, 242 n. 90
- Varotti, Carlo, 244 n. 13
- Vasco de Gama, 29
- Vasoli, Cesare, 222 n. 8
- Verde, Armando, 224 n. 5
- Verdelot, Philippe, 177
- Vernacci, Juan, 137, 237 n. 14
- Vespucci, Agustín, 48, 78, 118
- Vespucci, Bartolomé, 66, 229 n. 79
- Vettori, Francisco, 10, 15, 18, 22, 30, 35, 41, 49, 50, 53, 62, 75-76, 91-96, 98, 101, 110-111, 117, 140, 152, 171, 185, 196, 224 nn. 1 y 4, 231 n. 1, 243 n. 6
- Vettori, Pablo, 117
- Villani, Juan, 159-160, 199
- Villari, Pascual, 164, 166, 188, 239 n. 52, 241 n. 86

Virgilio, Marcelo, 78, 138
Virgilio Marón, Publio, 114
Viroli, Maurizio, 223 n. 18, 236
n. 77
Visconti, Bernabé, 238 n. 43
Visconti, familia, 204
Visconti, Felipe María, duque de
Milán, 165
Visconti, Juan Galeazzo, duque de
Milán, 33, 161-162, 238 n. 43
Vitelli, Pablo, 15, 45
Vitelli, Vitellozzo, 15, 56, 62
Vivanti, Corrado, 9, 11, 19, 20, 23,
24-25, 217 n. 1, 246 n. 31

Whitfield, John H., 224 n. 8
Willoweit, Deetmar, 228 n. 50

Zancarini, Jean-Claude, 222 n. 10,
226 n. 25, 239 n. 53, 245 n. 27
Zanzi, Luigi, 235 n. 58